

CRÓNICA GENERAL.

Europa lo creyó por un momento, pero debió ser el sueño de algún polaco emigrado de esos que esperan con respetable convicción el renacimiento de su patria. La falsa noticia era nada menos que la adopción del régimen constitucional por el Czar, ó convencido de las ventajas de un sistema en que al parecer tienen poca fe en Europa los gobiernos que le representan, según la insistencia con que la amoldan á su exclusiva voluntad, ó no pudiendo resistir á la influencia parlamentaria del siglo y procurando abrir una válvula liberal para desahogar los vapores condensados por las sociedades secretas.

El hecho hubiera sido magno y suficiente para dar celebridad al año que ahora empieza, pues sería la conclusión moral del dominio de los czares, y el establecimiento del sistema constitucional en una parte considerable del Asia, reforma que no se ha determinado á efectuar la liberalísima Inglaterra: sería interrumpir la obra gigantesca de Pedro el Grande, no por obstáculos insuperables de fuerzas contrarias, sino por la propia voluntad de uno de los descendientes de aquel emperador: sería trasplantar bruscamente á un imperio cuya unificación está sin realizar, y formado en gran parte de elementos orientales, un sistema político propio de otro estado social: y sería, por último, á nuestro juicio, una abdicación de soberanía, de esas que no se explican sino cediendo á la violencia.

Aunque parezca simpática á los liberales, que consideran la libertad inseparable de los congresos, lo cual no discutimos, Rusia constitucional tendría algo de absurdo, y acaso dificultaría la obra progresiva que realiza, asimilándose y anexionando por lo tanto á nuestra civilización pueblos bárbaros, cuya cultura promueve esparciendo la moral cristiana, extendiendo los adelantos materiales y ensanchando Europa por Oriente. Esa obra lenta y colosal no podría efectuarse en aquellos pueblos incultos, sin el prestigio de una autoridad personal imponente y poderosa, cuya majestad y fausto hiera los sentidos de aquellas gentes atrasadas, en quienes ejerce tanto influjo la tradición de la obediencia, el aparato de la grandeza y el renombre de los czares.

Importa más á la humanidad esa corriente civilizadora que va de Europa á Asia con los ejércitos de Rusia, en oposición á las corrientes opresoras que en otros tiempos venían de Asia á Europa, que un cambio político en sentido liberal en el gobierno de Rusia; pues si los sistemas hoy preferidos en el mundo culto prevalecen sobre los que la historia humana dice que han sido más duraderos; si en efecto los primeros son la resultante inevitable de la civilización moderna, la razón natural dicta que ante todo conviene civilizar para que las consecuencias de ese progreso se extiendan todo lo posible, y los países narcotizados de Oriente, donde tantos millones de almas esperan la redención de la cultura, despierten del pesado sueño de los siglos.

**

Pasó el entierro; algunos creyeron impropia de la pompa oficial con que se conducía al cementerio el cadáver del Presidente del Congreso la ceremonia artística de pasar el féretro por delante del teatro Español, donde le tributaron los últimos honores del arte los principales intérpretes de sus obras, mientras se inauguraba, enfrente del coliseo, la estatua del ilustre Calderón, para cuyo pedestal apenas se ha concedido mármol. Dejémosles murmurar, como murmuraba en otro sentido el populacho, á quien ó aturde ó irrita el aparato.

Oyendo sus groseras exclamaciones experimentamos una triste sorpresa. Una gran parte del pueblo de Madrid no conocía á Ayalá ni de nombre. El traje negro de los concurrentes, el uniforme civil, la etiqueta y el luto, no son simpáticos en Madrid á la muchedumbre; el oro y la plata de los uniformes, las plumas en los cascos, los bordados y los sabres, todo lo tolera. En uno y otros ve una superioridad que le humilla, y prefiere lo brillante, lo que recrea la vista. El pueblo nunca aplaude la modestia, y los que quieren dominarle necesitan deslumbrarle de antemano. No concibe la superioridad sin disfraz, y el frac y el sombrero de copa no son de su gusto.

Ó cubriese de bordados para producirle admiración, ó quedarse en mangas de camisa para infundirle confianza.

La sucesión del Sr. Ayalá en la presidencia del Congreso ha sido, y continúa siendo cuando escribimos estas líneas, una cuestión importantísima, el asunto palpitante, la conversación más animada de los hombres políticos.

Las prácticas parlamentarias aconsejan que en el caso de una crisis consulten los reyes constitucionales á los Presidentes de las Cámaras y se inspiren en su opinión ó les encarguen la formación de un nuevo Gabinete. La conveniencia aconseja á los Gobiernos parlamentarios procurar la elección de un Presidente de toda confianza, para tener asegurada su influencia aun después de su caída. ¿Debia el señor Cánovas del Castillo preocuparse de dar á su amigo Ayalá un sucesor importante para honrar su memoria, ó de proponer al Congreso un político adicto á su persona? La amistad y el recuerdo exigían lo primero, y el instinto de conservación daba más importancia á lo segundo. Es indudable que ha vacilado el Sr. Cánovas del Castillo: el señor Romero Robledo parecía el más indicado, por ser el que tiene más influencia personal en la mayoría del Congreso, y esa consideración tan atendible debió sin duda hacer que se presentase primero dicho candidato á la imaginación del Sr. Cánovas; pero rectificada la primera impresión, fijó su vista en los Sres. Marqués de Uroioy y Conde de Toreno: los enemigos de estos dos señores alegaban en contra de su elección la circunstancia de que si su entrada en el actual Ministerio tuvo el inconveniente de que pudiera traducirse como una falta de consideración al general Martínez Campos, cuya caída promovieron, la elección para Presidente de uno de ambos fortificaba esta creencia, y hasta podía considerarse como un premio político; pero esta habilla cae por su base considerando que, si es cierta, correspondería la presidencia al Sr. Silvela (D. Francisco). Por nuestra parte nos conformáremos con aquel á quien vote el Congreso por iniciativa del Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Solo haremos una observación de carácter general. Hay en las prácticas parlamentarias un círculo vicioso, que coarta la libre acción de la Corona, si los Presidentes del Gobierno pueden con su influencia elegir Presidentes de las Cámaras que sean sus lechuzas, y la costumbre parlamentaria aconseja á los Monarcas ajustarse en caso de crisis á lo que le aconsejen los Presidentes de las Cámaras: por este sistema los Ministerios serían eternos; y no nos referimos á España, sino á cualquier otro país donde se respeten esas prácticas.

Otra herencia, más difícil de adjudicar con justicia, deja el Sr. Ayalá y se disputarán sin duda hombres eminentes; nos referimos á la vacante que ha dejado en la Academia de la Lengua. El instinto de la conservación creemos que dictará á tan docto Cuerpo la solución que más convenga á su prestigio, mirando, con preferencia al interés ó la vanidad ajenos, lo que convenga á su mayor autoridad.

**

Fijada la próxima reunión del Congreso Internacional de Americanistas, en Madrid, para Setiembre de 1881, se ha nombrado, como diligencia previa, la Junta encargada de preparar los trabajos para aquel acto importante, cuyo protectorado corresponde á S. M. el Rey.

La Junta honoraria la componen: Presidente, Sr. Cánovas del Castillo.

Vicepresidentes: Sres. Duques de Veragua y Moctezuma, Merry del Val y Russell Lowell.

Junta efectiva: Presidente, Sr. Conde de Toreno; Vicepresidentes, Sres. Merry del Val, García Gutiérrez y Salas; Tesorero, Sr. Marqués de Urquijo, y Secretario general, Sr. Fernandez Duro, con otros siete secretarios y gran número de vocales.

La importancia del Congreso que se prepara y su objeto especial harán que nos ocupemos á su tiempo, con la extensión debida, de este asunto.

**

Voces, aullidos, cencerros, insoportable clamoreo, hachones encendidos, mujeres desgredadas, hombres cargados de escaleras, brutales carcajadas, vino y agnardiende.... Horrible cuadro el de la víspera de Reyes en Madrid, si el fondo correspondiese á lo grosero de la forma. Un extranjero, amigo nuestro, á quien rogamos que nos dijese con franqueza su opinión, nos contestó sinceramente:

—Esos gritos salvajes y el rudo aparato de esa algazara popular me hacen el efecto de una fiesta de caribes. Cuando vi por primera vez aquellos grupos siniestros al resplandor de las teas, vociferando y danzando en torno de su víctima, creí que trataban de comérsela.

Dicho sea en honor del pueblo de Madrid, esa calentura, esa orgía nocturna, terminan, por el cansancio y la bebida, en un sueño profundo: rara vez la hoja de Alcabala brilla en aquella bacanal, mezclando el vino con la sangre. No se puede pedir más cultura á la barbarie, ni á la embriaguez más sobriedad.

Es un delirio brutal, pero pacífico.

Cuando escuchamos su estruendo á lo lejos, arrimados los pies á la encendida chimenea y reclinada la cabeza en la vieja pero cómoda butaca, entonces recordamos vagamente el efecto que nos hacían en nuestra infancia aquellos mágicos rumores del acompañamiento de los Reyes, que habían de llenar las tradicionales bandejas puestas al balcón.

Criados vestidos como sotas de baraja y con turbantes trepaban de balcón en balcón como las monas, distribuyendo confituras de sabor delicioso, como traídas del Oriente, mientras los Reyes Magos tasaban, en justicia, la calidad é importancia del regalo. El fuerte tacaneo de los mozos de cuerda nos parecía el trotar de los caballos, y el fugitivo resplandor de los hachones, claridad misteriosa del cielo, que alumbraba á la comitiva; los gritos, aclamaciones populares; los cencerros, poderosos y bien templados campanillas, y el conjunto, magníficas fiestas Reales.

Pero la ilusión terminó; un amiguillo nuestro nos reveló el

secreto, y sin embargo, seguimos poniendo la bandeja, con escéptica glotonería: la conveniencia nos determinaba á disimular las dudas: en los niños, como en los hombres, el interés sustituye á la convicción y sostiene durante algún tiempo el prestigio de los poderes heridos por la duda: después, ni el interés puede salvarlos.

Hoy la víspera de Reyes no tiene otro interés para nosotros que el de probar la torta con que se obsequia á los convidados en nuestras tertulias.

**

El deshielo del Sena ha sido grandioso: la dura superficie del río se dividió en fragmentos en un cambio de temperatura, y témpanos de gran tamaño, impulsados con mucha velocidad por la corriente y formando islas flotantes, arrastraban y echaban á pique los barcos que encontraban á su paso, y embistiendo los puentes, resentían sus cimientos, derribaban arcos y producían otros destrozos, mientras el pueblo de París contemplaba en las orillas del Sena aquel espectáculo imponente. Pero el Sr. Fernandez de los Rios referirá en sus interesantes *Quincenas* este suceso curioso, que no nos corresponde, y nos limitamos á referir un episodio.

Cierto individuo, después de abandonar un azadon que llevaba, quiere penetrar en uno de los puentes, y un agente de policía se lo impide.

—Atras, caballero; no se puede transitar por este puente.

—Solo quiero asomarme....

—Está prohibido atravesar por aquí.

—Le prometo á V. que no llegaré al otro lado.

—Es imposible.

—El caso es que no puedo esperar.

—Atras, le digo!

—Esto es un abuso, es una coacción; ¿dónde se suicidan las gentes en París?

El desesperado había ido al Sena todos los días anteriores, y el hielo le impedía zambullirse en el agua: pensó en romperle, y el deshielo no le permitió aproximarse al río, cuando había ya comprado un azadon para poder llegar al fondo.

**

Un telégrama de Burgos, en vista de la temperatura baja que allí se experimenta, da la desagradable noticia del rápido enfriamiento de nuestro planeta. Siempre que hemos visitado aquella antigua y notable población hemos creído que, por lo menos, Burgos se enfriaba extraordinariamente todos los inviernos. Hay capitales que debían usar en las plazas chimeneas, y Burgos es el polo de España: allí no se concibe el sistema plutoniano.

Pero ¿tienen derecho los honrados burgaleses á alarmarnos afirmando que la tierra pierde de día en día su calor? Convenimos en ello, si se trata de la tierra de Burgos solamente.

**

—Muestró, necesito un traje de invierno riguroso.

—¿Quiere V. un paletó forrado de astracán?

—No me basta.

—Tengo pieles....

—Son demasiado finas.

—Paños muy fuertes....

—Todo eso no sirve para nada: hágame V. un traje de oso.

—¿Cómo se retuercen los troncos entre el fuego!

—Es que tiran de frío.

Arrimamos el termómetro á la chimenea, y la lumbre señala cuatro grados bajo cero.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

Las Cortes españolas han reanudado sus tareas, y la crónica, que huye siempre que es posible de la política, no puede menos de pararse un momento y considerar la situación difícil á que parece haber llegado, según presentimiento general. ¿Podremos ser imparciales en medio de las corrientes de contrarias opiniones?

Si el sosiego material no se ha interrumpido, es indudable que la tranquilidad moral se ha perturbado de algun tiempo á esta parte. Hay síntomas de dislocación en el partido que ha dominado cinco años el país, dándole paz, y la mayoría de las gentes, que tiene poca fe política, siente, como una fría y desagradable sensación, la proximidad de algun cambio inesperado y acaso repentino. Si los Gobiernos considerasen que el cuerpo social, como el cuerpo humano, necesita de vez en cuando un cambio de postura, prepararian la evolución que les separa del poder con la misma habilidad con que procuran alcanzarle. Pero ¿quién aprecia esta oportunidad con entera sangre fría, ni sacrifica el interés del momento al permanente, cuando se tiene por arte de gobernar y por talento político, no el captarse el aprecio y el respeto de su patria mirando por su esplendor y ennoblecimiento á altos fines, sino el conservar á los suyos el poder á toda costa? ¿Fue error de la opinión, que flota más, y por ser más ligera sube á los puntos más visibles.

El Sr. Cánovas del Castillo no es un político adocenado, cuyo amor propio se satisfaga con capitanear un ejército de empleados, que acaso obedecerá mañana, en contra suya, á otro presidente que le conserve sus destinos. Su conocimiento de la historia, la noción exacta de su valor intelectual y del prestigio de su nombre le obligan moralmente á realizar pensamientos más elevados que el de entregarse á la volubilidad del mundo. Le falta en este momento, á nuestro juicio, algun ideal con que satisfacer ese anhelo humano siempre, pero más sobreexcitado hoy que nunca en todos los países cultos, de prosperar y engrandecerse. Rodeado de obstáculos, necesita gran actividad y esfuerzo para atender á su defensa, y todos se hacen una reflexión muy natural: por mucho valor que tenga su entidad política, ¿merece el problema de su duración por algun tiempo en el Gobierno, que todas las fuerzas sociales, paralizadas y absorbidas, contengan sus impulsos para presenciar la singular batalla que va á reñir con las oposiciones coaligadas, que si triunfan le dejarán muy malparado, y de cuyo venimiento no reportará el público más ventaja que la de aplaudir, si gasta, el triunfo del actual jefe del Gobierno?

El Sr. Cánovas del Castillo ha prestado grandes servicios al país; pero el público es un monstruo insaciable, que no se satisface de ellos, ni permite á nadie jubilarse en el Gobierno; necesita explotar á sus hombres de valor para arrojarlos á un lado cuando ya están exprimidos: el mal del se-

ñor Cánovas, lo que le quita fuerza y da audacia á sus adversarios, es que parece como que ha realizado su destino y no tiene por delante ningún beneficio que prestar. Y á no ser por esta posición falsa del jefe del Gobierno, ¿se atreverían las oposiciones á hacer materia de retraimiento de una causa tan nimia como la que les lanzó del Parlamento, y, sobre todo, después de las explicaciones del Senado? Tuviere en estos momentos el Sr. Cánovas, para atravesar la opinión, que se le va, grandes reformas administrativas y sociales que realizar, con el pulso y consideración que permite á los partidos medios; acometer empresas vastas, á que tan aficionado es nuestro tiempo, y el país se enlazaría poco de las cuestiones de etiqueta, que en la paralización actual parecen y son tan graves en efecto.

Ello es que está debilitada y en declinación su autoridad, y que al mismo tiempo no existe en el país otro prestigio que la sustituya plenamente, en todas sus condiciones personales y fuerza colectiva que posee. Hay Gobierno, pero éste, jaqueado por las oposiciones, parece obligado á la inmovilidad, produciendo esta situación anómala un malestar inexplicable en los que no tienen interés personal directo en los cambios políticos, que constituyen la mayoría del país, para la cual no hay, como hemos dicho, más que una política muy alta, la de la conveniencia y engrandecimiento de la patria. Una idea popular levanta del polvo y da el poder á un partido olvidado. ¿Cuánto podría hacer el Sr. Cánovas, teniendo por apoyo su talento y la fuerza del Gobierno, con una idea popular?

No creemos haber sido ministeriales ni de oposición al ocuparnos de la actual situación política de España, que, por la anómala y difícil situación en que se encuentra, tenía necesariamente que fijar nuestra atención: los amigos se separan: los adversarios se conciertan: ¿qué resultará?

—¿Usted defiende á las minorías ó al Sr. Cánovas?— preguntámonos ayer á un amigo nuestro.

—No acostumbró á mezclarme en cuestiones de familia —contestó— la experiencia me demuestra que en estos asuntos pierden siempre los extraños. Los que ayer parecían mutuamente agraviados, resultan al día siguiente reconciliados y enteramente satisfechos.

Los republicanos franceses tienen razón, considerando la cuestión con un criterio español, al cambiar los funcionarios públicos y colocar en su puesto hombres positivamente afechos á las instituciones del país: el porvenir dirá á Francia si obra con prudencia al reemplazar su administración neutral é inteligente por una administración política, imitando nuestros procedimientos. La semilla de la emancipación está sembrada, y dará necesariamente los frutos que da en otros países.

Desde luego resultarán encomendados los servicios públicos, no á un personal antiguo y educado en la práctica de los negocios, sino á sujetos poco diestros, que no han de considerar su paso efímero por las esferas oficiales como el objeto preferente de su vida: los servicios se desorganizarán á cada cambio político, la responsabilidad en el desempeño de los cargos distribuidos entre diversos ocupantes ha de ser muy vaga, y la moralidad estará menos asegurada con el empleado expuesto á perder solamente un destino que con aquel que teme perder una carrera.

Bajo su aspecto democrático también tiene el sistema inconvenientes. Al desviar hacia la administración pública á personas que vivían de profesiones más modestas, se expone ésta á cierto desamparo y menoscabo, en perjuicio del trabajo, y las categorías oficiales, influyendo insensiblemente en las ideas y costumbres de los nuevos empleados, modificarán sus opiniones en sentido aristocrático. Y la política, en vez de ser la resultante de las convicciones generales, será el choque de los intereses privados. El cambio de prefectos, la invasión del paisanaje en las oficinas de Guerra, la dislocación de la magistratura y el aluvión de empleos nuevos en todas las carreras es un error, de que los republicanos no reportarán grandes beneficios, y que puede producir á Francia muchos males.

Desde luego introducen en la sociedad francesa un tipo lastimoso, que en España forma ya una clase numerosa: el cesante. En lo sucesivo tendrán al político al por menor, ese subalterno de nuestros partidos, agente electoral, parecido á un sujeto con quien hablabamos hace pocos días.

—Mi posición es insostenible, nos decían con tristeza, si no vienen los míos al poder.

—Trabaja V., buen hombre.

—Bien lo quisiera, pero soy un honrado padre de familias que hago política por no saber hacer zapatos.

¿Ha conseguido en efecto Edison subdividir la luz eléctrica, poniéndola al alcance de todos, como hace tiempo se anunció y hoy vuelve á repetirse? Así parece, aunque las noticias son contradictorias todavía, lo cual es natural, habiendo intereses opuestos, á quienes favorece y perjudica el descubrimiento. Las Compañías del alumbrado con gas suponen grandes capitales invertidos en un objeto de interés general, en innumerables poblaciones, y capitales distribuidos entre infinitos accionistas. Sería el descubrimiento la ruina de muchos tenedores de papel, la evaporación de una propiedad cuantiosa y el aniquilamiento de una industria que tiene grandes ramificaciones en diversos y variados órdenes del trabajo. En cambio habría nacido otra industria, que daría alimento á otras nuevas, y pasaba la crisis, redundaría, como todos los adelantos positivos, en provecho general.

Ahora bien. La especulación puede estar interesada en producir una alarma en los accionistas ó empresarios del gas, para adquirir á bajo precio esos valores, así como en callar la verdad, si lo es realmente, para desahuciar de ellos con perjuicio de tercero. Y en esta duda, ni se debe asegurar ni negar lo que, después de un largo silencio, reproducen los periódicos.

La lucha entre el gas y la electricidad estaba empeñada hace algun tiempo. El primero se había apoderado de las poblaciones importantes, barreando el suelo para extender sus cañerías, y horadando los edificios hasta introducirse en las chimeneas y cocinas por sus conductos metálicos: las escorias de sus fábricas nos surtían del cok con que calentamos nuestras habitaciones, mientras que la luz eléctrica se consideraba alumbrado lujoso, de escasas aplicaciones industriales todavía.

¿Sustituirá al fin la electricidad á la vela de sebo que aún arde en la buhardilla del pobre? Si esto se consigue, por respetables que sean los intereses que resultan hoy amenazados, tendrían que inclinarse ante la conveniencia general. El carro del progreso no se detiene ante los gemidos de aquellos á quienes aplasta en su carrera.

No parece cierto que se haya presentado la filoxera en la provincia de Salamanca: nos alegramos por los viticultores de aquella comarca laboriosa y por la ley referente á aquella plaga, que probablemente volvería á ser desastrosa. No censuramos á nadie, pero exponemos una consideración á los políticos.

¿Green capture la consideración del país y merecer su apoyo dando tanta importancia, por ejemplo, á un gesto del Sr. Cánovas del Castillo, y enmudeciendo completamente si deja de cumplirse con rápida energía las leyes votadas en defensa de uno de los principales ramos de la riqueza pública?

No respondemos de la anecdota, pero nos han referido que uno de los comisionados para combatir la plaga en otra localidad dijo á su afora:

—Dispon la maleta, porque salgo esta noche para exterminar la filoxera.

—¿Y sabes lo que has de hacer?

—Sólo sé que la filoxera es un insecto.

—Pero ¿cómo se le mata?

—Tengo un medio seguro: apretarle entre las uñas.

De vez en cuando nos molesta la prohibición que tenemos de ocuparnos de los libros que se publican, y una de esas ocasiones es la actual, pues la obra á que nos referimos nos daría probablemente un buen asunto. Conste, pues, que no quebrantamos el precepto ocupándonos de un libro que aún no ha visto la luz cuando escribimos, sino de una cuestión previa, que suscita entre las personas aficionadas á la literatura, la publicación en *La Epoca* de la amena y erudita introducción á la novela griega *Difis y Cloe*, por su traductor, que se firma un aprendiz de helenista. ¿Quién es ese aprendiz que sabe tanto? No se necesita ser muy avisado para conocer el estilo de un maestro. Pero ¿por qué se distraza?

A lo que parece, el traductor, encantado del mérito literario y de la sinceridad benévola de la obra, la ha prestado el concurso de su talento, trasladándola al castellano; pero considerando que ese un bello estudio del desnudo, no se ha determinado á publicarla con su nombre.

Es decir, alza en sus manos la estatua y la expone al público en toda la espléndida moribundia de sus formas, teniendo cuidado, antes de ejecutar su acción, de ponerse una careta.

¿Acaso el sabio traductor lucha entre dos sentimientos contrarios? ¿Cree por ventura que en su acción hay algun punto censurable, siendo, sin embargo, la obra digna de presentarse al público? No lo entendemos así; tiene la convicción de haber obrado bien, pero calcula que acaso no será de su opinión la mayoría, y busca el término medio del anonimato para conciliar sus convicciones y lo que juzga preocupación de los demás. El eclecticismo tiene manera de acomodarlo todo.

Anoche se hablaba de *Difis y Cloe* en mi tertulia.

—Yo no la leeré—decía una señora—y cuando vea al traductor le refiré por lo que debe haber escrito en esa obra.

—La culpa sería del autor Longo, que murió hace muchos siglos.

—No tal; el autor lo escribió en griego para que no lo entendieran las señoras.

Alfredo Escobar, ya que no puede conseguir que se suprima la pena de muerte, desea y propone que las sentencias se ejecuten en los patios de las cárceles, sin más testigos que los presos y las personas que hayan de dar fe y cuenta del suceso. Siempre hemos sido de opinión contraria, pero no estableceríamos polémica, en la seguridad de no convencernos mutuamente. Referirémos otra opinión que oímos en un café hace algunas noches.

Edgar Poe tenía razón; hay en el hombre un instinto dañino, que llamaba de la perversidad, y es necesario darle algun alimento.

—Yo creo en ese instinto, decía un individuo. Por él hallaron los hombres belleza en el horror é inventaron la tragedia; por él crea el poeta personajes inocentes y se complacen en atormentarlos y matarlos; como si no hubiera bastantes crímenes en la realidad, idea otros que no han sucedido, y el público devora con ansiedad esas terribles producciones. Ese instinto reúne á los hombres en reñidero del patíbulo, donde se disputan los sitios más próximos para no perder una sola emoción del tremendo espectáculo. Siento decirlo á ti, que eres optimista; la guillotina, la horca ó el garrote son la tragedia de la noche, para la cual es el cambio un escenario y la ejecución un placer. Y si esto es exacto y la ley no cree conveniente suprimir esa pena, ¿puede en justicia privarse á la multitud de un espectáculo que la atrae y la deleita? ¿Por qué se ha de reservar ese gozo para un público selecto y poco numeroso?

—Calla—le respondió su amigo—ese que dices es bárbaro y repulsivo.

—No lo sé; pero es profundamente humano. Cuando el

periodista recibe la noticia de uno de esos crímenes que exceden á los ordinarios en barbarie, comprende que ha hecho una adquisición para dar interés á su periódico, que se lee con verdadera fruición aquel día: por eso los novelistas franceses, comprendiendo el interés de ese género de narraciones, crearon la novela judicial, cuyo buen éxito ha excedido á todos los demás. El instinto de la perversidad, que á unos les arrastra á cometer el crimen, se limita en otros á regocijarse en la simple lectura de lo que otros realizan, y el instinto de conservación indujo á algunos á buscar un medio de asesinar sin responsabilidad ni temor al castigo, matando en folletines y comedias....

— ¡Calla, calla!
— Mozo, otra botella, exclamó con gesto extraviado el orador....
Nos retiramos: era la tercera botella de ron que se bebía el enérgico.

**

— La temperatura ha mejorado — decíamos ayer á un ingeniero amigo nuestro.
— Voy á medirla — dijo sacando un termómetro de bolsillo, que marcó algunos grados sobre cero.
— ¡Qué prevenido es V. ! — exclamamos.
— Lo soy mucho más aún — respondió, enseñándonos un metro arrollado y el reloj, cuyo dije era un diapasón normal. — Traigo siempre conmigo útil para medirlo todo. Vea V. : puedo medir el calor, el espacio, el tiempo y el sonido....
— Y las costillas — añadimos examinando con respeto su bastón.

José FERNÁNDEZ BREMON.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

Principio intempestivo de los años. — Valor efectivo del cambio de tarjetas. — Admirable previsión de Alphonse. — Deshielo. — Creencia del Sena. — Estragos de la corriente y la inundación. — La beneficencia pública y privada. — Obras de utilidad y embellecimiento. — Líneas telegráficas subterráneas. — Nuevo Hotel de Postas. — Nuevo Museo. — Galería del Hotel Grillon. — Ferro-carril urbano aéreo. — Reparación del pavimento de las vías públicas. — Caja de Ahorros de París. — Minié y Caralli. — Remedio para la tisis. — Aparato para disminuir el consumo, el estómago y la vejiga. — Lámpara eléctrica del hogar. — Aplicación de las sustancias fosforescentes. — Procedimiento para desfosforizar el hierro. — Sustitución de las piedras litográficas. — Notable enterramiento de un mártir de la ciencia. — El sol convertido de dios en sirviente. — Nuevo sistema de calefacción. — Calefacción de vagones de todas las clases. — Rondas nocturnas. — Exposición del Museo del Louvre. — Las sillas de los paseos públicos. — Primer baile en la Ópera. — *Don Quixote, Saucio y Diviciado*. — Lotería franco-española. — Apoteosis de una notabilidad de mala racha. — Representación de obras de Terenci y Plauto. — *La Justicia, Le Recet Social, Le Grand Journal, Le Citoyen*.

Enero 11.

No estuvo feliz la corrección Gregoriana señalando el primero de Enero para el comienzo de los años, y hay que convenir en que el clero y los obispos franceses, como los habitantes de los Países-Bajos, pudieron fundar en algo más razonable que la rutina su resistencia á los mandatos con que Carlos IX y Felipe II impusieron, hace tres siglos, el nacimiento del año en la más muerta de las estaciones. Más racional que el calendario vigente era el de la Convención de 1792, que fijaba el primer día del año cuando el sol pasa el punto equinoccial del otoño; es decir, el 22 de Septiembre: más oportuno el calendario Juliano, que inauguraba el año en 26 de Febrero; todavía más los calendarios de Rómulo, de los árabes y el eclesiástico de los judíos, estableciendo la entrada del año nuevo en Marzo, al comenzar la primavera, y con ella el renacimiento de la naturaleza adormecida, y por decirlo así, atrofiada durante la estación invernal; superior á todas esas fechas, la antigua francesa de 1.º de Mayo, el mes de las galas de la vegetación, de las brisas perfumadas y de las esperanzas halagüeñas. ¿Es esta ocasión á propósito para celebrar la entrada del año, precisamente cuando el termómetro desciende á profundidades aterradoras, cuando apenas hay día, cuando se esconde el sol, y hasta el cielo lúpidio de Madrid desaparece velado por la niebla de las nieblas *besugueras*? Que se lo pregunten á los vendedores de aguinaldos en la plaza de la capital de España y en los boulevares de la de Francia, y ellos dirán si encontrarán preferible para su comercio cualquier estación á los últimos de Diciembre y los primeros de Enero; que escorjan los niños para pasar revista á los juguetes, entre los días crueles que dan á sus rostros un color amoratado, á sus manos ateridas la excrecencia de los sabalones, y la época en que ni hay frío ni calor, en que todas son flores, pájaros y alegría; que se consulte, en fin, á cuantos para felicitar las salidas y entradas de año y para hacer regalos se exponen á contraer catarras, reumas, bronquitis y pulmonías.

Puesto el punto á votación general, creemos que sólo los médicos, los boticarios, los enterradores y los interesados en empresas funerarias optarían por el 1.º de Enero; pero como teniendo de su parte esta fecha trescientos años de ejercicio, la rutina es poderosa y la esperanza de acabar con ella no muy inmediata, las gentes han discurrido una manera cómoda de pasar de uno á otro año, cumpliendo con sus conocimientos, sin exponerse á las contingencias de la estación, sin moverse del lado de la chimenea. Personas que viven frente por frente, en una misma calle, y aun las que, habitando la misma casa y hasta el mismo piso, se encuentran varias veces al día en la escalera, se saludan y se dan la mano, se cambian, por medio del portero, pedacitos de cartulina, imitados de la China, en que imprimen sus nombres, títulos y señas del domicilio. La mayor parte de estos cambios se hacen bajo sobre, por medio del correo, y no suelen estar más justificados; si ese testimonio de recuerdo fuera sincero; si pudiera admitirse como la expresión de un sentimiento efectivo; si la profusión no perjudicaría el carácter afectuoso del envío; si no estuviera reducido á una formalidad banal, que se llena con indiferencia y á veces de mala gana; si el nombre impreso llegara sin ruido, sin ostentación, como prueba renovada de una amistad permanente, significando poco más ó menos lo

siguiente: «Aunque no esté junto á V., no le olvido», la cosa sería admisible, y hasta laudable; pero ¡cuántos de los que con mano distraída echan en un buzón de correos un paquete de tarjetas, obedecen al sentimiento del recuerdo! Muchos confían á una tercera persona un libro de nombres y señas, para que por él extiendan los sobres, lo cual da lugar, en más de una ocasión, á que se dirijan tarjetas á los muertos; no pocos explotan este cambio de tarjetas como pretexto para hacer alarde de nombres, apellidos, títulos, condecoraciones, grados académicos, posiciones oficiales y de las corporaciones más ó menos serias á que pertenecen, y algunos envían tarjetas á las notabilidades de todos géneros, para que se las paguen con otras tarjetas, de que estos incógnitos vanidosos hacen pueril ostentación.

Un diplomático publicó en los periódicos, pocos años hace, una felicitación-circular de entrada de año, declarando que entregaba á la Beneficencia la cantidad que los años anteriores había gastado en el envío á domicilio de tarjetas individuales; el burgomaestre de Bruselas anunció en 1853 que dedicaría á la Beneficencia 50 céntimos por cada tarjeta que faltara para que el primero de año recibiese mil, y pocos días después tuvo la satisfacción de declarar que no habiendo llegado á su poder más que 74, había entregado á los pobres 463 francos; si esos ejemplos tuvieran muchos imitadores, ¡cuántas miserias podrían remediarse en este año de calamidades y escaseces!

Cumplida está la profunda previsión del ingeniero Alphonse, que para desembarazar las calles de nieve esperó á que viniera el deshielo, para lavarlas espera ahora la lluvia, y para que se sequen esperará el sol; éste es, según parece, el último adelanto de la ciencia, que ha esperado la crecida del Sena para medir su empuje amenazador. Casquidos casi simultáneos anunciaron el rompimiento del hielo y la proximidad de la avenida; inmensos témpanos, arrastrados por la corriente, chocaban, produciendo un ruido estridente, se hacían pedruzcos con estrépito, y daban al Sena el aspecto de un río de piedras; las pilas de los puentes resonaban sonoramente al choque de los trozos de hielo; las embarcaciones, los lavaderos y los baños flotantes rompían las amarras y eran juguete de la tormenta, haciéndose pedruzcos con ligübre estrépito; pronto se vió el Sena cubierto de tonces arrancados del depósito de vinos de Bercy; de carbon vegetal, procedente de las lanchas que se habían ido á pique; de puertas, de ventanas, de muebles, de colchones sacados por las aguas de las casas inundadas; de vigas y maderos, cuyo violento curso venía á aumentar el riesgo que corrían los puentes, cuyos arcos eran estrechos para dejar pasar á tan gran cantidad de agua y tan considerable número de fragmentos de todas especies: al lado de un buque de vapor completamente desaparecido, que en pocos minutos se hizo añicos chocando con una pila del puente de la Concordia, flotaba un armario de espejo, en que se ha encontrado ropa blanca, fotografías, obligaciones de la ciudad de París y del *Crédit Foncier*: el río seguía creciendo cincuenta centímetros por hora; oportunamente se prohibió la circulación por el puente de las Artes, que estaba grandemente amenazado; por los de Solferino, del Arzobispo y de María, dejando al paso de carruajes el puente Nuevo y el Real: cerca del provisional de Invalides se fueron superponiendo á un inmenso trozo de hielo multitud de ellos, que llegaron á formar una montaña, impidiendo el curso regular del río y elevándose tres metros en menos de un cuarto de hora; á la presión de aquella montaña el puente cedió, se hundió en una longitud de 50 metros, y la corriente empujó los materiales sobre el puente de piedra en reconstrucción, formando una nueva presa, apoyada en las cimbras, que cedieron también, hundiéndose los arcos con horrible estrépito en medio de una nube densísima de polvo. Las aguas invadieron las casas de las orillas del Sena hasta que se encauzaron entre los muelles, inundaron la isla de San Luis y penetraron en las cuevas, perdiéndose los vinos y combustibles en ellos encerrados; las familias de los marineros y empleados en los establecimientos del río salvaron lo que pudieron de sus muebles, sus utensilios y su ajuar, y los muelles se poblaron de mujeres y niños ascojados, que se instalaron en medio de la calle con lo poco que les quedaba. Por último, cargó al anochecer una niebla espesísima, que aumentó en la noche; las luces del gas no alumbraaban; el Sena quedó invisible, ocultando en medio de tinieblas las desolaciones con que marchaba su paso.

No cubren ya los tejados y las vías públicas la nieve y el hielo; el termómetro subió como en primavera y no ha vuelto á bajar de un modo exagerado; pero á la miseria causada por los fríos extraordinarios se añade ahora la ocasionada por el deshielo y la inundación, que ha roto varias embarcaciones y destruido algunas casas, sembrando la tristeza, la angustia, la escasez y el hambre. Por fortuna no se ha agotado la caridad, que si no puede aliviar por entero tantos infortunios, los atenúa en gran parte. La beneficencia pública y privada, el Municipio y el Gobierno hacen todo lo posible para eso. En los Hospicios, hospitales, cuarteles y restaurantes se ofrecen alimentos sanos y calientes; algunos propietarios de casas perdonan á los inquilinos que pagan poco alquiler el pago del trimestre; á la lotería de cuatro millones de francos para socorro de los desgraciados de París y Mureis se añaden varias ventas y rifas para recaudar fondos de beneficencia, y el Ayuntamiento y el Gobierno se disponen á acometer inmediatamente grandes obras de utilidad y embellecimiento, que proporcionen trabajo á los que de él necesitan.

Las cámaras han concedido al Gobierno un crédito de ocho millones de francos para establecer 965 kilómetros de líneas telegráficas subterráneas, sistema que evitará las interrupciones ocasionadas por la intemperie en este importante medio de comunicación: en París se va á proceder el mes próximo al derribo de las líneas adquiridas para edificar un magnífico Hotel de Postas: en el palacio del Trocadero se va á preparar el nuevo Museo decretado por el Ministro de Instrucción pública; el ala derecha se consagrará á la historia del arte francés; el ala izquierda, á la escultura antigua, constando de una serie de estatuas vaciadas en

yaso, colocadas por orden cronológico, que reproducirán las mejores obras sembradas por Europa, desde las que contiene el *British-Museum* de Londres hasta las de San Petersburgo, sin contar las que encierran el Vaticano, el palacio de los Oficios en Florencia y el pequeño Museo de la Academia de Atenas: en el hotel Grillon, plaza de la Concordia, se prepara también la apertura de una galería de cuadros, que equivale á un Museo: abandonando, por costoso y menos útil, el proyecto de ferro-carril subterráneo urbano, está en vías de realizarse otro aéreo, semejante á los de los Estados-Unidos, que, dejando siempre libres las vías públicas, las descargará del, en algunos puntos, excesivo movimiento que de día en día va dificultando las comunicaciones á medida que se intenta aumentarlas, multiplicando los tranvías, los ómnibus, los carruajes y los vehículos de trasporte: por último, sin contar el gran número de obras que van á acometerse por iniciativa particular, los estragos que la nieve helada ha hecho en las calzadas de macadam y de asfalto comprimido imponen una grande y dispendiosa reparación, que ocupará muchos brazos durante largo tiempo. Las miserias que ha traído consigo el final del año han venido á trastornar el síntoma de prosperidad que revela el estado general de la Caja de Ahorros de París, cuyo capital, durante 1879, ha aumentado 4.350.307 francos y 89 céntimos.

Se despidió el 78 con importantísimas invenciones, y su sucesor no ha querido quedarse á la zaga de él. Con los últimos días ha puesto fin á los dos inventores de instrumentos de muerte: Minié, el autor de la carabina que lleva su nombre, y Caralli, que lo fué de los cañones rayados; el primero ha muerto á los setenta y cinco años; el segundo, á los setenta y dos; ambos han tenido tiempo de saborear el efecto que en la humanidad han hecho sus descubrimientos; más dignos de la gratitud de los hombres son el médico alemán que, con inhalaciones de *natrum benzoicum*, ensayadas en varios hospitales de Austria y Alemania, y ahora en los de París, pretende haber encontrado el remedio supremo de la tisis; el doctor de Drense, que ha hallado medio de iluminar el corazón, el estómago y la vejiga, haciendo visibles las superficies de estos órganos; el infatigable Edison, que parece haber resuelto el problema del alumbro eléctrico, perfeccionado y económico; el profesor, también norteamericano, que ha desarrollado la aplicación de las sustancias fosforescentes; el procedimiento para desfosforizar el hierro, y hasta el descubrimiento japonés para servir del barniz de la laca en reemplazo de las piedras litográficas; los Krupp, los Minié y los Caralli emplearon su ingenio en anticipar al mayor número la muerte y las tinieblas de la tumba; los otros, en devolver la vida, difundir la luz y ensanchar las aplicaciones de las ciencias. Admiramos el valor como quítera que se manifiesta, aunque sea con intervención de los cañones y las carabinas; pero admiramos sobre todos el valor científico, porque es modesto, porque es constante, y porque conduce á la muerte, sin que conduzca las más de las veces á la gloria.

París ha sido esta semana teatro una vez más de un acto heroico y de una ceremonia conmovedora; George Hebelin, interno del hospital San Eugenio, ha muerto en los albores de la juventud, de resultas del croup, contraido á la cabecera de los enfermos infantiles á quienes prodigaba sus cuidados; próximo á pagar cruelmente su abnegación científica, fue condecorado con la cruz de la Legión de Honor, que no ha podido colocarse sino sobre su ataúd: el Ministro del Interior, el Prefecto del Sena, los altos funcionarios de la Beneficencia, el Presidente del Consejo municipal y otros personajes oficiales, con una inmensa concurrencia, han acompañado los restos de Hebelin, á los cuales hacían los honores de ordenanza el 130.º de línea. Bien merece que contribuyamos á extender el nombre de este mártir generoso, que aumenta el catálogo de los que exponen la vida á sabiendas, todos los días, y un año y otro año, y espionando los progresos de las enfermedades, procurando combatirlas ó aliviarlas cuando no pueden vencerlas, ofrecen su sangre para las transfusiones, chupan las úlceras, se exponen á las picaduras anatómicas, no retroceden ante ningún peligro, y mueren con harta frecuencia al contagio del croup, de las anginas y las viruelas.

Seguridad, comodidad, sencillez, economía, duración, tales son las condiciones de la lámpara eléctrica de Edison, el inventor del fonógrafo: compónese de un globo de cristal, á que acometen dos conductores de platino, unidos á una máquina eléctrica generatriz y reunidos por un quemador, que se hace incandescente por la influencia de la corriente eléctrica que le atraviesa; el globo está completamente vacío y herméticamente cerrado; el quemador de que se sirve Edison es un pedazo de papel, mejor dicho, el residuo del pedazo de papel calcinado. La lámpara produce, según dicen, una luz brillante, que recuerda la del sol poniente en un día bueno de otoño; cuesta menos que el gas, y alumbra mucho mejor que éste y todos los demás sistemas de alumbro por medio del petróleo, el aceite, etc.; los aventaja á todos en regularidad, y despiden un calor tan tenue, que no ofrece riesgo alguno de incendio; finalmente, su precio es tan reducido, que está al alcance de todas las fortunas. La electricidad, adoptada ya para el alumbro en los buques, completa con la lámpara de Edison la revolución á que estaba llamada, desterrando de las habitaciones, como de los despachos, los talleres, las fábricas y las calles, los quinqués, las lámparas de petróleo y aceite, las bujías, los mecheros de gas y todos los medios usados por la generación actual para ver de noche. Nada menos que á vencerla aspira este siglo, no en balde llamado de las luces. La propiedad que tienen varias sustancias de convertirse en fosforescentes, absorbiendo la luz y devolviéndola en forma de claridad más ó menos viva, inspiró la idea de los relojes luminosos recientemente inventados; el éxito de esos juguetes despertó el pensamiento de aprovechar la luz del día para almacenarla, de obligar al sol á alumbro de noche; de las esferas luminosas se ha venido á parar á las lamparillas, á los llamadores de las puertas, á los pasamanos de las escaleras, que permiten andar, llamar y moverse sin dificultad por habitaciones absolutamente privadas de

alumbrado; después se han aplicado las sustancias fosforescentes á los papeles pintados, á las pinturas de los techos; ahora, á los números de las casas, y dentro de poco, á las fachadas de los edificios. Si hay quien considere este nuevo progreso como una utopía, que reflexione lo que hace cincuenta años habría parecido la idea del telégrafo submarino comunicando en minutos la palabra entre Cuba y la Península, y lo que hace dos años no más se hubiera dicho de quien presintiera el fonógrafo. Es de advertir que el precio de las materias fosforescentes es casi nulo; es decir que, bajo el punto de vista de la economía, la ventaja es considerable. ¡Cálculense la de que las calles y los monumentos lleguen un día á iluminarse por sí solos á medida que se produzca la sombra de la noche! ¡Después de inundarnos el sol con su brillante luz, ¿nunca la prestará de noche! Los antiguos le adoraban como un dios; más prácticos y menos supersticiosos los contemporáneos, imaginan hacer de él su servidor. Leídas estas cosas en países donde cada cual sigue aún encendiendo su chimenea ó su brasero particular, uno que cuesta caro y da resultados medianos, la propensión á la duda sobre la eficacia de las innovaciones es casi general; leídas donde se ha encontrado el medio de calentar una ciudad entera con poco gasto, en Chicago, por ejemplo, donde el calor se distribuye á las casas de modo que cada cual puede establecer la temperatura que le plazca, sin más que abrir ó cerrar un grifo como los del agua y el gas, no hay á las maravillas de la ciencia las finestras prevenciones que tanto contribuyen á aplazar su adopción y á malograr sus frutos.

Algo importante se hace aquí en punto á calefacción; en las principales estaciones de los ferro-carriles se han de establecerse los aparatos necesarios para calentar los carruajes de todas las clases, renovando los caloríferos cada tres horas á más tardar. Hablemos de otras novedades. Desde 1.º de Enero ha empezado á funcionar el nuevo servicio de rondas nocturnas, de las doce de la noche á las ocho de la mañana; toda persona detenida será inmediatamente interrogada por el comisario inspector; si el caso es grave, la detención se convertirá en arresto; si no, después de declarar las señas del domicilio, se la dejará libre; así queda completamente garantizada la libertad individual y no sucederá que detenidos inocentes pasen noches enteras en los puestos de policía. Ha vuelto á abrirse al público el Museo del Louvre, cerrado momentáneamente porque, al deshacerse las nieves acumuladas sobre las claraboyas, el agua empezó á filtrarse por entre los cristales, comenzando á deteriorar algunos cuadros. En medio de la crueldad del invierno hay quien se acuerda de las sillas de los paseos durante el verano; el derecho de colocarlas en los Campos Elíseos, el Bosque y los paseos de aquella zona ha sido adjudicado en 51.500 francos; el de establecerlas en los demás sitios públicos, en 19.120. Anoche se celebró el primer baile de máscaras en la Ópera, que estuvo muy concurrido. Para el cuarto, dado en el Tivoli, se ha organizado una gran *folie carnavalesca*, que se titula: *Don Quichotte et son jodelo Sancho* á la *recherche de sa Dulcinée*. De tal manera se venden los billetes de la lotería franca española, que el primer día de la emisión hubo necesidad de que los guardiases de la *Pair* ordenaran la cola de compradores.

Una venta de objetos en el hotel Dronot ha llamado estos días la atención. Hace algunos meses murió una mujer, que tuvo otro tiempo cierta celebridad; después de haber dado mucho que hablar durante su vida, apenas mereció á su muerte más que la noticia del fallecimiento, seca como un acta de defunción; razón había para eso, porque conviene callar ante una tumba que se cierra, cuando el silencio es la sola forma posible de respeto á la muerte. No fué, sin embargo, completo; á pretexto de la venta de los objetos que pertenecieron á aquella mujer, ciertos periódicos frívolos, que especulan con lo ridículo, sin reparar en su índole, publicaron artículos escandalosos, en que presentaban á la difunta como una especie de heroína. No estampáramos su nombre, pero bosquejaremos los rasgos que la elevaron á la categoría de notabilidad. Nunca se supo de dónde vino á París, pero pronto se conoció á dónde iba; después de caer en gracia á algunos literatos, cierta elegancia en los modales, cierta vivacidad en la palabra y un tanto de travesura hicieron que se distinguiera de otras mujeres semejantes á ella; aunque no muy bella, logró la celebridad del escándalo. Una vez en esta posición conspicua, dió comidas, en que se encontraban hombres políticos de opiniones opuestas, que acababan, después de los postres, por hablarse al oído; gracias á aquella mujer, más de un ministro logró atraer á su partido á más de un miembro de la oposición; fué negociadora hábil entre los que tienen interés en comprar las conciencias y los que se prestan á venderlas. Cara á cara, de hombre á hombre, hay pactos que los más osados no se atreven á proponer, porque, aún no espantando la cosa, anota la palabra que la significa: la mujer en cuestión, que había perdido mucho tiempo hacia ese pudor (y los otros), fué el conducto de los malos pensamientos, estipulando, naturalmente, su corretaje. Vieja ya, aún continuó, ó procuró continuar, en su oficio, y se mezcló en negocios financieros; más de un empréstito francés nació en su comedor, entre la fresa y las ananas; más de una sociedad por acciones fué imaginada en su tocador, y más de una familia quedó arruinada por causa de las diferencias que produjo en Bolsa el juego de aquella individuo con hombres de negocios demasiado ingeniosos y capitalistas despreocupados en demasía. Con los años aquella mujer fué adquiriendo una especie de respetabilidad, que hacía mirar como cosa natural el mal que seguía haciendo, después de los males que había hecho, ni más ni menos que sucede á las manchas nuevas que caen sobre un traje sucio: fué una personalidad parisiense no despreciada en demasía, y después de morir ha habido periódicos que han querido hacerla objeto de curiosidad, de simpatía, y aún de cierta admiración. Sin tomar el papel de moralistas impertinentes, reconociendo que un pueblo maduro no puede ostentar las virtudes atribuidas á las razas primitivas, y que las costumbres de París no han de ser las de Méjico cuando fué descubierta, nos parece escandaloso que haya quien intente rodear de una especie de aureo-

la una memoria, para quien el mayor favor era el colorido.

Dejando los teatros para otra quincena, dirémos, sin embargo, que al cerrar ésta empieza en el de las *Nations* la representación de dos obras latinas de Terencio y Plauto, precedidas de una conferencia de Mlle. María Deraismes sobre el teatro latino. Las hojas de los árboles aparecen en primavera, pero las hojas periódicas salen á luz con preferencia en el otoño y el invierno; ahora están á punto de brotar, casi á la vez, *La Justice*, *Le Reveil Social*, *Le Grand Journal*, *Le Citoyen*.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

CRÓNICA GENERAL.

La muerte del gran orador forense y parlamentario Julio Favre es una pérdida irreparable para la causa de la República francesa, á la que había prestado el concurso de su talento y su palabra durante medio siglo. De todos los méritos que adornaba esta época de controversia, ninguno tan estimado y recompensado moralmente como el de la elocuencia; hay siglos cuyos oradores no dejan apenas rastro en la memoria de sus contemporáneos; ¡cuántos Cicerones sin fama habrán alzado su voz, extinguiéndose el efecto de sus magníficas oraciones al perderse los últimos ecos de su palabra en las bóvedas de templos ya ruinosos! Feliz el orador á quien correspondió nacer en el siglo XIX: la taquigrafía recoge esos ecos y la imprenta los multiplica y perpetúa; sólo le falta que, perfeccionándose el fonógrafo, transmita á la posteridad el acento, la entonación, la energía y el color de la palabra (1); podrán morir olvidados y oscurecidos en nuestro tiempo hombres de altas prendas, hoy menos atendidos, pero no los atletas del palenque principal en que fija la vista, ávida de luchas y emociones é interesada en el combate, la apasionada muchedumbre.

Julio Favre era uno de esos hombres de lucha, y manejaba con fuerza y maestría el arma del combate moderno. Sus defensas forenses impresionaban profundamente los ánimos cuando la importancia del asunto y la expectación general le determinaban á hacer alarde de sus fuerzas; sus discursos en el Parlamento agitaron con frecuencia los ánimos revolucionarios en el período de su juventud, y mantuvieron el calor de sus ideas democráticas en los últimos tiempos del imperio. Ministro de Estado después de la caída de Napoleón, consiguió, en combinación con Mr. Thiers, pactar la paz con el emperador Guillermo, y á pesar de sus tradiciones parlamentarias, de su larga historia política, de sus antecedentes revolucionarios y su capacidad y elocuencia, el antiguo secretario de Ledru-Rollin vió encumbrarse á mucha mayor altura hombres de menos talla, facultades y servicios.

Biógrafos hostiles le tachaban de sañudo, vengativo y antipático; un periódico le llamó Marat arrepentido, y hasta le hacían cargos por lo poco agraciado de su rostro; pero le concedían cualidades de hombre generoso, bienhechor y honrado en la vida de familia. Difícil es averiguar desde tan lejos lo que haya de exagerado ó exacto en estas referencias, sobre todo tratándose de un hombre de partido, que, como tal, tendría enemigos numerosos. De lo que nadie duda, estando conformes todos sus biógrafos, es de la superioridad de su talento, de la fuerza de su dialéctica, y de su gran altura como orador y hombre político. Su reputación universal hace de la noticia de su muerte el hecho más notable de cuantos la crónica registra en estos días.

..

Las negociaciones entabladas por el Sr. Moreno Nieto para componer las diferencias que existen entre el Sr. Cánovas del Castillo y las minorías retraidas no debían producir, y efectivamente no produjeron, resultado satisfactorio; el Sr. Moreno Nieto necesita para lucir sus facultades y talento un terreno más franco y despejado, y su leal sinceridad no puede salir airosa en las sinuosidades y recodos de la política hábil en que Gobierno y minorías se batan á muerte armados de alfileres. Es indudable que en lo que pueden decirse mutuamente en público los unos y los otros no hay gran ocasión de enfado y controversia; esto hace gravísimo el problema, por la dificultad de tratar y discutir lo que no puede decirse.

(1) Ya no hay duda: aunque el fonógrafo de Edison no sea el fonógrafo del porvenir, ha demostrado que una máquina reproduce y guarda exactamente la voz del hombre. Yo creo que ese instrumento, insuficiente aún, está incompleto; es decir, que su imperfección actual no consiste tanto en el rudimentario del procedimiento y en los malos materiales que emplea, como en que se halla en la misma situación que el la fotografía solo hubiese descubierto la plancha negativa. Es difícil explicar con claridad las ideas que se refieren á invenciones completamente nuevas como ésta: procuraré hacerlo del mejor modo posible.

El acto de hablar se verifica emitiendo el sonido hacia el exterior; sin embargo, también se puede hablar hacia adentro, en el momento de la inspiración; es decir, al revés y como metiendo en el cuerpo las palabras. La voz que resulta hablando de ese modo es hipona, imperfecta y no reproduce ciertas letras, y otras las reproduce doblemente; defecto que se nota en el fonógrafo. ¿Será que este solo haya encontrado todavía la plancha invertida, es decir, la negativa de la palabra, ó por decirlo así, el revés del eco que recoge? Exongramos esta duda á los físicos, por si se dignan tomarla en consideración y comprobarla, pues soy admirador de ese maravilloso aparato, cuyo perfeccionamiento me entusiasma al que lo consiguiere, y que tantas aplicaciones puede tener, como comprenden meditando en ello seriamente todos los personajes colectivos. Si así fuese, sería preciso continuar el desarrollo, buscar lo para el fonógrafo los ecos hipónicos. Ahora mi idea sea errónea, pero nada se pierde en estudiarla. *La Unión Industrial*, uno de los primeros periódicos de Europa que suscribieron y creyeran el descubrimiento, podría, con la gran competencia de su director, el Sr. Alcover, manifestar si son imaginarias estas dudas.

En una cuestión filosófica, en un tema político franco y despejado, el Sr. Moreno Nieto luchará en primera fila contra los más fuertes adversarios; pero tratándose de mandar una guerrilla parlamentaria, la práctica del Sr. Alonso Martínez, el talento del Sr. Romero Ortiz, la astucia del señor Márton y la habilidad del Sr. Conde de Xipena tenían necesariamente que triunfar: la circunstancia de haber sido el senador moderado quien contribuyó con más eficacia á evitar la discusión que deseaba el Sr. Moreno Nieto, tiene gran significación para el conocimiento de los partidos españoles. El partido moderado parece el más ofendido por el Sr. Cánovas del Castillo. Este sabrá si, en efecto, la queja es justa ó no.

El Congreso español ha elegido su Presidente, por una buena votación, al Sr. Conde de Toreno, Ministro de Estado, que llega, joven aún, á una posición política destinada en todos los países donde existe el sistema representativo á los primeros oradores parlamentarios, á las más altas capacidades, á los políticos eminentes y á los hombres notables encañados en el servicio de la patria: posición política que se concede á menudo en España á personas de menos representación individual, quizás porque se atiende, antes que al brillo del puesto presidencial, á cálculos políticos cuya clave ignora el público. Y no aludimos al caso actual, sino que hacemos, por desgracia, reflexiones generales.

Faltaríamos al respeto que nos merecen los lectores si omitiéramos en la Revista, al hacernos cargo de este hecho, la extrañeza con que fué acogida la noticia de la elevación del Sr. Conde de Toreno, no porque su lealtad y su aptitud para el cargo, sino porque su candidatura se manifestó de repente y sin designación previa de los círculos parlamentarios, en donde la opinión prepara estos ascensos, fijándose en la posición especial y condiciones de los hombres. El Sr. Conde de Toreno había desempeñado en los Ministerios anteriores la cartera de Fomento, la menos política del Gabinete, y no había podido, por lo tanto, realizar ningún acto de esos que destacan al individuo entre sus compañeros de Gobierno, poniéndole en aptitud de representar un Parlamento, hasta que, sobreviniendo la última crisis, siguió al Sr. Marqués de Orozco en su retirada del Gabinete presidido por el general Martínez Campos; acto sencillo de adhesión al Sr. Cánovas. ¿Podía considerarse suficiente mérito parlamentario para obtener la Presidencia? Y si el actual Gabinete se considera continuación del anterior, ¿era de esperar la elevación al primer puesto de la Cámara de uno de los Ministros que significaban una disidencia que estuvo á punto de dividir la mayoría, cuando aquel político formaba parte del Gobierno y no había precisión de satisfacerle?

Decimos esto para justificar la sorpresa con que se recibió la candidatura del Sr. Conde de Toreno, y que no se achaque á otros motivos aquel sentimiento de extrañeza política, mucho más cuando no tenemos animosidad de ningún género contra el nuevo Presidente del Congreso, que personalmente nos merece verdadera consideración, y á quien sus servicios á la monarquía y el título que lleva colocan naturalmente en los altos puestos del Estado.

Los periódicos se han ocupado en estos días, y era natural, de la dimisión del Sr. D. Juan Cervera, á cuya dirección se deben, no sólo notable aumento de la renta de alumnas, sino la honrada y activa persecución del alto contrabando, sin debilidades ni contemplaciones. No conocemos ni aun de vista al digno funcionario de que hacemos especial mención por la notoriedad de estos servicios y la reputación de integridad é inteligencia que le da la opinión pública; pero nos creemos en el deber de lamentar su dimisión, motivada, y esto es lo cierto, por el quebranto de su salud, antes vigorosa, y resentida por un asiduo é impropio trabajo.

Por lo mismo que no tenemos el honor de ser amigos particulares del Sr. Cervera, y que no se puede achacar nuestra indicación á ningún móvil interesado, nos creemos en el deber moral de consignar que, á nuestro juicio, si el Sr. Cervera insistiese en retirarse, haría buen efecto que el Gobierno le significase de algún modo visible la estimación en que tiene sus méritos y servicios evidentes, para estímulo de funcionarios honrados y expansión de los que se inspiran en la rectitud.

Hay en el fondo de esta sociedad una aspiración ideal que satisfacer, honrando á la probidad, ya que la indiferencia de los hombres de bien da tanta osadía á los malvados.

Ha muerto en Barcelona un novelista y autor dramático cuyas vicisitudes contribuyeron tanto como sus escritos á darle á conocer. No deja en realidad ninguna obra notable, aunque no carecía de ingenio y agudeza, porque la necesidad de atender á su subsistencia con el producto de su pluma privaba á sus trabajos de la meditación y estudio que requieren las obras importantes. Don Antonio Altadill era un hombre agradable en su trato, y de viveza y alegría singular. Nominado gobernador de Murcia en 1873, se vió complicado involuntariamente, según nos refieren personas imparciales, en la sublevación de Cartagena, y fué conde nado á muerte, pudiendo fugarse á Francia, donde residiría algún tiempo en Perpignan, hasta que un indulto le permitió regresar á su país.

Si su nombramiento de gobernador nos pareció justo en aquella época, dada su lealtad y servicios á la causa entonces vencedora, no dejó de causarnos extrañeza su aceptación, conociendo su carácter independiente y contrario á los deberes y fórmulas oficiales. Su condenación á muerte nos pareció absurda é inconcebible. No podíamos acostumbrarnos á la idea de ver convertido en reo aquel amigo alegre, de pequeño cuerpo, cuyos gestos graciosos eran la diversión de su tertulia, y que, políticamente, habría hecho tal vez un disparate, de los muchos que vemos cometer, pero que estaba lejos de ser, moralmente, un criminal.

El pobre Altadill ha fallecido; la ley le había respetado, y una pulmonía ha cumplido su sentencia. No le dedicamos

un párrafo luctuoso y campanudo, porque, en su sencillez y buen humor, desde la otra vida se reiría de nosotros.

Después de Altadill, Cándida Dardalla. Fué una de las damas jóvenes que parecían de más porvenir hace algún tiempo: recordamos haberla aplaudido mucho en el desempeño de muchas obras, especialmente las de Egúiz. Hubo un largo paréntesis después. El gusto había variado los cuadros teatrales y el género dramático; la primera actriz que vimos hace dos temporadas en el Español estaba fuera de su centro; los teatros de Madrid habían sufrido una transformación ajena á sus estudios, y seguía un rumbo distinto del que le marcaban sus aficiones y talento.

Cándida Dardalla tenía gran sentimiento y condiciones artísticas que no fueron bien utilizadas la última temporada en que la vimos trabajar; en provincias, donde podía libremente representar su repertorio propio, conocían y estimaban mejor á la inteligente artista que acaba de morir, joven aún, en Barcelona; noticia que supimos con verdadera pena.

Volvamos la cara hacia los vivos.

Carolina Civili, cuyas hermosas facultades, cuya sensibilidad é inteligencia todos conocen, y cuya modestia y sencillez hemos tenido ocasión de admirar, está en Madrid. Un rumor, por desgracia algo fundado, nos advierte que, fatigada por las contradicciones y obstáculos que ha sufrido en la empresa titánica de adquirir la nacionalidad artística que bien merece su laboriosidad y su gran entendimiento, es posible que abandone nuestra patria, para buscar en América lo que niega Madrid á su buena voluntad. ¿No hay autores á cuyas obras convenga aquella figura de mujer, capaz de interpretar desde las pasiones más enérgicas hasta la más delicada gradación de los sentimientos suaves?

Si Carolina Civili abandona nuestra patria, á lo menos cumpliremos el honrado deber de la protesta contra esa pérdida y ese abandono inexplicables.

Entremos en el baile de máscaras que da la Sociedad de Escritores y Artistas en el teatro de Apolo. El maestro Breton no es, entre los vocales de la Junta directiva, el más asiduo á las reuniones, y en verdad que se lo pierde, pues si las Juntas en el local de la Sociedad, cuya sala decora una modesta mesa de conector, símbolo de las aspiraciones literarias, no son muy divertidas, en cambio el gabinete del Presidente, donde se celebran las juntas mensuales, hace volar la fantasía por todas las naciones y las épocas históricas: ídolos chinos y mejicanos, platos árabes de reflejos metálicos, estilos romanos, grupos de antigua porcelana de Sajonia, áforas, monedas que parecen trozos de herraduras, y objetos de arte, tan variados y extraños, que no se pueden mirar sin cicerone, embargan la atención y producen un deleite extraordinario. Es un departamento del famoso museo del Sr. Romero Ortiz, cuya descripción necesitaría un congreso de sabios.

Pero si el maestro Breton rehuye juntas, lo cual no le censuramos, en cambio, cuando se trata de reunir una buena orquesta y dar un baile ó un concierto benéfico, entonces hay que darle las gracias; allí está al frente de su orquesta, que convita á oír más que á bailar; saludémosle y entremos en el tropel bullicioso de las máscaras.

—Ya ves que estoy enterado de toda tu vida—dice una tapada á un caballero.

—Es verdad, y me asombra que sepas ciertos detalles....

—Todo se sabe en este mundo.

—¿Quién eres?

—Tu conciencia.

Miramos aquella máscara; era negra.

También nos dieron bromas algunas mascaritas, haciéndonos comprender nuestra dolorosa decadencia: nos hablaron de literatura y de política. Esto es preferible, sin embargo, á la conquista que hicimos en el primer baile á que asistimos.

—Me esperan, y necesito retirarme—decía la muchacha.

—Pero ¿nos veremos mañana?

—A las cuatro.

—¿Dónde?

—En el billar.

La máscara era un compañero de colegio.

El baile de beneficencia dado en el salón del Conservatorio fué notable: los cronistas aseguran que había políticos, grandes de España, generales, artistas y literatos célebres; no cometimos la descortesía de reparar en ellos teniendo delante tantas caras hermosas y gargantas que podían servir de modelo al escultor más delicado.

Vimos bailar rigolones de ochenta parejas en aquel salón hermoso: era un ejército maniobrando, y admiramos sus evoluciones, diciéndonos: «Este baile merecía ser mandado por un general de división.» Encajes, sedas, blondas, perlas y diamantes, esencias, músicas y voces argentinas, producían en los sentidos la impresión atargadora de un narcótico suave.

La viciosa garganta nos recordó que había llegado la hora de fumar, y entramos con disgusto en un cuarto pequeño, donde sólo había hombres; pero, por fortuna, el humo condensado formaba una espesa nube y no se les veía.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

No necesitaba el *Times* justificar, en términos suaves los más, la retirada de las tropas británicas que operan en el Afganistán, hacia las fronteras que nunca debieron traspasar, obediendo a una política prudente. Pero si no la efectuaban en la actualidad, más adelante lo harían en peores condiciones, no obstante el valor y la superioridad de su ejército, comparado con el de aquellas tribus belicosas. La disciplina con que pretenden disimular el fracaso no pasa de un pretexto: las tropas se replegan sin derrota, ántes que la hostilidad general corte las comunicaciones de unos cuerpos con otros en una línea extensa y peligrosa; y en cuanto á lo de dejar libre al país de elegir un soberano, cuando el general Roberts ha tenido prisionero al rey legítimo, es contemporizar y resignarse con lo inevitable. Tomada la capital del reino y hecho un castigo público en satisfacción de la grave ofensa que recibió Inglaterra en la persona de su representante, sólo peligros y conflictos podía esperar con la ocupación de un país lejano e irritado. Pero hoy, que obra con previsión tomando precauciones, no es momento de censurar lo que hace tiempo creíamos prudente.

¿Tendrá algo que ver esa retirada con los reuelos que produce en toda Europa el aumento del ejército prusiano? No sería buena ocasión la de un conflicto internacional en nuestro continente para tener empeñada una guerra difícil en el corazón del Asia. Esto no es asegurar que peligre con evidencia la paz europea, sino inclinarnos del lado de aquellos que tienen por síntomas desfavorables para mantener la las precauciones militares del Príncipe Bismarck. Ya la generosa indiferencia que mostró aquel hábil político en el Congreso de Berlín dió qué pensar á la diplomacia: ya la alianza austro-germana hizo cavilar á los Gobiernos de París y San Petersburgo; no es extraño que toda Europa, fija atentamente en Berlín, donde hoy se deciden los acontecimientos magnos de la paz y la guerra general, considere con temor el refuerzo injustificado del primer ejército del mundo.

Un amigo nuestro, persona muy pacífica, se quejaba á un prusiano de los grandes armamentos que obligan á gastar improductivamente una buena parte de su riqueza á todas las naciones, y ponderaba la conveniencia de un desarm general.

—No es posible—respondía el prusiano al optimista—los límites geográficos actuales están muy lejos de ser definitivos: las naciones se arman en razón de los peligros que prevén y los recursos con que cuentan, de lo cual resulta la misma desigualdad y diferencias que si en un grupo de individuos expuestos á refir, los que tuviesen pocas armas pudiesen á los demás eso desarmar, teniendo unos revolver y otros humildes cortaplanes. Prusia tiene un Heilmington, y no debe tirarle aunque otros arrojen al suelo sus garrotes.

El Orovio de Grecia, es decir, el Ministro de Hacienda de aquel reino, tiene un nombre que fatiga á los telegrafistas: se llama, sílabas más, sílabas menos, Papanichalopoulos. La aspiración de Grecia á ensancharse resulta justificada, para contener con algún desahogo ese apellido.

La concilio de la dignidad está disuelta, y las minorías retraídas, satisfechas con las explicaciones dadas en el Congreso por el Sr. Cánovas del Castillo, á instancias del señor Posada Herrera, han vuelto á las Cámaras, que no debieron haber abandonado. Nos han hecho el mismo efecto que el marido de una señora, amiga nuestra, que á cada disputa conyugal abandonaba su casa, yéndose á vivir á una fonda, esperando que su señora le llamase; pero como esto nunca sucedía, el arrepentido esposo volvía al hogar sin ser llamado. Hace pocos días, el Sr. Cánovas del Castillo dió en el Senado explicaciones suficientes para que cesase la abstención de las oposiciones, y no cesó. Otro discurso análogo en el Congreso las ha determinado á concluir el retraimiento, cuando el ningún resultado del primer discurso nos había hecho creer que ese procedimiento no bastaba para satisfacer su dignidad. Meditando en la malicia que entraña tan incomprensible diferencia, nos parece que ha de ser muy profunda, porque, abundando bastante, no hemos podido hallarla todavía. Pero nos alegramos de que el conflicto haya terminado.

La hora, la dignidad, el decoro, todas esas entidades del sentimiento escrupuloso no son á propósito para tomar acerca de ellas acuerdos colectivos. La dignidad sometida á votación tiene inconvenientes: el más grave de todos es que no haya unanimidad en el acuerdo, pues los votos contrarios empujan necesariamente ese cristal tan delicado cuando lo que se vota es, si al tomar un acuerdo, se cumple ó no con la dignidad.

En cuanto al gesto del Sr. Cánovas, queda retirado.

Algunos han censurado al Sr. Posada Herrera por usar, en su interpelación al Sr. Cánovas, en vez del tono solemne que quiza pide explicaciones, un lenguaje humorístico y gracioso: no estamos conformes. Cuando se trata de arreglar á personas que han reñido, es más eficaz y suave, y permite entrar con mayor desahogo en asuntos personales, una mezcla delicada de lo serio y lo burlesco, mucho más cuando en el fondo de la cuestión lo grave y lo cómico están diluidos en iguales proporciones. Ello es que el discurso fué discreto y agudo, y sobre todo tuvo la principal condición política que puede exigirse á la mejor oración parlamentaria: logró el resultado que se propuso el orador, y permitió tratar serena y dulcemente la difícil cuestión del carácter del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, á quien la fama, en oposición á muy altas cualidades, acusa de algunos defectillos.

El Sr. Cánovas no los ha negado, ni siquiera los ha pue-

to en duda, como hizo el protagonista de una comedia de Serra, el cual, como todos sabemos, no creyendo á la fama, interrogó á su asistente, obteniendo una respuesta desconcertadora, que ha evitado la franqueza del Sr. Presidente del Consejo. Esta declaración, pública y solemne, de un defectillo, parece como su sanción legal, y resulta peligrosa; la viveza de carácter, consiguada de ese modo, viene á ser como una propiedad insignificable del individuo, que puede usar de ella públicamente.

Los hombres notables de todos los países tienen, por decirlo así, el derecho del desahogo en público, lo cual nos parece natural. O'Donnell no contenía en el Parlamento las verdades duras que se le venían á la boca; Narvaez, que era más liberal, en el fondo, de lo que generalmente se afirma, alarmaba alguna vez á sus ministros con improvisaciones patrióticas; el infortunado Prim gustaba de lanzar retos en el Parlamento. Un hombre eminente, el Príncipe Bismarck, ha producido verdaderas tormentas en las Cámaras. Y la verdad es que si el canciller alemán no hubiera podido desahogarse de un modo tan solemne, dada la fuerza impetuosa de su genio potente, ¿dónde se hubiera desahogado? Figurémonos un león, obligado durante el día á hacer saludos políticos á otras fieras, que le hostigasen cruelmente, como hacían sus adversarios con el Príncipe Bismarck. ¿Quién se encerraría luego con el león para bajar en su despacho?

¿Tienen los mineros de Huelva el derecho de ahumar á sus vecinos? En vista de las diversas opiniones que se han emitido al disentir este punto, no sabemos ya si es una ventaja ó un inconveniente para los habitantes de las regiones mineras el que se les obligue á tragar el humo, por lo cual no tratáremos este oscuro asunto. ¿Hablaríamos de la adjudicación del Noroeste, pendiente del concurso verificado en cumplimiento de una ley? El Gobierno vacilaba entre dos proposiciones, una francesa y otra española. Pero, aclarado el punto por el Sr. Marqués de Salamanca, la opinión ya no vacila, reduciéndose la cuestión á esta pregunta de absoluta sencillez:

¿Conviene regalar á una Empresa centenares de millones y darle la explotación de una de las líneas más importantes de España, sólo para que gaste en concluir la cincuenta ó sesenta millones?

La cuestión se simplifica todavía más en esta forma. Alemania, Italia y otros Gobiernos de Europa tienen, como cuestión de seguridad, á que las líneas férreas sean propiedad del Estado. Si, como es probable, otro Gobierno español quisiera seguir esa política prudente, ¿qué indemnización se exigiría del Gobierno para que éste pudiera entrar en posesión de la línea que hoy va á ceder por no gastar unos cincuenta millones? El valor total de la línea en explotación no bajará de mil millones.

Por último, todo el mundo comprende que se trata de un gran negocio, y sería de muy buen efecto que ese negocio le hiciera la nación.

Una nueva ley de empleados ha proyectado el Sr. Durán y Más, tan caprichosa, que de aprobarse desaparecería muy pronto, sirviendo únicamente para estorbar en la colección legislativa. Los aspirantes á los últimos puestos ingresarán por oposición; pero á los subsecretarios y gobernadores les bastará haber sido diputados ó senadores varias veces. El derecho de los que lo tienen hoy, por haber sido empleados con las condiciones legales que se exigen á su ingreso, desaparece ante la nueva ley. En estas solas bases, que exponemos á la ligera, se observan dos principios detestables.

1.º Que los individuos de ambas Cámaras, á quienes el país encomienda únicamente la misión de legislar, se concedan á sí propios derechos en la carrera administrativa, lo cual no es delicado, ni justo, ni conveniente.

2.º Que nieguen á los demás que no han ejercido sus destinos cierto tiempo, un derecho adquirido y respetable.

Y 3.º Que la ley resulte, por el tiempo que exige de ocupación de los destinos ó de permanencia en las Cámaras, hecha á propósito para favorecer á los amigos de la situación dominante.

Para sentar estas bases absurdas, se pretende perturbar todo el país, reduciendo provincias, audiencias y hasta universidades. No creemos que resista al menor análisis ese proyecto desluchado, que conteniendo tan malas teorías, lo peor que tiene está en la práctica.

Coincidiendo con los rigores de la estación, la criminalidad ha recrudecido también sus horrores en España. ¿Acaso la tristeza del horizonte, el malestar físico, las privaciones que se experimentan en los días crueles del invierno, influyen en los ánimos propensos al mal, decidiéndolos al crimen, y embotan la sensibilidad? Las bebidas excesivas con que se combate el frío, ¿son agentes que adormecen al espíritu, impidiéndole que vigile á la fiera interior del hombre? Cuando ésta, encadenando el alma, logra mandar en el cuerpo, no hay monstruosidad que no cometa. La fiera se ha soltado hace algún tiempo.

Dos familias degolladas, una niña de pecho pisoteada por una mujer, un joven arrojado al fondo de un río con una roca al cuello, y un capitán muerto á sablazos por su propio asistente.

Este último delito, el más reciente, el ocurrido más cerca, impresionó á Madrid profundamente, por lo excepcional del caso, y por calcularse desde luego su desenlace, dada el rigor y la rapidez de la justicia militar.

En efecto, por regla general, el asistente, con el trato y el respeto que infunden las jerarquías en la milicia, profesa á su amo un cariño que tiene algo de filial; así es que hechos como el tristísimo de Vicálvaro afectan doblemente, como crímenes en sí y por romper una creencia. El oficial y su asistente constituyen una especie de unidad, y no la voluntaria asociación del amo y el criado en la vida civil,

que se deshace con una sola voz: forman aquéllos una familia de familia militar, compuesta de padre é hijo.

Aplicando el criterio común á los delitos militares, el corazón protesta á menudo del rigor ó la rapidez con que se castigan; pero oyendo la autorizada voz de todos los que saben prácticamente lo que son ejércitos, inclinamos la cabeza. Y no nos referimos especialmente al hecho de Vicálvaro, pueblo que era ya de triste celebridad para la disciplina. La organización militar tiene condiciones peculiares y monótonas, que no permiten aplicarle las leyes de la sociedad civil, formada con todos los elementos de la naturaleza humana. La dureza de sus leyes especiales acaso nos aterra; pero teniendo en cuenta que no sólo contribuyen á mantener su cohesión, sino á impedir que sea nociva para la sociedad civil, debemos considerarla con respeto.

La dura ley se ha cumplido. No nos fijemos en el hombre que la puso en brevisimo tiempo de soldado obediente á un condenado á muerte por homicidio de su jefe; porque entónces, detestando el crimen, nuestra naturaleza humana sucumbiría en presencia de aquel terrible y rápido infortunio. Fijémonos en las reglas que regulan las fuerzas colectivas, y entónces veremos serena y tristemente un hecho doloroso, pero natural.

Los locomotora marcha á toda máquina; un hombre se ha puesto enfrente, y el tren ha pasado por encima. Nadie ha podido remediarlo.

Reemos por la víctima del crimen y la víctima de la ley.

Mientras la industria resuelve lo que hay de verdad y fantasía mercantil en la cuestión magna del alumbrado eléctrico, afirman ya que el insustituible Edison ha hecho un descubrimiento nuevo, que si no es ficción telegráfica, podría llamarse la lámpara maravillosa, toda vez que consiste en una luz eléctrica portátil. Si fuese cierto, el petróleo, el gas, la esperma, y hasta el sebo humilde, desaparecerían del consumo, sustituidos, no por otras sustancias análogas, sino por una fuerza sometida á un mecanismo de que no podemos hablar, por la sencilla razón de que el inventor no ha revelado su secreto. Comparando la hermosura del alumbrado gratuito del día con el coste excesivo de cualquier otro de los conocidos, no es extraño que Edison aspire á introducir en nuestras casas luces muy claras y económicas en competencia con el sol. Hoy nos asombra la idea de esas lámparas; ayer nos maravillaba la invención extraordinaria de los fósforos, que sin auxilio del ascua de fuego, iluminaban de repente las alcobas en la oscuridad de la noche, con sólo restregar sus diminutas cabezillas en una superficie áspera. Mañana se reírán de nuestras dudas, cuando, con sólo mover un botón del aparato, se ilumine la habitación con luz eléctrica, que no da calor, ni macha, ni se apaga con el aire.

Edison es el Julio Verne de lo real, el Lopo de Vega de la ciencia por acciones.

Si de la encantadora, pero peligrosa traducción de *Défina y Cloe*, han expurgado de ciertas impurezas clásicas, sólo entre literatos puede halarse, á pesar de un prodigioso estilo, no sucede lo mismo con la última novela de D. Pedro A. de Alarcón, titulada *El Niño de la Bola*. La prensa ha tocado á vuelo para anunciar su aparición. Nela diríamos de ella, porque no podemos decir nada de los libros, pero faltaríamos á un deber de cronistas si no incluyéramos la noticia entre los hechos literarios importantes. Además, sería en nosotros ridícula pretensión poner el visto bueno en las obras de un maestro, ni recomendar con nuestra humilde firma un libro que lleva firma tan ilustre. Lo que nos corresponde lo haremos con placer: deleitarnos con su amena lectura y estudiarle.

Ahora, que se trata de establecer en Madrid cocinas ó fondas económicas para el pobre, tiene actualidad la noticia que da la *Gazzetta d'Italia* respecto á las de Roma, que son seis, fundadas las cuatro primeras en 1877 por la Sociedad católica titulada *Círculo de San Pedro*, y las dos últimas, hace pocos días, por órden de Su Santidad. Con qué milagros de economía se consiguió el resultado, no lo dice el periódico: ello es que por treinta céntimos se da á los consumidores una ración de sopa de arroz ó pasta, tan abundante, que puede dividirse en dos; una ración de carne y otra de florecitos gramos de pan; raciones que se venden sueltas á diez céntimos, y por cinco media ración de sopa, lo bastante para alimentar á un convaleciente.

Desde luego la cocina económica necesita el capital de la caridad, sin rédito, porque no es una especulación y no debe dar ganancia: en Roma guisan gratuitamente las hermanas de la Caridad; hacen todos los menesteres del servicio, trinchando la carne, distribuyendo las raciones y ocupándose en las demás tareas culinarias, los socios del expresado *Círculo*, que se disputan el placer de aquella obra de misericordia, cubriendo sus trajes elegantes con el mandil y el gorro blanco.

¿Qué institución tan humanitaria, conveniente y piadosa podían establecer en Madrid, imitando las de Roma, personas acaudaladas y caritativas, con la cooperación de todos los que se asocian siempre con placer para realizar los nobles pensamientos!

Un capitalista, amigo nuestro, económico hasta sacrificarse al ahorro, nos excita para que propaguemos esta idea.

—¿Daré V. algo para realizarla? le preguntamos.

—¡Imposible! soy tan pobre.... Pero ayudaré al sostenimiento de esas fondas; prometo ser su parroquiano mientras viva.

Perceará una idea egoísta la de aquel sujeto, y es, por el contrario, un rasgo de sensibilidad y filantropía, pues si la caridad logra dar de comer al pobre por treinta céntimos, en avareza ha hecho el milagro de permitirle comer por algo menos. Frecuentando las fondas económicas hará un

gasto supérfluo en beneficio de esa piadosa institución, practicando la caridad en una forma microscópica é imponderable para los demás, sensible y pesada para él.

—Si—añadió después de haber vacilado un instante—pueden contar con mi asistencia. Quiero decir que ese exceso de gasto lo haré seguramente. Me haré la cuenta de que doy propina al cielo.

Si esos establecimientos prosperasen en Madrid, veríamos con frecuencia á los políticos pasar rápidamente de la cocina económica á la fonda de París.

Un ciudadano de los más modestos podía saborear diversos y variados placeres por la módica cantidad de 2 reales:

Comida.	30 céntimos.
Tranvía.	10 »
Periódico.	5 »
TOTAL.	45 »

Quedan para vicios cinco céntimos. A voluptuosidades de esta índole las llama un amigo nuestro orgías universales.

—¿Saben VV. si se establecen pronto esos hoteles? nos vuelve á preguntar nuestro amigo, el capitalista pobre.

—Hombre, ¡si no nos da V. tiempo de escribirlo!

—Esa que me halla en un grave apuro. Se casa mi única sobrina y quiere que sea su padrino: es costumbre en esos casos dar una comida ó un almuerzo.... tal vez á veinte personas.... Y no sé si debo autorizar el matrimonio.

Comprendimos al instante la idea del avaro, é hicimos la cuenta de memoria. Veinte convidados, á treinta céntimos, son seiscientos céntimos.

Establecidas las cocinas económicas, el banquete de boda, para veinte personas, le costaría seis pesetas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

La granja de Folie-Regnault. — *Les bois de justice*. — Museo repugnante. — La cuchilla de la guillotina. — Acciones horribles. — Ejecución de Prevost. — La ejemplaridad de la pena capital. — Experiencias sobre el cuerpo del ajusticiado, en la Escuela de Medicina. — Inhumaciones de la cabeza de Adela Blondin. — Desarrollo de prisiones celulares. — Reformas en la *Almoge*. — Unificación de la hora. — Ensamblajes. — Decoración pictórica de edificios municipales. — Biblioteca gratuita á domicilio. — El nuevo catálogo. — Donativos al Museo Cluny. — El nuevo Museo que va á crearse y el que se podría organizar en Madrid. — Las *bois de justice*, y el perro del hortelano. — Batallas del invierno en la vegetación. — Desastres causados por el Sina. — El puerto de París. — *Parti en action*. — *Jurnal*. — *Ex homme à plat*. — *Moniteur de Belgique*. — *Le fils de Corralle*. — *Dianora Escalé et Co*. — Otra vez las conchas y concheros. — *Gitanas y tajes con la cara tatuada*. — *L'insolent*. — El colmo del realismo.

Enero 26.

Hay en la calle Folie-Regnault, cerca de la Roquette, entre las casas señaladas con los números 40 y 44, una especie de granja aislada, cuya única puerta conduce á un patio y un cobertizo alumbreado por una claraboya ovalada; aquel local, depósito de *les bois de justice*, hablando en términos curiales, de la guillotina, para decirlo con más cla-

ridad, constituye también un singular museo. El primer objeto que llama la atención es un gran carruaje cerrado, que sirve después de las ejecuciones para conducir los cuerpos de los ajusticiados al cementerio de Ivry, vulgarmente llamado *Champ de Noyes*; ocupan el fondo del tinglado cajas y cestos que han recibido las cabezas y los troncos de multitud de criminales; junto á estas reliquias, y otras más repugnantes aún, que no es fácil explicar para qué se conservan (la tabaquera de uno, el chaleco de otro, los zapatos de éste, la blusa de aquél, y un montón de harapos procedentes de diversos ajusticiados, que sirven á los criados del verdugo para limpiar de sangre la guillotina), hay una pila de pedazos de madera, resto de guillotinas sin uso: al otro extremo está la piedra en que la víspera de las ejecuciones afilan con esmero la cuchilla los ayudantes del verdugo; las escaleras de doce peldaños de los antiguos patibulos, suprimidas hace ya años, pintadas de rojo como el patíbulo mismo, y varias cuchillas, cada cual con su hoja de servicios; la que los terminó cortando la cabeza del médico envenenador Lapommeraye; la que dejó de prestarlos con la muerte de Troppman, y otras más antiguas y más célebres, señaladas cada una que sirvió para decapitar á Luis XVI, María Antonieta, Danton, Clénier y Carlota Corlay, llamaban *Le Couteau du Roi*; es la única que tiene cuatro botones en vez de tres, y mucho más ligera que las en uso ahora. La claraboya de que hemos hablado fué durante muchos años un indicio seguro para los habitantes del barrio, cuando á media noche veían en ella una débil claridad, señal de que los criados del verdugo preparaban *les bois de justice* y una cabeza iba á caer en la plaza de la Roquette; pero cuando la ejecución de Troppman fué tal la aglomeración de curiosos y el escándalo durante varias noches, que para evitar su reproducción, la autoridad mandó ocultar la claraboya reveladora, como al fin se hizo, aunque no encontrando en el distrito alfilerío que quisiera desahuciar aquel trabajo, tuvo que servirse de otros, huecos en barro opuesto, callándoles además el sitio á que se les conducía; así quedaron los aficionados á presenciar las ejecuciones sin indicio del momento en que se realizan.

Su pasión por este horrible espectáculo es tal, que, buscando otro, se veían vagar una noche de la semana pasada, en torno del lúgubre local que acabamos de describir, no pocos individuos esperando el instante en que se abriera la puerta y saliera el carro tirado por un caballo, que conduce la guillotina al sitio en que ha de armarse. Los curiosos más intrépidos esperaron hasta las tres de la mañana, en que se abrió la puerta; sobre ella se les ahora: *Local à louer* presentemente, porque los propietarios, que son los herederos del último verdugo, han desahuciado á la Administración de justicia, que pagaba 1.200 francos de alquiler anual. Por la misma razón que fué difícil hallar alfilerío que ocultaran el tragaluz, es más difícil todavía encontrar quien arriende ninguna finca para que en ella se instale el depósito de la guillotina, y habrá que recogerla en la cárcel de la Roquette.

A la misma hora ocupaban la plaza de este nombre fuertes destacamentos de guardianes de la paz, que hacían inútil la diligencia de los curiosos, manteniendo despejadas todas las cercanías de la cárcel; á las tres y media quedaba armada la guillotina; al dar la primera campanada de las siete cuía la cabeza de Prevost, el reo de que tanto se ha ocupado París. Sus abominables crímenes son de aquellos para los cuales no se encuentra disculpa; mató dos veces y mató para robar, envenenó y con premeditación; mutiló los cadáveres de sus víctimas y dispersó sus restos en las alcantarillas; guardian de la paz pública, agente de la ley, se colocó en la posición de los más infames criminales que los anales del crimen mencionan: á haberle indultado, hubiera sido imposible volver á levantar el patíbulo; desgraciadamente no hubo indulto, porque aún impera el principio de que hace falta la muerte *legal* como castigo ejemplar; pero es el caso que estas muertes jurídicas, frimiento hecho por la sociedad, no parecen ejercer influencia muy provechosa en los ánimos, ni contribuir gran cosa á inspirar respeto á la vida humana. El mismo día en que se guillotina á Felipe, el asesino de mujeres públicas, un individuo que había presenciado la ejecución se dirigía de la plaza de la Roquette á la Cité, y otro continuaba señalando á su padre: apenas ajusticiado Billoir, se cometió en Marsella un asesinato, seguido de descuartizamiento, sistema que ha tenido después varios imitadores, uno de ellos Prevost: el día siguiente de la ejecución de este guardián de la paz, otro guardián de la paz, Monespas, ha perpetrado con su revólver una triple tentativa de asesinato: parece que, por una terrible verdad psicológica, lejos de ser eficaz la ejemplaridad de la pena de muerte, la sangre provoca más efusión de sangre, como si la sociedad que mata incitara á matar. Apenas muerto Prevost, un furor condujo á gran velocidad sus restos á la Escuela de Medicina. Allí fué colocada la cabeza en el tronco, y el cuerpo, así reconstruido, moldeado hasta la cintura; después se establecieron varias pilas eléctricas; las que se aplicaron á las rodillas produjeron ciertos estremecimientos; la aplicada al estómago, efectos inesperados y sorprendentes; el rostro se contrajo, los ojos recobraron casi la apariencia de la vida, las orejas se movieron, y el cuerpo entero se agitó como el de quien experimenta una violenta emoción. Estas experiencias han venido á confirmar la opinión, ya formulada después de las recientemente practicadas en el cadáver de Prunier, de que la muerte por decapitación es instantánea. De allí fueron conducidos los restos de Prevost al cementerio de Ivry, en el momento en que, por extraña casualidad, llegaba también para ser enterrada la cabeza de Adela Blondin, una de sus víctimas, reclamada por sus parientes al tribunal que ha sustanciado la causa.

Cuando se ejecutaba á Prevost se abrió en el Ministerio del Interior la sesión anual del Consejo superior de cárceles, y se acordaba favorecer el desarrollo del sistema celular, ya establecido en París, en Mezas y una parte de la *Sexté*, y en cuatro departamentos, que van á ser imitados por otros varios: colocar á los criminales en la imposibilidad de hacer daño es un derecho y un deber social, pero parece inconsecuencia monstruosa matarlos para probar que ma-

tar es un crimen. Acabando de una vez con este lúgubre asunto, que por lo ruidoso se impone á esta *Quincena*, señalaremos curiosas reformas que van á plantearse en *La Margue*, el depósito de cadáveres encontrados en la vía pública: de los trajes se formarán paquetes, que estarán á disposición de los parientes del difunto por término de tres meses; cada paquete será preclutado, numerado y clasificado por orden alfabético, á fin de encontrarle así que se reclame; se establecerá un servicio fotográfico, que en muchos casos facilite y abrevie las investigaciones judiciales, por ejemplo, cuando se trate de una persona asesinada, que no haya podido ser identificada convenientemente.

Asimismo ahora á otro género de reformas. En seis puntos de la ciudad se han establecido ya esferas que marcan por segundos el tiempo medio, conforme al regulador del Observatorio, y pronto se multiplicarán por todos los barrios. En la plaza del Carrusel, ya cercenada por las barracas para albergue provisional de las oficinas del *Hôtel de Ville*, se están levantando otros para desahogo del servicio de correos, mientras se realiza la construcción de que ya hemos hablado. De otros ensanches debemos también dar cuenta: del que se proyecta para los diversos servicios de la Escuela de Bellas Artes; del que va á acometerse en la Sorbona, reconstruyendo la residencia de las Facultades de Ciencias, Letras y Teología; del que van á recibir las plantaciones de árboles en los boulevares y paseos, y del que experimentarán muy pronto las estrechas calles de *Notre Dame des Victoires*, y otras varias, insuficientes para la circulación actual, así como las cercanías de la Estación de San Lázaro. Pasado mañana se abrirá la Exposición de las obras presentadas al concurso para decoración pictórica de seis edificios municipales, *maisons* y escuelas; en una de éstas, la del undécimo distrito, se ha abierto, por vía de ensayo, una biblioteca que presta gratuitamente los libros á domicilio.

Al leer estos días que Mr. Liéville acaba de legar al Estado una magnífica colección de objetos artísticos, documentos históricos, autógrafos, instrumentos, armas, muebles, cerámica, etc., del período revolucionario, y que esto interesante donativo á servir de base á la creación de un nuevo Museo próximo á organizarse, no pudimos menos de pensar en lo que en España podrían hacer si fuéramos más cuidadosos de cosas de ese género. Merced á laudabilísimas aficiones de un hombre ilustrado, hoy en Madrid una y numerosa colección de objetos históricos grandemente importantes en varios conceptos. Como de propiedad particular, sólo la conocen los que tienen el gusto de tratar á la persona que á costa de trabajo y de perseverancia los ha reunido, ó los que, desearos de estimarlos, se deciden á molestarse para obtener un permiso que está siempre pronto á conceder. Pero el Sr. Romero Ortiz, entusiasmado por los recuerdos históricos, no presenta señal de ser avaro de ellos; si hubiera en España quien pensara seriamente en hacer lo que se está preparando aquí; si la Administración pública, que tanta política menuda hace, encontrara importante la creación de un Museo político, y ofreciera al Sr. Romero Ortiz lo que de derecho le corresponde, una sala que llevara su nombre, la primera, parecemos que no había de poner obstáculo á que el pensamiento se realizase cuanto antes, prestándose generosamente á poner á disposición del público lo que hoy es de su propiedad; y si al frente de ese Museo se colocara al mismo Sr. Romero, con facultades para reclamar y concentrar la multitud de objetos, propios de un instituto semejante, que se hallan arrumbados por varias partes, ignorados y en peligro de perderse, seguro es que, sobre la base de la ya rica colección á que aludimos, se formaría sin tardar mucho un excelente Museo, que los donativos y legados contribuirían á hacer copioso, porque en estas cosas lo principal es empezar, que después el desarrollo se produce espontáneamente en gran manera.

Pero ¿qué esperanza puede haber de que se fije la atención en tales nimiedades, estando siempre en tensión para mantener el importante y fecundísimo paguito de personalismo en que empleamos toda la vitalidad que nos queda! Oímos referir días há que la Sociedad del Jardín de Aclimatación de París, apreciando las cualidades climatológicas de las islas Canarias, decidió formar una Estación principal en una zona de la Orotava, tierra privilegiada, que dentro de una extensión reducidísima, pero de muy diversas alturas, permite aclimatar las plantas y los animales de las más diversas regiones: la Sociedad accedió, hace ya años, al Gobierno español, proponiéndole el arriendo de la zona á que aludimos, y ofreciendo, á más de no alquiler no despreciable por lo que nada produce, ejemplares de plantas y parejas de animales vivos con que poder formar gratuitamente en la Península lo que tanta falta hace, un jardín de aclimatación. La respuesta fué una negativa, fundada en que el Gobierno se proponía formar por al la estación: han pasado desde entonces muchos años, durante los cuales la suma recaudada por el arriendo, caso de haberse aceptado, ascendería á algunos miles de duros, y lo que importaba más, podríamos contar, sin desmentirlo apenas, con un magnífico jardín aclimatador, que tantos beneficios está llamado á producir; no hay para qué decir que, perseverantes en nuestro sistema de remediar al perro del hortelano, ni hemos hecho ni hemos dejado hacer nada en Canarias ni en parte alguna de nuestro territorio. Ahora bien; los rigores de este invierno han ocasionado grandes desastres en los puntos de Francia destinados á la aclimatación; en el más famoso de ellos, por lo suave de la temperatura, en el Loire inferior, no lejos de las costas bretonas, en el Jardín de Nantes, que permite ordinariamente dejar los arborescentes á la intemperie, este año las camelias han sido destrozadas; las azaleas se han helado; las dos *arecacia*, que pasaban por ser las mejores de Europa, han perecido; los laureles de diversas especies, los *viburnum* y las hortensias han quedado malparadas, y hasta un cedro ha sido dañado por el hielo. Después de esto, ¿de qué buena voluntad se acogería una emienda del error cometido negándose al establecimiento de la Estación aclimatadora en Canarias! Pero ¿acaso no seguiríamos nosotros en el propósito de crearla por nosotros mismos.... así que tengamos tiempo para ocuparnos de esas cosas baladíes!

Va haciéndose luz sobre otros desastres ocasionados por las nieves y los hielos. Ha mejorado el estado del Sena, que se halla ya encauzado en su lecho; pero la navegación continúa ofreciendo no pequeñas dificultades; esta huelga obligada causa perjuicios considerables á los trabajadores que viven de las transacciones en los treinta puertos del Sena, en que 30.000 embarcaciones vienen á desembarcar anualmente seis millones de toneladas de mercancías de todas clases, vinos, carbones, cereales, leñas, materiales de construcción, etc., etc. Según el informe del servicio de navegación, los perjuicios ocasionados por el Sena, únicamente á su paso por París, no bajan de 3.500.000 francos, sin contar los del puente de los Inválidos, estimados en 300.000, ni las 42 grandes embarcaciones, lavaderos y baños flotantes que se han ido á pique.

No merecen más que una ojeada las novedades teatrales. Coloquemos en primer término la revista *Paris en actions*, una de las más agradables que se han presentado hace años; escenas divertidas, rasgos picarescos trazados con gracia y ligereza, lindas coplas, buena ejecución y *mise en scene* esmerada; tales son los elementos de esta obra: empieza explicando un gran banquero belga á un suscriptor cándido, que le escucha pasmado, combinaciones colosales para convertir en acciones todo el comercio de París, reservándose hacer luego otro tanto con los arrabales, los departamentos, y por último, con el extranjero; después desfilan la aparición de *Nana*, un duque y una marquesa que dialogan en estilo naturalista, y una colección de recuerdos de actores, actrices, músicos y cantantes conocidos. En *Chateau d'Eau* se ha estrenado *Israel*, drama, ó más bien tragedia, en prosa, y no de la mejor por cierto; se trata de la lucha de los Macabeos por la libertad de Judea; desgraciadamente no está compensada la falta de condiciones literarias de esta obra por un desarrollo rápido é interesante del asunto; *L'homme à plume*, comedia en tres actos que Barbier ha dado al Odeon, no es, propiamente hablando, más que el estudio de un carácter, una investigación moral y psicológica, que demuestra grandes dotes de observación. *Monsieur de Barbiere*, pieza que, gracias principalmente á los actores, ha hecho reír en *Palais Royal*, tiene poco de original y nada de edificante. La mejor obra nueva es, sin duda, los *Fils de Coralie*, por Alberto Delpit, sacada de una novela, como ahora es de moda, pero esta vez sin que lo parezca, dispuesta con habilidad, bien escrita y admirablemente representada por los actores del Gimnasio. Dedicando Mr. Crescent en su testamento un premio anual para la ópera cómica cuyo libreto y música merecieran la preferencia, hizo seguramente una cosa digna del aplauso de todos los amigos del arte; pero si hubiera podido asistir al estreno de *Dianora*, premiada en el último concurso, es posible que hubiese decidido variar la forma de su legado, buscando medio mejor de fomentar la producción de la música dramática; el libreto es malo, y las notas á que ha dado origen, dignas de él. Cluny ha puesto en escena *Bancale et Cie*, drama en cinco actos, que tiene de todo; historia de saltimbanquis que roban un niño; asesinatos; herencia; hijo reconocido; castigo de los culpables; con estos jalones cualquiera podrá reconstruir fácilmente el drama entero, y tal vez dándole más novedad que la que brilla en éste.

Tenemos en campaña una nueva *troupe* española; por supuesto, no dramática ni de zarzuela, sino eternamente de tocadores de guitarra, cantadores y cantadoras, no de jotas aragonesas ó valencianas, no de muñeiras ó de zorriceros, sino siempre de aires de Andalucía, región que parece tener por misión única propagar la idea de que España es un país en perpetuo jolgorio y holganza, cuyos habitantes todos hallan medio de andar vestidos de colorines sin tomarse la pena de trabajar para comprar las telas. Esta incessante propaganda de una España falsa justifica la explicación que encontré una niña para la inverosimilitud de que un sujeto, con quien su padre acababa de hablar, fuera español, puesto que se vestía como todos los europeos. «Es imposible, decía la chica; ni lleva calzon corto, ni redecilla, como todos los españoles que he visto por ahí.—Pues, sin embargo, es español legítimo, le contestó el padre.—Vamos, replicó la niña, habrá mudado de traje al entrar en Francia, como hacen los japoneses.» El espectáculo, que dura tres horas, se compone de dos cuadros: *Un Domingo en la playa de Málaga* y *Una Tertulia después de los toros*; este último no se diferencia del primero más que en la decoración; interrúmpelos otro cuadro, *Una Plantación en Cuba*, en que las gitanas y majos aparecen con la cara tiznada de betún. Estos sesenta expedicionarios de ambos sexos se presentaron hace pocas noches en el teatro del Ateneo, y se han trasladado ya á la sala Tailor, con probabilidades de que no sea ésta su última mudanza.

Esta noche se estrena en el teatro *des Nations* el drama en once cuadros, de Gellia, titulado *L'Inquisition*; los títulos de los cuadros prometen: *El Anillo de Carlos V*; *El Asesinato*; *Los Dos hermanos*; *La Hora de la muerte*; *El Puente del Arlanzón*; *El Contrato de boda*; *La Taberna del Arca de Noé*; *La Pieza de Tormento*; *El Calabozo del presidio*; *El Gran Consejo de Castilla*; *El Claustro del convento de las Huélgas*. Debieran fusionarse, para mayor lucimiento, los dos espectáculos que acabamos de mencionar; los cantadores y bailarines ganarían, tomando parte en la taberna del Arca de Noé y demás escenas del drama, que ganaría á su vez, intercalando algunas escenas de navaja y presidio, hechas con todas las reglas del arte: funcion tan sabrosa podría emplear, como legítimo aliciente, un reclamo calcado sobre el que acaba de usar un periódico húngaro para anunciar la novela que, con el espeluznante título *Traicionada por un cadáver*, está dando en su folletín. «Un deber de humanidad, dice el periódico, nos obliga á advertir á nuestros lectores que la primera aparición de esta novela en Inglaterra ha ocasionado numerosos casos de monomanía y enajenación mental, suicidios, toma de hábito religioso en los conventos, y muchas enfermedades nerviosas.»

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

CRÓNICA GENERAL.

Verdaderamente la República norte-americana es un pueblo singular: llega un agitador irlandés, Mr. Parnell, á Washington en busca de socorros para aliviar la miseria de su país, y además para excitar la opinión en favor de sus tendencias políticas, y la Cámara le ofrece su salón de sesiones para que dé una conferencia. Este acto insólito é innecesario de protección oficial en perjuicio del Gobierno de una nación amiga prueba, además de lo caprichoso de las costumbres en aquel Estado, la falta de temor que les ha inspirado siempre la política inglesa, tan susceptible en ciertos países, tan contemporizadora en los Estados Unidos.

Pero lo notable que hay en este escrito es la enorme cantidad con que encabeza la suscripción á beneficio de los irlandeses *El Herald* de Nueva-York, cuya espléndida Empresa se ha suscrito por cien mil duros, regalo regio que indica, no sólo la prosperidad de aquel periódico, y el desprendimiento de sus propietarios, sino su gran instinto periodístico. Los diarios, elementos de publicidad y circulación, viven, como los teatros, de las emociones que despiertan en el público, y la



producida por *El Heraldo* ha debido ser simpática y profunda. ¿Qué irlandesa, y hay muchos millares en los Estados Unidos, no se creará obligada moralmente a preferir la lectura de *El Heraldo*, que es interesante, á la de cualquier otro periódico? Si este rasgo filantrópico es una especulación, la verdad es que, por lo gallarda y atrevida, merece el favor público; y si es un rasgo de pura humanidad, hay que consignarle con aplauso y con asombro.

Asomémonos al Congreso para escuchar el elogio que hace del general Martínez Campos el orador constitucional Sr. Leon y Castillo, en nombre de su partido. Nos parece natural. El general conservador había resultado ser el más avanzado de todos los monárquicos, colocándose sin querer en la izquierda de la Cámara, y el Sr. Leon y Castillo le aclamaba.

—¿Será el Espartero del porvenir?—decía un antiguo miliciano.

—¿Ha fallecido el General?—preguntaba un curioso.—Porque el orador había de aceptar su herencia.

—¿Y qué herencia es?

—Los constitucionales no lo saben aún: el Sr. Orovio tiene los papeles.

—Entonces—respondía un curial—habrán aceptado la herencia á beneficio del inventario.

No hacemos política, como ya dicen casi todos: damos bosquejos de los hechos que caracterizan á esta época. Un partido carece de bandera; un general tiene bandera, pero no la ondea porque no quiere ser jefe de partido; al verla en el suelo las constitucionales, alzan el palo, que sólo tiene un jirón rojo; un adversario suyo, el Sr. Orovio, saca del pecho otros jirones que se llevó enganchados de un botón de su uniforme de ministro, y pregunta á los del palo: ¿Conoceis estos colores? (Los constitucionales no responden.) ¿Sabeis qué significan? (Momentos de confusión.) Pues es el lienzo que completa vuestra propia bandera.

—Cuando hablo el Sr. Sagasta, todo se explicará naturalmente—nos dijo uno de esos partidarios que siempre ha tenido la suerte de procurarse aquel distinguido republicano.

—¿Tanta fe tiene V. en él?

—Tanta, que si jugando á los dados sacase su adversario los números mayores, creería que el Sr. Sagasta había de repetir el milagro de San Bernardo.

—No le conozco.

—Es muy sabido. «Viajando el santo Abad de Claraval se encontró unos clérigos de mala vida, talmes famosos, que se burlaron del Abad y su modesta comitiva. San Bernardo los amonestó, sin éxito, á que abandonasen aquella profesión y le siguiesen para hacer penitencia.—Padre Abad, le dijo el clérigo más perverso, que hacia prodigios con los dados: basta de sermones, y juega, si quieres, mi salvación contra la mula que montas.—Acepto, respondió el Santo, puesto que no hay otro medio de obligarte.»

«Sacó el talur tres dados, los agitó en el cubilete, volcándolos en la mesa, y cada ficha marcó un seis. Había hecho diez y ocho tantos, el número mayor que puedo hacerse con tres dados.»

«Iba el logo á desengancharle la mula para entregarla, cuando San Bernardo le detuvo diciéndole:

«Aun no he tirado yo.»

«Y el Abad, agitando por primera vez en su vida un cubilete, echó también los tres dados del clérigo en la mesa; todos se quedaron asombrados: había hecho veintitres tantos.»

—¿Cómo pudo ser eso?—preguntamos al narrador.

—Dos dados á seis hacen doce tantos, y el otro dado se había roto y enseñaba á la vez el seis y el cinco.

—Perrinito V.—repuso un diputado ministerial: esos milagros sólo los hace ya el Sr. Cánovas del Castillo.

No quisimos intervenir en la cuestión.

Un suscriptor de Santiago de Chile escribe al Director de este periódico una carta importante, de la cual nos parece que debemos tomar algunos párrafos.

«Antes de despedirme, por ahora, de V., Sr. de Carlos, me es muy grato anunciar á V. que veo muy próxima la hora en que desaparecan las desavenencias que han existido entre España y mi patria. La conducta observada por la colonia española en esta ciudad, y sobre todo, de la colonia española en Iquique, dando sepultura por su propia cuenta, y arrojando la antipatía general de los peruanos, al cadáver del más heroico de nuestros soldados, al inmortal Arturo Prat, ha empeñado la gratitud de todo el pueblo chileno. Toda la prensa de mi país ha aplaudido calurosamente la conducta de estos generosos españoles, pidiendo para ellos un premio en armonía con la generosa acción.»

«Este paso dado, Sr. de Carlos, por los Sres. Eduardo de Llanos, como presidente de la Sociedad española de Beneficencia, y sus compañeros, ha abierto la puerta para que en breve se establezcan negociaciones que establezcan la amistad entre países que, hoy más que nunca, debían estar ligados por lazos de una amistad indisoluble.»

Sólo nos toca añadir una consideración. Queremos la paz con Chile como la tenemos con el Perú y Bolivia; pero también deseamos que termine la guerra cruel con que hoy se destruyen unos á otros esos países, que todos son hermanos nuestros.

A las siete de la tarde del lunes último se dignaron SS. MM. y S. A. R. la serenísima señora Princesa de Asturias recibir con gran benevolencia á la Comisión de poetas, presidida por el Sr. Cánovas del Castillo, que iba á presentar tres ejemplares de *El Libro de la Caridad*, volumen poético, cuya edición ha sido costeada por el Rey en beneficio de las víctimas de la inundación. La historia, la legislación y la política no han dejado tiempo al Sr. Cánovas para cultivar con desahogo la amena poesía; pero invitado por la Comisión organizadora del libro á colaborar en aquel

álbum, halló entre sus papeles una composición inédita con que mezclar con las demás firmas del libro su firma respetable; también aceptó gustoso la presidencia de la Comisión de poetas, que presentó con los Reyes y Princesa con exquisita cortesía. El aprecio con que SS. MM. y A. recibirían á los escritores se puede calcular por su inflexión á las letras y el rememorar de todos los que representaban á la poesía: creemos que pertenecía allí el puesto de decano al Sr. García Gutiérrez, el autor de *El Trovador*, *Simón Bocanegra*, *El Rey Monje*, *Juan Lorenzo*, *Crisólida* y *Mariposa*, y de todo un teatro que no morirá nunca; Zorrilla, el último de los trovadores, el prodigio de la fantasía poética y el cantor de lo tradicional; Campoamor, el inventor de las Dolores y los Pequeños poemas, filósofo á la vez y gran poeta de suave escepticismo; Castejón, el humanista, el crítico terrible, el de la sátira acerada y la severa y académica forma; Nuñez de Arce, el gran poeta de hoy, que será también el de mañana durante muchos siglos; Gillo, que encuentra en las sílabas que combina notas musicales que nadie sospechaba; Ileranz, el autor de *La Virgen de la Lorena*, *Honor padre y madre*, *Perla* y *La Mejor conquista*, teatro de exquisito mérito, que le ha valido tantos triunfos ruidosos y legítimos. He ido citando, por edades, los poetas, sin saber si he cometido algún ligero anacronismo, para venir á parar en el Sr. Rada y Delgado, el que se lleva todos los premios de los certámenes poéticos, el iniciador de la idea, el que ha organizado los trabajos, y en su increíble actividad ha hecho en *El Libro de la Caridad* cuanto no han hecho los poetas; es decir, concebirlo, pedir los versos y los recursos, corregir las pruebas, organizar el trabajo, cuidar de la edición y reparirla, por lo cual le corresponde la principal parte de su mérito.

Una justificación debemos al público por haber asistido á aquel acto solemne: la prensa está en todas partes, y nos tocó en suerte aquel día el billete de la prensa.

Parecía un estreno, y era mucho más. Era la continuación de un triunfo escénico obtenido hace cerca de medio siglo; acaso del más ruidoso que consigna la crónica del teatro contemporáneo; la representación de *El Trovador* tenía el carácter de una apoteosis de su autor ilustre, y el Sr. Calvo había elegido bien para hacer el gran autor dramático la solemne demostración pública que se le tributó en la escena del teatro Español: hay dos dramas proféticos para el Sr. García Gutiérrez: el drama de su corazón, *El Trovador*; el de su cerebro, *Juan Lorenzo*; éste contiene en versos magníficos, de admirable estructura y grandiosa sencillez, todas las lecciones de la experiencia del hombre; aquél es la obra de la inspiración, de la inexperiencia y de la juventud, y algunas de sus escenas fueron llamadas más bien que escritas en el papel; pero no se sacaron del *Trovador* descripciones que revelen tanta maestría como la siguiente, en que Lorenzo explica el sacrilegio asesinado de Francis, á quien un sacerdote había abrazado, colocándolo sobre la frente la hostia, para salvarle de la furiosa muchedumbre:

«¡Bailato el sacerdote, que impudico,
En el nombre de Dios, quisiera
Cayó, manchando el púrpura sacro
Con sangre de Francis y sangre propia.
Yo, señores, le vi, pidiendo el rostro
Y desmenuzarse las blancas ropas,
De nuevo alzar, con el brazo en alto,
Iris de paz, la candida costilla;
Y al verla sobre todos levantada
A la luz de las palidas antorchas.
En medio del tumulto de asesinos,
Manchada á trechos con manchas rojas,
Creí ver repetirse aquel misterio
Que al mundo oculto redunda en el Gólgota.»

En cambio, los versos de *El Trovador* hicieron, con su espontánea poesía, la delicia de nuestros padres en su juventud; así es que de vez en cuando un marmitillo agradable recorría, en la noche del sábado, las butacas y las altas galerías del teatro; era que todos reconocíamos en algúnístico ó redondilla un antiguo recuerdo familiar. ¿Quién no ha oído decir hace muchos años....

Ilusiones engañosas.
¿Vienen con el viento?
No aumentan mi poder;
¡Sola por mí mal las hermosas!

No miremos la toaca realidad de una representación teatral en todos sus accidentes y detalles: veamos sólo, como entre nieblas, la poética creación de Leonor, encarnada con triste distinción y poesía en la dulce y simpática figura de la Mendoza Tenorio, y recordemos la escena del acto tercero en que Rafael Calvo llora su amor con indefinible ternura.

¿Leonor! ¿De qué modelo humano tomaría aquella fantasía de mujer el oscuro y joven poeta, que, sin querer, derramaba los sentimientos de su alma por boca de Manrique? ¿Se evaporó aquella figura misteriosa en el mundo de los sueños, ó se marchitó prosaicamente en la descarnada realidad?

¿Qué paréntesis tan largo entre la fecha del estreno de *El Trovador* y la representación de la otra noche! Contiene la vida, el teatro y la gloria de García Gutiérrez.

Cuando al final de los actos tercero y último salió el autor á escena, en medio de un entusiasmo indescribible, y el público vió en las tablas; pálido é inmovil, á un anciano de barba y cabello blancos, sobrecojido por la emoción, lo que sucedió no puede describirse; pertenece á la crónica interior del sentimiento.

Aquellas aclamaciones, aquellos aplausos y coronas se confundían en la turbulencia del poeta con los vagos ecos de otros aplausos muy lejanos.... muy lejanos. Era sus bodas de oro con la escena.

Lágrimas silenciosas rodaban por el venerable rostro de García Gutiérrez, á quien el sentimiento mantenía completamente inmovil; postura en que, ayudando á la perspectiva la blancura de sus cabellos, parecía su propia estatua descubierta y aplaudida por la posteridad.

Hay poetas que mueren desconocidos; hay quienes sin serlo viven con la aureola y el prestigio de poetas, García

Gutiérrez es poeta de derecho divino y por sufragio universal.

El Carnaval se iba acercando; mucho antes de llegar oíamos á lo lejos las estudiantinas ensayándose en alguna casa de huéspedes, y el paillo de las danzas que aprendían en un patio mozas del pueblo, recién salidas del trabajo. En cuanto á los bailes de máscaras, ya no anuncian el Carnaval, sino que dan la vuelta á todo el año. Las estudiantinas se habían aventurado á salir por las noches para ensayar los pies, cuando ya sabían la música, si bien entre españoles no se necesitan ensayos para saber marchar al paso. Allí va una estudiantina. El amor recoge las principles de esas marchas. ¿Cuántas novias rennen entre todos? Ellos son treinta, y á su edad no es un cálculo excesivo suponer cuatro novias por cabeza, y no contamos por barbas, porque la mayoría no las tiene. Cuatro por treinta son ciento veinte novias cada noche. ¿Y qué? El Carnaval ha llegado al fin y se disponen á hacer cuatro jornadas de diez y seis horas al día de un paso illobo.

—¿Cuánto andarán V.V. en esos cuatro días?—preguntamos á un estudiante.

—Cálculo V. á dos leguas por hora: si nos dirigiésemos rectamente á Cataluña, llegaríamos á Barcelona el Miércoles de Ceniza.

¡Oh alegre juventud! ¿Qué riñete se abre y termina el Carnaval para tí! Tocad y reid, jóvenes estudiantes, y cambiad requiebros por monedas. ¿No es verdad que las mujeres pagan bien vuestras lisonjas?

Los estudiantes son los floristas del Carnaval.

El Carnaval encaja admirablemente en los ánimos alegres, pero las músicas, las voces falsas y los gritos de las máscaras hieren el corazón y ofenden el oído de los que sufren. ¿Cómo sonarán esos rumores y esas carcajadas en el cerebro del moribundo? Hace años vimos entrar una comitiva bulliciosa en casa de un amigo; la puerta estaba abierta; entraron, y á los pocos pasos se detuvieron las máscaras, sobrecogidas y llenas de vergüenza, delante de una cama imperial alumbra por hachones. Habían ido á dar bromas al cadáver.

—¿Dónde está mi mujer?—preguntaba un marido en el baile de la Comedia.

—No digas eso—le replicaba un amigo;—te van á tomar por una caja de cerillas con acertijo.

«¿Es ella!», dicen los hombres cuando se les acerca una máscara femenina. «¿Es él!», exclaman interiormente las mujeres cuando les habla un enmascarado. Y preguntarán probablemente los lectores: ¿Quién es ella y quién es él? Ella y él no tienen nombre; son personajes que presienten el deseo y que sólo ofrece la realidad, cubiertos con una careta misteriosa, diciendo al oído cosas agradables. Quitales el antifaz y hallaréis un cesante de estancadas ó una vecina fea.

—¿Qué empeño tienen las gentes en deshojar las ilusiones y conocer á la máscara que los emburra! ¿Para qué? Es el afán pueril de los muchachos que rompen un juguete para saber lo que tiene dentro.—Así decía una amiga nuestra, á quien observábamos un oso en el salón del Prado, y añadía: No deseo saber quién es ese máscara. ¡Prefiero conservar la ilusión!

—Ilusión? Repare V. que es un oso—la decíamos.

—Pero es un oso muy simpático: no quiero convertirle en hombre: acaso perdería.

JOSÉ FERNÁNDEZ BERNON.

El suntuoso palacio de los Sres. Duques de Sotomayor reunió anoche en sus salones, maravilla de riqueza, la flor del Madrid aristocrático, en ellos congregada con motivo del baile que anualmente celebran dichos opulentos magnates. Necesitamos largo espacio para dar una idea, siquiera fuese pálida, de esta brillante fiesta, y es muy restringido el de que podemos disponer en los momentos de entrar en máquina nuestro periódico; bástenos decir, aunque tengamos que recurrir á una comparación un tanto gastada, que el palacio de la calle del Príncipe realice las más fantásticas descripciones de los cuentos orientales.

SS. MM. se dignaron honrar con su presencia el baile de los Sres. Duques de Sotomayor, quienes hicieron los honores de la casa con su amabilidad acostumbrada.

Los beneficios que al comercio y la industria de la corte reportan fiestas tan ostentosas como la que anoche ofreció á sus invitados el *Nabab* madrileño, serían suficientes por sí solos para granjear á sus iniciadores las más expresivas felicitaciones.

También se bailó en los del Circolo de la Union Mercantil, que se veían llenos de una numerosa y distinguida concurrencia, la cual salió tan complacida del acierto y exquisito gusto de que hizo alarde la colosa Junta Directiva en la organización y detalles de tan deliciosas *soirées*, como de la sobria y franca expansión que en ella reinó. Todo Madrid sabe que el Circolo de la Union Mercantil raya siempre á grande altura, lo mismo cuando se trata de las tareas graves á que habitualmente se consagra, que cuando quiere proporcionar momentos de agradable solaz á sus señores socios.

Hablando de la capital de España, excusado parece añadir que una y otra fiesta fueron un triunfo más, conquistado por la proverbial hermosura y elegancia de las damas madrileñas.

X.

CRÓNICA GENERAL.

Prescribo nuestro Código que la pena de muerte se ejecute de día, con publicidad, en el lugar destinado al efecto, ó donde el tribunal determine, cuando haya causas especiales para ello; y en otro artículo añade: «hasta que haya en las cárceles no lugar destinado para la ejecución pública de la pena de muerte.»

En el Senado ha sido presentada una proposición para que las ejecuciones «se verifiquen dentro de las cárceles y á presencia tan sólo de las personas que la ley ó los reglamentos determinen.»

Desde luego se ve que este proyecto de reforma tiene principalmente á apartar de la vista del público aquel espectáculo lastimoso, sustituyendo la presencia del pueblo con la de un número de personas elegidas; es decir, se pretende quitar al acto la publicidad, relegando las ejecuciones á un lugar oculto; innovación que tiene muchos precedentes tristes en ejecuciones antiguas que la historia señala más como actos de venganza que como actos de justicia.

Reconocemos desde luego la excelente intención de los que intentan la reforma. Pero apelamos á ellos mismos para que nos resuelvan una duda. Es indudable que las ejecuciones públicas repugnan á la santidad de nuestras costumbres; es también indudable que la cuestión solemnemente de nuestra época es más honda, pues se discute la misma pena capital, y mientras se decide definitivamente este pleito de vida y muerte, la opinión, ejerciendo un influjo innegable, aunque indirecto, en este asunto, ha conseguido, y conseguirá cada vez más, una especie de tregua práctica, es decir, la posible economía de sangre y cierta sobriedad en la aplicación de la pena irrevocable; moderación que ha de ser tanto más necesaria, cuanto mayor sea la repulsió que produzca en los ánimos el espectáculo, y su contraste con las costumbres más palpable y evidente.

Ahora bien; la tendencia á borrar del Código la publicidad de las ejecuciones, ¿es un progreso ó una reacción? Permitámonos á nuestros calificarla de verdadero retroceso, en el sentido de resuscitar prácticas hace tiempo desechadas, y de que en épocas tristes se abusó y se puede volver á abusar. Es retroceso en el sentido de quitar al pueblo la inspección que ejerce en el uso de esa tremenda facultad que concede el poder judicial, y quitársela por dudar de sus buenos instintos; ¿acaso no están recientes dos hechos ocurridos en Tarragona y Cádiz, en que el pueblo, indignado por la torpeza de los verdugos, y viendo palpablemente que los reos habían sufrido moralmente muchas muertes, los salvó la vida con su impetuoso y caritativo clamoreo, juzgando suficiente su castigo? Imaginémonos que hubieran ocurrido á puerta cerrada aquellos casos espantosos. Los que presenciaban en corto número ese martirio, ¿habrían tenido autoridad para suplicar á veces el indulto, sin que sospechase la voz pública de su buena fe? Y como resultado práctico de la reforma, ¿quién atajará la imaginación meretricia de nuestro pueblo cuando, sin disminuir el castigo, se quite de su vista, dando á las ejecuciones un carácter reservado y misterioso?

La inspección del pueblo y el espectáculo de prodigarle espectáculos terribles son las mayores elementos de moderación que se pueden dudar para la parricidio en el uso de la dura facultad de sentenciar á muerte. Y como no se legisla únicamente para épocas normales y en que funcionan regularmente todos los poderes, sino también para tiempos excepcionales y propensos al abuso, sobre todo en períodos y pueblos turbulentos, ¿no es muy de temer de esta reserva en las ejecuciones mayor uso de la pena de muerte, y sobre todo en delitos políticos, desde el momento que no se tema el mal efecto de la ejecución pública?

Y no nos podemos á discutir acerca de la ejemplaridad, cuya justicia ó simple existencia es muda poner en duda. Creemos en ella, apoyándonos en las impresiones terribles que la vista del cadáver nos produce, y en el sentido común de tantas generaciones. No importa que la estadística material presente algunos casos que la contradigan; en cambio de ellos, tenemos que en existían muchos más casos íntimos, que no pueden someterse materialmente á numeración, de individuos cuyos malos instintos enfrena la vista imponente del castigo; épocas ha habido en que se ha hecho sentir de un modo innegable el efecto de la ejemplaridad, ahuyentando á los criminales la dureza del castigo, la cual prueba que existe, si la conciencia reflexiva cree.

Pero no tenemos argumentos que no tenemos autoridad para hacer, ni reconocimientos especiales para sostener con buen éxito. Se trata de una reforma grave, y nuestro único objeto es manifestar las dudas que se nos ofrecen, para que

acepten ó rechacen nuestras ideas los que deben decidir. No estropeemos el Código con el deseo de mejorarlo, toda vez que, al facultar á la justicia para elegir, en casos excepcionales, el lugar donde se hayan de ejecutar las sentencias, ese lugar podrá ser en las grandes poblaciones un balcón de la cárcel, que se convertirá luego en el sitio acostumbrado, cumpliendo con el propósito de ahorrar al reo un trayecto horrible, y con el principio, que nos parece conveniente, de la publicidad, sin variar los artículos del Código.

Si la publicidad puede causar males, peor nos parece la relación periodística y circunstancial de su estancia en el calabozo, y todo escrito que tienda á dar al criminal sentimentalismo y poesía, de que lo despoja por cierto el aspecto poco estético de los sitios con que se ejerce en España la terrible sentencia. Morir en el patíbulo no nos parece que ofrezca muchos alientos; vivir en la prensa, ocupándose con pomposos de su oscura persona, puede ser un incentivo para el crimen.

Concluiremos manifestando que al resolver sobre este asunto no se debe tener más norma que el interés público; no es cuestión de amor propio para nadie; si nuestros razonamientos no tienen fuerza, sean desechados. Hoy por hoy nos parece la reforma tratar de esconderse para ejecutar el acto más grave de la justicia humana. Nada más lógico que ocultarse el criminal para efectuar actos vergonzosos. Pero no comprendemos por qué debe ocultarse la acción de la justicia.

El señor Marqués de Montoliu ha publicado en *La Época* del 12 un artículo notable, cuyo extracto hubiéramos hecho de buena gana, á ser posible, que no lo es, por la concisión de su estilo y la abundancia de datos y razones con que combate energicamente la idea positivista de reemplazar todas las viñas europeas, cuya desaparición total se profetiza, con majales americanos, que se supone de gran resistencia contra la *phyllloxera*.

Las conclusiones del articulista son las siguientes: excita á la observación y estudio de las variedades de vides españolas que más resisten á la plaga, en vista de que la carencia de las norte-americanas las hace inútiles para el reemplazo en grande escala de los viñedos destruidos; pide también que se estudie la manera de abaratar los insecticidas conocidos y se ensayen otros nuevos; excita el celo del Gobierno y de los particulares para matar en su origen los focos que se presenten, como ha sucedido en la provincia de Gerona; duda de las ventajas que pueden ofrecer los vástagos norte-americanos, cuya resistencia á la larga se desconoce, y cuyo fruto no se sabe qué vinos y en qué condiciones producirá nuestro suelo. Los viticultores deben leer el citado artículo, que su autor haría bien en propagar.

No tenemos los conocimientos que se necesitan para añadir una sola idea en este asunto, que la revista especial *Los Vinos y los Irises* trata asimismo con gran sentido práctico. Solo diríamos que toda epidemia ó calamidad pública da ocasión á grandes especulaciones, contra las cuales es bueno prevenir, por lo cual conviene hoy á los viticultores estar al corriente de cuanto se escribe acerca de un asunto tan transcendental.

Los periódicos extranjeros han echado á volar ciertas voces acerca de la salud del rey Luis de Baviera, á quien suponen inbuido en la creencia de ser el propio Luis XIV, sin duda por los gestos cuantiosos que le ocasiona la residencia Real que hace años fabrica imitando las maravillas de Versailles, y fundándose también en la singularidad de su carácter.

A creer las referencias que se hacen de éste, el Rey de Baviera es un monarca sumamente original, que dejando á sus consejeros los cuidados del gobierno, busca sus principales distracciones en la música, complaciéndose especialmente en la de su amigo íntimo, el maestro Wagner, y en otros recreos artísticos, que le roban el tiempo y la afición á los negocios, á veces con gusto, otras con desesperación de sus ministros. Acaso es un artista obligado por su nacimiento á la espléndida esclavitud de la corona.

Cuéntanse maravillas de las atenciones con que intentan á veces los ministros atraerle al Consejo, y de las empleadas por el Rey para evadirse á casa ocupaciones prometidas, ya fingiendo molestias repentinas, ya fingiéndose ausente de Palacio, ya fingiéndose con una escala de seda por el halcón cuando sus consejeros creen tenerle en una habitación inmediata.

Diceo que un día uno de sus ministros le aseguó haber visto en un bosque cercano una mujer cuyo tipo era el más correcto ejemplar del tipo griego. El rey Luis, como artista, quiso examinar aquel hallazgo, y se encaminó á pie, con su conserje, á una casita de campo de aspecto muy agradable: precisamente en el momento en que llegaron sonaba en el interior una pieza, admirablemente tocada, de la obra colosal de Wagner, los Nibelungos: la puerta estaba entornada.

—¿En qué? — preguntó el Rey.
—Esta es la casa, — contestó, inclinándose, el cortesano.
—¿Llama!
—¡Adelante! — dijo desde dentro, con voz dulce, una mujer.

Apenas entró el Monarca, la puerta se cerró como por sí sola, sonó una llave, y el Rey se encontró delante del Consejo de Ministros. Tuvo necesidad de desahuciar.

También se asegura que Wagner no le pudo convencer un día de que diese audiencia á un Ministro de la Guerra.
—He decidido — exclamó D. Luis — pasar el día cazando conato.

El Monarca y el músico salieron en efecto al camino con dos trajes de caza á cual más extraño.

Por la tarde, después de sonar dos tiros, apareció Wagner, diciendo al Rey:

—Venid! acabo de matar á un oso.
—No puede ser, maestro; por aquí no se han visto nunca.
Pero siguió al músico, lleno de curiosidad, y vió, en efecto, un terrible animal tendido al pie de un árbol.
—Arranquémosle la piel! — dijo el Monarca sacando su cuchillo.

Pero sin darle tiempo, el oso se abrió el vientre, apareciendo el Ministro de la Guerra con un decreto en la mano y una pluma. El Rey firmó muy complacido.

Las cuestiones referentes al personal del Consejo del ferrocarril del Noroeste podrán interesar á los que hubieran deseado se proveyesen las plazas en otros individuos, pero no al país, que se ocupa menos de las personas y mucho en lo que directamente le concierne. Decimos esto, porque mientras la adjudicación de la línea, que era lo interesante, se miró con indiferencia, ha causado cierta oposición el nombramiento de los señores consejeros, no obstante ser personas dignísimas y respetables. Si se estableciese una regla general de incompatibilidades entre los consejeros de Compañías mercantiles y los cargos de senadores y diputados, podría objetarse que la independencia de los representantes del país, ó está por encima de tales nombramientos, ó no se aviene la confianza que merecen á los electores y la desconfianza de una ley represiva; pero, en fin, las reglas generales han de invadir á todas las esferas, aun siendo inequívocas. Si ántes de ser nombrado el Consejo, ó de saberse los nombres que le componían, se hubiese legislado alguna incompatibilidad, todavía tendría su disculpa. Pero la objeción al buen ajeno y personal es tardía y no merece interés.

En todos los países es lícito tener á un mismo tiempo la representación de grandes empresas industriales y la del

país; lo es en España, y no hay motivo para que la línea del Noroeste sea una excepción.

¿Qué es la vida? ¡Ay! Acaso no sea nada. Quince definiciones distintas, hechas por los jefes de las principales escuelas médicas, han sido pulverizadas por el Dr. Letamendi en una de sus explicaciones á los alumnos de San Carlos; de manera que la Medicina no sabe en estos momentos lo que es la vida. La palabra vida es, por lo tanto, una de las que en adelante no podrán emplear los médicos que quieren salir lo que se hablan.

Por lo tanto, en vez de decir como ántes á un enfermo: «Le salvaré á V. la vida», dirán modestamente: «Le salvaré á V. aquello.»

Están de enhorabuena los que piensan la vida en adelante, pues no sabiéndose lo que la vida es, en rigor no pierden nada.

Hace algunos años solíamos ver en el Retiro á nuestro amigo el ardiente escritor católico D. Antonio Juan de Villaseca, acompañando á una hermosa niña rubia que jugaba entre las flores y se extendía ante el blanco plumaje de los cisnes: aquella linda niña se llamaba María de los Dolores, y cuando, pasado algún tiempo, parecía destinada por su belleza á ser gala de las fiestas del mundo, una ferviente vocación, apartándola del tumulto en que vivimos, poco cuidadoso del espíritu, la atrajo al apacible retiro del segundo monasterio de la Visitación (Salesas), donde profesó el 8 del corriente. Estas solemnidades católicas, tristes para el que vive en medio del torbellino y no concibe la felicidad modesta del claustro, lejos de entristecernos, nos consuelan. De la diversidad de estados se forma la armonía social, y cuando salimos fatigados del trabajo más duro de todos, el del pensamiento asalariado, ó de placeres más penosos todavía que el trabajo, nos gusta oír la campana del convento, que nos anuncia que allí se reza por los que no tienen tiempo ó costumbre de rezar.

No comprendamos á la hermosa niña, que entre la tierra y el cielo ha elegido lo mejor.

Durante el terremoto que se sintió en Cuba últimamente se produjo el espanto natural: sólo un marinero retirado dijo en aquellos momentos, lleno de alegría:

—¡Gracias á Dios que se mueve el suelo que pisamos! Esta provincia estaba anclada, y hemos zarpado ya. Las campanas sonaron por sí solas, se columpiaron las mecedoras, y los paralíticos creyeron que la tierra era una hamaca.

El baile es un espectáculo agradable; pero un baile de cunas es horrible.

No hace aún muchas horas entráramos en la huerta de un amigo nuestro, la cual, regada por el río Norte, calentada por todo el sol del Mediodía, regada por abundantes y cristalinas aguas su profunda y rica tierra, es uno de los restos de la fertilidad del Madrid viejo. Era una huerta murciana dentro de la corte. El hortelano, apoyado en el azulejo, miraba con amor las tempranas hortaliças encanecidas en simétricos cuadros, y parecía escuchar con deleite el grito sán del agua en sus caídas de uno á otro cauce enladrillado.

—La música del agua, le dijimos, parece siempre igual y siempre nueva. ¿No es verdad, Antonio?

—No era eso lo que escuchaba, — repuso, saltando gravemente, pero sin moverse de su sitio, como si sus pies medio hundidos en el blando terreno fuesen raíces que le clavasen en el suelo. — Acaso V. no vea lo que sucede en esta huerta; pero yo, que la cultivo hace cuarenta años, veo y oigo todo lo que pasa.

—¿Y qué sucede aquí? Sólo ven las plantas agitadas por un viento nuestro, que no llega á la altura de nuestro rostro ni á las ramas de ese almendro, seco é imánvil todavía.

—Sí, señor; como cuando viejo, nada mucho ese árbol y se huele el muerto en la charretera. Pero no es el viento, sino el terror lo que descomparte y eriza las hojas de las plantas

cada vez que me acerco á ellas en los días de vigilia. Las acelgas y espinacas, sobre todo, al verme, se fingen enfermas y envenenadas; las tempranas alcachofas, á quienes he obligado á nacer ántes de tiempo, se hacen las heladas, y los espárragos artificiales, que he conseguido á fuerza de cultivo, se preparan á defenderse á latigazos. «¡El verdugo! ¡El verdugo!», exclaman todas al verme. Pero no hay remedio, va á empezar la ejecución.

La Cuarema, época de sobriedad y ayuno, da algunos días de tregua á la matanza de los animales. Pero qué desolación en los pacíficos huertos! Los hortelanos están en plena recolección, porque el catolicismo, para suavizar la naturaleza y refrenar el orgullo del hombre, le obliga anualmente á ser herbívoro.

La vendadora ha venido al carnicero; el potaje al cocido, y la menestra al *roastbeef*. La falsa devoción cree cumplir con su deber en estos días devorando suculentos vegetales y ensaladas deliciosas. No, es preciso ayunar; si bien este precepto tiene inconvenientes en la práctica, como sucede á una señora amiga nuestra, que nunca cumple los veintinueve años. Recordando las iglesias hemos hallado un medio de distinguir á los devotos verdaderos de los falsos. Lo es ver-

adadero aquel cuyo estómago, al darse golpes de pecho, sueña á buco.

Se exceptúan de esta regla los poetas, los maestros y los constitucionales.

En la Comedia está llamando la atención un prestidigitador que hace con la memoria juegos maravillosos.

La Mnemotécnica es una ciencia sospechosa para nosotros desde que conocimos á un señor que hacía libros dictando reglas para retenerlo todo en la memoria, y el autor no se acordaba nunca de pagar á su onsero.

JOSÉ FERNÁNDEZ BARRON.

EE.-UU. DE AMÉRICA.

La exportación del algodón por el puerto de Savannah.

No es ésta la primera vez que nos hemos ocupado del activo tráfico de que es objeto el algodón en el puerto de Savannah (estado de Georgia), tráfico que cada día crea relaciones comerciales de mayor importancia entre aquella ciudad americana y nuestros principales centros fabriles.

La exportación algodonera llega á su mayor apogeo durante los meses de Setiembre á Marzo, siendo tambien en dicha época cuando el puerto de Savannah presenta mayor animacion. En el año comercial de 1878-79 exportó Savannah 690.821 balas de algodón, cuyo valor representaba la crecida suma de 35 millones de pesos fuertes. De la cifra anteriormente expresada, 458.328 balas fueron enviadas á Europa, figurando España en el registro de la exportación por 31.000 balas, cuando en el año anterior solamente se embarcaron 12.000 con destino á nuestros puertos. El comercio español adquirió tambien en Savannah cerca de ocho millones de pies cúbicos de pino de te, y 1.035 barriles de resina. Todas estas mercancías fueron trasportadas á España por 41 buques de nuestro pabellón y 22 de otras nacionalidades.

Hemos de citar á este propósito las siguientes frases del Boletín comercial de una importante casa española establecida en Savannah: «Tenemos que lamentar uno y otro día que, á pesar de la abundancia de fletes en nuestro puerto, los buques españoles no vengan á hacer la concurrencia á los de otro pabellón, dejando á éstos que acaparen los fletamentos, incluso gran parte de los que no presentan para España, á todos los cuales podrían optar si, por su parte, los buques españoles se colocaran en condiciones de hacer la competencia.»

En la pág. 108 dedicamos un grabado á las operaciones de muelle á que da lugar el embarque del algodón hasta dejarlo á bordo del buque que ha de trasportarlo á los mercados extranjeros.

PROYECTO DE PUERTO DE REFUGIO DEL MUSEL, y ampliación del de Gijón.

No es fácil condenar en breves líneas la historia del proyecto del puerto del Musel. Reconocida como estaba, desde mucho tiempo hace, la necesidad de dotar á la provincia de Asturias de un puerto de refugio para las embarcaciones puestas en grave peligro por los temporales, tan frecuentes y violentos en aquella costa, y que permitiese á la vez el desarrollo del comercio de exportación, se dispuso en 1860 un amplio estudio, á fin de designar el punto de la costa más adecuado y que mejores condiciones reuniese para su construcción. Por consecuencia de esto, el ingeniero del ramo Sr. González Riquelme sometió á la aprobación del Gobierno el proyecto de un puerto comercial y de refugio en el Musel, punto situado en la parte occidental de la rada que forman el cabo Torres y el de San Lorenzo, distante por mar del actual puerto de Gijón unos tres kilómetros, y próximamente el doble por tierra, atendida la configuración de la costa.

Dos Compañías obtuvieron sucesivamente la concesión para las obras del puerto del Musel, habiéndose declarado sucesivamente la caluidad de ambas concesiones, porque ninguna de aquellas llegó á cumplir sus compromisos. En Junio del pasado año se dispuso por el Gobierno de S. M. que no se celebrara una tercera subasta hasta tanto que, abierta una información, se resolviera si las obras debían ser las proyectadas en el Musel ó otras distintas. Es conveniente hacer constar, para la mejor inteligencia de esta superior disposición, que cuando S. M. la Reina D.^a Isabel II visitó á Gijón en 1858, se decretó la ampliación de aquel puerto, á fin de darle mayores garantías de seguridad, á la vez que mayor ensanche para las operaciones comerciales. Esta ampliación se llevó á cabo en cierta escala, dando excelentes resultados para la navegación y el comercio desde el momento en que el puerto de Gijón fué suficientemente capaz para que lo frecuentasen los buques que por sus dimensiones y tonelaje no podían visitarlo ántes.

En presencia de estos resultados y de la paralización que sufrían las obras del Musel, surgió el pensamiento de hacer una nueva ampliación del puerto de Gijón, solicitándose de S. M. el Rey D. Alfonso, cuando su viaje á Asturias en el verano de 1877, la autorización para hacer los estudios necesarios, y la cual fué concedida por el Monarca.

Estos estudios dieron por resultado la formación de un nuevo proyecto por el ingeniero de Caminos, Canales y Puertos Sr. D. Fernando H. Arenal; proyecto apoyado y patrocinado por la Junta de las obras del puerto de Gijón, y á cuya ejecución se oponen abiertamente los que abogan por el del Musel.

Parécenos ocioso advertir que en este asunto, como en todos aquellos de que nos hacemos cargo por el interés general que revisten, no tenemos criterio alguno determinado en favor de unos ú otros intereses, si es que puede haberlos distintos en un proyecto de utilidad pública que por un lado afecta á la cuestión de humanidad y por otro al porvenir comercial de Asturias. Hecha esta salvedad, para que no se crea que tratamos de inmiscuirnos lo más mínimo en las acaloradas polémicas que se han suscitado con motivo de estos proyectos, hemos de apuntar, con la concisión po-

sible, las razones que militan en favor de uno y otro, según los datos que hemos podido proporcionarnos.

En un notable trabajo publicado en la *Revista general de Marina* por el Sr. D. Fernando Villamil, teniente de navío de la armada, examina este señor la cuestión bajo el punto de vista náutico, y emite la opinión de que el proyecto del Musel no reúne las condiciones necesarias para puerto de refugio, fundándose en los siguientes argumentos: *primero*, que todo buque de vela ó de vapor, al encontrarse sobre la costa de Asturias, considera como peligro inminente verse sorprendido por los vientos atemperados que, soplando del N., rolan hacia el cuarto y tercer cuadrante levantando mar gruesa, en cuyo caso el capitán procura alejarse de tierra, siendo inevitable el naufragio si no logra mantenerse á barlovento; *segundo*, que, dada la configuración de la costa cantábrica, inspira temor de grave riesgo la vuelta del E. para los buques que no consideren poder tomar los puertos de Sintoña ó Pasajes; y *tercero*, que, por regla general, los buques que busquen abrigo en el puerto de Gijón traerán hasta Cabo Torres vientos del N. al NO. con mar gruesa y viva del NNO.; y demostrado por la observación que al chocar aquellos vientos contra las tierras altas y encarpadas que forman la parte occidental de la concha, toman una dirección comprendida entre el O. y SO., cree que el acceso á la ensenada del Musel sería sumamente riesgoso reinando vientos duros y huracanados del O. al SO., áun haciendo caso omiso del peligro que presentan los numerosos bajos.

Otras razones se alegan en apoyo de la ampliación del puerto de Gijón, no exentas de importancia, como, por ejemplo, la conveniencia de proteger el desarrollo del movimiento mercantil, sacando provecho al mismo tiempo de los desembolsos hechos del valor de los terrenos ganados y que pueden ganarse al mar, y de las facilidades que en ellos existen para la edificación, que no parece se presenten en el Musel. Es de simple buen sentido, á nuestro juicio, el admitir y apoyar la conveniencia de que dejemos hecho mérito, fijándose en la importancia comercial que ha tomado el puerto de Gijón, cuya matrícula se componía en 1865 de 4 buques de vapor y 23 de vela, y cuenta ahora 34 de los primeros y 46 de los segundos, pasando de 400.000 toneladas el movimiento general del cabotaje, alimentado por dos líneas férreas.

De la información dispuesta con sensato acuerdo por el ministerio de Fomento, resulta que, contra la opinión de la Junta de Gijón, se deciden por el proyecto del Musel 187 armadores de distintos puertos marítimos y más de 200 capitanes y pilotos de la marina mercante (1). Adhucen tambien en apoyo, que ya á fines del pasado siglo existió en el ánimo del Gobierno de entonces, y de personas competentes, el propósito de crear un puerto de refugio en el Musel, llegando á levantar planos y hacer estudios, que no llegaron á convertirse en hechos.

Ultimamente, agregáremos que las obras de ampliación del puerto de Gijón se presupuestan en 60 millones de reales, y en 44 las del proyecto del Musel.

No conociendo en sus detalles la información abierta sobre este asunto, de palpitante interés, no podemos apreciar el alcance de las razones en que se fundan los armadores y capitanes mercantes que abogan por el proyecto del Musel. Parécenos, sin embargo, considerando imparcialmente el asunto, que si bien el presupuesto de estas últimas obras es más reducido que el de las de ampliación del puerto de Gijón, es muy de tener en cuenta que aquí se trata de una población crecida, que tiene importancia comercial, al paso que en el Musel está todo por hacer. Como puerto de arribada, ya hemos visto que las condiciones del de Gijón ofrecen garantías que no se encuentran en el otro. Es digno tambien de tomarse en consideración que, interesado como está el comercio de Gijón en que se lleven á cabo las obras proyectadas, no sería imposible admitir que la cuestión metálica no fuera obstáculo para que aquellas dejarán de hacerse, mediante la participación que tomarán la clase mercantil y el presupuesto de la provincia, mientras que en el del Musel todo pesaría sobre el Estado.

En la pág. 109 hallarán nuestros lectores un grabado que reproduce dicho proyecto, acompañado, para mayor esclarecimiento, del plano formado por la Dirección de Hidrografía, que permite darse cuenta de ambos en su conjunto.

Réstanos decir que, sea cualquiera el que de los dos prevalezca, habrémos de felicitarlos de que la rica provincia de Asturias cuente con un elemento más para dar impulso á la exportación de los minerales y demás productos de su suelo.

MANUEL BOSCH.

LA QUINGENA PARISIENSE.

SUMARIO.

Nuevo capricho de la atmósfera.—Entre tinieblas.—Ciego sirviendo de guía á quien ve.—La estadística de Clichy-Levallois.—Los suicidios en los ferrocarriles.—Niebla complice de la negligencia.—Dos asuntos antieéticos.—Concurso general agrícola.—Los toros y el granero de Europa.—Los concursos y la invasión de Europa por los productos agrícolas del otro mundo.—La zona del trigo.—El trigo y la civilización.—Cambios en el centro de la producción.—Los Estados-Unidos cortando el abed de la Europa occidental.—Alarmas de los labradores europeos.—Fuerzas en el último concurso agrícola.—La idea de una escuela de Tenonvauquy, y la de máquinas para distribuir los gases y aumentar las operaciones agrícolas.—En vez de pan y toros, toros sin pan.—La Videncia.—Consumo de manzanas en París.—La harina valenciana preferida á todas.—Las frutas y las crías de tierra.—La Bicer.—La Solera.—Círculo de La Unión Agrícola.—Comidas, bebidas, conciertos y bailes del invierno.—Diversiones por orden del calendario.—Cambio en la manera de divertirse.—La paz europea y la perspectiva de la guerra vici.—Preocupación por clima de la paz y la guerra.

Febrero 11.

Memoria duradera dejará en París el invierno de 1879 á 1880; fríos extremados, escarchas intensas, nieves copiosas, hielos terribles, demostrosos dehielos; nada parecía faltar á la variedad de manifestaciones de una temperatura rudísima, cuando la semana pasada descargó sobre la ciudad una niebla tan densa desde el anochecer, que sólo se ven semejanzas en Holanda ó á orillas del Támesis. París se hallaba envuelto en nubes espesas, sumergido en sombríos vapores, á través de los cuales, calles, plazas, edificios, transeúntes y carruajes quedaban completamente invisibles. Desde las tres de la tarde se encendían los mecheros de gas en los pasajes y en las tiendas; poco después se hacía otro tanto con los faroles de las calles; por último, á la caída de la noche se colocaban en las esquinas de las manzanas de casas y en los puntos de mayor circulación los guardianes de la paz, provistos de antorchas y encargados de auxiliar al público; pero ni con la luz del gas, ni la eléctrica, ni las antorchas, se distinguía á tres pasos de distancia.

Fácilmente se comprende la perturbación que este capricho de la atmósfera produjo en los negocios y las necesidades de la población. La travesía por las plazas públicas era sumamente peligrosa, y había que andar con las mayores precauciones para no ser aplastado por los carruajes y no chocar con las gentes; se caminaba á través de aquel humo húmedo, sin ver nada y oyendo las conversaciones de personas imperceptibles; tropezaban unas con otras, produciéndose diálogos originales y desagradables colisiones; omnibuses y carruajes marchaban al paso conduciendo los cocheros á los caballos de la brida. Las grandes plazas, de que tan abundantemente está provisto París, se convirtieron en espacios tenebrosos y solitarios, donde peatones y cocheros el camuño y se extraviaban sin poder recobrarle; los omnibuses recorrían itinerarios extravagantes é involuntarios, muy distintos de los que les correspondían; los coches, al salir de la Cámara de diputados, daban vueltas en la plaza de la Concordia, y al cabo de una hora se encontraban en el puente por donde habían llegado á ella; los peatones caminaban á tientas, bordeando las fachadas de las casas, y muchos seguían una dirección diametralmente opuesta á la que se proponían; señoras hubo que, si llegaron á su casa, fué por obra y gracia de los ciegos, cuyo tino, adquirido en medio de eternas tinieblas, les daba una gran superioridad sobre los que ven bien; todo hacía prever que aquella noche sería fecunda en siniestros.

Gravísimo fué, por desgracia, el que ocurrió en Clichy-Levallois; es ya tarde para reproducir aquí la descripción de la catástrofe por el violento alcance que un tren *express* dió á otro *omnibus*; es temprano para que se logre salvar con exactitud el espantoso número de muertos y heridos graves que ocasionó el choque: ni fué uno solo; hubo otro, que por fortuna no produjo tan terribles consecuencias, y fueron de temer muchos más á la entrada de la Estación de San Lázaro, por donde pasan 156 trenes diarios, ascendentes y descendentes, sin que, según parece, haya la puntualidad de servicios que las demás Empresas de caminos de hierro procuran obtener en las otras Estaciones. La inmensa mayoría de los siniestros en los ferro-carriles se debe á la negligencia en la exactitud que requiere la salida de los trenes, cuya marcha, minuciosamente establecida en el papel, no tienen en cuenta los empleados dependientes de la tracción. El viajero que se embarca para lejanas regiones á bordo de los buques, cuya hora de salida y de arribo están fijadas de un modo invariable, confía su existencia á la solidez del buque y á la experiencia del comandante, contando, sin embargo, en este caso con lo imprevisto, porque no siendo nadie dueño del mar ni de las tempestades, todo el mundo preve la posibilidad de los retrasos. No sucede lo mismo con los ferro-carriles, que deben ponerse en marcha y caminar puntualmente con arreglo á los itinerarios fijados al público. Discúlpase la inexactitud con la afluencia de viajeros, y sobre todo con la multiplicidad de trenes, cuando eso mismo recomienda, como una de las mejores garantías, la precisión en la salida y entrada en las Estaciones; á la falta de ella se debe la catástrofe que nos ocupa; un tren, cercano á una Estación, hecho trizas por otro que le sigue á gran velocidad y se arroja sobre él como el rayo, demuestran evidentemente inexactitud en la hora de salida; el tren destrozado por el otro salió con retraso, y á pesar de eso, no aumentó su marcha; el *express*, que le seguía, salió á la hora reglamentaria, é ignorando que le seguía en el otro, se lanzó por la vía como si la encontrara libre; verdad es que la niebla intensa que cayó sobre París se hizo complice de la negligencia, pero tambien vino á probar la culpa de no haber multiplicado las precauciones.

Un juez de instrucción se ocupa, desde la noche de la desgracia, de formar la causa y exigir la responsabilidad á quien haya incurrido en ella. La Compañía calcula la indemnización que se verá obligada á dar á las familias de las víctimas, en unos seis millones de francos.

En el momento en que llegaba aquí la noticia de que hay quien propone fundar en Madrid una escuela de Taormina, se abrió el concurso general agrícola, instituido en 1840, y continuado con grandes desarrollos hasta el presente: comprendía una exposición de animales vivos, de engorde, y de aves muertas; quecos, mantecas y toda especie de artículos de consumo procedentes de la agricultura y la horticultura, con una sección especial destinada á las máquinas, instrumentos y útiles relativos á esta industria: para esta sección se ha necesitado ahora la superficie de 16.000 metros cuadrados, comprendida entre el Palacio de la Industria, local general del concurso, el *Cours de la Reine* y los jardines de los Campos Eliseos. Ahí se insietó en el funesto empeño de multiplicar fieras para la lidia; aquí se estimulaba la cría de buenos buques para las labores, y la crianza de excelentes reses para el matadero; ahí se habla de crear catedras donde se enseñe á martirizar animales; aquí habrá pronto otro concurso para fomentar la cría caballar; ahí se persevera en sostener y desarrollar una diversion bárbara, pretexto de holganza, escuela de instintos feroces, que habilita al derramamiento de sangre y aumenta la estadística criminal; aquí aumentan estas otras fiestas, que atraen la población rural á los centros de cultura y la esparcen por todas las comarcas; ahí lo que con más facilidad y diligencia se construye son plazas de toros, aquí lo que más preocupa hoy es la construcción de elementos de cultivo; ahí se vive con la ilusión sempiterna de que España es el granero de Europa y cast del mundo; aquí los agricultores se preocupan justamente

(1) Véase el folleto publicado por la Redacción del periódico *La Opinión*, con el título de *El Puerto de Gijón*, (Torre y Compañía, Gijón, 1879.)

de la invasión en el continente europeo por los productos de la agricultura en América, que ya no se limita á los cereales, las salazones y las carnes, sino que se extiende á las aves y las frutas, estableciéndose en París mismo inmensos almacenes para la venta de manzanas, de peras, y hasta de melocotones, que, hábilmente conservados, atraviesan el Atlántico.

Puesto que estamos con las manos en la masa, no nos parece inútil dedicar á los que siguen repitiendo aquello de que España es la tierra de Dios y María Santísima*, algunos datos, poco consoladores en verdad, sobre la zona de producción del trigo, y de la alteración que está sufriendo. Geográficamente, ocupa en el hemisferio del Norte, y caminando de Este á Oeste, toda el Asia en su región central; toda Europa, hasta el 65 grado de latitud Norte, el Egipto, la Argelia, Marruecos, el sur del Canadá y todos los Estados Unidos. En el hemisferio meridional comprende el sur y el centro de la Australia; en África, todas las colonias inglesas del Cabo; en América, la parte meridional del Brasil, el Paraguay, el Uruguay, las extensas llanuras de la Plata, Chile, Bolivia y el Perú. Aunque el trigo necesita para madurar un infinitum de humedad y calor, es de las plantas que mejor se adaptan á diferentes climas; la prueba está en que la suma de calor y humedad que recibe en Suecia durante los meses de su vegetación y maduración no es la misma que la que alcanza en Egipto en el período análogo; ventajoso es que las variedades que crecen en el extremo del Mediodía son diferentes de las que se desarrollan en el centro, así como éstas difieren de las del Norte. Pero los productos de los diferentes países no tienen el mismo valor nutritivo; unos, los trigos duros, contienen mayor cantidad de gluten; otros, los tiernos, menos gluten y más almidón. Un periódico de Lausana, el *Journal Suisse*, ha calculado en 900 millones de hectólitros la producción anual de la zona del trigo, tal como acabamos de señalarla; según ese cálculo, correspondería medio hectólitro cada año á cada habitante de los 1.200 millones que pueblan la superficie de la tierra. Poco es, pero hay que tener en cuenta que muchos pueblos no consumen trigo y le reemplazan por otros cereales y frutos. Marchando del Ecuador al Polo, se hace uso de otros granos de inferior calidad; el centeno, el mijo, el maíz, la avena, el arroz, que es también la base de la alimentación de los pueblos en la China, la Indo-China y el Indostán; en la América del Norte y en Europa se hace también uso del centeno y del maíz; en Méjico y la América central, así como en las Antillas, la banana hace el mismo papel que el arroz en el Indostán.

Y aquí conviene notar un hecho, ya señalado por Humboldt: que los países que componen la zona del trigo son los preferidos de la civilización. ¿Será esto una simple coincidencia, ó resultado de una ley claramente definida? Sin conceder á la alimentación de un pueblo una influencia exagerada, bien puede admitirse que alguna ha ejercido en circunstancias en el desarrollo de los países que han cultivado el trigo; porque este cereal es por sí solo lo que la fisiología llama un alimento completo, es decir, dotado de cuatro elementos esenciales: hidrógeno, oxígeno, carbono y azúcar, y susceptible, por tanto, de corresponder á las múltiples necesidades del organismo humano, mientras que los demás cereales no poseen el mismo valor nutritivo.

Volviendo á la zona del trigo, es de notar que desde la época muy remota en que empezó á cultivarse en Europa, el centro de su producción ha cambiado varias veces: en la antigüedad, Egipto servía de granero á la Arabia, la Judea y las provincias griegas; más tarde, Sicilia, la Italia meridional y una parte de la Argelia actual surtían al Imperio romano; en los tiempos modernos, Hunía, Francia y España han sido los países que más han producido; pero hoy, ni la producción de Francia ni la de España bastan para cubrir su consumo interior, y se han colocado á la cabeza los Estados Unidos, que cubren el déficit anual de la Europa occidental. Este cambio, que se ha querido explicar con la historia de la antigüedad, con la marcha de la civilización, dirigiéndose de Oriente á Occidente, coincide en el período moderno con la variación en las vías comerciales, y la corriente de emigración que ha dado su vigorosa población á la América del Norte.

Pero el peligro para la agricultura europea no pára en eso: animados los americanos por las colosales ventas de este año, han decidido la construcción inmediata de cuarenta á cincuenta mil kilómetros de nuevos ferro-carreiles, especialmente destinados á surcar las regiones agrícolas del Oeste, cuya fertilidad es incomparable, al mismo tiempo que perfeccionan y multiplican en proporciones gigantescas su ya admirabile é inmensa maquinaria agrícola. Legítima es, pues, la consternación que tales hechos y tales proyectos han producido en la agricultura francesa, y sólo así se explican las proporciones del último concurso regional, celebrado en medio de las condiciones más desfavorables: ni la nieve, ni el verglas, ni las lluvias, ni los charcos han detenido á los expositores ni al público; los efectos de un frío intenso han detenido el aumento que en otro caso hubiera tenido la presentación de animales vivos; pero en cambio, la de material agrícola perfeccionado ha sido tan abundante, que ascendía á 2.001 números el Catálogo de esta importantísima sección, destinada á mostrar á los labradores la imitación de combinaciones mecánicas nuevas iniciada del extranjero, y cuya útil aplicación pueda ser fácilmente adoptada para el cultivo en grande y pequeña escala; los perfeccionamientos de los constructores extranjeros, y las innovaciones francesas para lograr una disminución de gastos y un aumento de rapidez de trabajo en las operaciones agrícolas.

Por amor á nuestro país, por afición á este género de concursos, y en cumplimiento del deber que nos impone el encargo de estas *Quincenas*, hemos visitado con detención, hemos examinado con interés y hemos recogido con afán datos abundantes de lo que acaba de presentarse en el Palacio de la Industria y sus anejos; pero al escribir esta carta tropezamos con noticias que nos hacen desistir de utilizar nuestros apuntes; donde indicaba hay quien propone en serio, y lo que es peor, quien copia la proposición sin protesta, que en lo que debe pensarse es en fabricar medias

lunas, banderillas y garrochas como material pedagógico para una escuela de Tauromaquia, se tendría por impertinente una descripción del magnífico material agrícola que acaba de exponerse en París. Aquí se reconoce que el suelo de Europa, sumamente esquilado y empobrecido, necesita una potentísima mano de obra; que los instrumentos para el cultivo y la cosecha, groseros é insuficientes, empiezan tan sólo á mejorarse siguiendo el ejemplo dado por importadores extranjeros; así seguimos viviendo en compañía de Pepe Hillo y Montes, y declarando que en nuestra tierra no prueban las máquinas, sino el arado tal como nos lo dejó Boabdil el Chico; así se sigue repitiendo con creciente frenesí: «¡A los toros!»; aquí, con redoblado empeño: «¡Al trabajo!»; ¿qué alcantaríamos, pobres de nosotros, intentando añadir al estéril folleto *Pan y toros* un escrito más que, faltar de pan, pudiera llevar por título *Toros y miseria*? Adelante con los toros, y vamos á otro asunto más consolador.

El grito más general en las calles y plazas de París está siendo el de: «¡A la Valence!», que sale de cientos de expendedores ambulantes, dedicados á vender el fruto de las *Heperides*; calcúlase el valor de las naranjas que se consumen aquí al año en unos seis millones de francos, valiéndolas á 15 céntimos cada una; y tal es la abundancia de ellas, que ahora se venden á sueldo (5 céntimos). El suelo y el clima de Francia nos es favorable para la producción de la naranja; la de España goza de una reputación universal y merecida: Palermo, Reggio, Nápoles, Sorrento, envían aquí gran cantidad de ellas, en cajas de docientos á trescientos, cuidadosamente envueltas cada pieza en papel de seda; son hermosas y de buena calidad: Malta y San Miguel de las Azores las envían también, principalmente á Inglaterra, cubiertas con hojas de maíz; las de Faro y Setúbal son estimadas por su color; las de Mallorca, que vienen á granel á Marsella, son dulces y suculentas; las de Málaga, un poco ácidas; las de Murcia y Andalucía, algo ásperas; las de Valencia, como hemos dicho, son las más estimadas en este mercado, y de ahí que el grito de venta de todas las naranjas sin distinción sea: «¡A la Valence! ¡A la Valence!»; tanto se repite, que el fruto va perdiendo su nombre y alquiliendo el de su precedencia, vendiéndose á fingida. Dicen que Luis XIV fué quien las puso en moda, publicando de naranjas á Versalles; la moda prevaleció, pero los naranjos que llegaron reducidos á un arbusto de adorno: Francia es, pues, tributaria nuestra por ese lado. Viendo lo que por aquí abunda ahora otro artículo alimenticio, bien representado por cierto en el concurso agrícola, nos hemos preguntado si se habrá hecho en España alguna tentativa para que las mesas escogidas de nuestro país encuentren dentro de él un tubérculo precioso: la trufa. Dejando aparte su estado civil, tan respetable, según dicen, que se remonta á los tiempos de Faraón, y sus vicisitudes, tan grandes si los frutos de la tierra prometida, llegó á presentarse en la mesa de los reyes de Egipto, pesando tanto como un muchacho de 15 años: 36 kilos; el caso es que este precioso comestible ha vuelto, como en Atenas y Roma, á servir para todas las salsas, á acompañar toda especie de carnes y perfumar todos los pescados; la trufa vegeta casi en todas partes; las condiciones de temperatura le son tan indiferentes, que se reproduce desde la latitud de los trópicos hasta el mar Glacial. ¿Por qué en España, donde prospera la crinida de tierra, no se procura obtener la trufa, que tan importante papel ha vuelto á representar en el arte culinario? ¿quién dice que de importadores de este tubérculo no podríamos convertirnos en exportadores al cabo de pocos años? Y el beneficio sería grande, porque la trufa se paga bien.

Como novedades de la quincena, debemos señalar la aparición del anunciado libro *Le Divorce*, de Alejandro Dumas, que ha hecho no poco ruido; de un nuevo periódico, *Le Sahara*, órgano de los intereses de la Francia africana, y la apertura de la Exposición anual del Círculo *L'Union Artistique*, que presenta cuadros y esculturas muy notables.

Después de un invierno cuya crueldad no ha estorbado á una larga y brillante serie de fiestas, *soirées*, conciertos y bailes, así en los salones oficiales como en los hoteles aristocráticos y en los mundanos, dando lugar á la ostentación fastuosa de sedas, encajes y pedrería; cuando los músicos no daban abasto á las orquestas, ni las gentes sabían por qué diversion decidirse, ha venido el Calendario á mandar que se diviertan á fecha fija en una fracción quimérica del tiempo. Bueno es que los ricos den comidas y fiestas, porque así contribuyen al bienestar de muchos; bueno que las mujeres se cubran de trajes espléndidos y los hagan afanos en el torbellino de los valseas, porque el lujo de las mundanas proporciona trabajo á gran número de obreras; bueno que los no abundantes de fortuna se diviertan también, que para eso tanto da un vestido de lana como otro de seda á cinco duros metro; pero la alegría no puede estar sujeta á reglamento; la risa no es un espermio voluntario que se produce á hora determinada; cuando la risa es forzosa se reduce á una mueca, de las más desagradables por cierto, y á mucha la venido á reducirse el Carnaval en París. Hubo un tiempo en que fué bien recibido y festejado; ha venido otro en que las diversiones han cambiado de objeto, y se recibe con indiferencia lo que alegraba á otras generaciones. No somos de esos moralistas nuestros que anatematizan los pasados placeres del Carnaval, llamándolos groseros y estúpidos; nada que produzca una alegría sincera es censurable, cuando la alegría no lleva consigo algo cruel ó humano; pero tampoco lamentamos que vaya desapareciendo el Carnaval, que, como los muñecos obligados á salir de su caja por medio de un resorte, se presenta ahora saliendo de su ataud medio cerrado el año anterior, y cubierto á guisa de último sudario con la negra ceniza del clásico miércoles del año anterior.

La alegría parisiense ha cambiado su modo de ser; hoy quiere la gente divertirse de otro modo que antes, y parecemos que quiere bien: acabó la procesión del padre Huey (Gord), que con aire fastidioso y doliente, como si comprendiera la aserte que le esperaba, se paseaba por la ciudad rodeado de sacrificadores, acompañado de la diosa del día, escoltado por niñas, más ó menos verosímiles, que tiraban al contacto del aire de febrero; un bando para

evitar en las líneas de tranvías la confusión de sus trompetas con las trompas de caña ha venido este año á aliviar barrios enteros de los desagradables sonidos carnavalescos; los omnibus monstrosos amenazan dispersar toda comitiva que se intentara; hasta las calalgatas destinadas á servir de reclamo y anuncio menguan de año en año, y la multitud que va á los boulevares porque allí se divierten sus antepasados, después de tropezar en toda la tarde con media docena de enmascarados, cubiertos de lodo, regresan á sus hogares al caer la noche, cayendo en la cuenta de que no han visto nada ni se han divertido lo más mínimo. En los bailes de la Ópera, exuberante de dormidos, ardiendo en luces, vibrante de sonidos, de tal modo domina la imagen del fastidio, que lo exiguo de las entradas ha obligado á cerrar la puerta el mártir; los bailes de segundo y tercer órden, escasos de trajes; los rarísimos encantos que con ellos se atreven á presentarse en la vía pública, seguidos de pilluelos y acompañados de una reclusa general; á eso ha quedado reducido el carnaval de París.

No parece que da señales de mucha vitalidad en Niza ni en Roma; allí, como aquí, se van prefiriendo á esta tradición agonizante otros manantiales de entretenimiento; el teatro que instruye, el libro que ilustra, el hogar, á cuyo amor conversan sabrosamente la familia y los amigos escogidos. Por cierto que con el Carnaval ha corrido sobre París, como sobre Berlín y Viena, sobre San Petersburgo, como sobre Londres y Roma, un soplo alarmante, que justifica los atavíos con que cierta actriz desconocida se presenta en una Revista llamante: entra en escena con un casco en la cabeza, una coraza sobre el cuerpo, un espadañ colgando, media docena de pistolas y revolvers en el cinto, un cañon rayado bajo un brazo, una ametralladora bajo el otro, y dice: «Yo soy la Paz europea, ligeramente armada; mi misión es pacificarlo todo; pero... no hay que fiarse mucho de mí.» Ni nada tampoco en los momentos en que una corriente de agitación extraordinaria se comunica á todas las naciones de Europa. Por fortuna, el asunto capital que, según vemos, preocupa á la nuestra es; loado sea Dios! enteramente independiente de todos los demás; ¿qué importa la lucha descomunal que sin tardar mucho puede trabarse entre pueblos gigantes, al lado del acontecimiento fenomenal y pasmoso que en la Pascua verá Madrid, reuniendo, entre la fuente del Berro y el arroyo de Abroñigal, para principio de temporada tramuntana, seis diestros, ó zurdos, de primísimo cartel?

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

CRÓNICA GENERAL.

Triste causa la que sólo puede triunfar por medio del asesinato, y más triste aún si para llegar á éste no se vacía en sacrificio, con ciego fanatismo, víctimas innecesarias, derrochando sangre con bárbara largueza. El nihilismo ruso no ha economizado esta vez más sangre que la propia, y no obstante el escándalo y la repugnancia que produce al mundo culto la repetición vergonzosa de los conatos de regicidio, ha intentado otro crimen más repulsivo aún, como lo es, en la escala de los delitos, lo más sanginario y alevoso. El regicida que ataca puñal ó pistola en mano al desventurado monarca comete un crimen horrible, sin otra atenuación que la de sacrificar su propia vida por la consumación de su proyecto inicuo. El último atentado de los nihilistas contra la familia Real de Rusia excede en ferocidad á los anteriores, y supone mayor perversidad: los asesinos no exponen su cabeza, pero prolongan la vida de muchos infelices; la traición doméstica les abre las puertas del palacio, y eligen un agente destructor que sólo acumulando ruinas puede alcanzar, de un modo muy incierto, á la víctima que se busca. Cuando los hombres se entregan á estos delitos crueles, disgusta verse obligados á escribir la historia; si las fieras tuviesen sus crónicas, no necesitarían éstos referir actos más atroces.

El crimen cometido en San Petersburgo tiene, por su monstruosidad, un carácter asiático; no en balle entra aquel vasto imperio en las regiones orientales. Hay en él, por otra parte, un elemento culto: la dinamita. Y reflexionando acerca de este absurdo dualismo, la imaginación retrocede ante las consecuencias de un progreso material exagerado, si las sociedades no adelantan también moralmente. Hoy tiene cualquiera en su mano los medios de volar la casa del vecino. Nuestra defensa propia está en la conciencia ajena, y es un mal modo de inducirnos á mejorar de estado pretender como primer procedimiento familiarizarnos con el crimen. Por lo demás, los nihilistas no lucen hoy otra cosa que continuar la historia de Rusia. Y no sabemos por qué nos tracen á la memoria la frase que dirigía Emilio Girardin á los prusianos: «Son bárbaros que se alumbran con gas.»

Los aficionados á los números estudian los nuevos presupuestos de la Península y Ultramar, y las oposiciones se preparan á combatirlos al grito popular de: ¡economías!

El Ministro de Hacienda es el mayoromero del país, y las Cortes lucen anualmente el papel de la señora de la casa. No lo crea V., nos contesta una señora; yo, que tengo la costumbre de tomar las cuentas á todos mis criados, le aseguro que no entiendo una palabra cuando abro un tomo de los presupuestos.

—Pues no le duele V., la contestamos; un presupuesto no es en rigor otra cosa que la cuenta de la lavandera presentada de un modo complicado. Usted lleva sus cuentas por partida simple, y el Estado lleva las suyas por partida cubica. No es esto criticar el sistema establecido, sino explicar á V. el motivo de que no entienda ni el nuevo ni los antiguos presupuestos.

—Dígan que no hay déficit.

—No le hay casi nunca; en cada ejercicio lo primero es un sobrante, y el déficit lo último.

—Creo, más allá de la dama, que la Hacienda de España no se arreglará hasta que encarguen esa cartera á una señora hacendista y económica.

La galantería nos obligó á darla en el acto la razón.

La última comedia de Sardou, *Daniel Rochart*, es un acontecimiento cuya resaca corresponde al Sr. Fernandez de los Rios, así como la bucha que sostuvo entre sí el público la noche de su estreno. Las comedias pulcras, y lo es en Francia actualmente una en que se toca la delicada cuestión del divorcio, y en casi todos los países, el conflicto interior de la familia donde no hay unidad de creencias religiosas: esas comedias llaman y se juzgan con el criterio del arte, sin con la pasión de partido, siendo sus triunfos ó derrotas juicios apelables ante otros tribunales más serenos y justos. Pero los elementos políticos ¿deben proscribirse en la escena? De ningún modo, cuando son cuestiones de carácter permanen-

te, como las tratadas por Sardou; antes bien llevan al teatro el calor de las ideas en lucha, es decir, las corrientes de la vida general. Si se prohibiese tratarlas de frente, entrarían en la escena alegóricamente y de soslayo, por medio de alusiones y aprovechando analogías históricas. Acaso tienen un inconveniente: el autor, que necesita la benevolencia del auditorio, se ve obligado, para no sufrir un fallo adverso, á contentar al mayor número, transigiendo quizás con su conciencia; existe un medio de conciliación, y es no aventurarse á usar los elementos políticos sino cuando se está conforme con las opiniones dominantes ó cuando se posee el arte de imponer, á fuerza de talento, lo antipático.

Leeremos, por consiguiente, la comedia de Sardou, y como de todos modos debe dominar lo artístico á lo sabio é intencional, creemos que la obra es una comedia buena más bien que un compendio filosófico, si la política ó la moral no matan al arte, sino que aumentan sobriamente su belleza.

Un viajero del tren de Andalucía detenido por los bandoleros dice, abrazando á su esposa:

—Prometo no viajar más en tren; sólo se puede viajar por España en tren de artillería.

La Sociedad Hispano-americana de Leipzig, centro literario y científico, fundado en 1873 por los jóvenes españoles y americanos á quienes el estudio había reunido en aquella ilustrada población, no tuvo otro objeto al ser creada que el de ofrecer á sus socios un punto de reunión donde pudiesen ejercitarse en el uso de la palabra. El buen éxito de aquellas sesiones determinó á sus fundadores á dar una dirección especial á sus tareas, difundiendo en Alemania ideas exactas, sociales y económicas de América y España, contribuyendo á la unión de éstas y propagando en Alemania la literatura castellana.

La Sociedad Hispano-americana de Leipzig hace un llamamiento á los escritores españoles, pidiéndoles recursos literarios y científicos; es decir, escritos propios ó ajenos, noticias económicas y científicas, estadísticas, periódicos y libros de todo género, para vulgarizar en Alemania todo lo que convenga para formar idea exacta de la cultura hispano-americana.

Las comunicaciones deberán dirigirse al secretario señor O. Woguera.—Bayrische Strasse, N.º 127.—Leipzig.—Suplicamos á nuestros colegas que sirvan contribuir al noble y patriótico fin que se ha propuesto los estudiosos jóvenes que nos piden desde Leipzig un concurso que no los negarán seguramente las academias, corporaciones literarias y científicas, los sabios y los escritores de América y España.

Al publicarse en el número anterior el retrato del actor Sr. Calvo no pudimos aprovechar, por falta de espacio, los curiosos apuntes biográficos que á continuación insertamos, y son de actualidad siempre tratándose de un actor tan apreciado.

Don Rafael Calvo, hijo del gran actor D. José, nació en Sevilla en 1844, y desde muy niño demostró sus aficiones artísticas y su talento poético, pues á los nueve años escribía versos que causaban el encanto del malogrado Serra, el cual quiso que estudiase el latín con su propio profesor, que tenía su clase en la calle del Olivar. Cursó en Barcelona la segunda enseñanza, y regresó á Madrid para seguir la carrera de leyes, la cual abandonó llevado de su afición al teatro, contratándose en el Español, siendo aún muy joven, en la Compañía del Sr. Delgado, para desempeñar papeles subalternos. Estrenóse el joven actor, si no recordamos mal, en 1861, con un drama del Sr. Ferrer del Rio titulado *Pizarro*, obra que no tuvo aceptación; aunque el papel que hacía allí Rafael Calvo era de corta importancia, obtuvo el primer aplauso y uno de los pocos del drama. El Sr. Rosa Gonzalez, crítico entonces el más duro, aseguró en su revista que sólo merecía elogios un actor nuevo cuyo nombre ignoraba. Por desgracia para el Sr. Ferrer del Rio, con el aplauso obtenido por el novel actor terminaba el corto papel de éste, el cual, estando aún atulido por el mágico efecto del primer aplauso, y hallándose entre bastidores, sintió que le tocaban en el hombro: volvió la cabeza asustado, y vió al inteligente Mariano Fernandez, que le dijo sin preparación:

—¿Quiere V. venir conmigo á Santander de galán joven?

Rafael Calvo, sorprendido, expuso sus temores de no servir para aquel cargo. Mariano Fernandez replicó:

—Me basta lo que he visto para saber que sirve usted.

¿Quiere V. contratarse?

—No puedo responderle á V.—repuso el turbado joven;

—haga V. el favor de proponérmelo á mi padre.

En efecto, poco después trabajaba en el teatro de Santander, con éxito creciente, el nuevo galán joven, que fué contratado al año siguiente en el Español con aquella categoría, en la compañía de D. Joaquín Arjona y D.ª Teodora Lamadrid, donde permaneció cinco años, cada vez más apreciado del público, que veía desarrollarse su talento.

La primera vez que trabajó como primer actor fué en el teatro de Murcia, á instancias de todos sus compañeros, y no obstante la resistencia que la modestia de D. Rafael Calvo le opuso, desconfiando de sus fuerzas, en que todos, sin embargo, confiaban, pues habiendo enfermado el padre del actor, era el único que podía salvar aquella empresa: el buen éxito que obtuvo le permitió continuar con aquel ascenso en los teatros de Alicante, Granada y Málaga, y luego en la Habana, en compañía del ya citado y gran actor Sr. Arjona.

El empresario Sr. Rosa le contrató para el Español, con excelente acierto, al lado de la Sra. Boldun, apareciendo aquel año al frente de la escena los dos actores jóvenes, que venían á reemplazar al personal, hasta entonces irremplazable, del teatro oficial: de allí pasaron al Ciego, volviendo otra vez al Español con diferentes damas, por la sensible retirada de la Sra. Boldun, y alternando actualmente en di-

cho teatro con el primer actor y compañero suyo Sr. Vico.

Son innumerales las obras estrenadas y papeles creados por el concienzudo é inspirado actor de que nos ocupamos. Distingue en escena por el brio y gallardía de su declamación y la inteligencia con que realiza las bellezas que distingue lucidamente de las obras: apasionado por el teatro nacional, resucitó en la escena *La Vida es sueño*, considerada irrepresentable por la crítica, y en que hizo una de sus mejores creaciones, y presentó al nuestro público otras quince obras magníficas del teatro antiguo. El teatro romántico le debe también la resurrección del *Don Alvaro* y *El Trovador*, cuyos extraordinarios y primitivos éxitos renovó con gran provecho de las empresas y entusiasmo de los espectadores.

Inteligente y estudioso, es idólatra de nuestra literatura propia, y conoce además las extranjeras, siendo tan literato como gran actor, aunque no escribe, ó si lo hace, reserva sus escritos. Don Rafael Calvo ha influido personalmente en el cambio del gusto público, aficionándole á un género dramático que, después de haber estado muy en boga, se hallaba desterrado de la escena madrileña, sin descuidar por ello la comedia de costumbres, en que, merced á su poderoso talento, igualmente sobresale.

Algo tarde es ya para reseñar el concierto poético y musical que la *Sociedad Coral de Hombres de Colonia*, cuya divisa es «siempre lo bello por lo bueno», celebró en beneficio de los desgraciados de Murcia, con la protección del emperador Guillermo y por iniciativa de nuestro casi compatriota Fastenrath; pero como la gratitud no prescribe, diremos por lo menos que el concierto le dirigió el Sr. S. de Lange, y cantaron la Sra. Maria Sartorius y el Sr. Guillermo Stumpf, distribuyéndose los productos entre los inaudados de Murcia y los pobres de la Alta Silesia.

Hé aquí algunas estrofas de la poesía alemana que leyó el Sr. Fastenrath y ha traducido un querido amigo nuestro:

«Como escogida en el reino de España por el genio de la belleza para tapiz de flores, brillaba Murcia, sin igual hechicera, eden de los cristianos, ensueño de los moros. La palmera se levantaba como signo de victoria delante de Murcia, la del aire perfumado. En sus bosques de naranjos y enramadas de rosas eran felices el ruiseñor y la paloma.

«Hallábase la ciudad sumergida en feliz sueño: soñaba el labrador en los frutos de sus campos; el vigoroso manco en sus amores, y el tierno niño en los angeles y en la luz del día: cuando de repente, ¡oh vanidad de las dichas de la tierra! para destruir este eden, desatase el diluvio, ruga el trueno, y en un instante la ciudad de la vida se convierte en un sarcófago.»

Así concluye esta bella poesía.

«La gloria del Imperio alemán se anuncia por los cánticos de Alemania y España. El beso de la fraternidad lo da España á Alemania en este momento angustoso.—¡Bendita sea su unión!»

Esta última estrofa condensa los sentimientos del poeta: la unión de sus dos patrias: Alemania, la patria de su corazón, y España, la de su fantasía.

Hace ya tiempo falleció en Londres un avaro, que sólo gustaba una parte mínima de su renta. Los herederos, cumpliendo su postrera voluntad, y para no darle un disgusto en la otra vida, le enterraron con la mayor economía en el panteón de sus padres, que estaba pagado hasta mucho tiempo. Después registraron inútilmente los muebles, reconocieron las paredes y los suelos de la casa en busca del tesoro.

Acaba de morir uno de los herederos, y al excavar en el panteón de la familia se ha encontrado junto al sepulcro del avaro una caja de hierro llena de libras esterlinas, que había enterrado allí sin duda para poder dormir en paz.

No es éste el único ejemplo de avaros que han querido llevarse su caudal al otro mundo. Sabemos de uno que estando desahuciado exigió á un sobrino suyo, médico, le declarase con franqueza la hora de su muerte.

—Pues bien,—le dijo éste,—morirá V. á las ocho.

El avaro sacó un talon del banco, hizo colocar un reloj delante de la cama, se tragó el papel á las ocho menos diez, y espiró á las ocho menos cinco.

A las ocho en punto su heredero, que era médico, le había hecho la autopsia.

Ricardo acaba de ser admitido en casa del Conde de Equis, para acompañarle á todas partes, porque S. E. es completamente ciego. El mayor-domo está dando instrucciones á Ricardo.

—A las tres le acompañará V. al tiro de pistola; se cargará doce veces sin bala, y el Conde hará precisamente doce blancos. Le llamará V. la atención hacia las buenas mozas que paven por la calle, y pasará siempre alguna. Después jugará V. con él al billar, poniendo treinta bolas en la mesa para que oiga siempre sonar la carambola. Todas las noches sobrá V. con S. E. al observatorio, porque le gusta observar diariamente las estrellas; no importa que las observe por el día, haciéndole entender que ya es de noche. Tirará usted con S. E. al fuego algunas veces....

—¿Y si me hiere?

—Se colocará V. para mayor seguridad, á sus espaldas, poniéndole enfrente la pared. Cuando el Conde monte á caballo,.... entonces quiere ir solo.

—Pero ¿monta S. E.?

—Sí; se colocará V. la silla sobre el hombro y le dará unas vueltas por el patio. ¡Ah! Se me olvidaba prevenirle que ponga V. algodón en las espaldas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

MÁS CRÓNICA DE LA SEMANA.

La cuestión cubana es la que más preocupa en estos momentos a cuantos se consagran á la vida pública, y en las Cortes, como en la prensa, apenas si de otra cosa se habla. Siendo, pues, una cuestión de tanta entidad, hemos creído de interés dar á conocer el proyecto de presupuestos presentado á las Cortes por el Sr. Ministro de Ultramar el 19 de los corrientes, pues en él se prefigura y hasta se concreta la resolución de todos los problemas hoy pendientes de ella en la rica Antilla.

En interés de todos está estrechar cada vez más las relaciones de la metrópoli con aquella provincia, dentro de las condiciones que su respectivo modo de ser y la distancia determinan, buscando, como en todas las cuestiones prácticas, lo posible. Es, pues, censurable la conducta de aquellos que tienden á crear antagonismos, que á nadie pueden reportar beneficio, pero sí mucho daño. Si desde 1827 comenzaron á remitir las Cajas de la isla un promedio anual de dos millones y medio de pesos á la Península, suma que duplicó en 1838 por subsidio extraordinario de guerra; si para la de Santo Domingo adelantaron 10.318.406 pesos, ya saldados, y para la expedición á Méjico 2.290.225, la Península ha enviado allí las fuerzas de su ejército para sostener el órden, base esencial de la prosperidad de un pueblo; servicio sumamente caro (aparte de la preciosa vida de una robusta juventud arrancada de la agricultura peninsular), tan caro como lo prueba el ejemplo actual de Perú y Chile en la desastrosa lucha que tanto deploran. Los 182.000 hombres enviados desde 1808 acá han permitido que sin grandísimo quebranto de la riqueza insular, y sin una considerable paralización de los trabajos, prosiguieran las operaciones hasta la completa pacificación, como hoy sucede con la pequeña insurrección que ha brotado, como acontecería si se suscitara mañana la siempre pavorosa cuestión social ú otra análoga relacionada con el órden público, cuyo sostenimiento es tan preciso y debe inducirnos á todos á una íntima solidaridad, á una completa mutuality de servicios.

No somos de temple tan frágil, que nos arredremos al primer obstáculo. Elevando nuestro juicio sobre el apasionamiento del día, es innegable que se ha hecho en poco tiempo mucho á favor de Cuba: están en Madrid sus representantes para ilustrarnos con su experiencia; se ha abolido la esclavitud; se ha hecho extensiva casi en su totalidad la Constitución del Estado á aquellas lejanas regiones; el Tesoro de la Península garantiza las operaciones de crédito que las obligaciones de la de la isla hicieron imprescindibles; se han rebajado considerablemente los impuestos, y si las Cajas de Cuba han tenido que interrumpir desde 1868 sus remesas, la Península no ha escatimado sus sacrificios, tanto de hombres como de dinero.

Fijándonos en la tan debatida cuestión de los azúcares, el Sr. Elduayen suprime en el proyecto que nos ocupa el derecho de exportación de este valioso artículo, así como el de las mieles y melazas con destino á la Península é islas adyacentes; y si á esto se agrega que á su introducción en nuestros puertos sólo pagarán desde 1.º de Julio próximo, según el proyecto presentado por el Sr. Orovio á las Cortes el 13 del corriente, 8 pesetas 75 céntimos por 100 kilogramos de peso neto, y será libre su entrada en los depósitos de comercio peninsulares, así como su reexportación, de la misma suerte que la salida del Reino de los que hayan sido refinados, y con las mieles de las Antillas se devolverán los derechos de Aduanas pagados á la entrada de la primera materia y los de consumo, ó sea el impuesto transitorio y recargo municipal, por no haberle desconocido que se ha hecho mucho en beneficio de este ramo de la producción cubana. Excepto Inglaterra, Bélgica y Italia, no recordamos ningún país en que el derecho de entrada sea con mucho tan barato, y nótese que en la rebaja se favorece exclusivamente á los azúcares antillanos, pues se aplica desde el núm. 12 inclusive abajo de la clasificación holandesa, ó sea á los azúcares miscelados de Cuba en perjuicio de los refinados que ahora vienen de Liverpool, Hamburgo, Marsella ó Burdeos.

Verdad es que la batallona cuestión de las harinas queda sin resolver. El Sr. Elduayen cree que el Tesoro de Cuba no puede prescindir de los 900.000 pesos que las harinas peninsulares satisfacen á su entrada en la isla, y se opone á la rebaja ó supresión de derechos, como desearían los agricultores ó los armadores de buques, porque la mayor exportación de este artículo produciría un alza en la Península y favorecería la importación extranjera, perturbando el movimiento mercantil natural. En cambio pide autorización á las Cortes para negociar la reducción proporcional del derecho de las harinas extranjeras; ¿se puede llevar más allá el espíritu de transacción dentro del círculo de hierro que trazan las necesidades del Tesoro?

El arancel general de exportación se reduce en un 10 por 100; y se exige el recargo del 25 por 100 con que hoy están gravadas á su importación en la isla: el tabaco, el pescado ordinario salado, las patatas, ajos y cebollas, el arroz, los garbanzos, lentejas, judías, la harina y la manteca de cerdo, ó sea los artículos alimenticios de primera necesidad. A la propiedad agrícola se le rebaja á 10 por 100 el enorme impuesto directo que antes pesaba sobre ella, y á 16 por 100 de las utilidades líquidas la propiedad urbana, la industria y el comercio, que satisficieron poco há el 30.

El Sr. Elduayen calcula los gastos en 37.349.592,12 pesos, y los ingresos en 38.171.100. Sobrante: 224.507,88. Comparando el proyecto para 1880-81 con el presupuesto de 1879-80, resulta una diferencia de más en los gastos en 1880-81 de 2.535.382,11, y de menos de 19.333.766,99, y en los ingresos una diferencia de menos del ejercicio próximo de 21.961.698 pesos.

Más hay que tener en cuenta que estos cálculos se refieren al presupuesto ordinario; pero á más de estas necesidades generales de la Administración hay gastos extraordinarios que no tienen carácter permanente, y pertenecientes casi todos al presupuesto de Guerra y Marina, que las autoridades de Cuba calculan en 800.000 pesos mensuales, ó

9.600.000 al año, para cubrir los cuales sólo se dispone de 221.000 pesos del sobrante de los ingresos ordinarios; de 350.000 de un impuesto de cédulas personales que se establece, y 1.330.000, que es la suma más efectiva, por suspender, mientras duren las circunstancias anormales de aquella Hacienda, la amortización de billetes del Banco Español de la Habana emitidos por cuenta del Tesoro, ó sea un total de 1.901.000, resultando un déficit de 6.700.000 pesos, imposible de cubrir por ningún otro tributo que no sean los existentes.

En esta deficiencia de arbitrios nuevos, el Sr. Elduayen demuestra la precisión de dejar internamente en suspenso algunas de las bonificaciones tributarias introducidas con carácter de permanentes en el presupuesto ordinario, proponiendo á este efecto un aumento de 9 por 100 al tipo de contribución directa, otro de 50 por 100 á las tarifas del derecho de hipotecas, y otro, de 30 por 100 también, al impuesto de consumo de ganados, así como el recargo de 25 por 100 sobre el derecho arancelario que se cobra á los artículos alimenticios que ya hemos enumerado, lo propio que de un 10 por 100 del derecho que actualmente se exige por el de exportación. Queda aún un déficit de 487.360 pesos, del cual deduciendo el sobrante del presupuesto ordinario, resulta un saldo de 262.853 pesos.

El ejercicio de ambos presupuestos podrá prorrogarse por cuatro años sucesivos, si las Cortes no estimasen lo contrario, quedando autorizado el Gobierno para introducir todas las economías factibles, así como para aumentar los beneficios que á la producción y al comercio otorga el proyecto.

Queda ahora por examinar el estado de la Deuda, en especial la de urgente pago. La Deuda flotante, en la cual figuran 3.450.000 pesos girados en este ejercicio por el Tesoro de la Península, asciende á 6.350.000 pesos. El límite de esta deuda es el 1.º de Julio de 1878. Antes de esta fecha figuran 44.900.076 pesos en billetes á cuenta del Tesoro ó emitidos por éste, si bien es probable sea esta cifra menor, por extravío, sobre todo, de los fraccionarios. Los atrasos y descubierto en fin de Junio de 1878, según cómputo aproximado, ascendían á 78.011.752 pesos, ó sean 51 1/4, en oro y 26 1/4, en papel. Pero para no descender á detalles minuciosos, diremos que el Sr. Elduayen calcula la deuda general de Cuba en 206.680.251 pesos al fin de este ejercicio; y deduciendo los 57.634.260 pesos que importan los saldos á favor del Banco Hispano-Colonial y las anualidades pendientes del empréstito de 1878, resultará un déficit de 149.045.990 pesos, que se descompone en 101.045.914 en obligaciones á pagar en oro, y 48.000.076 en billetes.

Una cantidad tan crecida de deuda pública no puede ser saldada ni atendida de momento, y es forzoso proceder á su conversión en amortizable á largo plazo y con módico interés, apresurando la liquidación, reconocimiento y clasificación de los diferentes créditos, de suerte que en el ejercicio de 1881-82 pueda ya incluirse la suma exacta correspondiente á este servicio. Con carácter de preventivo destina para el próximo ejercicio el Sr. Elduayen á la deuda, tanto á la garantida por la Renta de Aduanas como á la flotante, el crédito de 8.990.000 pesos, ó sean 7.500.000 para la primera cantidad á que entiende el Sr. Ministro se reducirá el importe de intereses y amortización de los Bancos Español de la Habana é Hispano Colonial, una vez rescindiendo el contrato con este último, para lo cual está en negociaciones una operación de crédito, al parecer con la *Société générale* de París, por valor de 60 millones de pesos, según unos, y de menos ó más, según otros, destinándose 1.330.000 á amortización de billetes.

Esta partida, sin embargo, se traslada en el presupuesto extraordinario, junto con el sobrante, á cubrir gastos no previstos, que son los que allí compendrán casi toda la deuda flotante y de que más arriba nos ocupamos. De suerte que queda aún pendiente la liquidación de los atrasos y créditos anteriores al 1.º de Julio de 1878, y cuyo pago está desde aquella fecha suspendido, y por lo tanto, en el ejercicio de 1881-82 habrá que abrir nuevo crédito para amortización é intereses de esta deuda.

Téngase en cuenta que sólo para gastos de Guerra y Marina, ordinarios y extraordinarios, se requieren 29.186.586, y con los créditos á los Bancos suman 36.686.586, ó sean Guerra, Marina y Deuda en un presupuesto de ingresos total de 47.283.740 pesos, de los cuales hay que deducir la suma arriba anotada por amortización de billetes, pues procede de Loterías, que forman parte independiente.

Aun admitiendo que resulten efectivos los cálculos por cédulas personales, recargo sobre el consumo del ganado y de los derechos de hipotecas, es de toda notoriedad que todos los recursos son insuficientes para que no queden indolatos los presupuestos, indolación que sería el mayor de los peligros y la más cara de las medidas imaginables, haciendo imposible el próximo arreglo de la deuda, lo cual resultaría contra los mismos cubanos.

Nadie desea como nosotros que pudieran suprimirse los derechos de las mercancías peninsulares; pero importan 4.401.709 pesos, que no tendrían reemplazo posible. De la misma suerte desearíamos la rebaja de los aranceles para el comercio exterior, mas envolverían otra rebaja, que pagaría Cuba muy cara, pues, después de todo, las correas saldrían de su propio cuero, valiéndose de una frase vulgar.

El proyecto, pues, del Sr. Elduayen no será popular, porque no puede serlo lo que demanda sacrificios, á pesar de que se introduce la importante rebaja á los azúcares y melazas, que es lo que más afecta á Cuba, y se consiguan otras muy considerables en el presupuesto ordinario; pero salimos del caos y entramos en un período de confianza, con una administración sólida y maciza, que es la base del renacimiento del crédito y de la marcha ordenada de todo el Gobierno.

Vamos ahora á hacer un ligero examen del proyecto de presupuestos del Sr. Marqués de Orovio.

Una notable mejora ha introducido el Sr. Ministro de Hacienda en el actual proyecto: la sencillez. Nada más inconveniente que englobar en una ley de presupuestos disposiciones arancelarias, leyes de coimpagos, y hasta las licencias de éstos en la estación veraniega, como se venía haciendo.

Los gastos del Estado se calculan en 829.158.576 pesetas, y los ingresos en 792.150.792 pesetas, ó sea un déficit de 37 millones. No es fácil calcular la cifra aproximada del déficit, pero evidentemente que en el próximo ejercicio puede ya fijarse con más aplomo que ahora. La razón es obvia: una buena parte del déficit procede de los créditos extraordinarios y suplementarios que hemos visto aparecer á cada paso en la *Gaceta*. Pues bien; el Sr. Orovio propone á las Cortes que los departamentos ministeriales no puedan en lo sucesivo crear nuevos servicios, modificar los existentes ni disponer los gastos respectivos sino dentro del importe de los créditos autorizados por los Cuerpos Legislativos. Si esta medida se hubiese tomado antes, no ascendería el déficit, al finalizar el ejercicio, á 65 1/2 millones, como el de 1878-79 tampoco hubiese llegado á 73 1/2 millones, ni el de 77-78 á 63.900.000 pesetas.

Es, pues, una medida digna de aplauso, encaminada á encauzar la marcha financiera y á inspirar confianza.

Un proyecto causó una alarma y produjo una momentánea baja en la cotización, á saber: el de expedición de delegaciones al portador sobre los presupuestos corrientes, á más de la emisión de pagarés y letras. Pero el Sr. Orovio desvaneció en el acto el temor de que esta medida significara la reanudación de los préstamos de particulares al interés crecido que éstos exigen, no teniendo otro objeto que dar los nuevos valores al Banco como garantía, en armonía con lo que previenen sus Estatutos.

Para la deuda del Estado consigna el señor Marqués de Orovio: 1.º Que después de un examen minucioso de la situación del Tesoro, éste puede subvenir sin dificultad en el ejercicio siguiente, ó sea el de 1881-82, al aumento de intereses ofrecido en la ley de arreglo de la Deuda pública del Sr. Salaverría. Y 2.º, que se conserva para la amortización por subasta de consolidado el crédito de 9 millones de pesetas, además de la acumulación del producto de las ventas posteriores á Julio de 1876, en la parte correspondiente al Estado. Lo último es la piedra de escándalo para no pocos; pero si en realidad representa ahora esta partida un quebranto, no así si nos trasladamos á la época, no remota, del reintegro de los intereses. La tendencia, cada vez más general en Europa, de poner término á emisiones fabulosas de deuda perpetua, en que se va descontando el porvenir al paso que se le arroja toda la carga del presente, autoriza el sistema de amortización, que impone sacrificios, pero temporales. No ponemos empeño en los tales 9 millones, mas tampoco vemos motivo bastante para desear que una administración financiera por tan poca cosa, y mémos cuando se hace en beneficio del crédito, que tan rudes golpes ha recibido.

Pero la oferta más importante de estos presupuestos es la de que no se apelaré á ninguna operación extraordinaria de crédito, cubriéndose sus atenciones con los ingresos naturales ó los autorizados por el art. 4.º

A muchas consideraciones se prestan los dos proyectos que acabamos de examinar, pero no disponemos de más espacio. Sólo para terminar debe el que suscribe manifestar que, á pesar de la distancia que en política le separa del señor Elduayen, reconoce en su humilde sentir que ha procedido como hombre de Estado previsor y concienzudo, al cual se hará justicia, ajustándose á los dos principios axiomáticos de toda buena administración, á saber: que los presupuestos no queden indolatos, y que no se abandone ninguna renta sin su natural y seguro reemplazo. Los que otra cosa piden son, sin darse cuenta, los verdaderos enemigos de los mismos á quienes pretenden favorecer, como lo sería conceder el alivio del agua fría á un enfermo grave devorado por la fiebre.

GUILLERMO GRAELL.

CRÓNICA GENERAL.

La hospitalidad tiene sus límites, y la extradición de criminales refugiados en país extranjero es una necesidad de gobierno reconocida por casi todas las naciones. Sólo son excepciones a esta regla los delitos políticos, cuya determinación es vaga y complicada, dependiendo a veces de la pasión, y no de la justicia; sucede también ser delicto en un país lo que parece en el otro acción laudable y meritoria, y suelen confundirse los delitos políticos y los comunes de manera que es difícil separarlos. La reclamación hecha por el Embajador ruso en París del emigrado Hartman, a quien se acusa de haber sido el autor de la voladura del tren regio que tantas víctimas ocasionó, ha suscitado en Francia vivas polémicas acerca de si se debe o no consentir la extradición del criminal. No la justicia estricta, sino la presión que ejercen las circunstancias, dando más fuerza al radicalismo interior, que se opone a la entrega del supuesto delincente, o a la influencia exterior de un Gobierno poderoso, es quien no lo convence a Francia un desahogado, decidirá la suerte del emigrado ruso, que si vuelve a su patria, será para morir.

Mientras esta cuestión grave se ventila, toda Europa se fija con pavor en el conflicto que padecerá la sociedad rusa, cada vez más intolerable, por ser una guerra civil en las tinieblas; cada vez más bárbara, pues ya se propone repartir las sangrientas bonanzas de Nerón; incitación que, si llegara a realizarse, bastaría para deshonrar el siglo en que nacimos y la causa que apela a tal extremo. La energía y la acción implacables hasta ahora por los conspiradores nihilistas hacen presentir grandes y próximas catástrofes en el imperio, y tal es la inexorable resistencia de aquel Gobierno autocrático y poderoso. Se buscan con ansiedad los telegramas de Rusia, como esperando el desenlace de una tragedia llena de interés, que ha de concluir en la hora a en las llamas, en el exterminio de una secta invisible o en la voladura de un trono secular; lucha feroz de serpientes y leones, que sibian y rugen en la oscuridad, sin encontrarse todavía.

El Sueño de un condenado a muerte es un artículo que publica *La Época* y nos dedica su autor, D. Armando Palacio Valdes, con intención, a lo que parece, de oponer a los argumentos que recomendarán, a nuestro juicio, la ejecución pública de las sentencias, impresiones de puro sentimiento en favor de las ejecuciones aisladas. Agradecemos la delicadeza de aquel trabajo interesante, con el cual el señor Palacio Valdes nos conmueve y no logra convencernos: la ejecución que presenta como ejemplo es la de un hombre honrado, a quien domina en aquellos instantes un pulso plausible: el pueblo que se aleja del cadalso para evitar ese espectáculo y dejar morir en paz al reo es un pueblo ideal. Pero ni el Sr. Palacio Valdes discute, ni nosotros queremos, ni en esta ocasión debemos, discutir. Expusimos con buena intención nuestras razones cuando se proponía al Senado ejecutar las sentencias dentro de las cárceles, y hemos coincidido con el propósito del Gobierno, que no ha creído oportuna la innovación, procediendo, según nuestro entender, con gran cordura. Por lo demás, nadie nos gana a deplorar la triste, la dolorosa necesidad del cadalso, cuya supresión no vemos tan próxima como algunos se imaginan, teniendo en cuenta que la estadística del crimen, que creíamos compungido inseparable de la ignorancia, demuestra serlo también de la cultura.

No se puede volver a ésta, sino a aquella, los crimenes horribles de que ha sido teatro la población de Fuente del Fresno, si los atropellos de la autoridad, del honor y las haciendas son como los refiere los periódicos. Ignoramos por completo qué castigo ha de imponerse a los culpables; pero cuando los delitos que se peñan son tan públicos y escandalosos, dejamos a la consideración del Sr. Palacio Valdes y de *La Época* si la publicidad del castigo es perjudicial o conveniente.

Sr. D. Abelardo de Cárlos: Invita la Redacción de este periódico por la Empresa del Español para acompañar a la Comisión que debía ofrecer una corona al Sr. D. Antonio García Gutiérrez en la noche de su beneficio, se sirvió usted indicarme si tendría inconveniente en representar al periódico en aquel acto de pública deferencia al gran autor dramático, pues no siendo posible la asistencia de V. ni la de mis compañeros, podría parecer falta de atención hacia la Empresa que convidaba y al acaudado poeta a quien se rendía tan justo y modesto tributo, el que *LA ILUSTRACIÓN* no estuviera representada en la que juzgáramos debía ser numerosa comitiva de admiradores. Acepté la honra que usted me hacía, con tanto más motivo, cuanto que algunos periódicos invitaban a la clase de escritores a tomar parte en aquella manifestación respetuosa, a cuyo espíritu me asociaba con verdadera convicción.

Añadi, pues, al salomillo del teatro, donde vi otros periodistas que representaban sus diarios, y muchos autores y poetas que sólo creían necesario para ofrecer una corona y aplaudir al insigne dramático sentir admiración hacia sus obras. Allí nos hicieron formar en semicírculo, y formamos, como hacen los coristas; Zurrilla tomó la corona y se la entregó al poeta, dándole un abrazo y un beso, y los convidados aplaudieron a García Gutiérrez en el escenario, mientras el público aplaudía en todas partes. Bajó el telón y nos retiramos, para que al llamamiento de los espectadores apareciera solo en escena el gran poeta.

Cumplí lo el encargo que recibí, solo me resta indicar a usted que uso noto de cortesía y alusión para que fuimos invitadas ha sido calificada por algunos de inmodesta exhibición personal, fun-hilosos en que sólo correspondía el carácter de acompañar en aquella ceremonia a poetas eminentes, lo cual podía advertirse antes del convite, a que acudimos por deferencia y creyendo asistir a un cortejo literario popular; pero es inequívoco é injusto criticar después a los que, buenos o malos, cumplían un acto de

atención llevando en el bolsillo los periódicos que solicitaban su asistencia, o la carta particular de los organizadores de la ceremonia, en que se les rogaba concurrir.

Ello es que, hecho un llamamiento general a los escritores, sin exclusión de géneros, todos asistían con derecho, y tratábase de honrar a García Gutiérrez, por un deber moral; y cuando la conducta de personas regulares tiene una explicación tan noble y legítima, no favorece a nadie la censura interpretaciones violentas y ruines. Aplaudir a un gran poeta, aunque honra a quien lo ejecuta, es al fin un acto de humildad, sobre todo, si por la modestia, mansuetud y posición de aquél no se pueden atribuir a móvil interesado los aplausos; y en vez de hacer que se retraigan de estos actos de justicia las mayorías literarias con agresiones que hieren el amor propio, convendría, por el contrario, arraigarlos en las costumbres. Conoce poco el corazón humano quien ignore que lo difícil al escritor y al artista no es censurar, sino aplaudir a los que valen mucho más, y no es ocasión de molestarnos aquella en que cumplen con esta obligación, que otros eluyen con disculpas ingenuas.

No ha sido la prensa española muy benévola con la proposición en que el senador Sr. Santana pide la creación de dos escuelas de tauromaquia en Madrid y Sevilla. Hemos tenido tantas veces la degradación de venenos precisados a combatir los proyectos de una persona que particularmente nos merece estimación, que hemos procurado esta vez buscar razones en apoyo de tan extraña idea, y aún habiéndolas, no nos atrevimos a exponerlas, temerosos de la reprobación general. El Sr. Santana, como legislador, tiene mala suerte.

La verdad es que las corridas de toros están en auge de tal modo, que no hay síntoma alguno de que se acerque la conclusión de ese espectáculo; y dada su existencia inevitable, y siendo la inteligencia de los diestros lo que hace menos sangrienta esa diversión y disminuye su barbarie, es humanitario y culto que se enseñe al hombre a sortear y vencer la fiera con que es costumbre habérsela en España; y casi, casi, teniendo en cuenta la frecuencia con que al atravesar muchas comarcas es acometido por algún toro bravo el viajero, y aún al retirarse a su casa en las ciudades del pacífico vecino, es lícito dudar qué debe el español enseñar antes a sus hijos, si el arte de torrear o el alfabeto.

Pero en cambio de estas ventajas, las escuelas aumentarían la acción; las matriculas de la facultad del toro desviarían de los oficios a los mozos, y humillarían por su número a cualquier otra facultad; se llenaría España de diestros en tauromaquia; cada escuela haría un libro de texto, según fuese partidario de la escuela madrileña o sevillana, y el gobierno que apoyase la reforma sería eternamente señalado con el dedo.

Y es que el toro, aunque ejercido en público y sin obstáculos, debe tener, por su carácter, algo de clandestino; es un arte privado, una cualidad que se acepta por necesidad, pero que nadie se atreve a estigmatizar oficialmente; se dola la cabeza ante el hecho brutal de su existencia, lamentándolo, como otros vicios peores, tolerados forzadamente por la autoridad, y de los cuales no podría estar poner cédula.

Por último, el sentimiento general desecha sin vacilación el pensamiento, y creemos que no se renunciará en Sevilla ni en Madrid el claustro de tauromaquia, ni se falsificarán los títulos, ni habrá exámenes de fin de curso, ni se dividirá en aulas el Matadero, ni los mozos sabios se convertirán en bebedores. Frasencelo y Lagartijo en católicas, ni se convertirá en parafino la Plaza de los Toros.

Los años y los achaques habían retirado de la vida pública a otro gran escritor, el decano de los autores dramáticos, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, poeta, autor, fabulista, crítico, orulito, filólogo, cuyo vasto y colosal talento ha recorrido toda la escala de la literatura, desde el drama heroico hasta la nota del comentarista: apto para todos los géneros, ha escrito dramas apasionados, místicos, comedias de magia, sainetes, poesías líricas y festivas, cuentos admirables, artículos ingeniosos, estudios literarios, prologos, baladas, siendo alternativamente dulce y enérgico, sencillo y profundo, sentimental y festivo, inspirado y correcto, lo mismo escribiendo en prosa que en verso o en habla antigua, sabiendo hacer reír, llorar y meditar profundamente a sus lectores, y haciendo gala de la variedad de su ingenio y la anchura de su capacidad. El Sr. Hartzenbusch es un conjunto de raras y altas cualidades literarias, que distribuidas enriquecerían intelectualmente a media docena de escritores, y que acumuladas en su privilegiado cerebro lo constituyen en uno de los millonarios del entendimiento. La inspiración, la variedad y la conciencia son los tres caracteres predominantes en las obras del modesto, honrado y laborioso anciano, que recluido en su hogar, y desatendido acaso, aunque olvidado no, acaba de renovar los triunfos de su juventud con la representación de *Los Anales de Teruel* en el teatro Español.

Toda la prensa ha aclamado al autor, refrendando sus laureles.

La sólida reputación del Sr. Vico no necesita que nos detengamos a referir el triunfo que consiguió en el último acto de la obra, pues tan cierto es enviable, nada añade a su ya segura fama. Lo que en la representación merece mención excepcional es el desenvolvimiento hecho por el público de todo el valor, sensibilidad e inteligencia de la señora Mendoza Tenorio, cuya escuela, figura y cualidades se han adaptado admirablemente al difícil e interesante papel de D.ª Isabel de Segura, pudiendo de relieve todo su talento. Lo conocimos y admiramos tiempo hace; Elisa tiene en su rostro movimientos de elocvente expresión; su acción es siempre noble; comprende con toda claridad, y acompaña en sus más delicadas gradaciones el pensamiento del poeta; los versos dichos por su dulce voz tienen sencilla poesía, y la ternura parece su lenguaje natural. Con estas condiciones sólo necesita sentir sus papeles, y el do de la desdichada D.ª Isabel no parecía en su conmovida voz una

ficción poética, sino real manifestación de las amarguras de su alma. Oyéndola, los ojos se humedecían y las emociones del espectador eran profundas.

Oigamos a los pollitas que hablan junto a las vidrieras. Su conversación es animada y sin interrupción: hablan de todo, del tiempo, de política, del amor:

Blanca.—¿Qué días tan hermosos! Ya se siente venir la primavera.

Dolores.—Y cuántas flores va a haber este año!

Blanca.—Como siempre.

Dolores.—No lo creas; en este invierno han muerto muchos niños.

Blanca.—¿Y qué tienen que ver unos y otras?

Dolores.—¿No han de brotar más flores en el campo haciendo tantos niños en la tierra?

Dolores.—Mi papá ha sufrido a dar un voto de censura al Caudal de Teruel.

Blanca.—Pero ¿qué es un voto de censura?

Dolores.—¡Oh! es en política lo más grave que le puede suceder a un hombre: viene a ser como si se reuniesen cien mujeres para darle calabazas a la vez.

Blanca.—Pues mi papá no sale apenas de casa: está escribiendo acerca del divorcio un libro que debe ser muy pesado: dice que el asunto es muy difícil, y tenemos que salir solas mamá y yo, mientras papá se queda en casa pensando en el divorcio.

(En la galería alta del Español. Primera representación en este año de *Los Anales de Teruel*.)

Una mujer del pueblo llora al escuchar la tertulia de la noche del cuarto acto, en que D.ª Isabel de Segura se lamenta de su suerte ante el desgraciado D. Diego de Marsilla.

—No te alijas, mujer—la dice su marido—que nada de eso es cierto.

—Si lo es—replica la mujer;—lo he leído en una historia que hay en casa; esa señorita quiere a D. Diego con toda su alma.

—Te digo que no; hace pocas noches tenía relaciones con otro.

—¿De veras?

—Buena persona también: un tal Manrique.

—Lo que me extraña es que D. Diego de Marsilla esté tan gorlo, exclamaba un forastero.

—No comprendo.

—Si, señor; hace un mes me lo enseñaron en Teruel y era un esqueleto.

El sabio D. Tadeo se pone su mugriento levitón, su gabán, sus anteojos, su bufanda, y sale de su buhardilla con un legajo de papeles.

La portera le examina y pasa revista a todas aquellas prendas.

—¿Se muda usted?—pregunta la portera.

—No, señora.

—Dispense V.; como lleva V. encima todo lo que tiene...

JOSÉ FERNÁNDEZ BRENNES.

Febrero 26.

Mucho ruido se venía haciendo antes de su estreno con la comedia del autor de *Les Pâtes de mouche*, *Nos bons rillages* y *Le Famille Benito*; pero ese estrépito se quedó muy por bajo del que produjo *Daniel Roel* en el teatro de la Comedia Francesa la noche del 16. Empezamos por un análisis, suficiente para que nuestros lectores puedan formar juicio de la obra.

Daniel Roel es un abogado, diputado y orador, muy aplaudido en todas las reuniones y asambleas, y muy aficionado a lo que le aplauden. Aprovechando ciertas vacaciones parlamentarias, hace un viaje a Suiza, tanto para descansar a orillas del lago de Ginebra, que tienen para él un encanto irresistible, como buscando la ocasión que le da el centenario de Voltaire de hacer sus facultades oratorias. En el camino encuentra dos criaturas adorables, Ester y Lea Henderson, norteamericanas, y tan fervientemente protestantes ambas, como Daniel es adversario de todas las creencias religiosas. A tiro de ballesta se va venir que el diputado en vacaciones va a enumerarlas de una de las viajeros, y así sucede en efecto, fijándose en Lea, que no parece mirarle de mal ojo. Al empezar la comedia nos hallamos en Forey y en la casa de Voltaire. Una reunión numerosa espera a Daniel, cuyo paradero ignora el mismo doctor Biblacho, su amigo íntimo. Por fin se presenta, acompañado de las dos compañeras de viaje, y su primer cuidado es instalarlas en la sala lo mejor posible. Daniel se excusa a sí mismo en elocuencia; Lea Henderson se siente cautivada por su talento, y conchuda la conferencia, contesta al diputado que corresponde a su amor y está dispuesta a ser su mujer. Daniel pide la mano de Lea a mistress Pauwers, una tía que la acompaña, y el primer acto, rico en preciosos detalles, concluye, para entrar la comedia en el camino árido y monótono.

En el segundo acto se celebra el casamiento civil, que ha sido preciso apresurar por el llamamiento urgente que de Francia ha recibido el orador para que acuda a ocupar, sin pérdida de tiempo, su puesto de combate. Lea no ha dudado que su unión será consagrada por el representante del cielo sobre la tierra, que para ella es el pastor protestante; Daniel no ha pensado en tal cosa, viniendo a resultar el f-nómeno, singular por muy rápidamente que se hubiera concertado aquella boda, de que a nadie se le haya ocurrido prever cómo había de celebrarse: verdad es que sin esa negligencia, más o menos venial, no habría posibilidad de que la comedia continuara; gracias a aquel descuido, la tormenta estalla en la plácida forma del reverendo Clarke, invitado a almorzar, y que debe concluir lo que, a juicio de Lea, sólo está comenzado, la consagración de su enlace con el hombre a quien profundamente ama y que sinceramente la adora. Daniel se niega, porque no puede ponerse en contradicción con las doctrinas de toda su vida; para él Lea es su mujer y le está solemnemente unida por el contrato civil: preténdole a una formalidad, a que no da importancia alguna, alienta, renegando de los principios que había defendido durante largo tiempo con

el ardor de la convicción, y sufrirá las consecuencias de una deserción vergonzosa. ¡El ahí lo que explica a Lea en una escena del tercer acto, exponiéndola su resolución, en la cual van a estrellarse todas las del drama; escenas sin conclusiones posibles, porque desde aquel punto queda establecido que ni Daniel puede consentir, ni Lea ceder. De ahí que cause pena ver a dos amantes tan apasionados discutir, en medio de declaraciones de ternura, resoluciones igualmente inquebrantables por ambas partes; cuestionar en medio de arrebatos de pasión la oportunidad de una concesión que el uno reclama y el otro niega. Lea se explica con súbita elocuencia, tan fenomenal y más aún que la habitual en Daniel. Este suplica a su mujer que renuncie a la ceremonia religiosa; pero ella, que cree adorar a su marido, prefiere renunciar a él a vivir en su compañía si el pastor no bendice la unión; así va corriendo toda la comedia, que no es otra cosa que una discusión del matrimonio civil y religioso, sostenida durante cinco actos, sin situaciones dramáticas, sin acción, sin interés que temple la aridez de tan larga polémica. El autor tan pronto sostiene una tesis como otra; unas veces, que el único matrimonio valdiero es el religioso; otras, que no tiene ninguna eficacia sin el civil. Daniel es un hombre superior, un carácter entero, pero nunca dice a Lea: «Estamos unidos ante la ley, me debes obediencia; ¡sigueme!» Prefiere pronunciar trozos de discursos intempestivos, mezclados de ternezas, a que la mujer conteste con otras ternezas y otros fragmentos de discursos; de todo este desfiladero de elocuencia viene a resultar que el reverendo Clarke no bendice la unión de Lea, firme en no seguir a su esposo, decidido, por su parte, a no ceder.

Así las cosas, Daniel, loco de amor, pide una cita a su mujer; la estrecha en sus brazos a la puerta de la alcaoba nupcial. Lea se desprende de ellos, y el marido exclama: «No me amas.» Entonces Lea abre una ventana, señala una luz que brilla en la casa del pastor, y le dice a Daniel: «Vén al templo; vamos solos al instante... y soy tuya.» La escena, como se ve, es palpitante; y el público espera la respuesta del libre-pensador; la respuesta es ésta: «Consiento en ir al templo, pero a condición de que nadie haya de saberlo»; es decir, que por satisfacer su pasión se presta a renegar de sus convicciones, y para no sacrificar sus intereses, su fortuna y su posición, exige que se ignoren su apostasía y su baja. Nada está prevenido para concesión tan inesperada; pero si el carácter de Daniel aparece en contradicción con el que le había atribuido el autor, el de Lea Henderson se subleva justamente, negándose a contraer el compromiso del silencio, y vuelve a reproducirse exactamente la situación precedente, sin que la comedia adelante un paso, y sin que Lea caiga aún en la cuenta de que mientras no lograra la conversión formal de Daniel, la mera presencia en el templo sería una farsa indigna y sacrilega.

Una vez a esa altura la comedia, siendo imposible toda concesión por una y otra parte, y habiendo matado la fe al amor, la unión es insoportable, y Daniel reobra el carácter con que apareció al principio. Todavía en el acto anterior, antes de su concesión hipocrita, había, a nuestro entender, una solución más humana y más levantada, haciendo decir a Daniel: «¡Pues bien, sea! Vamos al templo; estoy decidido a seguirte, pero mañana enviaré mi dimisión de diputado, romperé mi carrera política y jamás volveré a presentarme en público.» La situación habría sido la misma, y se hubiera evitado el espectáculo penoso de dos Danieles distintos, que se contradicen en mitad de la comedia y se confirman al principio y al final de ella. La súbita y poco digna capitulación del esposo ha roto la unión antes de consumarse; Lea, resignada súbitamente también, viene a decirlo que se presta a seguirle, pero que su pasión se ha disipado como el humo ante la tenacidad del sectario; en una palabra, que está pronta al sacrificio; decisión inaceptable que dicta a Daniel su deber. Celebrado el matrimonio en Suiza, donde la ley permite el divorcio, Daniel y Lea se separan para no volverse a ver; sacrificio de una parte a la libertad de pensamiento, de otra a la religión, que no satisfizo a nadie y fué acogido en medio de una tormenta tremenda.

Tales son, dejando aparte bellos accesorios que de tiempo en tiempo la iluminan como relámpagos, las principales líneas de esta comedia, inspirada por las ardientes discusiones del día, a un hombre de talento incuestionable, pero cuya habilidad extremada no ha logrado galvanizar una situación esencialmente destituida de todo interés dramático. Sardon ha planteado una tesis de que no deduce nada, pues aparte del doctor Bidache, personaje secundario, no hay uno que no apoye sus ideas en razones a las cuales puedan negar alternativamente su aplauso los espectadores de principios más opuestos. Eso debieron tener en cuenta los que presenciaron el estreno, concurrencia la más ilustrada y más brillante que aquí puede reunirse, para desistir de una silba escandalosa, ya que no en gracia del eclecticismo de Sardon, siguiendo el ejemplo dado por el doctor Fargis, de la tolerancia, que debe ser la regla de todas las sociedades.

En suma, *Daniel Rochat* es una comedia pesada, porque desde el final del segundo acto presenta una situación que no varía, y porque el autor, con toda su práctica de los efectos teatrales, no ha podido introducir la menor sorpresa. Sardon, aunque conocedor de las exigencias escénicas, se ha colocado con su nueva obra en una situación falsa, en que le era imposible encontrar materia para incidentes dramáticos, y ha producido cinco actos de tesis, cuyo desarrollo había de impedir la acción necesaria a toda obra teatral; porque en el teatro la tesis debe demostrarse por la acción misma, de modo que el público la advierta a medida que se desprenda del conjunto de hechos que se le presentan: el que olvida estos principios esenciales se expone a caer en la tragedia, o más bien en el sermón. Esa es la ventaja del novelista sobre el autor dramático; que a él se le permite explicar sus teorías y encadenar unas escenas a otras, con la descripción y el estudio de los personajes, mientras que en el teatro es preciso que todo eso se quede entre bastidores, porque la escena es la vida misma que se desarrolla ante el espectador sin frases inútiles, mostrándo-

se las figuras tal cual son, sin que necesiten explicar las causas de sus actos, ni apenas las consideraciones que las mueven. Ahora bien, la nueva comedia de Sardon carece de esas condiciones indispensables, y no se comprende cómo un hombre tan hábil ha podido equivocarse de tal modo en punto a las condiciones dramáticas. Muchas veces se ha acusado a Sardon de poco escrupuloso en apropiarse ideas, situaciones y frases ajenas, de haber plagiado a Diderot, a Gorián y a otros muchos; de un comunicado que apareció el día siguiente del estreno de *Daniel Rochat* parece resultar que ofrece semejanzas extraordinarias con el poema de Vibert, *Martina ou un mariage civil*, publicado en Agosto de 1879. La idea capital, dice el editor, es idéntica: la heroína se encuentra en las dos obras entre el matrimonio civil y el religioso, en la necesidad de resistir a su esposo; esto le faltaba a Sardon después del fracaso de su comedia. Pudo haber presentado la lucha entre el libre-pensador y la joven que coloca sus creencias religiosas por cima de su amor, por ardiente que sea, y tratando este asunto bajo el punto de vista humano, hubiera puesto en conmoción el teatro; tratando la cuestión bajo su aspecto filosófico ha tropezado; primero, porque el teatro no vive de teorías; después, porque Sardon tiene aptitud para entretejer y aun para conmover, pero no para filosofar; los discursos de Daniel y de Lea han disgustado al público, y por añadidura se ve acusado de haber plagiado de un poema aquello precisamente que no era propio para la escena.

He de decir algo de los actores: hacer efecto en una obra aplaudida no es maravilla; pero obtener un triunfo brillante en una comedia condenada por el público casi desde el primer acto, es mérito que hay que reconocer en los artistas de primer orden del Teatro Francés; todos, sin excepción, se excedieron a sí mismos, y todas las noches que se ha repetido *Daniel Rochat* se ha repetido también una ovación para los actores y una manifestación tumultuosa contra la última obra de Sardon, que, decidido a plagiar, hubiera conseguido otro resultado tomando por modelo a una gran escritora, a Jorge Sand, que trató magistralmente esa misma cuestión en la novela *Mademoiselle La Quintinie*, de la cual se ha sacado rápidamente estos días una comedia, próxima a representarse.

Con este acontecimiento teatral han rivalizado otros dos en la presente quincena. Mucho antes de la noche en que debía presentarse la Patti en la Opera Popular, industriales habilísimos se dieron a especular con la reaparición de la *díca*, acaparrando las localidades y revendidiéndolas a los módicos precios de 250 francos la butaca y 1.000 el palco: dió esto lugar a que los billetes fueran secuestrados, los revendedores sometidos a los tribunales, y a que la noche de la función se encontraran butacas a 20 francos. La Patti había escogido, para presentarse, *La Traviata*, que ofreciéndola la ventaja de entrar en escena cantando, y suprimiendo el saludo del público, le obligaba a oír a la cantante antes que pudiera manifestar ninguna impresión. Su voz, sin haber perdido las notas agudas, ha ganado en las graves, y comprende en una escala prodigiosa todos los registros, igualmente ricos. Por tres veces fué llamada a la escena a la conclusión del primer acto, y si el público se mostró más frío en los restantes, fué por el cuadro de nulidades que la han dado para acompañamiento: el tenor es deplorable; el barítono, mediocre; el cuerpo de baile, vergonzoso; las decoraciones y los trajes, miserables; sólo la orquesta ha sido soportable como elemento propio para secundar a una artista de tanto merecimiento. Su triunfo fué completo; gracias a ella, ha vuelto a instalarse por algunas semanas la música que conmueve; pero aún rodeando a la Patti de mejores cantantes, es muy de temer que el teatro italiano, galvanizado por un instante, desaparezca de nuevo, porque los artistas escasean, el repertorio no se renueva, y el gusto del público anda algo extraviado.

En la Opera Popular también se ha estrenado una en cinco actos de Duprat y Dharmon, música de Duprat, titulada *Petrarca*, que hace cosa de diez años se cantó en Marsella, y que no ha correspondido a los elogios que de ella se hacían. El *Petrarca* de Duprat nada tiene que ver con el verdadero Petrarca, en cuya vida faltan, a nuestro juicio, elementos para un drama lírico; la intriga, que el autor compositor ha desarrollado en cinco actos y seis cuadros, no ofrece ningún interés, y presenta el inconveniente de ser incomprendible; la música corresponde al libreto; es vulgar, sin más trozo saliente que un *De profundis*; toda ella se reduce a interminables trozos sin melodía, cosidos unos a otros como esas colchas hechas con remiendos de distintos colores; coros sin fuerza y sin armonía, reminiscencias constantes de todas las escuelas conocidas; un ruido espantoso, y al mismo tiempo la tarea de la orquesta, infantil hasta rayar en inocente.

Teníamos el deber de registrar esos ruidosos acontecimientos teatrales, y lo hemos cumplido; no es culpa nuestra que todos hayan defraudado en gran parte las esperanzas que hicieron concebir. Después de esto no nos sentimos con fuerzas para ocuparnos de otros fracasos, empezando por el de la revista *Bric-à-Brac* en el teatro del Ateneo. Discutiendo sobre las causas de la caída, tan frecuente ahora, de las óperas francesas, ha señalado un crítico en la *Revista de Francia* la pobreza escénica y dramática de los libretos modernos como la causa de la decadencia incontestable de la música dramática, recordando que a la asociación Scribo-Meyerbeer se deben *El Profeta* y *Los Hugonotes*, reconociendo que hoy acaso son mejores los versos, pero que en cambio faltan la acción y las situaciones dramáticas, lo atribuye al contagio de las ideas alemanas y las teorías wagnerianas, obtenidas en imponer una forma hija del orgullo del maestro, que se juzga capaz de interesar y conmover en un escenario vacío, y con un drama casi nulo, solamente por medio del genio musical. No tenemos nosotros competencia para apoyar ni rebatir al crítico a que aludimos, pero autojuzgamos que algo de razón le acompaña; que los fleamáticos alemanes, cuyo temperamento es esencialmente calmoso, que van a la ópera como al concierto, se complazcan en oír a los héroes de sus óperas largas y monótonas fantasías, y les escuchan interminables trozos des-

criptivos ajenos a la pasión y al movimiento escénico, no es bastante para querer obligar a los pueblos meridionales a que se entusiasmen con sinfonías cantadas, que por bellas y poéticas que sean, no pueden constituir lo que están acostumbrados a considerar como una ópera.

Los alumnos del Conservatorio empleaban hasta aquí tres meses en aprender la escena con que debían presentarse al examen; recientemente se ha creado un *Teatro de aplicación*, en que cantan y representan cada quince días un fragmento de los repertorios de ópera y ópera cómica, preparándose así para salir a un teatro verdadero sin vacilaciones ni dificultades; la primera prueba de este nuevo sistema de enseñanza ha dado los mejores resultados, confirmando la utilidad de la innovación.

Junto a los artistas que empezaban coloquemos uno que es de creer esté acabando, el actor Grafelot, nacido en 1780, que salió a la escena a los 15 años en plena revolución, que ha trabajado en muchos teatros, y que ahora está siendo muy aplaudido en Tolosa, en papeles de gracioso, que, según parece, desempeña bien, a pesar de sus cien años justos.

El arte de la palabra ha sido cultivado con amor en Francia, tanto en el foro como en la cátedra, el púlpito y la tribuna política, contando ahora mismo gran número de hombres elocuentes; esta Cuaresma, como la de los últimos años, se echan de nuevos verdaderos oradores sagrados, acaso porque, a medida que escasean, aumenta la severidad del auditorio para los que se distinguen por un talento sobresaliente. Eso está pasando con el P. Didon, uno de los más eminentes y de los más combatidos también. Sabido es que comenzó una serie de predicaciones sobre la cuestión del matrimonio y el divorcio, y tuvo que interrumpirla bruscamente de orden superior; sin desanimarse por eso, ha inaugurado otra serie de sermones en que se propone demostrar que no existe contradicción entre la doctrina de la Iglesia y los principios y aspiraciones de la sociedad moderna. Sin extralimitarnos de nuestra modesta misión de cronistas de novedades y actualidades, y alteniéndonos de juicios que no nos corresponden, resumiremos los argumentos expuestos por el eminente predicador. Hablando de antagonismo entre el catolicismo y la sociedad moderna, le ha explicado indicando las fuerzas que dirigen al mundo, y fijándolas en tres: la fuerza científica, la fuerza liberal y la fuerza económica, en pugna con otra cuarta fuerza, la del catolicismo. La conclusión del orador es que dentro de un porvenir más o menos cercano la unión entre esas fuerzas será un hecho. Después del P. Didon, y por muy bajo de él como orador sagrado, atrae oyentes el P. Monsabre, que predica en Notre-Dame, y no le faltan tampoco a Loyson, el antiguo P. Jacinto, en su templo reformado de la calle Rochelochard.

Al lado de las predicaciones pongamos los ejemplos de virtud que estamos presenciando. Después de los rigores del invierno, pesan sobre París una verdadera epidemia de viruela y otra de fiebres tifoides, que han elevado de un modo alarmante la cifra de mortalidad; pues bien, no pasa semana sin que se den actos honrosísimos de abnegación profesional, que aumentan el martirologio de la ciencia: entre ellos merecen señalarse los de los internos en los hospitales, que sin el entusiasmo que precede a los combates, haciendo brotar los héroes en los campos de batalla, sin testigos que aplaudan, sin cronistas que elogien, por puro amor a la humanidad y a la ciencia, afrontan el peligro de la muerte y la sufiere, oscuros y resignados, para valernos de cierta expresión vulgar, como unos santos.

Abundan las novedades en punto a Museos. Se reorganiza activamente en el Palacio de la Industria el de las Colonias; reuniendo las primeras materias y los productos, metódicamente ordenados, para que los comerciantes y armadores puedan adquirir los conocimientos mercantiles y técnicos que necesitan. Se celebró por fin la semana pasada la apertura del Museo Carnavalet, en que el Municipio de París ha reunido fragmentos de arquitectura y escultura, elementos para una colección lapidaria, objetos curiosísimos pertenecientes a la época prehistórica y al período galorromano, la Edad Media y el Renacimiento. Sin nombre de Museo, pero con carácter de tal, se ha abierto también en el Guarnamuelle una Exposición del mobiliario nacional, que presentará sucesivamente al público las series de tapicerías, muebles y objetos procedentes de los palacios: entre las curiosidades históricas allí reunidas se cuentan muchos muebles de la Malmesbury, señaladamente la cama de la emperatriz Josefina, la mesa de despacho de Napoleón I, una silla de manos de Luis XVI, la cuna del Duque de Burleux, un cofre de Luis Felipe, vasos, estatuas, armas, y los magníficos tapices que pudieron retirarse, antes del sitio, de la galería del palacio de Saint Cloud.

Contiguo a las ruinas de él, y extendiéndose en el espacio que ocupaban los jardines reservados, el parque pequeño y la cascada, se va a establecer un palacio de cristal del género del de Sydenham, de Londres. No será sólo un nuevo elemento de distracción y recreo, sino que formará parte de él una granja normanda, inmensos invernaderos, un gran *aquarium*, un gimnasio, una biblioteca, un museo arqueológico, una exposición permanente de Pintura, Escultura y Bellas Artes aplicadas a la industria, y un observatorio, desde el cual se gozará la vista del mejor panorama que ofrecen las cercanías de París. La cosa costará 15 millones de francos.

Los propietarios de casas en París se vienen mostrando hace ya tiempo enemigos declarados de los perros, hasta el punto de que quien tiene por compañero un Terranova, y hasta un microscópico habanero, encuentra grandes dificultades para que le alquilen una casa; pero ahora la antipatía de los caseros se ha extendido a los niños, y es muy frecuente que cuando se trata de arrendar un cuarto pregunte el portero al que pretende verlo si tiene niños, con la firme resolución de no enseñárselo si la respuesta es afirmativa. La culpa, a decir verdad, no es toda de los propietarios; es muchas veces de los vecinos, que aunque se sufren mutuamente los tormentos inseparables del aprendizaje de la música vocal e instrumental, son unánimemente intolerantes con los chicos que saltan y juegan un poco, o con el bebé que grita algo más de lo razonable, sin que encuen-

tren compensación en la alegría que acompaña á esos angelitos color de rosa con cabello de oro. Ahora bien; mientras esa intransigencia va haciéndose regla general, las mujeres mundanas, que ya habían obligado á los propietarios á transigir con los perros falderos, han puesto en moda llevar de pájaros las casas de que se quiere desterrar á los niños, como si niños y pájaros no pudieran vivir en excelente compañía. El caso es que en todo gabinete elegante se encuentra, entre los cachivaches más caprichosos, una jaula de marfil ó de plata, alojamiento de esos pajaritos verdes llamados inseparables, ó otros exóticos, procedentes muchos del Senegal; como si la moda no fuera muy costosa tendría poca aceptación, es de rigor que la caja destinada á contener los granos para alimento de las avecillas sea de plata esmaltada; los bebederos, de cristal de Bohemia; el piso, cubierto por serrín fino de maderas aromáticas, y que formen el fondo de la jaula un grupo de flores bellas y raras, renovadas diariamente para que, entrando por los huecos de la jaula, puedan los inseparables jugar con ellas, aspirar su perfume y despojarse de sus pétalos. Si las mundanas reflexionaran en el contraste que ofrece esa repentina y exagerada pasión por los pájaros y esa frialdad y antipatía á los niños, se apresurarían á modificar un poco la afición á las avecillas, impuesta por la moda tan sólo como pretexto de lujo, y la guerra á los niños, que denuncia los corazones defectuosos.

A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS.

CRÓNICA GENERAL.

Ha sido ahorcado en San Petersburgo el nihilista Ladetski ó Mlodetzki. Tan rápida ha sido esta vez en Rusia la acción de la justicia militar, que parece como que la horca ha sido el primer trámite del proceso, y resulta natural anunciar el castigo antes que el crimen. Ladetski había disparado á boca de jarro una pistola contra el general Loris Melikoff, jefe delegado por el Czar con los más amplios poderes para la persecución del nihilismo: éste contestaba al *usage* del Emperador condenando á muerte al General, pero el ejecutor de esta sentencia ha sido torpe, errando el tiro y convirtiéndose en víctima.

El verdugo del Czar ahorcó, por lo tanto, el 5 del corriente, á las once en punto de la mañana, al verdugo de los nihilistas.

Todos los sucesos son pálidos ante el drama siniestro que se está verificando en Rusia, y cuyos abundantes y terribles episodios sorprenden y horrorizan. Si las causas célebres despiertan extraordinariamente el interés, aun ideadas por un novelista, ¿qué sucederá con un drama real y palpitante, político y novelesco á la vez, misterioso y variado como ningún otro, y que parece hecho ex-profeso para el folletín de *La Correspondencia*? La imaginación de los curiosos, adelantándose á los hechos, hace cálculos imaginarios respecto á la importancia de los individuos afiliados en la poderosa secta que ha situado al Czar en su palacio de invierno: ya supone que la fuerte organización de la tenebrosa Sociedad tiene su origen en la misma familia imperial, extendiéndose por toda la Administración del Imperio, sin exceptuar la de policía; ya se fija en que, á pesar de ser Inglaterra refugio natural y constante de conspiradores extranjeros, y por su actual hostilidad á Rusia, lugar seguro y á propósito para que los nihilistas estableciesen alguna sucursal, hayan preferido, sin embargo, residir en Francia y en Suiza, como si temiesen perjudicar con su presencia en Londres á un país amigo, y deducen de esta circunstancia complicada no justificada; ya, por último, se estudia y desentraña la historia de Rusia, como queriendo averiguar, por el hilo del pasado, la causa de lo presente. Lo cierto es que tantas más deducciones y con mejores datos ha hecho el Gobierno ruso, sin acertar la clave misteriosa que se quiere averiguar desde lejos y por pura inspiración. Los curiosos de Europa pagarían de buena gana y por suscripción la deuda rusa, no ya por saber toda la verdad, sino porque se pudiesen publicar los legajos reservados de la sección tercera, referentes á la conspiración de nihilismo; y siendo el puesto de más peligro en toda Europa el que hoy ocupa el general Melikoff, le envían, sin embargo, por el gran placer de registrar esos archivos y convertirse en protagonista de la gran novela, que aun no sabemos si está en el prólogo ó cerca del epílogo.

La opinión general cree que el nihilismo no es una conspiración democrática: más aún; que siendo los individuos subalternos de ella, es decir, los que ejecutan las sentencias, gentes por lo general más ilustradas de los que ordinariamente se destinan para esos actos arriesgadísimos y odiosos, sin duda los que se ocultan pertenecen á clases superiores. No parece además probable que el pueblo ruso pueda pasar repentinamente de la disciplina de la servidumbre á la locura del nihilismo, extraña negación que no se concibe sin el desengaño práctico de otra idea, la de la libertad, mucho más teniendo antecedentes en su historia como el del Ducado de Plescow, donde los ciudadelanos se repartieron los bienes de los poderosos; procedimiento disolvente, pero más comprensible para el rude entendimiento popular que las absurdas sutilezas del estado filosófico salvaje idealizado por el patriarca nihilista.

Es positivo además que el pueblo ruso aborrece en su mayoría á los perturbadores misteriosos, cuyos designios no comprende y que le mantienen en constante y pavorosa alarma, y que está muy extendida entre los ciudadelanos la creencia de que es preciso apelar para la extinción de los sectarios á los terribles castigos empleados por Juan Basilio contra los que intentaron destruirle, el cual, no contento con ajusticiar á su hermano y sus sobrinos, y hacer morir en crueles tormentos á los conjurados, los individuos de su familia, criados de su casa y animales de su pertenencia, mandó envencenar hasta los peces de sus estanques. El pueblo ruso no se sorprendería de ver en el calabozo á magnates encumbradísimos, pues recuerda que Pedro el Grande hizo juzgar y condenar á muerte á su hijo primogénito, y ha leído en sus crónicas el siguiente desenlace de

aquel trágico episodio: «Kikin, primer comisario del Almirantazgo, el arzobispo de Rostof, un monje y un secretario de la Zarina fueron enroscados; el sargento mayor Klebof, confidente del Príncipe, empalado; otros muchos fueron degollados, ahorcados, y confiscados sus bienes.»

Con tales precedentes históricos no es extraño que el pueblo realista, á quien se amenaza con volar sus casas, como volaron el tren y la sala de los Guardias, desee y pida terribles ejemplaridades, por lo cual son de temer excesos y crueldades que refresquen aquellos sangrientos recuerdos. Ya han perecido miserablemente muchos nihilistas, pero hasta ahora no se sabe á dónde conduce el hilo misterioso que el general armenio Melikoff sigue activa y cautelosamente. Si su perspicacia le llevase hasta el incógnito director de esa maquinación incomprensible... desdichado de ese ambicioso anti-czar, que reina en las tinieblas. Su suerte entonces sería la del desdichado Swatoflas, con cuyo cráneo hizo fabricar una copa engarzada en oro su vencedor Cures, grabando en el metal esta inscripción:

«Buscando lo ajeno, perdió lo suyo.»

Un telegrama de Hong-Kong anuncia preparativos belicosos del Gobierno chino y un gran movimiento hostil á Rusia, y en general á todos los elementos extranjeros, tan impopulares en aquel país afecto á sus costumbres, que no hace mucho fué relevado el Embajador chino en San Petersburgo, y tratado muy mal en su país por no haber conseguido hacer al Czar tributario de las emperatrices de Pekin; triunfo diplomático que esperaban sin duda de la elocuencia china imponiéndose á la sagacidad europea.

Y puesto que el telegrama nos recuerda esa isla de la bahía de Canton, daremos alguna ligera noticia de aquel país remoto, según la última carta que tenemos á la vista.

El Gobernador es irlandés y católico, lo cual le hace entre los ingleses poco popular; pero es hombre recto y sagaz, que sabe administrar justicia y vencer las contrariedades que le oponen sus muchos enemigos, habiendo obtenido la honra de ser visitado por el Gobernador de Canton, altísimo funcionario que no prodiga esos favores, y espera recibir muy pronto al mismo Rey de Siam, que proyecta una excursión á aquella ciudad curiosa, cuya población es europea y comercial.

La importancia mercantil de aquel puerto, y las últimas noticias telegráficas, nos determinan á hacer esta pregunta: ¿Tiene allí el Gobierno español la vigilancia necesaria, por lo que puedan afectar á nuestra influencia en aquellos mares los acontecimientos políticos que pudieran sobrevenir de un día á otro?

Ello es que en estos días han hablado los oradores de más nombre en el Congreso, y sin embargo, nada de lo ocurrido merece consignarse entre los hechos dignos de recuerdo. La actitud de los partidos y los hombres tiene en España tantas fases, que lo que se dice hoy se desdecirá probablemente el día de mañana.

— La tribuna tiene pocas atractivos—decíamos anteayer abandonándola—si pudiésemos entrar en el salón de Conferencias....

— Imposible—nos respondía un amigo.—El Sr. Conde de Toreno ha velado la entrada á los intrusos.

— Sin embargo, veo entrar á muchos conocidos....

— Han sido diputados.

— Entonces ha sido diputado todo el mundo. Por otra parte, ¿para qué necesitamos entrar en el salón? Cada vez que nos hemos aproximado á los círculos políticos hemos perdido alguna ilusión noble y hecho curiosas revelaciones que condensadas en un libro serían de gran enseñanza, produciendo crueles desengaños.

— También VV. han hecho política.

— Si, señores; pero siempre en el papel y sin más intención que la visible.

— No obre V. en política con segunda intención, y se alistaré entre los tontos,—contestó mi amigo.

— Y para preparar ciertos sucesos públicos—añadió otro—se necesitan combinaciones é inteligencias secretas, sin las cuales jamás pueden realizarse.

— Sacrificar algunos correligionarios significa á veces salvar á la mayoría.

— Usted quiere que se haga política como se hace la vida ordinaria, y que concluya siempre todo bien, como en las comedias antiguas, casándose los protagonistas.

— La política es como el amor; no se puede conquistar á una mujer sin engañarla.

— ¡Calma, calma, señores! No hemos querido hacer ofensas á nadie, sino decirles para y simplemente que para conservar ideas é ilusiones conviene no penetrar entre los bastidores políticos, donde pierden aquellas su prestigio; es preferible presenciar las sesiones desde la tribuna, y no enterarse del secreto de las ovaciones populares, por ejemplo, el por qué las amistades políticas principian y concluyen, y en fin, de la vida privada de los hechos públicos, en la cual se descubren cosas tan sorprendentes como la de aquel Ministro que pagó un motín contra sí mismo para ganar yo lo sé qué. En fin, señores, en Madrid se puede prescindir fácilmente de un salón de Conferencias, habiendo tantos otros más modestos en los cafés.

— ¡Oh! el café, cuando es bueno, predispone el ánimo á la sinceridad y la benevolencia.

— ¡Alto ahí!—repuso interrumpiéndole:—conveniré con V. en política todo lo que guste; pero respecto del café, declaro que esa planta es un mito; si Montán resucitara, diría hoy seguramente, modificando sus ideas, que el café debe irse para tomar todo lo que se quiera menos café.

En los montes de la Mancha, y no nos referimos al curioso y variado libro del mismo título que publicó hace tiempo nuestro amigo D. José Xavarréte, sino á los montes positivos y reales, la Guardia Civil está haciendo actualmente una batida en persecución de los bandidos que, de vez en cuando, corriéndose de un punto á otro, aparecen en dis-

tintas provincias para dar fe de su existencia con alguna tropelia.

El bandolerismo, resto de otras edades, y que no existe ya en los países bien organizados, llevó en España el golpe más enérgico con la creación de la Guardia Civil, cuyo aumento descan ciertas provincias montañosas, donde la vigilancia es más difícil y retorta con frecuencia la antigua plaga, de que todas nuestras guerras civiles dejara algún rastro. Estos restos, imperceptibles para el conjunto del país, producen en las comarcas donde aparecen un malestar profundo, que hacía empezar de este modo una carta que nos dirigía cierto amigo.

«Cortijo de Tal, 7 de Febrero de 1880.

Querido Pepe: No extrañes la fecha de mi carta: en este rincón abandonado estamos todavía en el siglo XVIII.»

La acción de la Guardia Civil en los sitios sometidos hoy á su protección y vigilancia nos prometemos que sea eficazísima.

¿Queréis saber hasta qué punto llega la confianza que inspira la Guardia Civil en ciertos pueblos?

¡Tiempos conocido á un cabo de la Guardia, en cuya rectitud y honradez se fiaban las gentes de tal modo, que acudían espontáneamente á que resolviese sus diferencias y sus pleitos, prefiriéndole á la justicia ordinaria y conformándose siempre con su fallo.

No habrá ejemplo de un Estado regido por una autoridad más absoluta y más temida.

Una mirada del guardia reprimía las riñas; con una sola frase arreglaba los matrimonios desunidos; sus consejos resolvían los pleitos, y una vez acudió á pedirle justicia el mismo Alcalde.

El Sr. Nuñez de Arce, con su nuevo poema *La Unión de Fr. Martín*, continuación de la serie de poemas en que parece haberse propuesto demostrar su dominio de los metros más variados y difíciles, ha puesto sobre el tapete la debatida cuestión de si es un progreso prescindir del consonante, que tales encantos produce en el oído, ó es un retroceso hacia las literaturas muertas, donde tuvo tanta grandeza el verso libre. No es la crónica lugar á propósito para debatir esta cuestión, hoy tan de actualidad por la importancia del poeta que la suscita con su último trabajo: limitándonos al efecto musical del endecasílabo suelto, no podemos menos de admirar la entonación hermosa de los versos del Sr. Nuñez de Arce, recelando, sin embargo, que la ausencia de la rima le haya privado esta vez de una de las mejores defensas del poeta en los idiomas modernos. El verso libre es en castellano un lenguaje poético, excesivamente sabio y académico, una de las mayores dificultades de la métrica, que ha vencido con el mejor éxito el poeta, y tiene el inconveniente de no ser un lenguaje popular.

Cuando la poesía era un arte de lujo, con público limitado y selecto, y el escritor sólo aspiraba á la admiración inteligente de los pocos, eran de mayor resultado estas gallanías; hoy, en que hasta las ciencias más recónditas tienden á vulgarizarse buscando al público en sus naturales aliciones, el poeta que se priva de las dulzuras de la rima quita á sus versos el mayor atractivo musical, privándose de un elemento de vulgarización muy importante.

Los versos libres son, á nuestro juicio, como esas hermosas flores americanas que carecen de perfume, ó esos pájaros mudos de magnífico plumaje, que adornan la selva, pero no la dan alegría. Los del Sr. Nuñez de Arce merecen admiración y estudio; pero ¿será fácil que logre con ellos el triunfo principal del poeta, que consiste en que el pueblo los conserve en su memoria? Gran sacrificio ha hecho esta vez el eminente autor renunciando á las ventajas mayores del poeta y á la libertad de ritmo del prosaico.

El endecasílabo libre será propio para hablar á los sabios, pero no para dirigirse á los pueblos, y es en nuestro idioma el metro más difícil. El Sr. Nuñez de Arce ha vencido grandes dificultades, con el inconveniente de que el vulgo crea que las ha reunido instantáneamente. Y el vulgo es al fin el amo y el aristócrata moderno.

¿Será cierto esta vez el descubrimiento del diamante artificial, que anuncian los periódicos ingleses? Esas chispas de diamante que se dice ha encontrado un químico en su crisol por un procedimiento muy sencillo, aunque costoso todavía, ¿serán la continuación de *El Alquimista* de Balzac, novela fundada en un hecho científico y que se tiene por exacto? Mientras la Academia de Ciencias no ponga el visto bueno á tan interesante descubrimiento, nos mantendremos en prudente reserva, sin saber si desear ó no que el hecho se confirme. Nuestra neutralidad en esta cuestión, mercantil y científica á la vez, es muy fácil y completamente desinteresada. No coleccionamos diamantes; no tenemos que se conviertan en cuentas de vidrio el solitario de la sortija ó la botonadura de la pechera; pero sentiremos la caída de esa aristocracia del reino mineral, que no nos estorba, alegrándonos al mismo tiempo de poder regular de vez en cuando á nuestra cocinera un aderezo de brillantes comprado en el Rastro á precio humilde.

La imaginación popular había dado en Vitoria el nombre siniestro y expresivo de *Sociedad-manteca* al asesino misterioso que ultrajaba y daba muerte lo mismo á mujeres de edad que á inocentes criaturas. El criminal era casado, y es natural que algunas veces se hablase en su propia casa de los crímenes que horrorizaban al país, y del monstruo desconocido que los cometía.

Imaginemos la situación de la infeliz mujer de éste cuando supo que el *Sociedad-manteca* era su marido.

Una amiga nuestra recibió hace algunos meses una criada recién venida de Vitoria.

—No quiero que salga V. sola, y de noche mucho menos—dijo la señora á la criada.—Las muchachas están aquí muy expuestas.

La inocente alavesa preguntó, llena de espanto:
— Señorita, hay Saca-mantecas en Madrid?

Noches pasadas sintió un amigo nuestro que abría la puerta de su casa.

Tendió el revólver, encendió un fósforo, y descubrió un hombre que entraba muy quedito llevando una navaja abierta en una mano.

— ¿Quién es V.? dijo el dueño de la casa, apuntando al invasor de su domicilio.

Este, aterrado, dejó caer la navaja y respondió con humildad:

— Señor, soy un sonámbulo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

Si esta sección del periódico estuviese dedicada exclusivamente a las señoras y a los diplomáticos, hablaríamos de la próxima alianza entre las familias Reales de Austria y Bélgica; si a los políticos, de la derrota del Ministerio francés en el Senado, ó de la separación solemne y oficial del general Martínez Campos y el Sr. Cánovas del Castillo; y si a los aficionados a lo extraordinario y anómalo, de la decapitación en China del último embajador que tuvo en San Petersburgo la corte de Pekín. Forzoso nos será hablar ligeramente de esos asuntos, tan variados y difíciles.

Respecto de la unión pactada entre el príncipe Rodolfo, presunto heredero de la corona de Austria, con la infanta Estefanía, hija segunda de Leopoldo, rey de Bélgica, sólo felicitaciones hemos leído, ya por el origen húngaro de la infanta, nieta del archiduque José, circunstancia tan digna de mención en el imperio de Austria-Hungría, ya porque, proyectada la boda, hallándose Austria y Alemania en relaciones íntimas, parece esta alianza síntoma favorable para la futura armonía del poderoso imperio alemán y el reino belga, si bien de lo futuro es muy expuesto hablar cuando se trata de política.

En cuanto al Príncipe Rodolfo, ya le conocemos como infatigable y atrevido cazador, pues fué hace poco nuestro huésped, y en su rápido viaje por España tuvimos ocasión de reparar aquel tipo germánico, cuyo rostro se destacaba entre los nuestros. De la infanta Estefanía sólo podemos decir que tiene diez y seis años. Es, por lo tanto, una emperatriz en capullo.

España ha perdido un arquitecto ilustre con el fallecimiento del Sr. D. Juan Madrazo, de gran autoridad entre sus compañeros de profesión, artista de mérito superior, muerto en la plenitud de su talento y cuando de sus vastos y sólidos conocimientos, exquisito gusto y estudios constantes se prometía el arte español mucho provecho. Los inteligentes aseguran que sus proyectos de restauración de la catedral gótica leonesa son de valor inestimable, por lo cual lamentaron el conflicto que surgió entre el cabildo de León y el arquitecto, y que dió por resultado la separación del gran artista.

Las opiniones religiosas de éste, no disimuladas y sostenidas en lugares donde ha reinado siempre la paz y la unanimidad de los creyentes, produjeron por desgracia un rompimiento inevitable, en perjuicio del arte. Lástima grande que entre la hostilidad del profesor y la benevolencia del clero no pudiera hallarse uno de esos términos prudentes que en otro tiempo permitían a los maestros árabes dedicar su inspiración y su ciencia al embellecimiento y grandeza de nuestras viejas catedrales.

La muerte de D. Juan Madrazo, en opinión de muchos profesores, es un desastre para la arquitectura gótica, cuyo renacimiento soñaba y cuyas bellezas sentía profundamente. Extraña contradicción que existía entre el pensador y el artista, no producía en él, como en otras naturalezas, una transacción siquiera fuese profesional. ¡Problema extraño! ¿Se inspiraba en el genio del catolicismo; se preocupaba por sostener los renovados pilares de los templos ruinosos, adivinar

sus perli los ornamentos, reconstruir sus caprichos ojivales y las agujas de sus torres, y dar solidez y duración a sus edificios, mientras miraba en pensamiento la idea grandiosa que representaban aquellas obras gigantes? No lo creemos: entre el hombre exterior y el hombre íntimo hay contradicciones que no explican lo aparente.

Si el arquitecto ha muerto, quedan sus proyectos, que harán sentir a muchos lo que el artista combatía, al parecer, cuando le prestaba el mayor de los tributos que el hombre puede rendir a una idea: el tributo de su genio.

Desechado en la Alta Cámara de Francia el artículo 7.º de la ley de Mr. Ferry, que negaba la facultad de la enseñanza a las asociaciones religiosas no autorizadas por la ley, era caso de crisis para el Gobierno, tanto por la trascendencia del proyecto como por la significación hostil del voto del Senado. El Ministerio francés ha encontrado fórmula para continuar en el poder con aplauso de los suyos, pero estableciendo precedentes funestos para el prestigio de las Cámaras. En primer lugar, no declarándose venci lo ante la censura del Senado, que es uno de los poderes de la República, mientras el Gobierno sólo tiene la delegación del Presidente, y en segundo lugar, amenazando al alto Cuerpo con represalias que son una falta de respeto contra el poder legislativo, y que se entenderían como un anago de dictadura si las ideas no estuvieran perturbadas.

No hablamos de la prensa jacobina, que niega al Senado la facultad de resolver aquello que no halaga sus pasiones, limitando la libertad del alto Cuerpo al círculo estrecho de las conveniencias demagógicas: esto, unido a que el artículo desechado se reducia a coartar la libertad de enseñanza, y que el Senado era más liberal que el Gobierno al rechazarle, produjo lógicamente la siguiente conclusión:

Los ideales en cuyo nombre se han hecho revoluciones y se ha trastornado el mundo tienen que reducirse en la práctica a un eclecticismo, que todo lo permite, para conseguir sus planes, a los partidos dominantes.

Esta conclusión alusiva no nos sorprende: los republicanos primitivos perseguían el pensamiento hasta dentro de la cabeza de sus adversarios.

La separación de los Sres. Martínez Campos y Cánovas del Castillo era un hecho positivo, pero le faltaba la solemnidad de su publicación. El general Martínez Campos, al declararse enemigo político y personal del Presidente del Consejo, ha anunciado la creación de otro partido, y después del firme propósito de permanecer de incógnito en el mundo político, lo cual no se comprende.

Más comprensible nos parece la oposición del Sr. Cánovas a que se varíe el *statu quo* de los partidos, del cual no puede quejarse mucho el jefe del Gobierno.

La diplomacia no es entre los chinos, si se confirma la noticia de la ejecución a que ántes nos hemos referido, una guerra tan pacífica y brillante como lo es en las diversas cortes europeas. Efecto singular de la distancia! La catástrofe de ese dignatario chino, que habrá hecho en su país un efecto trágico, contribuyendo tal vez a la revolución que el telégrafo indica, nos parece una de esas catástrofes burocráticas de las parolitas y saínets. Europa no toma en serio a los habitantes de ese país, cuyas costumbres estudia la generalidad en los paisajes de albanos. Nuestra imaginación se representa al verdugo armado de una enorme navaja de afilar y sosteniendo por la coleta una cabeza de marfil, mientras se abanicaba al rededor del cadáver, que es un templete de porcelana pintado, algunas chinas con el cabello estirado hacia la coronilla y clavadas en tierra por dos puntas situadas donde tienen el pie las europeas. El desollado embajador chino nos parece una figurilla secunante a las que vemos en algunos tableros de ajedrez, y la cabeza cortada, ¿quién sabe? acaso pueda pegarse todavía con un poco de goma.

Hace pocos días circuló un telegrama de Rusia, que causó entre nosotros gran sorpresa; se trataba de la complicación de muchos oficiales de la artillería rusa en la conspiración nihilista; noticia que ni ha sido confirmada ni negada. La organización severa y especial que tiene en España dicho Cuerpo contribuía a la extrañeza; no nos fijábamos en que en otros países puede ser, y es realmente, muy distinta. Y si ese hecho grave fuere cierto, las consecuencias podrían ser terribles. Los depositarios de ese material destructor, que demuele las fortalezas más sólidas y destruye una población en pocas horas, son enemigos demasiado íntimos y poderosos para que el descubrimiento de la conspiración no haya espantado al Gobierno. Es como si cualquiera de nosotros descubriese que su brazo derecho estaba vendido a un asesino.

Don Alvaro o la fuerza del sino es la obra más famosa del teatro romántico español; por sí sola constituye el verdadero teatro del Duque de Rivas, que no necesitaba más para su fama. Desarrollada con la anchura de nuestras comedias antiguas, es un hermoso poema en acción, sin la hojarasa poética de los autores del siglo XVII y sin esas arias y dúos de que tanto gusta el público español; es soltura y dramatismo; es decir, es inmortal arte, que podía tan fácilmente alucinar al público con relaciones sonoras y calenciosas, en que el autor y los actores ganan fáciles aplausos, se limitó a lo más difícil y exquisito del arte teatral, esto es, a que los personajes estén siempre en situación hablando lo que deben, no lo que les obliga a decir el entusiasmo lírico del autor, que se desliza fuera de la comedia con debate y ensamble del vulgo, con desencanto del inteligente. Esta cualidad debe apreciarse mucho en una obra escrita haciendo gala de atrevimiento y rebeldía a los preceptos clásicos en época de revolución y desencanto literarios.

Don Alvaro es en la escena moderna la libertad sin licen-

cia. Libertad hermosa y necesaria para el autor de genio, que tiene campo adonde extender con amplitud los asuntos; libertad indispensable para un Calhron ó un Lope; libertad terrible en manos de un Consta. ¿Qué cuadros tan animados hubiera tenido que suprimir! ¡Cuántas bellezas hubiera necesitado omitir el Duque de Rivas para encerrar su pensamiento dentro de un recinto y en un espacio de tiempo determinado! Pero, sin acudir al ideal de las unidades, es decir, a la comedia emparedada, nuestro teatro contemporáneo, con sólo respetar la unidad de lugar dentro de cada acto, resulta estrecho y apocado: los actos son episodios deslizados, y las comedias homeopáticas, cuando la naturaleza del asunto no se aviene por casualidad a ser emparedada en ese molde abrumador y simétrico.

El molle, esto es, la forma sobreponiéndose al fondo, y el procedimiento a la sustancia. Nosotros atribuimos a la necesidad de encajonar en el gabinete las comedias, la tendencia que tienen a penetrar en las alcobas. Se pide cuenta a los autores de la falta de inspiración, y se les exige un formidable trabajo mecánico para citar y reunir a sus personajes en sitios fijos, en vez de permitirles que los busquen donde deben estar, con sólo des-órder un telon, variando de decoraciones cuando sea conveniente....

Esto pensábamos en la noche del beneficio de Calvo, aplaudiéndole por su ejemplar como protagonista del drama, y escuchando con interés aquel poema patético y sublime.

— ¿Usted en Madrid? — decía un periodista hace pocos días, estrechando la mano de Ernesto García Ladevese. — ¿Cómo deja V. a París? ¿Cómo encuentra V. esto después de tan larga ausencia? Si que ha publicado V. un libro, titulado *Fuera de la patria*, que es una colección de impresiones de viaje, novelas y cuentos parisienses. Espero un ejemplar. Los libros se han hecho para los amigos, y si quedan algunos ejemplares, para el público. No es que quiera hablar de la obra... Siendo de V. ya se sabe que es buena é interesante. Pero deje V. que le mire despacio. ¿Tiene usted algo extranjero! ¡Casi, casi le desconozco...! Eso silencio!... ¿Me habré equivocado y no tendré el honor de hablar con el Sr. García Ladevese, cronista de *El Liberal*, correspondiente en París de la prensa mexicana y redactor de *Le Rappel*?

— Si, señor, y mi silencio se explica por la imposibilidad material de contestar a tantas preguntas simultáneas.

Nos acercamos al antiguo amigo y le dimos la bienvenida de la manera más afectuosa.

— ¡Ah! tiene V. nuestra tarjeta — exclamamos: — no hemos de ser menos que el señor, y reclamamos también nuestro ejemplar.

— ¡Y el nuestro! ¡Y el nuestro! — repetían otros amigos, formando un corro formidable.

Ladevese suspiraba.

— ¿Y qué nos dice V., después de una ausencia tan larga?

— Que me vuelvo a París inmediatamente — contestó el atarado escritor. — Tengo demasiados amigos en España.

La corta permanencia en Madrid del ingenioso periodista se explica fácilmente: aunque sus ideas son avanzadas, creemos que sale huyendo de nuestro comunismo literario.

¿Se duda de ello? Pongamos otro ejemplo.

Desde que los periódicos anunciaron que en el beneficio del Sr. Vico se iba a estrenar una comedia titulada *El Otro*, original del Sr. Bregon, nos han pedido más de cincuenta localidades para el día del estreno. Siendo la comedia de don Leopoldo Bregon, tio queridísimo, nos vemos en el caso de hacer esta pregunta: ¿tienen los sobrinos de un autor el deber de arruinarse cuando sus tíos escriben dramas ó comedias?

Un dato curioso, que encontramos en el libro de Ladevese, *Fuera de la patria*, referente a la gran actriz Sarah Bernhardt, reina del teatro francés:

«Una noche en que su nombre estaba puesto en el cartel, nadie la encontraba en su teatro, y faltaban pocos minutos para que se levantara la cortina. Se fué a buscarla a su casa; tampoco se encontraba allí. Había desaparecido. Este eclipse duró algún tiempo: mil contrictorios juicios se formaban respecto de la causa de su desaparición.

«Aquel eclipse fué fecundo. Había ido a bañarse en la luz del Mediodía, que reanimó su espíritu; había ido a realizar un sueño que le era necesario; visitar a España, por la que siente singular predilección. Las alamedas del Retiro, las orillas del Manzanares, los jardines de la Moncloa, traíanle a la memoria las grandiosas inspiraciones que el genio poético de la Francia buscó en nuestra patria querida. Aquella excursión, cuyos días de oro no olvida jamás, decidió tal vez del porvenir de la joven artista.»

En efecto, poco después de este viaje se reveló la gran actriz.

Después de un cruel invierno, Madrid está disfrutando un verano prematuro. El año 80 se parece a esos jóvenes precoces que, recién salidos de la escuela, se les ochan de hombrecitos. Ello es que las gentes han colgado sus capas y gabanes para vestir trajes ligeros, y sólo el respeto a la costumbre les impide aún salir en traje blanco; pero los médicos recomiendan que se desconfíe de tan hermosa temperatura.

Nuestra amiga D.ª María de la O decía anoche con mucha aflicción a su marido:

— Es preciso variar de médico: no se me quitan estos dolores de cabeza.

— Yo los achuco al tiempo, respondía el marido; a éste verano prematuro.... Y ¿son violentos los dolores?

— Fíjate si lo serán, que me han salido en estos días seis ó siete canas.

— Lo que dije, hay que atribuirlo al tiempo, esposa mía.

Dofia Joaquina iba a poner ayer tarde a su galguito inglés una manta de seda encarnada, cuando entró llorando su vecina D.ª Hilas.

—¿No sabe V. lo que sucede?—dijo ésta sollozando.—Los municipales han envenenado a Proserpina.

—¿Será posible? ¿Muerta la madre de mi galgo? ¿Qué contrariedad! No puede salir a paseo este pobre huérfano. La manta que tiene es encarnada, y el infeliz está de luto.

JOSÉ FERNÁNDEZ BRENÓN.

LA QUINCENA PARISIENSE.

Marzo 11.

En la última página de texto del número de este periódico correspondiente al 29 de Febrero he encontrado un artículo titulado *El Tema perpetuo*, en que se me antoja descubrir rasgos de la ilustrada é ingeniosa pluma a cuyo cargo corren los primeros folios de todos los números de la presente Revista: a la Dirección y Redacción de ella y al autor del artículo, sea el que quiera, debo una expresión de mi gratitud por haberse apresurado a defenderme de los ataques de *Un Suscriptor*, que hasta la fe de bautismo quiere retirarme: al autor del comunicado tengo que exponerle dos quejas, cuyo valor estimará su conciencia.

Escribir una carta de censura y ocultarse con el velo del anonimato; atacar a un acente y dirigir el ataque, no a la persona objeto de él y en forma de observación ó consejo, sino a la Redacción del periódico de que es corresponsal, en su denuncia, peor, por lo embozada, que una acusación fiscal, no es por fortuna, reconocíalo el Suscriptor, procedimiento usual del carácter de los españoles, ni siquiera de los que, blasonando intempestivamente de serlo, se erigen en dispensadores de patentes de nacionalidad; pero dejando eso aparte, lo que me cuesta perdonar al comunicante es que me prive del gusto con que recibo siempre todas las advertencias que se me dirigen, y me condenase a saber que pesa sobre mí un capítulo inquisitorial de culpas, ignorando cómo están formuladas: hay en eso la suposición de una intolerancia infinitamente más dolorosa para mí que la duda sobre mi españolismo: ése le tengo yo bastante arraigado en lo más profundo de mi corazón, y suficientemente probado con actos registrados en lo íntimo de mi conciencia, para que me haga el menor efecto lo que diga el anónimo: la sospecha de que pudiera recibir con enojo observaciones que siempre habría visto con interés y contestado cortésmente constituye un agravio a mi temperamento y a mis hábitos de toda la vida. Lo que yo «respiro por todos los poros de mi cuerpo», bien en evidencia por cierto, y lo que se adivina respira el Suscriptor por los del suyo, aunque le oculta, no era razón bastante para no dirigirme a mí, franca y lealmente, las indicaciones que tuviera por conveniente, de la misma manera que me dirigen otras, así del continente como de América: posible y aún probable es que no llegáramos a un acuerdo; pero ¡quién pudiera asegurar que no se repetiría lo que más de una vez me ha sucedido desde que tengo la pluma en la mano, que del desacuerdo mismo, en una ó en varias cuestiones, brotaran una estimación y una amistad duraderas! La denuncia anónima sólo convida a recordar la tradición intolerante de los familiares del Santo Oficio, que acusaban tapándose la cara con una caperiza; las contestaciones entre dos hombres que, cada cual bajo su punto de vista, discutan movidos realmente por un sentimiento común de amor a la patria, ésas pueden fácilmente producir mutua satisfacción y recíproco aprecio.

No necesito añadir cosa alguna a las acasadas observaciones con que la Redacción ha contestado al Suscriptor; ni como criterio general, ni como elección y orden de razonamientos, debo ni puedo ponerlas un apéndice; pero importa, y no poco, decir algo sobre el gráfico título de *El Tema perpetuo*, que el autor ha tenido la excelente idea de estampar a la cabeza del artículo.

Treinta años hace que un distinguido escritor, amigo mío de muy grata memoria, decía, entre otras cosas mucho más duras: «Hace tiempo que tenemos señalada como una de las causas de la deplorable decadencia de España, no la ignorancia y atraso de la mayoría de sus habitantes, no; sino esa longanidad de los hombres ilustrados, que no sólo toleran contentos, sino que atienden los males que padecemos en lugar de tronar contra ellos, y lo bueno ó lo malo que hay en nuestra tierra lo preconizan y exaltan descomposadamente» (1). *El Tema perpetuo* del patriotismo, entendido al revés, de todos los pueblos ganosos de adelantarse, es antiquísimo.

Trece años hace que, desempeñando durante dos en *La Epoca*, con el pseudónimo de *Fulano*, el mismo encargado con que ahora me honra *LA ILUSTRACION*, me encontré un día con que aquel periódico insertaba y rebatía largamente un comunicado firmado por *Un Español*, que hasta en ser anónimo se parecía como dos gotas de agua a la carta del suscriptor a *LA ILUSTRACION*.

Permítame los lectores que reproduzca algunos párrafos de la correspondencia que entonces dediqué al asunto.

«El *Español* escribe estas desconsoladoras frases: «Es a fan antiguo en España lamentar que las demas naciones nos consideran en poco, y sin embargo, nuestra, y sólo nuestra, es la culpa de que esto suceda, puesto que nosotros, un día y otro nos complacemos en pregonar en todos los tonos que no hay pueblo más atrasado que el español.» Al leer estas cosas no puede uno menos de preguntarse: ¿Qué es lo que las produce? ¿Es, por ventura,

algun español imprudente, infiel al sistema de poner por todo remedio a nuestra miseria taparla a los ojos del mundo para que no la vea? No; es un extranjero, que revela la más deplorable de todas en un trabajo cuya primera edición de cien mil ejemplares se está agotando; ¿Ha falseado los datos? No; el *Español* responde de que son ciertos. Y si son ciertos, ¿a quién hemos de echar la culpa de la indigencia? ¿Al *Anuario estadístico de España*? Y si de ese *Anuario* oficial, comparado con los demás, resulta precisamente lo que nos ofende al *Español* y a mí, que no hay en Europa pueblo más atrasado que España, exceptuado Portugal, la Moldo-Valaquia, Rusia y Turquía, ¿dónde está la ofensa al buen nombre español? ¿Dónde el remedio para que le tenga mejor? ¿Acaso en suprimir la Comisión de estadística para que no sea habladora y para mayor adelanto también de nuestra patria?

«No; el afán antiguo y funesto en España no es el que señala el *Español*, que, con pluma fabricada en el extranjero, con tinta extranjera, en papel extranjero, vestido de tela extranjera confeccionada a la moda extranjera, rodeado de muebles de gusto extranjero, en edificio que remeda la usanza extranjera, escribe en un estilo plagado de galicismos y anglicismos, que no es verdad que estemos atrasados.

«No; el síntoma terrible no es el que nos indica; es precisamente el opuesto: el afán, tradicional en España, de blasonar de ricos y privilegiados por la creación (2), en lo cual, en vez de promover la actividad que pide nuestra grande y efectiva riqueza natural, parece como que nos esforzamos en predicar al pueblo que lo espere todo cruzado de brazos del suelo y del cielo, y en apartarle del trabajo, que es hoy la única fuente de verdadera riqueza.

«No; no es el afán de lamentar que las demas naciones nos consideren en poco; lo que nos perjudica es la costumbre, muy popular, eso sí, y muy simpática, de fingir en España que hay ese afán fuera de ella, como si con la adulación se la sirviera.

«¿Se quieren saber de que es síntoma terrible ese sistema de hablar y escribir, en que muchos hacen consistir el españolismo? Presentaría infinitas.

«A la cabeza de esta carta he citado las palabras de un escritor francés dirigidas a su país. Ni a un solo francés se le ha ocurrido dirigirse al periódico que esto ha publicado, para quejarse de que se rebajaba el buen nombre de Francia; y cuenta que del periódico se tiran ochenta mil ejemplares, que se leen en todo el mundo; dato que recomiendo al *Español* para que acabe de perder su candida ilusión de que, con no decir nosotros que no estamos atrasados, en un remitido escrito en lengua apenas usada fuera de España, como no sea en América, tendríamos un lenitivo para el clamoreo continuo con que los que vivimos en el extranjero oímos repetir en los idiomas de uso general frases como las de: *Derancés par toute l'Europe, excepté l'Espagne*.

«Entre nosotros se necesitan gran amor a su país, gran deseo de su adelanto y gran valor para decir la verdad; porque si desgraciadamente no hay quien pueda salir demostrando que estamos al nivel de otros países, puede contarse con que nunca falta quien salga desquitándose del mal humor que lo produce la verdad, con la nota de mal español por premio del mejor deseo.

«En Francia se lee todos los días en todos los periódicos, no que la nación está menos adelantada que otras en instrucción pública, sino algo más grave que eso; que está en decadencia material y política; que pierde su posición como potencia; que la desconsideran en Europa; ayer mismo se expresaba de este modo un periódico: *passé el tiempo en que se escribía y se decía que Francia era la primera nación del mundo, sus soldados los primeros del mundo, etc.* Pues bien, nadie dirige cartas al periódico que eso publica, acusándole de que rebaja el buen nombre de Francia; la opinión lo juzga y lo aprovecha, y por eso no deja de considerar a Francia, sino al contrario, porque el conocimiento de la imperfección es señal del deseo de perfeccionar. En Marruecos nadie habla de su barbarie, porque nadie está dispuesto a hacer cosa alguna para salir de ella.

«En Inglaterra y en los Estados Unidos sucede más aún que en Francia; la prensa juzga como uno de sus deberes más sagrados denunciar lo que está atrasado, señalar las ventajas que la llevan otros países, y proponer los medios de igualarse a ellos; y no sólo se lee eso con tolerancia, sino con gusto, y no sólo se apodera de ello la opinión, sino que se auna, toma cuerpo, inicia las reformas y las plantea, sin pedir ayuda al Gobierno, el tutor y curador forzado sempiterno de los españoles.

(2) Todavía sigue siendo moneda corriente eso que escribí yo el año 68: todavía se siguen repitiendo cantares como éstos, que se me vienen a la memoria.

En tierras de Castilla
Dijo un palán:
«Sólo en estas llanuras
Se cria el pan.»

En tierras de León
Dijo un señor:
«Tan sólo en mis haciendas
Hay buen jamón.»

Dijo un cortijo:
«El vino de mi tierra
Sólo es buen vino.»

En Málaga una moza
Dijo: «Mi amor
Es lo más español
Que hay lejos de mí.»

Pase el que la oculta malagueña, sea ignorando los nombres de *Mucias* el de *Juan* y de los *Amantes de Teruel*, que ponderaban menos, pero probaron mejor su amor; pase el que no sepa que bajo el sol de Italia se hicieron inmortales *Julio* y *Romeo*; bajo el de Francia, *Abelardo* y *Elisla*; bajo el de Portugal, *Berny* y *Violante*, porque todo eso no es de trascendencia: lo importante sería que alguno comprendiese la patriótica propaganda, en el pueblo, de cantares para encajar: al palán de Castilla, que su criadero ha venido a ser, por desdicha y atraso, un átomo al lado de los criaderos delicias al adelanto de la agricultura; al señor de León, que sus jamones invariables se han quedado muy por bajo del que han logrado fabricar en Inglaterra; el cortijo preciado de su vino, que la preparación de otros le van creando temibles rivales; y a todos los que, a fuerza de querer ser *señores*, van consiguiendo, en efecto, una triste soledad, que el medio de evitarla es acudir las rutinas, estudiar, aprender, trabajar, mejorar y perfeccionar.

» Así, por el grado de libertad moral que tiene el escritor para denunciar los males de su patria, por el interés que el público se toma en averiguarlos, por la cooperación que para remediarlos prestan los individuos, por la noble emulación de adelantar y aventajar en civilización que agita a las naciones, se pueden clasificar sin equivocarse en la escala del progreso moderno.

» Pero la carta del *Español* tiene un final que responde completamente al objeto de mi correspondencia: «Que estos ejemplos, dice, nos sirvan de provechoso estímulo para mejorar nuestras escuelas, dar completa libertad a la enseñanza, excitar el celo de todos, a fin de que los adultos se instruyan... y con esto, no sólo conseguiremos la consideración que hoy nos falta, sino que adelantaremos considerablemente el progreso material y moral de nuestra patria.»

» Ese, eso es el lenguaje del verdadero patriotismo; ése el único medio de adelanto.»

Trece años de fecha cuentan esos párrafos de mi contestación al *Español* que dirigí a *La Epoca* su queja de mí, y es bien triste que conserven oportunidad para servir de respuesta al Suscriptor quejoso que se ha dirigido a *LA ILUSTRACION*, y que tan completamente justifiquen el oportuno título de *El Tema perpetuo*, puesto al artículo que lleva la firma del secretario de la Redacción de este periódico. Si el criterio del Suscriptor fuera la opinión nacional, habría que convenir en que no adelantamos un paso; peor que eso aún, en que retrocedíamos, porque el anónimo de ahora ni siquiera concluye diciendo, como el de *La Epoca*: «adelantemos», sino «estémonos quietos», constituyámonos en hongo europeo.

Aquí, del Pirineo para acá, y no dentro de la villa del dragón de Puerta Cerrada, quisiera yo ver a esos comunicantes, bien intencionados sin duda alguna, pero ilusos, contestando a los extranjeros, que en las reuniones, en los círculos, en los ferro carriles y en las mesas redondas piden a uno, *dados en mano*, explicaciones de cosas de España, que muchas veces no las tienen plausibles, por ingenio que se ponga en disculparlas, y que al fin acaban por valerle al que de ellas tiene necesariamente que ocuparse la calificación de *apasionado de España*, al mismo tiempo que allí no falta quien le aplique con intolerancia elocuente la de *mal español*.

Mal español, según estos Aristarcos, es el que rompiendo el coro de alabanzas, para uso casero exclusivamente, dijo de la Sección española de la Exposición de 1867 que no había puesto en ridículo, pero que podía pasar si nos servía de lección para no repetir el espectáculo; mal español el que, viendo con dolor lo poco que habíamos aprendido al llegar la Exposición del 78, desentendió el cuadro pintado siempre para recreo exclusivo nuestro, en que se presentaba a todos los que visitaron la Sección española, deslucida también, con la boca abierta delante de maravillas enteramente imaginarias; mal español el que no aplaudió a guitarristas y bandurristas que no eran ni lo uno ni lo otro, y que después de venir llenos de ilusiones en el efecto de trajes, sufrieron los pobres terribles decepciones y tremendos apuros; mal español el que, si no abultó las alabanzas del primer momento de sorpresa, tampoco se hizo eco de los sangrientos artículos y sueltos con que la prensa de París despidió a la estuñentina que tuvo la desdichada idea de traer los manteos y el tricorneo con la cuchara para la sopa boba, abolidos hace la friolera de cuarenta y cuatro años; pero que para otros cuarenta y cuatro los dejó grabados en la imaginación de los extranjeros que los vieron, y que lo calificó a uno de fanático por España cuando intenta persuadirles de que aquello fué puramente una broma; mal español el que advirtió, para escarmiento sucesivo, el pésimo efecto y el completo fracaso de los cantadores y cantadoras que no saben cantar, acompañadas de chulos que acaban por dar apariencia de razón a los dislates de los viajeros extranjeros, señaladamente de los franceses, cuando se ocupan de las cosas de España; mal español el que pone de su parte lo que puede para que el fiasco y el desastre de expediciones descabelladas contenga las que vienen sucesivamente a sufrir la misma suerte, guías por la candida idea, general sobre todo en ciertas regiones de España, de que los extranjeros son unos torpes, de que el ingenio, la viveza, y sobre todo el *chiste* y la *sal española*, son cualidades de efecto irresistible para todo ser nacido, como que a nosotros solos nos las concedió la naturaleza, con exclusión de todas las demas naciones del orbe, sin reconocer que en vivacidad acaso nos ganan los franceses (y bueno provecho les haga la vivacidad superficial); que nuestro grajeo y donaire, trasplantados fuera de España, tropiezan con el *aprit* francés y el *humour* inglés, sales mucho más saladas para sus paladares que el *salero* de que nosotros nos preciamos; que la misma agudeza de los anilaluces, sus exageraciones, su imaginación poética, sus chistes, sus equívocos, sus sarcasmos, sus ironías, encuentran temibles rivales en los gascos franceses y en los irlandeses de la Gran Bretaña; mal español el que se duelo de lo que él único que estamos presentando al público de París, de Londres, de Berlín, de Viena, de Ginebra, de todas las capitales, sean compañías andaluzas, el baile que apenas bailan, y que no acabando de comprender que lo que hoy se estima y se aplaude en todas partes no es lo local simplemente por ser pintoresco, sino lo que tiene mérito efectivo, venga de donde venga (3), se empeñan en tocar una vez y otra vez el desengaño de que la exhibición

(3) Ahora mismo se está demostrando esta observación en el teatro Talt-bont, de cuya compañía de baile español hemos hablado en otra Quincena. ¿Qué efecto hacen los trajes andaluces, que tanto llamaron la atención cuando, veinticinco años há, se presentó por primera vez en París la compañía de Petra Cámara y Ruiz, pero que ya están gastadas? Ninguno. ¿Cómo se recibe el continuo jaleo, palmitos y tacones durante tres horas? Con indiferencia, si no con fastidio. ¿Cómo la mujer, remediando a un torero? Con risible desden. ¿Qué se aplaude calorosamente? El arañazo que toca la pandero, porque demuestra una destreza verina del arte. ¿Qué despierta verdadero entusiasmo, que se saluda tres y cuatro veces por noche con frenesí? Un hombre que se presenta como se presentan ya al público los hombres de todos los países, con frac y corbata blanca; no guitarrista, muy superior por cierto al famoso Huerta y a todos los mejores que aquí se han oído: un catalán, un verdadero artista, el Sr. Fons, cuya habilidad es asombrosa y cuyo remolde de tambora a corta y a larga, repica distancias le valen una ovación cada vez que aparece en la escena. Lo que asegura el éxito, no son los trajes de carnaval, sino el estudio y el talento.

(1) Don Antonio María Segovia (*El Estudiante*). *Manual del vicario episcopal*.

del contrabandista y el bandolero, con su manta jerezana al hombro, su trabuco naranjero en la mano y su navaja de Albacete en la cintura, no salva á esas compañías, y ocasiona el inmenso daño de hacer creer á los que tengan tentaciones de visitar á España que toda ella es fuente del Freno ó los montes de Toledo; mal español, sobre todo, el que se atreve á tocar al *arca santa* que simboliza el período de nuestra decadencia y postración.

¡Lara, muy rara vez se truena contra la lepra de los *extranjeros*, como en Londres contra los que andan á caza de la *French fashion* y en París contra los *anglomanos*; «en Madrid, ha dicho otro amigo mío (éste un poco ingrato), se vive á la moda de otra nación, se chapurrea otra lengua que la nacional, se comen manjares de otros países; en España se estropea el castellano en frances y se habla frances en andaluz; se da á las sopas nombres de reyes, ministros y celebridades extranjeras... pero es la moda, y la moda es la reina de la sociedad culta» (1). La moda, en efecto, nos ha traído de Francia los sistemas económicos y administrativos, la corrupción y la inmoralidad, que en multitud de *Quincenas* he señalado como ejemplo de los escollos que hay que evitar, escarmentando en cabeza ajena, y, sin embargo, para ese *extranjero* hay indulgencia plena; la criminal es otra cosa; indicar los elementos útiles de adelantamiento que deberíamos imitar y que no imitamos ó bastardeamos; confesar que tomamos del extranjero lo que no nos hacía falta alguna, y poner en duda que nos hallemos en el mejor de los mundos posibles, como en exclusiva posesión del *arca santa*, de las corridas de toros, que al paso que vamos no ha de faltar quien pida se convirtieran en escudo del pabellón nacional.

Viene la Exposición del 67, y en la parte más saliente de nuestra sección colocamos la cabeza diseccionada de un toro rodeada de atavíos del torero; viene la del 78, y ponemos en la *galería de máquinas* una plaza de toros; acabamos como podemos las líneas de nuestros ferro-carriles, y confirmamos aquella observación de Olózaga, de que su influjo más visible consistía en la multiplicación de las corridas, por la mayor facilidad en el transporte de público y de toreros; Madrid no alcanza á construir las escuelas, los hospitales, las cárceles que necesita imperiosamente y proyecta hace años, ni á fundar la Necrópolis, cuya falta ocasiona una cifra de mortalidad más alta que en ninguna otra capital, y algunos meses le bastan para levantar como por ensalmo un magnífico monumento, una plaza de toros, que aumente más, por medio de tabardillos, el número de los difuntos. ¿Llevamos nuestros soldados al extranjero? Pues junto al uniforme del ejército español presentamos el traje de picadores, banderilleros y espadas. ¿Hay en el extranjero ocasión de una gran afluencia de gente? Allí estamos nosotros pidiendo autorización para unas corridas, que en ninguna parte nos conceden; ¿nos la niegan en París? Pues enviamos al Hipódromo á los toreros á que compitan con los zúls de *Folies Bergères*. ¿Se marchan los toreros? Pues no falta bailarína que se vista de tal y dé á los parisenses en el teatro el ingrato espectáculo de un matador deforme picando, banderillando y matando. Se emplea una tenacidad insensata en sacar de España y pasear por Europa lo que á Europa repugna y perjudica á España, y los españoles que eso vemos hemos de empujarlos respetuosamente ante ellos, no hemos de poder clamar contra el torero con la misma porfiada insistencia que hay en sacarle de las fronteras.

¿Cómo! Se quiere propagar la idea de que España es una inmensa plaza de toros; dar idea de que los españoles vestimos de Figaros y pasamos la vida en los tentaderos, hablando alternativamente frances y caló, ó leyéndole en periódicos que hermanan las loterías y los toros, como si conviniera apartar al pueblo de las Cajas de alhoros y empujarle á las tabernas; se atropellan hasta los hábitos de la galantería característica española, haciendo consistir, según relación de los periódicos, la acogida de una dama extranjera, en la fuerza de voluntad que demostrara para presenciar un espectáculo sangriento, á que no está acostumbrada y que no podía serla grato; ve Europa que se reciben con frialdad dos patrióticas proposiciones presentadas en el Parlamento por el señor Marqués de San Carlos, y que se habla largamente de otra proposición pidiendo la creación de dos escuelas de tauromaquia, casi al mismo tiempo que en el propio recinto del Senado resonará, por el órgano del Sr. Gald, el clamor de los que no ven debidamente atendidas las escuelas de instrucción primaria, y los tauromanos no han de consentir que se emplee la mitad de la insistencia que ellos ponen en defender su ocupación favorita, depresiva de la nación, en protestar de esa nueva *purificación*, por la cual parece establecerse que para ser buen español, antes que á conocer en las escuelas á la patria, es preciso aprender en el matadero el oficio de los cancheros; que dentro de España es forzoso hacer coro con los fanáticos de esa *diversión*, so pena de ser excomulgado y perder la condición de español, y en el extranjero sufrir silencioso, por culpa de ellos, las rechiflas que en todos los idiomas, incluso el portugués, se han escrito al extenderse la noticia del asunto con que se ocupaba la atención del Senado español (en 1880) (2). En verdad que la pretensión de los calificadores de españolismo torero se va haciendo un poco excesiva! Ya han aventajado á Fernando VII, aspirando á fundar, no una escuela de tauromaquia, sino dos: ¿pretenderán aventajarle también en intolerancia?

Ya que el Suscriptor me da la ocasión, diré cómo entiendo y cómo procuro desempeñar mi misión de corresponsal.

Encargado de registrar las novedades quincenales, huyo de aquello que está fuera de la jurisdicción de estas cartas, y de lo que el telégrafo y los corresponsales de los diarios han de anticipar, aprovechando únicamente detalles ó ampliaciones que, por la fuente de que proceden, me ofrecen

garantías de que serán inéditos cuantos aparezcan en LA ILUSTRACIÓN, prefiriendo siempre, á lo que en España copiamos servilmente así que tenemos noticia de ello, aunque más valia que no lo imitáramos, lo útil que ofrecen las conferencias, los cursos, los museos, apénas imitados, aunque nos hace tanta falta como el aire y el pan. Aun escribiendo Quincenas de París, y no de Londres, ni de Berlín, ni de Roma, y rebasando un poco sus límites precisos para entrar en comparaciones, cuido mucho de hacer notar el atraso relativo de Francia con relación á otros países, y no soy blando en demostrar los rasgos que le distinguen del nuestro, en que el individuo es tan superior al frances como inferior la colectividad nacional; los lectores asiduos de estas Quincenas recordarán que no desperdicio ocasión de marcar aquello en que España aventaja á Francia; la disposición material y el régimen administrativo de los espectáculos, por ejemplo, ni tampoco de dejar bien establecido lo malo que tenemos por haberlo tomado del frances, que es una no pequeña parte de nuestra organización; paso casi siempre en silencio las novedades de los tribunales, porque para crónicas de crímenes, barto tenemos con las que, como única lectura, llevan á la población rural nuestros romances de ciegos; presento alguna vez la imagen de las *mundanas* y las *traviatas*, sin gran esperanza de contribuir á atajar el contagio de ellas, ya no enteramente nuevo en Madrid; y si no doy cuenta de todas las novedades escénicas, por no manchar la imaginación de las lectoras con el análisis de algunas, no me dejo aventajar por nadie en la reprobación de la literatura insana, aquí en boga hace veinticinco años, que espesca con la exageración de los vicios sociales.

No es culpa mía que, por lo mismo que escribo de París, tenga que ocuparme frecuentemente de España: á París vienen en peregrinación diaria, desde el encargado de contratar un empréstito, de vender una mina ó buscar fondos para una explotación, hasta el empresario de teatros á caza de espectáculos por magia, decoraciones de efecto y trajes que dejen desveladas á las *suripantus*; hasta el tapicero, el sastre, el joyero y el almacenista de quincalla, que llevan todo lo que le rula al *Suscriptor anónimo*. La mitad del trabajo impropio de que se ocupan cientos de empleados en una gran casa de la calle de Alcalá, es decir, el presupuesto de gastos, no tiene otro paralelo que la Caja de los que pagan letras de París, resultado de sus viajes á esta capital; pero también empiezan á venir algunos cosecheros y algunos traficantes, y no sé de nadie que me aventaje en apunotar cuidadosamente qué frutos, qué productos de nuestro suelo pueden encontrar aquí ventajosa salida; qué combinaciones invasoras amenazan al comercio de España, y qué entiendo que pudiera hacerse para contrarrestarlas.

Sobre esto que viene procuro decir siempre la verdad pura, cuidando de no ofender á nadie, pero también de no hacerme cómplice de engaños perjudiciales; si así sublevo el amor nacional de algunos, mejor; ¡ojalá le sublevára todo lo que se necesita, aunque fuera blanco de un enojo, que ántes me satisface que me ofende, porque me prueba que á veces pongo el dolo en la plaza!

Eso creen también (y no se escandalice el Suscriptor y perdone la inmodestia) muchos de los españoles que viven en el extranjero: aquí se traen con afán cosas que no debieran venir de España; pues de España debe venir también el testimonio de reprobación de ello y la indicación de que era fácil y conveniente traer cosas que den mejor idea de nuestra cultura: con que nosotros lo separamos y nos lo callemos no adelantamos nada; con que un periódico como LA ILUSTRACIÓN lo diga se presta un inmenso servicio, y el deseo de prestarle es otra de las razones que me llevan á veces á ocuparme en las Quincenas de París de cosas españolas: mientras se comentaba con estrépito la proposición torera al Senado, apuntaba tímidamente en Valencia la idea salvadora, si se organizara bien, de una *Liga contra la ignorancia*, y hallaba en un rincón de este periódico el indicio de una útilísima *Sociedad organizadora de orfones en España*; esas dos noticias, que hay que buscar casi con un microscopio entre el farrago de personalismo que monopoliza la prensa española, pensaba yo haber puesto de relieve á los ojos de Europa en esta Quincena, como paliativo del efecto desastroso de la proposición sobre escuelas tauromáquicas, si el Suscriptor anónimo no hubiera venido á ponerme la muleta por delante. No renuncio á realizar mi propósito en otra, porque sé bien lo que importa utilizar la circulación de este periódico fuera de España para propagar la protesta contra lo que la desfavorece en Europa, y extender la noticia de que hay una tendencia á ocuparse de esas asociaciones, cuya sola iniciación nos enaltece: tampoco renuncio á citar en alguna Quincena, en que me falta mejor asunto, ejemplos muy autorizados de malos franceses, malos ingleses, malos belgas, malos italianos, que se conducen de la misma antipatriótica manera que este malísimo español; por ejemplo, el detestable alemán Bismarck, cuyo odio á su patria ha llegado hasta el punto de decir hace poco en pleno Parlamento: «Hay en Alemania muchos más individuos que sepan leer y escribir que en Francia ó Inglaterra; pero hay muchos menos que sepan sacar partido práctico de su lectura.» Hasta en Portugal abundan ya malos portugueses: á los buenos españoles como los entiendo el Suscriptor, no les van quedando más lalos á que arrimarse que el del Estrecho de Gibraltar y el valle de Andorra.

Acabemos de una vez con *El Tema perpetuo*.

Supongamos una madre de dos hijos, sufriendo de muy atras una enfermedad crónica, que la extendía y la postraba: los dos hijos la hablan sucesivamente en distinto sentido; oigamos su lenguaje, y que el lector decida después quién de los dos estaría mejor inspirado:

«—Madre de mi alma!—dice el uno,—¡vida de mi vida! por el amor entrañable que te profeso desde que tengo uso de razón; por mi disposición constante de hacer, tratándose de ti, toda especie de sacrificios, cúbdate; yo te lo pido: bien sé que tu mal es complejo, bien sé que procede de una especie de envenenamiento paulatino y ya antiguo, bien sé que no recuperarás súbitamente la salud; pero busquemos los remedios más acreditados por la experiencia para que mejores, y haz uso de ellos, y ponte en cura cuanto ántes.

»—A qué viene tanto quejarse y tanto ocuparse de la salud?—dice el otro hijo,—estás buena, tan buena como la mujer más robusta de la tierra; no tienes nada, absolutamente nada más que aprensión: pícnese en otra cosa, distráete, juega un número de cada lotería y cada rifa que pregonen por la calle, diviértete... y alílos; que yo... me voy á los toros.

A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS.

CRÓNICA GENERAL.

La Semana Santa ha llegado, y la crónica vulgar debe, ántes de emprender hoy sus tareas, dedicar un recuerdo respetuoso á los sublimes capítulos de la Pasión, á esos pasajes melancólicos y terribles de las crónicas santas. Y al hojar los Evangelios no se puede menos de advertir con dolorosa inquietud el contraste que forma el estado social en que vivimos cómoda y muellemente, procurando aumentar el número de goces, con el desprecio de los bienes de la tierra que recomiendan aquellas páginas, en que se predica la democracia de la virtud y la aristocracia de lo humilde, en oposición á los intereses y vanidades á que damos hoy tanta importancia. Si comprende que seamos cristianos practicando tan mal los preceptos evangélicos, consuela considerar lo que somos, si se atiende á lo que seríamos sin la enseñanza y la doctrina de aquellos santos ideales.

¿Cuántas veces, comparando la Pasión contada por los cuatro Evangelistas, nos hemos detenido con inasaciable y respetuosa curiosidad en los capítulos donde San Juan describe los dramáticos episodios de la Cena, el Huerto de las Olivas, el martirio de Jesucristo, la escena terrible del Calvario, y la Resurrección, como queriéndonos representar—de un modo vivo y real—aquellos hechos por los detalles y testimonio del discípulo á quien amaba Jesús, y que en la Cena estuvo recostado sobre su pecho y le había dicho: «Señor, ¿quién es el que te entregará? La relación de aquel discípulo, que estuvo junto á la cruz con la Santísima Virgen, con María de Cleofas y María Magdalena, y de quien dijo Jesús desde la cruz á su Madre: «¡Mujer, hé ahí tu hijo!»; esa relación nos ha hecho meditar profundamente, con curiosidad tal vez vituperable de adivinar entre lo escrito los detalles interesantísimos que el santo escritor omitió en la mística narración de aquellos hechos portentosos. Curiosidad, en efecto, censurable, pues si aquel libro no tuviese su mérito divino, lo ten-

dria humano la sobria sencillez de su estilo, que al referir lo que vivió el Evangelista, es tan natural y llano, que rebosan sus descripciones verdad y certidumbre.

La noticia de la Resurrección dada á Simón Pedro y á Juan por María Magdalena, la carrera de millos y la llegada del segundo al sepulcro ántes que el primero; el baxarse éste y ver los lienzos sin determinarse á entrar; la entrada de Pedro en el sepulcro, y la colocación de las ropas mortuorias; toda aquella escena rebosa tal naturalidad y realismo, que el incrédulo se inclina y reconoce la evidencia de aquel santo testimonio.

Libros de divina lectura, nunca la humanidad dejará de estudiarlos y rectificar en ellos las desviaciones que sufre tan á menudo en su camino terrenal. Si la conmemoración de la Semana Santa no tuviese otro fruto que refrescar esa lectura sublime, sería, aparte de su objeto místico, la época del año de mayor fruto para la moral y el idealismo de la virtud.

Pero en estos días hay algo superior á las conveniencias sociales y á los intereses humanos. El recuerdo terrible de la Pasión del Justo, el recordamiento que ha de durar á través de todas las edades, produciendo, aún en medio del bullicio en que vivimos atorlados, un estremecimiento íntimo y esas dolorosas vibraciones que dejan en el corazón humano las grandes iniquidades, por remotas que sean.

(1) D. José Zorrilla. *Recuerdos de un loco*.

(2) Al lado de esos testimonios de febre torero, ¿qué importa que, como dice muy bien una carta de que en este momento tengo conocimiento, «la gran mayoría de la nación no asiste á las corridas de toros, ni maldito lo que por ellas se interesa», si esa mayoría se calla y deja que la minoría pase á los ojos de Europa en opinión casi universal por una nación monomaniaca por el torero?

Casi todos los periódicos refieren un desafío entre dos pianistas de Valparaíso, uno de los cuales murió después de haber tocado cuarenta y ocho horas seguidas, quedando el otro después en mal estado. El hecho es inverosímil. Los malos pianistas tienen mucha resistencia. Nosotros hemos estado oyendo por espacio de dos meses el piano de un vecino, que nunca cesaba de sonar. El músico murió también sobre el teclado, pero murió de vejez. Por un fenómeno de la costumbre, los vecinos creímos estar oyendo el piano siete días después de cerrado el instrumento.

El propietario creyó durante una semana que las paredes de su casa eran de música, y las notas almacenadas allí durante muchos años tardaron varios días en salir por la ventana.

—¿Cómo estuvo alquilado siempre el resto de la casa con un vecino tan incómodo? preguntamos al casero.

—Tuve siempre inquilinos sordos.

—Eso se explica ya: no pudiendo oírle....

—No, señor; vivían aquí porque le oían.

El señor Marqués de Orovio, Ministro de Hacienda, que resistió la crisis casi total del Gabinete presidido por el general Martínez Campos, ha sido reemplazado en aquel mismo departamento por el Sr. Cos-Gayón, subsecretario del mismo Ministerio y vice-presidente del Congreso. El señor Marqués de Elduayen ha pasado a la secretaría de Estado, dejando la cartera de Ultramar al Sr. Sánchez Bustillo. Resultado de esta crisis, promovida por una penosa enfermedad del Sr. Orovio: un consejero de la Corona cesante, y dos Ministros de nueva creación.

En nuestra situación rentística la variación de Ministro de Hacienda tiene siempre gravedad, por los grandes intereses a que afecta y los cálculos que puede destruir, fundados en el conocimiento de las ideas y propósitos del Ministro dimite. La circunstancia de haber sido subsecretario del Sr. Marqués de Orovio el Ministro que lo ha sustituido parece indicar que el cambio no ha de ser profundo en lo esencial, y al mismo tiempo promete reformas y mejoras en el ramo la certidumbre de que el nuevo Ministro es persona entendida y que tiene ideas propias. En efecto, el Sr. Cos-Gayón reúne a la práctica de los negocios de Hacienda la de los litigios civiles y la del Parlamento, donde viene desempeñando cargos elevados; una ilustración general y superior, demostrada en innumerables escritos y en sus largas tareas en *La Epoca*, de cuya Redacción, que tantos ministros y altos funcionarios ha producido, fué durante muchos años uno de los redactores más asiduos y brillantes.

Alguna vez, y en época reciente, manifestamos, con la sobriedad que permite esta Revista, donde con frecuencia suavizamos nuestras opiniones personales, el juicio que nos merecieron algunos actos políticos del Sr. Marqués de Orovio. No nos parece oportuno insistir en estos momentos en aquellas apreciaciones. Hagamos un ligero juicio del último Ministro de Hacienda.

La opinión general, dando excesivo valor a los oradores, suele ser injusta con quienes tienen, como el Sr. Orovio, otras cualidades que no brillan en la tribuna, pero que son las preferibles en los hombres de negocios. Ministro recto y puro en el manejo de los intereses públicos, prudente y bien intencionado, ha sabido elevar los valores durante su gestión e infundir confianza a los capitalistas, siendo un criterio claro y buen sentido práctico de más valor y resultado positivo que esas llamarras con que otros entusiastas y arminan a un país. No es el hacendista llamado a introducir esas reformas radicales, de dudoso resultado, que otros se atreven a emprender sacrificando intereses respetables; pero es un administrador que conservará y aumentará los intereses que se lo encomienden, inspirando confianza a los hombres de negocios con su formalidad y buen sentido. Es, en fin, a nuestro juicio, un talento útil, que aprecia mejor los hombres de negocios que aquellos a quienes deslumbran otras cualidades menos sólidas.

Desde que escribió Eugenio Suá *El Julio errante* son los jesuitas para el vulgo una Asociación de hombres hipócritas y avaros, conspiradores perpetuos y partidarios del oscurantismo; en sus colegios se enseñan el fanatismo y la doblez; la Compañía de Jesús es el ejército sagaz que tiende a la dominación universal, difundiendo la superstición y la ignorancia; Mr. Rodin es el tipo de sus individuos; y la Asociación, una Compañía anónima y tenebrosa que infunde espanto. Perseguir a los jesuitas es el deber primero de la libertad y de la ilustración.

Parece increíble lo que arraigan en el ánimo de los hombres ciertas vulgaridades. Ello es que fueron expulsados de Francia, España y Portugal, en el siglo pasado los jesuitas, por suponerseles enemigos de la monarquía, y ahora se les expulsa de Francia juzgándoles enemigos de la República, sin probar aquella ni esta acusación, y dándose el espectáculo, cada vez que se decretan estas expulsiones, de arrojarse del país, sin formación de causa, juicio ni defensa, a hombres eminentes en las ciencias y en las letras, verdaderos sabios y sacerdotes virtuosos.

La preocupación es tan general, que cuesta trabajo decir estas verdades sin incurrir en censura pública o hacerse sospechosos de afiliación en la perseguida Compañía, aun a quienes, como nosotros, jamás hemos abdicado nuestra libertad en asociación de ningún género. Y, sin embargo, es preciso no ocultar que esas persecuciones son injustas e impropias de la cultura. Los colegios de jesuitas son centros de ilustración; su profesorado es excelente; de sus clases salen hombres de todas opiniones, y como no se los culpe

de inculcar en sus discípulos el sentimiento católico, lo cual no esconden de nadie, no sabemos qué cargo fundado y concreto pueda hacérseles, que merezca privarles del agua y del fuego, convirtiéndolos en las párias de la libertad.

Creemos que el espíritu moderno ha desterrado muchas preocupaciones, pero que ha creído otras supersticiones en cambio. Oprimir en nombre de la libertad es ridículo: desterrar sabios y cerrar colegios en nombre de la ilustración es absurdo: proclamar derechos cuando se priva de ellos a los que se supone adversarios es incomprensible.

Digase a lo menos francamente. La libertad de todos es un sueño: sólo la obtienen los que vencen. Y en ese caso, diríamos, inclinando la cabeza: Esa es una verdad de todos los siglos, que era ya vieja en el mundo cuando dijo Breno, arrojando su espada en la balanza: «¡Ay de los vencidos!»

La cabeza del último embajador chino en la corte de Rusia, que el telégrafo había hecho rodar, continúa, al parecer, sobre los hombros de aquel distinguido personaje, a quien felicitamos cordialmente, por ser una parte del cuerpo que no pueden todavía reponer los ortopedicos. En cambio, el tratado que firmó en Livadia en unión del representante ruso no ha sido ratificado por la corte de Pekín, lo cual ha producido, como era natural, tirantez de relaciones en los dos Gobiernos contratantes, que temen algunos ocasiones rompimiento de hostilidades entre las dos naciones, noticia todavía prematura y poco probable, a nuestro juicio, a menos de que conviniera al Gobierno de San Petersburgo distraer con una guerra exterior los peligros interiores que hoy le preocupan vivamente; procedimiento útil en algunas ocasiones, aunque en otras sea inconveniente y arriesgado.

Respecto de la verdadera situación que atraviesa el imperio ruso actualmente, apenas se puede sacar luz, por ser contradictorias las noticias, no habiendo medio de distinguir las verdaderas de las falsas. La influencia del general Comle de Melikof parece una dictadura militar justificada por los atentados nihilistas, y sin embargo, la nueva forma dada al Gobierno ruso es considerada por algunos como un embrión parlamentario, ilusión forjada acaso en un exceso de buena voluntad, parecido al que representaba a Don Quijote ser aljofar los granos de trigo que media Dulcinea.

Una guerra entre Rusia o cualquier potencia europea y el Imperio chino tiene muchos partidarios. Las excursiones de los misioneros, de algunos diplomáticos, comerciantes y viajeros curiosos, aunque han revelado en parte la organización de aquel país misterioso, dejan todavía mucho por observar y conocer en aquella civilización original, que se resiste en lo posible a las tendencias niveladoras del siglo. Se desea una invasión en China para satisfacer la curiosidad impaciente de nuestra época fiscalizadora; para que se nos abran de par en par las puertas de ese país oriental, que vemos como entre nubes de ópio, y puedan los turistas visitar las fábricas de laca y los ídolos de Fo, y las ladies tomar el primer té de la estación al mismo pie de los arbutos, y abonarse en Pekín a una de esas anchas comedias que duran toda nuestra temporada cómica, o al teatro de la ópera nacional, que, si existe, debe ser curioso por las muestras que tengamos de la música celeste.

La verdad es que la guerra, si bien cambia algunos elementos de las civilizaciones que chocan entre sí, no es el medio más útil para que unas y otras se compenetren en todas sus ventajas; con la guerra destruimos la antigua civilización del Perú y Méjico, sin utilizar lo que tenían de aceptable, y borrando sin querer y con la mejor intención una parte muy interesante de la historia humana; aquellos países ganaron, indudablemente, en el cambio, pero la ciencia perdió mucho.

Si las armas europeas penetrasen victoriosas y rudamente en el corazón de la China, acaso este país se convertiría en poco tiempo a nuestros usos y costumbres; pero ¿no destruiríamos artes, documentos históricos y monumentos notables que desconocemos y nos convendría estudiar y utilizar? Por otra parte, ese vasto y pobladísimo imperio, débil hoy para nosotros, ¿no sería un peligro para Europa si sus habitantes, instruidos en la ciencia moderna de la guerra, pudiesen poner enfrente de nuestras escuadras y ejércitos buques y legiones igualmente instruidos, pero en número formidable?

No es fácil saber lo que a la larga podría convenirnos.

El Jueves y Viernes Santo dejan de sonar los instrumentos musicales, enmudeciendo hasta las campanas.

Recuerlo, sin embargo, que el año pasado, una señorita de nuestra vecindad siguió tocando en su piano aquellos días.

—¡Es un escándalo!—nos decía una señora.

—No lo creemos así,—la respondimos. Ese piano sólo le deberían tocar en Semana Santa, porque es una carraca.

—¡Qué elegantes van las vecinitas!

—Como que van a pedir limosna en una iglesia.

Los pobres serían ricos si tuvieran buena ropa: un pobre andrajoso recoge en un mes lo que le darían en una hora si pidiese de frac y guante claro.

Pedir en las iglesias es una obra de caridad, pero también es un placer. Lo más novelesco y extraordinario que le puede suceder a una señora de buena posición es pedir limosna sin tener que avergonzarse. El papel de los hombres en estos días es menos agradable: ejercen la caridad sin que Dios se lo agradezca: la virtud se convierte en contribución, y ésta toma a veces formas dolorosas. Recordamos lo que le sucedió hace años a un amigo nuestro.

Pedia su señora aquella tarde en San José, y fué a buscarla al templo. La señora le dijo:

—Quien ha estado muy gaute es tu amigo Luis: le había enviado una tarjeta, y la dejado en la bandeja media onza.

—¿A qué hora?—preguntó con voz extraña el marido.

—A las siete y media.

—Pues bien: yo he hecho esa limosna, porque a las siete me pidió Luis doscientos reales.

—Otro amigo nuestro nos decía anoche muy contento:

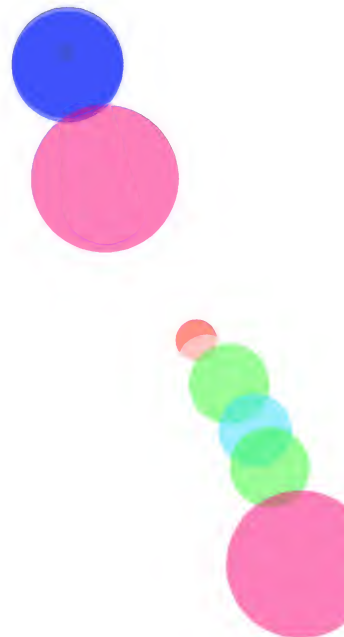
—Este año estoy de enhorabuena. Mis días caen en Viernes Santo y estoy libre de murgas.

—Sin embargo, el año anterior un caballero, que se hallaba en el mismo caso que tú, oyó un estrépito infernal en las escaleras.

—¿Qué es eso?—preguntó, lleno de espanto.

—Señor—le dijo un criado—es la murga que le felicita a V. los días con carraca.

JOSÉ FERNÁNDEZ BRENN.





CRÓNICA GENERAL.

Nos quejamos, sin duda porque nos toca muy de cerca, de los abusos y violencias que se verifican en cada período electoral; consolémonos con el ejemplo de Inglaterra, pueblo creador del sistema representativo moderno, y que, como maestro, debe saber muy bien lo que se hace. Bien ó mal hechas nuestras elecciones, al fin y al cabo sólo nos interesan á nosotros; pero del triunfo del partido liberal ó del conservador en el Parlamento de Inglaterra depende, según los políticos, la paz ó la guerra de Europa, creyendo cada cual que el triunfo de la primera está ligado al del partido cuyas tendencias se hallan conformes con las suyas; por lo tanto, Inglaterra tiene menos derecho que nosotros y cualquier otra nación para permitirle lo que llamáramos libertades electorales, si no se opusiesen precisamente á la libertad de la elección.

Y si hemos de creer á los liberales ingleses, los conservadores recurren al soborno, la astucia y la intimidación para conseguir la victoria, contratando atletas para unenazar y acobardar á los contrarios, lo cual equivale á luchar á brazo partido con Europa. Pero si hemos de dar crédito á los conservadores, los liberales ingleses recurren á la calumnia y á otras malas artes para desprestigiar á sus enemigos. Suponiendo que unos y otros digan la verdad exagerándola, resulta que no debemos extrañar los excesos electorales de que alguna vez somos testigos.

Todavía no hemos llevado las luchas políticas á la loza ordinaria, como los ingleses: recordamos haber comido en un plato donde estaban pintados los retratos de los candidatos whigs, con un resumen de las economías que habían conseguido en su administración, y dejamos las caricaturas de los torques, con las cifras del déficit que produciría su gestión si subiesen al poder.

Hay, pues, en Inglaterra, como en España, desmanes, colcheros, riñas y víctimas en las elecciones. Lo que no existe aquí ni allá son hospitales de inválidos para los que se inutilizan en cada campaña electoral.

**

No hace muchos años la república de los Estados Unidos nos envió un Embajador que, habiendo combatido en la guerra contra los confederados, perdió una pierna: la misma nación acaba de nombrar su representante á un bizarro general, á quien en la misma campaña se le llevó un brazo una bala de cañón.

—Fue una guerra civil aquella muy sangrienta—decía ayer una señora,—y por lo visto no la quedado en el país un hombre entero. ¿Cómo es que habiendo tenido en España guerras mucho más largas, nuestros políticos se han conservado intactos?

—No lo sabemos, señora: sin duda los nuestros poseen el arte de la propia conservación. No tratáremos de aclarar este misterio, limitándonos á saludar al nuevo Embajador y desear que dure mucho tiempo.

—Eso por de contado—repuso la señora;—no sea que su país nos envíe un representante sin cabeza.

**

El general Martínez Campos, en una de las sesiones del Senado, indicó la conveniencia de la formación de un nuevo partido de oposición al Sr. Cánovas, y que reuniese en un núcleo dinástico á diferentes fracciones é individuos que no determinaba. Sin que tratemos aquí de discutir las ventajas ó peligros de la idea, es indudable que ántes de enunciarse, y después, con la fuerza que prestaba al pensamiento la posición política y militar de su patrocinador, se han hecho esfuerzos, se ha conferenciado mucho, y se trabaja para la nueva agrupación. Como es natural, los partidos políticos existentes, en los cuales produciría grave perturbación lo que ya llaman algunos unión constitucional, y otros más vagamente el tercer partido, combaten el propósito, que tiene también sus defensores en la prensa.

Nuestra opinión, neutral completamente en esta Crónica, es que el nuevo partido, más ó menos útil ó perjudicial, se halla en un período de elaboración adelantada, y si esto es un hecho consumado, convendría que ese partido nuevo se diese á luz con franqueza, para que el país supiera á qué atenerse, pues no concebimos se haga á espaldas del país lo que sólo debe hacerse en nombre del bien público.

**

La familia y amigos de D. Adelardo López de Ayala están preparando una edición completa de las obras de aquel autor ilustre, la cual comprenderá todas sus comedias y poesías, y los apuntes de las obras teatrales que su inque-

rala muerte le impidió realizar. No sabemos si se incluirán en esa importante colección sus discursos parlamentarios, alguno de los cuales tiene, á la vez que valor literario, valor histórico; pero celebráramos que el libro fuese una completa, como será auténtica, recopilación de las obras del Sr. López de Ayala en todos los géneros á que aplicó su gran entendimiento.

De dos modos podría hacerse la edición: una, selecta, que sólo comprendiese los trabajos más sobresalientes y que pudiese de relieve sus cualidades más características, ó una destinada á salvar de la dispersión y del olvido todos los trabajos en que puso su firma de maestro. Como el criterio literario se modifica con el tiempo en muchas cualidades no esenciales, pero que lo parecen, acaso se correría el riesgo de postergar trabajos superiores á otros de mérito inferior; creemos que la edición de obras selectas sólo la deben hacer, el autor, si así lo estima conveniente, ó la posteridad.

Afortunadamente, la persona ó personas á quienes la familia ha encomendado esa delicadísima tarea se han decidido por la colección completa. Esta hoy puede hacerse, y más adelante tal vez no. La prueba es que al reescribir sus obras teatrales, creyendo tener la lista completa, omitimos una, por la sencilla razón de no haber agradado al estrenarse y estar inédita, no conservándose ejemplar entre los papeles del autor, ni en el archivo del teatro Español, razón por la cual ha sido necesario recurrir al de la Censura de teatros, cuyas comedias se remitieron á la Biblioteca Nacional. No conocemos la obra, ni sabemos si se ha encontrado siquiera el ejemplar; pero ¿quién duda que será digno de estudio? Acaso Ayala le había repudiado en el mero hecho de no conservarle siquiera; pero ¿no podría protestar en lo íntimo de su conciencia de no haber sido comprendido? De todos modos, áun las equivocaciones de los maestros encierran enseñanzas.

Hágase, pues, la edición, como creemos que se hará muy en breve, lo más completa posible, y el estudio y el tiempo irán haciendo para más adelante, con el concurso de muchos, el apartado de lo que ha de permanecer y lo que debe ser omitido. No se trata de un libro, y por eso hemos escrito estos párrafos, que no invaden las secciones destinadas á los trabajos bibliográficos, que no corresponden á ésta. Se trata de un autor que ha terminado su destino y que merece ser presentado á su país de cuerpo entero.

Una duda nos asalta, que flamos á callar, pero que preferimos manifestar leal y francamente. Los azares políticos de la vida de Ayala le desviaron é hicieron fluctuar en su camino, como á la mayoría de sus contemporáneos, que no pueden generalmente permanecer inmóviles en épocas de grandes movimientos. Hay un período característico en la historia política del poeta, que, si las generaciones venideras confirmasen la actual reputación literaria de Ayala, desearían encontrar esclarecido, no tanto en su sentido político como en el biográfico y lo que se relaciona con su estilo. Nos referimos á la participación que tuvo en la redacción del famoso *Padre Cobos*.

Según tenemos entendido, una gran parte de los trabajos de aquel periódico se hicieron en voz alta, condensando el espíritu de todos, y de ese modo se escribieron muchas de sus sátiras políticas. Algunas, sin embargo, creemos que escurriditas, pueden pertenecer exclusivamente á Ayala. Pero nos parece haber oído que el autor de *El Tejado de vidrio* colaboró muy poco en el periódico, ya por su pereza habitual, ya porque su talento se prestase mejor á otro estilo que al dominante en aquella célebre publicación, á quien defendió ante el Jurado en un famoso juicio.

Sea de ello lo que quiera, nos parecería conveniente que esclareciesen el punto oscuro de aquella colaboración, en su concepto puramente literario, cualquiera que los redactores que hoy existen, todos ellos plumas notables, formando uno de los prólogos del libro, hoy, que la muerte de Ayala permite discutir este tema, en lo que atañe á su persona únicamente, sin gran dificultad.

**

Un periódico anunciaba en un mismo día el fallecimiento de tres personas importantes: D. Angel de Villalobos, defensor constante de la industria catalana, y que si nuestra memoria no nos engaña, fué co-proprietario del antiguo periódico unionista *La Razon Española*; el alcalde del distrito del centro D. Mariano Soriano Fuertes, músico y escritor á la vez, y el conde de Sotomayor anticuario y coleccionista de estampas D. Valentin Cardenera. El 29 murió el ilustrado arquitecto D. Andrés Cuello y Roldán.

La crónica mortuoria podría aún aumentarse, añadiendo á estas defunciones naturales otras numerosas, pero voluntarias, que como epidemia moral han alarmado al vecindario de Madrid. No nos queremos ocupar de esas aberraciones del espíritu: su estudio corresponde al médico alienista.

**

El 25 del próximo Abril se verificará en Turín la cuarta Exposición de Bellas Artes, que, según nuestras noticias, ha de ser la más numerosa é importante de cuantas ha habido en Italia. Para su instalación ha sido necesario ampliar el edificio, construyendo otros salones: 1.300 expositores han solicitado la adición de 4.000 objetos de arte. Al mismo tiempo que la Exposición se celebrará el Congreso artístico, que coincide siempre con las Exposiciones de Turín.

**

Jués y Viérnes Santo son días en que se ven por las calles de Madrid curas extrañas, que no se vuelven á ver en todo el año. Por ejemplo, las devotas que se levantan cuando nos acostamos los demás; esas vecinas á quienes no encontramos nunca en la escalera sino cuando las llevamos á enterrar por la tarde. Los serenos, cuya cara vemos siempre entre las sombras, y que puestos al sol nos hacen el efecto de negros pintados de albayalde. Los que pasan su vida en las oficinas, talleres y demás rincones del trabajo,

los cuales nos miran con asombro, extrañando nuestro aspecto, y se detienen en las esquinas, cavilando en qué emplear tantas horas de ocio. Aunque vecinos, y tal vez naturales de Madrid, son forasteros en las calles; sus meses no tienen semanas, porque sus semanas no tienen domingos: todo les choca, hasta las nubes, y miran al cielo con la boca abierta, como paletos que contemplan la bóveda de San Francisco.

Pero, sobre todo, los cocheros en esos días no saben apenas sostenerse, acostumbrados á no andar en dos pies.

—No sé—decía uno tambaleándose en una esquina—cómo las gentes pueden andar sin cuatro ruedas.

—¡Eh, eh!—repetía otro cuando pasaba gente por delante, teniendo atropellarla.

—¿Por qué no subes á la acera?—le decía su mujer.

—Tienes razón—respondía el auriga;—es la costumbre de ir por el arroyo; cuando entro en la acera me parece que voy á pagar multa.

**

En la noche del Sábado de Gloria los madrileños se desquitaron de la seriedad de los días anteriores invadiendo los teatros. ¿Qué noche aquella! En la Comedia se estrenaba la compañía italiana que dirige la Sra. Virginia Marini; en la Alhambra, la de los actores que trabajaban hace poco en la Comedia; el Sr. Parisi inauguraba el nuevo Circo ecuestre que ha construido en la calle de las Infantas, detras de la casa de las Siete Chimeneas; en el Conservatorio se despedía del público de Madrid el célebre violinista Sarasate, y en Martin se estrenaba una magia de D. Manuel Fernandez y Gonzalez; todo esto además de los espectáculos habituales, y estando vendidas las localidades del concierto para el día siguiente, y de la corrida de toros, que no se pudo efectuar por el mal tiempo.

Relativamente á su población ordinaria, Madrid debe ser una de las ciudades que gasta más en divertirse. Hasta aprovecha la mañana del Viérnes Santo para una romería en la plazuela de Alfigados, donde se adora la cara de Dios en un oratorio, mientras la multitud se regala con rosquillas y licores conmemorando la tradición de la Verónica.

Habrán en Madrid á la semana algunos días de trabajo, pero todas las noches son de fiesta.

La noche se ha hecho en Madrid para gozar, y el día para dormir.

El sol es para los madrileños una lámpara nocturna. Si no hubiera toros, sólo conoceríamos el sol por lo que de él cuentan los poetas.

**

Hace dos ó tres años, en la noche de Jués Santo, discurrió un toro por las calles de Madrid, causando no pocas desgracias. Entre las personas acometidas por la fiera lo fué un amigo nuestro, que se retiraba con su señora después de recorrer las estaciones: el toro, cuando le vieron, estaba parado, como echándose de vaca: un instante después embestía y atropellaba al matrimonio.

Nuestro amigo, recordando aquel suceso, ha salido este año con pica á recorrer las estaciones.

**

El Sr. D. Manuel Fernandez y Gonzalez ha resucitado al famoso encantador Merlin en una magia que aún no hemos visto, pero que veremos, por el nombre de su autor y los encantos de su título.

Si hoy viviera Merlin, haría, á nuestro juicio, mal papel entre nosotros. Que trasportaba á sus amigos por los aires.... Hoy lo hace todo el que tenga tela para un globo. Que de la noche hacia día.... Cualquier quince produce luz eléctrica. Que veía á largas distancias.... ¿Quién no tiene un telescopio? Oía hablar desde lejos.... En los Estados Unidos y en París hay servicios telefónicos para hablar y oír de ese modo á los amigos. Sabía diariamente lo que ocurría en todo el mundo: la agencia Fabra nos lo refiere en los periódicos de la mañana y de la noche. Presentaba palacios encantados, selvas maravillosas y cuadros sorprendentes: con sólo comprar una entrada vemos mucho más en los teatros. Si hacía curas prodigiosas, no creemos que llegara á lo que promete el Dr. Garrido. Merlin se quedaría con la boca abierta ante los prestidigitadores más vulgares. La realidad ha hecho innecesaria la decadente ciencia de la magia, y el demonio ya no recibe únicamente los sábados por la noche, sino que está siempre en su farmacia.

**

Las lluvias, tan á tiempo para los campos, hacen muy mal efecto en las poblaciones, que indudablemente están mal construidas para las necesidades del hombre moderno.

—¿Por qué no han de tener techo las ciudades? Un techo común acaso haría inútiles las casas. Y de conservarse los edificios, su altura les permitiría con facilidad trasparar esa tecunumbre: mangas ventiladoras renovarían el aire, y sólo habría estaciones en los tejados.

Así exclamaba ayer un hombre en la Puerta del Sol, limpiándose el barro que tenía en el sombrero.

—No hablo V. así, le dijimos; estas lluvias son necesarias para el trigo.

—No comprendo, replicó gravemente, que para que crezca el trigo nos rieguen á nosotros. Es tan absurdo como si para que estuviera frondoso el Jardín Botánico echáran agua al Sr. Ministro de Fomento.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

Primavera espléndida. — Los madrugadores y los peregrinos. — Lección de higiene á propósito de las botinas que usa el bello sexo. — Efectos del calado muy estrecho y de los tacones gigantesco. — Falsamiento del ideal en punto á la bella del pie de mujer. — Concepto diametralmente opuesto de los chinos. — La belleza clásica. — Itineraria de la moda en la salud de las mujeres. — *Aida* en la Academia de Música francesa. — Algo sobre Verdi. — *Mousquetaires au couvent*. — *Jean de Nivelle*. — *La Montaña de nieve*. — Exposiciones de *Cigalliers*. — Del Circolo de la calle Saint Arnaud. — Del de la plaza de Vendôme. — De acurcelistas. — Preparativos para la Exposición general de Bellas Artes. — Idem para el concurso hipico. — Paso por el Polo. — Recepcion que prepara París á Norderoskind. — Fotografías de la Luna. — Aplicaciones de fotografía á la biblioteca. — Aplicaciones del teléfono. — Encuentro de un hijo de París, tal como era hace diez y ocho siglos. — El calor solar utilizado para la industria. — Proyecto anónimo.

Marzo 26.

Llevamos casi un mes de primavera espléndida, como hemos visto pocas en París, con cielo azul, aire tibio y perfumado y sol radiante, haciendo resplandecer su disco de oro: en la ciudad todo respira alegría, y los jardines y los *squares*, revestidos de nuevas galas, apenas presentan señales de los estragos que hizo en ellos el último invierno; las afueras de París reverdecen, y con los diversos tonos de sus grandes árboles y las frescas tintas de los pequeños y los arbustos, admirablemente puestas en armonía, proclaman la transformación de esta época del año, siempre repetida y siempre nueva, de que son también heraldos los pájaros y las mariposas; por la renovación de la naturaleza, del renacimiento de todo lo que vive y piensa sobre esta tierra fecunda y generosa.

Hay, sin embargo, almas perezosas, que prefieren á los encantos de ese espectáculo, á la contemplación de las verdes praderas, de los pabellones de follaje espeso, de los senderos perfumados por las flores, de los arroyuelos de agua cristalina corriendo sobre limpia arena, de los paisajes que parecen sonreír alegres á quien los contempla, á

estas mañanas de Abril anticipado, la muelle cama, dulce cuando el termómetro marcaba 24° bajo cero. Todo el mundo sabe las ventajas de madrugara: las personas que se levantan tarde no tienen gusto para nada, se condenan voluntariamente á una languidez do cuerpo y do espíritu, acompañada de falta de apetito; para ellas el día acaba casi al mismo tiempo que empieza; las semanas y los meses se deslizan vacíos y estípidos, sin aprovecharlos para cosa alguna; los perezosos apenas existen como miembros de la familia humana, y acaban por ofrecer más de una semejanza con los vegetales; por el contrario, los que se habitúan á considerar el sol como despertador, se distinguen hasta por su aspecto exterior, por su buen semblante, por su excelente color, por la agilidad de sus movimientos, efecto de la regularidad con que la sangre circula por sus venas; por el perfecto estado de su estómago, por el gusto con que después de haber trabajado se sientan á almorzar, pudiendo decirse que han ganado el almuerzo. Todo esto es verdad, como lo son las estadísticas que prueban que los que se levantan temprano viven mucho más que los aficionados á esperar el mediodía en la cama, pero porque eso se diga y se repita, no es de esperar que aumenten mucho los madrugadores.

Tampoco lo es gran cosa el efecto de algunos consejos á las señoras, que van tomando últimamente cierto cuerpo. Se trata de una lección de higiene á propósito de un suplicio moderno á que todas ó casi todas las damas de Europa, exceptuando las inglesas, han acabado por someterse: se trata de las botinas destinadas por los zapateros á atormentar los pies, á pretexto de hacerlos bonitos: un doctor hace observar que para una mujer que alcance sin esfuerzo y naturalmente ese ideal de la pequeñez y de la forma llamada pura, hay infinitas que sólo lo consiguen á costa de dolores, y que pagan con un suplicio atroz el laborioso triunfo de su vanidad. Pero en vano el doctor advierte que las botinas diminutas, cuyo gigantesco tacon obliga á cargar todo el peso del cuerpo sobre la punta de los pies, casi como las bailarinas, arruinan conocidamente la salud de quien usa ese calzado; que los tacones desmesurados, que obligan á andar de la manera más anormal, pueden producir grandes desórdenes en el organismo; que las botinas excesivamente estrechas entorpecen la circulación de la sangre; que esa moda, debida á la coquetería, lejos de ser inocente como tantas otras, puede producir las más terribles consecuencias: con nada de todo eso adelantará mucho el doctor: acaso conseguiría más quien atacase la frivolidad por otro lado demostrando que el zapatero moderno ha falseado el gusto y el ideal de lo que debe ser un pie de mujer, convirtiéndolo en un refinamiento de falta de sentido y una quinta esencia de falsedad.

En esto, como en otras varias cosas, hay siempre mucho de convencional: apenas llegados á París los chinos que vieron á la última Exposición, los llevaron á la Ópera y los colocaron entre bastidores, gozándose ya en el entusiasmo que se apoderaría de ellos viendo las bailarinas: juzgábase de la decepción de éstas al leer en las caras acostumbradas de los hijos del Celeste Imperio el disgusto que les causaban aquellas mujeres, cuyo peinado es diametralmente opuesto al de las tenidas por modelos de belleza en China, y aquellos pies largos y estrechos, al revés de los cortos y anchos que en su país se forman á expensas de los dedos y por medio de sólidas tablas, que apenas permiten desarrollo alguno en sentido longitudinal. Y puesto que tratamos de la belleza convencional en los pueblos, seamos despreocupados y reflexionemos en el juicio que el tubo de chimenea que con el nombre de sombrero usamos los europeos formarían los que tienen el buen gusto de usar cualquiera otra prenda que no sea ésa para cubrir con ella la cabeza. Volviendo ahora al asunto de las botinas, bien puede asegurarse que la pureza no consiste en la exigüidad, ni la forma en la pequeñez; basta para convencerse de eso visitar un Museo, entrar en una sala de escultura, buscar una Diana ó una Venus debida á cincelos griegos, y se encontrarán soberbios pies de mármol blanco, que dirán de un modo cierto en qué consiste la verdadera belleza. Conste entre tanto que el doctor, después de citar casos de enfermedades graves producidas por los cepos en moda, señala uno de congestión cerebral producido por la aglomeración al cerebro de la sangre comprimida por las botinas.

Pasando á otro órden de ideas, informaremos á nuestros lectores de que por fin sedió el líncea primera representación de la ópera *Aida*, bajo la dirección de Verdi, aunque ya era conocida en París, porque se estrenó en el teatro italiano: puede decirse que sólo ahora ha podido juzgarse bien la obra. En la sala Ventadour la *mise en scene* era imperfecta; la orquesta y las masas corales, insuficientes; lo superior eran los actores; pero eso no bastaba para darla todo su realce: ahora el aparato es admirable y de una riqueza inaudita; las decoraciones, restituciones arqueológicas, hechas con la mayor exactitud; los trajes, dignos de todos los demás elementos del espectáculo que constituye el gran acontecimiento de la temporada y aún del año; la concurrencia numerosísima y la más distinguida que puede reunirse en París. Cuando algunos momentos antes de levantarse el telón apareció Verdi y ocupó su puesto para dirigir la orquesta, el público le saludó con una triple salva de aplausos. El éxito de la ejecución ha consistido más en el conjunto que en los cantantes; fuera de la Krauss y el barítono, los demás estuvieron deplorables: la música del bailable, compuesta por Verdi para añadir á su obra lo que es de rigor en todo lo que aspire á tomar carta de naturaleza en la Academia de música francesa, hace el efecto de esos discursos indigestos con que se paga un sillón en otras academias; obedeciendo á criterios estrechos se escriben á veces esos discursos; obedeciendo al do de un teatro en que lo más es el brillo para los ojos y lo menos el arte musical que sirve de pretexto, ha escrito Verdi ese pegote. El público se fijó en que Verdi dirigía la orquesta sin guantes, más que en la influencia mágica que su batuta ejerce para obtener la perfección completa en la ejecución instrumental: la marcha triunfal del segundo acto adquiere una importancia excepcional; parece una obra nueva, una revelación; el efecto fué inmenso, y el público obligó á repetir el desfile.

De la ópera, muy conocida en Madrid, no necesitamos decir nada; del autor, en el que hoy se fija la atención de todo París, y que va á tomar en el repertorio de la ópera francesa el puesto que le corresponde, diremos algunas palabras. Artísticamente, Verdi empezó siendo una naturaleza en cierto modo revolucionaria; su música, áspera, brillaba poco por la ternura, rara vez por la gracia, pero abundaba en acentos de pasión vehemente y en rasgos de inspiración febriles y desordenados. Exceptuando la *Traviata*, la única de sus obras empapada de ternura, y *Aida*, luminoso coronamiento de una magnífica carrera, lo demás es grande, pero tumultuoso, apasionado, dramático, conmovedor, pero todo esto furiosamente; hasta *Aida* no había que buscar en Verdi pureza en las líneas, gracia en los contornos, esplendor en la forma; no había que pedirle arte nivelado, que hablase á la imaginación tanto como al corazón, porque se dirigía, sobre todo, á los sentidos y á los nervios. Con *Aida*, Verdi, que había comenzado su transformación con *Don Carlos*, la ha realizado por completo; su exuberancia se ha calmado, y sin perder nada de su pasión intensa, ha donado lo que había en ella de rebelde y excesivo.

Verdi pasa grandes temporadas en su posesión de Santa Agata, que mide cerca de dos leguas de extensión; compone generalmente en su dormitorio, que está situado en el piso bajo y amueblado con profusión artística: es espacioso, está lleno de aire y de luz, y las ventanas y las vidrieras de las puertas dan sobre el jardín; tiene un magnífico piano, una biblioteca y un mueble enorme, de forma excéntrica, que divide la habitación en dos partes, destinado á una especie de museo, compuesto de estatuas, vasos y caprichos artísticos. Verdi cuenta hoy sesenta y cinco años; es alto, ágil, vigoroso, de salud robusta y de una gran energía de carácter. Los que le tratan dicen que en él ha habido una especie de transformación semejante á la que revelan sus obras; que antes era taciturno y ahora es alegre; que le pasa al revés de lo que acontece á muchos, que en su juventud han sido pródigos de buen humor y afabilidad, y andando el tiempo y aumentando los humores, se convierten en gusanos de las glorias de otros y se hacen sombríos y casi intratables; que Verdi ha cambiado en sentido contrario, dejando en cada etapa de su laboriosa carrera parte de la dura y áspera corteza que le caracterizaba en los años de la juventud. Santa Agata es para Verdi la más agradable de las residencias; la villa que allí hace es laboriosa; madruga, y madruga mucho; se levanta á las cinco de la mañana; recorre las calles del parque; visita el campo; se pasea en el lago en un bote que él mismo dirige; se retira á su estudio; trabaja, escribe, y descansa de la composición de música leyendo historia y filosofía: según dicen, no hay conocimiento humano en que su espíritu inquieto y ávido de cultura no quiera penetrar.

En los *Bouffes parisiens* se ha estrenado una ópera en tres actos de Ferrier y Prevel, música de Varney, titulada *Mousquetaires au couvent*. En un convento, situado cerca de Tours, hay dos pensionistas, sobrinas del gobernador de la provincia, que su tío, por un interés de familia, y Richelieu, por un fin político, destinan á tomar el velo; pero su vocación las inclina más que á él á casarse con dos mosqueteros: Solanges, uno de ellos, sabedor del peligro que corre María, su amiga, se introduce en el convento disfrazado de monje y acompañado de un camarada de mala cabeza llamado Brienne; el tal Brienne se emborracha, y queriendo predicar á las educandas un sermón sobre el amor, ocasiona un escándalo tremendo en aquel piadoso recinto. Por fin se descubre que los monjes, á quienes los mosqueteros habían robado los hábitos para ponerse, no eran tales monjes, sino conspiradores que se proponían matar al Cardenal, esperado en el convento aquel mismo día; los mosqueteros tienen ocasión de salvarle, y eso les vale el perdón de su calaverada y la mano de las sobrinas del gobernador; tal es el argumento de esta ópera, cuya música, debida á un principiante, no carece de mérito. En la *Ópera Comica* se ha estrenado otra ópera, *Jean de Nivelle*, que se anunció como notable y ha pasado casi desapercibida. Juan Strauss, el compositor austriaco, tan conocido en toda Europa, ha terminado una nueva ópera titulada *La Mantilla de encaje*, que se estrenará en Viena y se representará muy poco después en uno de los teatros de París.

Todos los años, dos ó tres meses antes de abrirse al público la Exposición general de Bellas Artes, los grandes círculos parisienses abren á los pintores y escultores sus salones, por medio de exposiciones parciales y pequeñas, que constituyen una especie de ensayo de la Exposición grande, y que ofrecen no pequeño interés á los aficionados, entre otras razones, por la ventaja de aparecer cierto número de obras escogidas, nunca bastantes para fatigar la atención, convenientemente colocadas para poder apreciar sus cualidades y formar juicio de los artistas. Este año ha llamado la atención la Exposición de los *Cigalliers* ó círculo de las artes liberales; creación nueva, que ofrece la particularidad de ser regional, porque todos los expositores pertenecen al Mediodía, y es curioso buscar el sello característico que el país natal imprime al talento: en algunas de las obras presentadas se nota efectivamente la influencia del cielo provenzal; en otras se halla del todo borrada; en los que han hecho su educación en las escuelas locales el influjo se sostiene visible, pero apenas se nota en los que han completado sus estudios en la Academia de Bellas Artes de París. Esta Exposición es un ensayo, una primera tentativa; el número de los expositores es poco considerable, así como el de las obras presentadas al público; pero el impulso está dado, y es de esperar que el año próximo llamará poderosamente la atención de la crítica y de los curiosos.

La Exposición del Circolo literario y artístico de la calle de Saint Arnaud es, como hemos dicho otros años, de las más notables que se celebran en París; eso mismo hace que el número de envíos esté en desproporción con la amplitud del local, y que muchas obras hayan tenido que ser colocadas á demasiada altura para ser apreciadas como merecen; hay allí muchos y buenos retratos, una composición interesante de Bandry, *La Verité*; dos cuadros de Puccini y de Beraud, y en la parte de escultura, *La Danza*, que Gustavo Doré ha ejecutado para el teatro de Monte Carlo; dos

excelentes bustos de tierra cocida de Millet y Marelli, una *Petite espagnole*, de Lafrance, y *La Poésie*, de Thalaud.

El día de la apertura en el Circolo de la *Union Artistica*, plaza de Vendôme, era tal la concurrencia, que apenas se podía dar un paso por los salones. Meissonier expone pocas veces, y por eso excita más la curiosidad y el interés cuando presenta algo al público; en el Circolo hay suyos, *Le Voyageur* y una *Vue d'escalier*; entre los cuadros más notables citaremos *Le Parlementaire aux avant-postes*, de Dutilleul; *La Melancolie*, de Duetz; *Le Charmeur des serpents*, por Benjamin Constant; *Dans l'antichambre*, por Géricôme; *Jour de fête à Barcelonne*, por Cleyrin. Hay muchos y buenos paisajes y muy notables retratos; las esculturas son pocas, pero escogidas.

El año pasado, por esta época, algunos artistas, juntamente quejosos del escaso y defectuoso local señalado en las exposiciones de Bellas Artes para la Exposición de la acuarela, resolvieron no tomar parte en las exhibiciones generales y decidieron fundar una Sociedad que pudiese de relieve sus trabajos: el éxito de la primera Exposición fué bueno; el de la que se ha celebrado este mes, mejor aún, por la cantidad y la calidad de las obras expuestas. No podemos citarlas todas, ni siquiera las notables; de ellas da completa idea un catálogo espléndidamente ilustrado, continuación del del año anterior, y principio de una colección que, siguiendo así en los sucesivos, ha de ser grandemente estimada por los aficionados a las Bellas Artes. Worms, artista que se distingue por su talento de observación y por el calor de tono que acostumbra dar a sus obras, presenta en esta Exposición varias escenas españolas ejecutadas con gran franqueza; Jourdain, *Una Visita al convento*, algo fría y dura; Viver, una serie de estudios del mejor gusto; Detaille, un grupo de oficiales extranjeros asistiendo a un combate simulado de una batería de artillería francesa, escena á que ha sabido dar valor estableciendo un contraste entre el grupo de oficiales, cuyas actitudes están llenas de verdad, y otro grupo de labriegos abobados é inmóviles. También aquí vuelve á aparecer el múltiple trabajo de Gustavo Doré, cuyo talento de composición nadie le disputa; pero si el artista puede dar libre curso á su imaginación cuando se trata de hacer un dibujo para un libro ó un periódico ilustrado, no sucede otro tanto cuando pinta un paisaje: por bravia que sea la naturaleza, ni en los trópicos puede haberla semejante á la que Doré presenta en el trabajo de que nos ocupamos; el paisajista debe ante todo acomodarse á la verdad, y de ella se separan, no sólo Doré, sino otros que han expuesto paisajes convencionales, cuyos rebuscados efectos son por tanto falsos. El porvenir de la Sociedad de acuarelistas está asegurado; la asociación ha tomado ya puesto entre las instituciones libres más útiles al desarrollo del arte independiente; para el año próximo se propone organizar una Exposición internacional, á que serán invitados los acuarelistas extranjeros.

Al mismo tiempo que se celebran estas Exposiciones parciales, comienza la admisión de cuadros y esculturas para la que próximamente se abrirá en el Palacio de la Industria, teatro hoy de un movimiento y una agitación extraordinaria; á él acuden, según parece, cosa de doce mil cuadros, y en él se está preparando también el concurso lípico, que, como los años anteriores, dispondrá de la gran nave, es decir, de un kilómetro próximamente de desarrollo.

De un día á otro se espera en París al eminente explorador sueco Nordenskiöld, que ha descubierto el paso del Noroeste. Los inmensos espacios de terreno y de mar comprendidos en el círculo polar boreal parecían destinados, no sólo á una espantosa esterilidad, sino en cierto modo á una inviolabilidad perpetua; sólo arriesgando la vida se aventuraban los exploradores á intentar el paso por ese imperio de desolación que seis meses consecutivos cada año yace sumergido entre hielos y tinieblas; dos razas de hombres poco numerosas y en decadencia compartían con los osos blancos aquellas solitarias soledades. La mera exploración de esas comarcas no ofrecía más que un interés científico; pero lo habría científico y práctico á la vez en descubrir, determinar exactamente y abrir á la navegación un paso seguro entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Nordenskiöld ha encontrado al fin esa ruta misteriosa, buscada, por decirlo así, á tientas, durante tres siglos; verdad es que ha aprovechado los sufrimientos y los sacrificios de los que habían intentado la empresa antes que él; pero eso no disminuye la gloria de haber efectuado la primera navegación á través de los espacios polares, y haber abierto á la humanidad la nueva vía que tantas naciones han buscado en tan largo espacio de tiempo. Las comunicaciones marítimas quedan aseguradas; de hoy en adelante los cambios internacionales serán más rápidos, y en cuanto á las consecuencias científicas de este gran descubrimiento, desde luego se adivina ya que ha de alcanzarlas no pequeñas la Meteorología y la Geografía. El municipio de París se prepara á hacer á Nordenskiöld una recepción digna de la solemnidad municipal, para la cual desde ahora se disputan las invitaciones. Nordenskiöld recibirá una medalla, que representa el Arte y la Industria, con traje antiguo, apoyándose sobre las armas de París; el Arte, colocado á la derecha del escudo, tiene en la mano derecha un ramo de laurel; en la izquierda, una paleta, pinceles y un martillo de escultor; la Industria sostiene con la mano derecha una rama de encina, y se apoya con la izquierda sobre un martillo de forjador; en este lado se lee: *Ville de Paris*; en el reverso, *République Française. Au professeur A. E. Nordenskiöld, la ville de Paris, 1880.*

Después de numerosos ensayos, el Observatorio acaba de obtener fotografías de la Luna, muy superiores á las obtenidas hasta ahora, y tan aumentadas en tamaño, que indican casi la posición de los valles y montañas que aparecen en este planeta. Sabido es que para obtener vistas estereoscópicas que presenten el relieve de un objeto se necesitan dos aparatos fotográficos, dispuestos á cierta distancia uno de otro, para conseguir dos imágenes del objeto, bajo dos opuestos aspectos; así se logra que mirando cada ojo una de esas imágenes se confundan en una sola, dando un fen-

timiento muy acentuado del relieve; pero la Tierra no es bastante extensa para proveer del mismo modo con respecto á la Luna; de suerte que dos objetivos, colocados simultáneamente en las dos extremidades del globo, no darían el resultado apetecido. Los fotógrafos del Observatorio han vencido la dificultad, empezando por sacar una imagen, y esperando para obtener la segunda á que la misma Luna se colocara en la posición deseada.

Es también curiosa otra aplicación que se está dando á la fotografía en la Biblioteca Nacional para la reproducción de ciertas obras de que no hay más que un ejemplar original, y que por su naturaleza y el uso á que se las destina se hallan más expuestas á deteriorarse; las estampas y los planos, por ejemplo, que frecuentemente pide el público como objeto de estudio ó de curiosidad, se estropean rápidamente. De las obras que van á reproducirse sólo se tirará el número de ejemplares determinado por la Administración, destruyéndose en seguida los clichés. Ningún ejemplar se entregará al comercio; pero en ciertos casos, los museos y las bibliotecas podrán obtener una prueba de las obras que tengan para sus colecciones un interés local, bajo el punto de vista literario, geográfico ó artístico. Aviso á nuestros museos y á nuestras bibliotecas, para los cuales hay no poco interesante en la Nacional de París.

Aumentan las aplicaciones del teléfono, que empieza á usarse con ventaja para evitar siniestros en el laboreo de las minas, transmitiendo los boletines de los observatorios, que al mismo tiempo que dan útiles avisos de las borrascas del Océano en los puertos de mar, los comunican igualmente á las minas cuando hay fuertes depresiones barométricas. En Bélgica ha comenzado ya esta servicio importantísimo, que permitiendo tomar medidas de precaución, activar los ventiladores y llamar á toda prisa á los obreros, evita muchas catástrofes; en los Estados Unidos hace ya tiempo que se halla organizado; en Inglaterra se organiza á toda prisa, y en Francia se están estudiando los medios de seguir este movimiento. En Londres se ha establecido una oficina central, enlazada con otras diez, establecidas en diversos barrios de la ciudad, cada una con un número de orden. El sistema adoptado para las comunicaciones es sumamente sencillo: en la oficina central hay un cuadro con los números de las diversas Estaciones, provisto de campanillas eléctricas; cuando dos personas quieren ponerse en correspondencia, una de ellas hace una señal, que descubre en el cuadro el número de la Estación en que se encuentra, pidiendo al empleado que la ponga en relación con tal ó cual oficina; el empleado toca en un botón, y la comunicación se establece instantáneamente: el número de las personas que de ese modo pueden ponerse en relación es ilimitado; no hay más que multiplicar los aparatos. Ya el *Times* ha establecido un teléfono en sus oficinas, y sus *reporters* pueden enviarle original sin escribir una línea. Dentro de poco el *Times* estará en comunicación telefónica con el Parlamento, y recibirá de viva voz la reseña de las sesiones. De tal manera ha llegado á ser usual el teléfono en los Estados Unidos, que en Filadelfia y Nueva York varios médicos se han puesto en relación con sus principales clientes, de lo cual han de resultar grandes ventajas á la familia y á los establecimientos, sobre todo en las épocas en que dominan epidemias temibles, como el tifus y la viruela.

Entre la colección galo romana que acaba de adquirir el municipio de París, compuesta de vasos con inscripciones y marcas de fábrica, urnas funerarias, medallas y algunos cráneos, que ofrecen gran interés para la ciencia antropológica, hay el vaciado de un rostro de niño, producido por la aplicación de cemento hecha en el momento en que fué inhumado el cadáver; abriendo el sarcófago de piedra que encerraba los restos de éste habitante de Lutecia hace diez y ocho siglos, se notó que la cabeza estaba rodeada de una capa de cemento, que había modelado todos los rasgos del rostro; de modo que hasta rellenar el molde para que apareciera íntegra la fisonomía de aquel parisiense, tal como era hace 1800 años.

Ante el gobernador general de la Argelia y de varios diputados y senadores se ha ensayado un aparato que, recogiendo y distribuyendo de una manera metódica el calor solar, pone en movimiento una pequeña máquina, con tan buen resultado, que la media dará cien vueltas por minuto; la máquina funcionó sin dificultad durante más de dos horas. Además se hicieron ensayos con aparatos de diferentes tamaños, uno de ellos de dos metros setenta centímetros de diámetro, pareciendo resuelto el problema de utilizar el calor solar; invención que podría prestar grandes servicios á los pueblos meridionales especialmente.

No por ningún conducto regular, sino envolviendo un paquete, ha llegado á nuestras manos un extraño papel, que tiene por primer encabezamiento: *L'Association française*, y por segundo, *Plan Projet d'un Palais d'Exposition universelle á Madrid*; lo que dice bajo el título de «Detalle práctico del palacio de la Exposición» parece el crónica de un cuento de las *Mil y una noches*; los números y cálculos que agrupa, llamándolo «Parte económica de las reclusas financieras de la Exposición», está en tal manera lleno de guarismos deslumbradores, que producen mareo. En vano se busca en el papel una firma, un nombre, un domicilio, unas señas, ni siquiera el año de la impresión; imposible es, pues, saber si es viejo ó nuevo; sea lo que quiera, registrado quedó aquí el *Plan*, que si tuviera alguna seriedad, ya cuidaría de darse á conocer de diferente manera que lo incluímos.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

CRÓNICA GENERAL.

El triunfo inesperado del partido radical en Inglaterra, sin ningún síntoma anterior que hiciera presentir ese repentino cambio de política, indica claramente que Inglaterra misma no sabía, en el momento en que se decidía su futura suerte, cuál era su opinión. Fuera de la urna, es decir, por lo exterior y visible, parecía conservadora; y dentro de aquel aparato misterioso resultó, con gran sorpresa suya, radical. A no ser por este hecho indudable, y que ha sorprendido á uno y otro partido, creeríamos que Inglaterra,

asustada por las problemáticas, pero costosas empresas de lord Beaconsfield, había cambiado por prudencia de política.

No imaginamos que esta variación, de consecuencias trascendentales, sea un motivo de alarma para los conservadores europeos, pues para los políticos ingleses de todas las escuelas ántes es la patria que su ideal, y lo mismo deben temer los gobiernos conservadores del continente un perjuicio del gabinete inglés conservador que del llamado ahora á presidir la política insular. Antes bien, la política conservadora de estos últimos tiempos parece más peligrosa para los demás pueblos, por el sistema de procurarse popularidad entre sus compatriotas con brillantes adquisiciones, y gloria é influencia en el exterior.

Ni tampoco el advenimiento de la nueva situación debe tranquilizarnos respecto de la paz europea, el problema de Oriente y demás cuestiones iniciadas, pues son demasiado prácticos los políticos radicales de Inglaterra para comprometer con bruscas transiciones la conveniencia de su país, sintiendo respetable que poseen allí todos los partidos. Los demás pueblos deben tener presente, al alegrarse é entristecerse por el cambio, que Inglaterra sólo ha de hacer lo que la sea provechoso.

Ahora bien: mirado el resultado de las elecciones con criterio esencialmente británico, nos parece que le ha sido favorable, pues le ofrece una coyuntura de resolver la cuestión del Afghanistan y tomar partidos hábiles y diversos en las complicaciones que se temen en Europa.

La lotería de las urnas ha sido esta vez favorable á los ingleses, y pocas veces se ve con tal evidencia que esas cabalas de los números son una verdadera lotería.

No en todas partes decide la suerte ó la aritmética.

El manifiesto democrático, cuya doctrina aquí no impugnamos, y cuya aparición, tantas veces anunciada, se ha ido diluyendo hasta reunir la mayor cantidad de firmas conocidas, se ha publicado al fin, no suscribiéndolo por cierto muchos demócratas de importancia, cuyas tendencias y propósitos no se avienen con aquel programa.

Limitándonos al acto, nos parece un procedimiento conservador y plausible el de elegir una especie de aristocracia que tome la voz y hable en nombre de la democracia nula; que en vez de solicitar millares de firmas populares, se preciosa por completo de ese elemento inconsciente y bullicioso, cuya participación en los negocios públicos se reduce á votar y vitorear á los que se dignan gobernar en su nombre.

Las firmas reunidas en el manifiesto son tal vez alguna Guía oficial algo atrasada, pero nadie puede asegurar que haya de formar la Guía oficial del porvenir.

El manifiesto del príncipe Jerónimo Bonaparte no ha satisfecho en Francia á los imperialistas. En efecto, es un programa de república imperial.

Está, sin embargo, en armonía con los antecedentes del bonapartismo en desgracia, que se inclina ante la demagogia para entrar, y luego impone el gobierno absoluto y personal.

La Sociedad Colombina Ombense, teniendo en cuenta, según manifiesta el oficio suscrito por su digno presidente, «los servicios prestados á las letras patrias, y como lazo de unión entre España y América», se ha servido nombrar, por unanimidad, socio honorario á nuestro Director.

En su nombre damos las gracias á tan distinguida Corporación, fundada en Huelva, el 21 de Marzo último, «para conmemorar el aniversario de la salida de Colon al descubrimiento del Nuevo Mundo, por medio de una solemne función cívico-religiosa, que se celebrará anualmente, el día 3 de Agosto, en el histórico monasterio de Santa María de la Rábida, y para realizar otros fines concernientes al mismo hecho glorioso.»

El Director de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, no sólo agradece con efusión la honra que ha recibido, sino que se regocija de pertenecer á una Sociedad cuyos propósitos son tan nobles, patrióticos y justos. La fecha de la salida de Colon mandando sus carabelas debía ser fiesta universal.

La aparición del hombre del hacha, como ya gráfica y expresivamente se le llama, ha sido el suceso de más bulto y que ha causado mayor impresión en estos días. Verdad es que el hecho no pudo ser más sangriento, terrible y novelesco. Un desconocido que entra misteriosamente por los bastidores de un teatro donde se va a dar un concierto musical; que descubierto por un dependiente, toma un hacha de carpintero, lucha con el empleado y le derriba á hachazos, dejándole moribundo; que resiste á los municipales, hiriendo á uno; que se defiende contra la guardia que le intimó la rendición, no arrojándole los disparos que se hacen para asustarle, y muere casualmente en la refriega, aumentando el misterio con su muerte. Todo esto, en el momento de ceptar la función y cuando el público se agolpaba á las puertas del circo de Rivas, debía producir y produjo en Madrid profundísima emoción.

¿Era un criminal? ¿Era un loco furioso? La generalidad se inclinaba á lo segundo. Sangrienta y fatal locura, que le costó la vida y acaró una muerte trágica á un hombre con quien por primera vez se encontraba frente á frente.

Si es cierto, como dicen, que el matador había salido dos días antes de su casa en Zaragoza, dejando su industria sin avisar á nadie, después de algunas muestras de enajenación, ¿quién hubiera dicho á la infeliz víctima de sus iras, pacífico portero del dueño del teatro: «¡Prepárate á morir; te destrozarán con un hacha en el escenario del circo; ya ha salido de Zaragoza tu verdugo!»?

— ¿Fue un acceso espontáneo y motivado por la contradicción aquel arrebató de locura? Fortuna hubo, en aquella horrible desgracia, de no ocurrir el caso poco después, cuando escenario y localidades se llenaron de gente, pues un furioso armado con un hacha y cayendo sobre el gentío inerte hubiera producido una gran catástrofe.

Dícese que el desdichado loco había compuesto un drama donde figuraba un hombre que, armado de un hacha, regneraba la sociedad. Si esto fuese cierto, el hecho se explicaría por la lógica de la locura: su manía de autor le hizo venir á Madrid para representar su obra; ya en Madrid, se introdujo desde luego en un teatro; la contrariedad de ser expulsado de lo que consideraría su casa le irritó, y la fatalidad, presentándole á su vista un hacha en aquel momento, le hizo imaginarse el personaje de su obra.

— Pero ¿cómo los disparos no le volvieron en sí?—nos preguntaban.

— Acaso los habría en el drama—contestamos.—Lo triste, lo irremediable, es que nadie sabía que era un loco y un autor.... Y aun así, ¿se hubiera podido evitar esa lucha?

— ¿Quién sabe!—respondió con oportunidad y discreción una señora.—Á los locos se les desarma con la astucia. Si en vez de disparar sobre él le hubieran dado un aplauso, acaso hubiera dejado caer el hacha para saludar como autor haciendo cortesías.

Los franceses se acomodan á las costumbres de los lugares donde habitan, pero su permanencia influye provechosamente en las artes y la industria. No hace mucho tiempo naufragó un buque francés en una isla de antropófagos; como eran muchos los extranjeros, dominaron y civilizaron á los salvajes.

Poco tiempo hace naufragó otro buque en la misma playa, y los escasos tripulantes que se salvaron quisieron reconocer la isla.

— ¡Está habitada y civilizada!—exclamó uno de ellos con alegría, enseñándoles una á manera de tienda hecha de ramas, pero de gusto moderno y elegante.

Cuando los naufragos estuvieron cerca de ella, quedaron inmóviles de espanto. Varios cuerpos humanos, extendidos

sobre tablas, estaban abiertos, y á su lado había algunos instrumentos muy brillantes y aguzados.

— Es el templo de algún ídolo.... había dicho con horror uno de los naufragos.

Pero sus compañeros, repuestos de la sorpresa y reconociendo entre los instrumentos un magnífico escalpelo, pronunciaron en una carcajada.

— Es una sala de disección, exclamaron casi á un tiempo: allí está un letrero que lo indica.

Se aproximaron, y leyeron este rótulo terrible:

Restaurant.

La publicación de los grabados que representan la caja abierta y cerrada que suponen algunos contenía los verdaderos restos de Cristóbal Colón, así como la planchita de plata con sus inscripciones del anverso y reverso, no significa que LA ILUSTRACIÓN considere auténtico ese hallazgo, cuya veracidad niegan, con fuertes razones, los eruditos académicos de la Historia á quienes se sometió el examen del descubrimiento, que ya habían rechazado varios diligentes escritores.

La oportunidad de los grabados se explica por la reciente aparición en Europa del folleto impreso en Santo Domingo, y titulado por su autor, D. E. Tejera, *Los Dos restos de Cristóbal Colón exhumados de la catedral de Santo Domingo en 1795 y 1877*, obra en que se defiende, contra la opinión de los escritores á quienes antes aludimos, la autenticidad de los restos descubiertos hace tres años. No nos corresponde refutar esta opinión, trabajo que requiere conocimientos especiales, tiempo y muchas reflexiones; limitándonos á exponer la conveniencia de que se contraligan las razones que el Sr. Tejera alega, por las personas que han estudiado el asunto.

Por de pronto, no creemos que se pueda negar la conveniencia moral que reportaría á la catedral de Santo Domingo la posesión de las reliquias del Almirante: la facilidad que hay de suponer descubrimientos arqueológicos en países remotos, á donde no llega la inspección de los que saben comprobar esos hallazgos y conocen las diferentes é ingeniosas maneras que hay de simularlos; y la facilidad que se tiene, en cambio, de obtener certificaciones y testimonios de personas respetables, pero ajenas á esos estudios, en poblaciones reducidas por sus desgracias á la triste situación de no tener siquiera litógrafos para reproducir algunas inscripciones, quitan autoridad á los descubrimientos que no se comprueban por todos los medios prácticos que emplea la crítica moderna.

Las reliquias de los santos y los restos de los varones célebres han sido objeto siempre de esas luchas y disputas, y la adquisición de antigüedades es muy antigua y frecuente, para que no se reciban con desconfianza los descubrimientos inesperados con que se suele alusar de la credulidad. No somos los llamados á decidir esta cuestión en pro ni en contra; nos limitamos á llamar la atención de la Academia de la Historia acerca del folleto.

— ¿Es hoy la Cruz de Mayo?—nos preguntaban hace algunas tardes en la Puerta del Sol, viendo pasar algunas niñas muy cangaladas, que miraban con atención al transeúnte.

— Pero no—respondíamos;—estamos en Abril, y no llevan bandeja.

Son huérfanos de padre y madre, aunque los tengan; demonios con cara de angelitos; párvulas de la disolución, á quienes se enseña únicamente la doctrina del vicio ántes de que tengan idea de la virtud para elegir entre el instinto y la moral. Miseros arbolillos á quienes tuercen al nacer un pie grosero para que crezcan y se desarrollen en el fango.

Sus apariciones son periódicas; vienen de no se sabe dónde; luego se pierden de vista, humilladas en el lodazal en que han cuido. Hay en su infancia involuntaria una visible coacción, un abuso de fuerza y autoridad privadas, que se ejerce con deplorable facilidad por lo visto, pues no tienen inconveniente en exhibir al público esas florecillas manchadas de cieno las ramilletas de inocentes.

La edad de las primeras ilusiones es para esas criaturas, abandonadas de todos, la edad horrible del hastío. El aroma de su inocencia sirvió para recrear los sentidos más estragados y decrepitos. Y el espectáculo doloroso de esas ruinas sin vezc ofende el ánimo y subleva el sentimiento.

No es posible extirpar en la sociedad, con los medios puramente mecánicos que hoy posee el poder público, lo que es un vicio de la sangre. Pero como lo que es escándalo tolerado, á la larga se convierte en necesidad y costumbre, quisiéramos, y pelamos severa y firmemente que se persiga con rigor ese tráfico ántes de que forme lo que luego llamarían respetables intereses, y que se evite por lo menos el contagio de la vista.

En fin, que cuidándose por medio de la veda las crías de los pájaros, no se permita ofrecer nidos de niñas á esas á quienes la suavidad de las costumbres ya no consiente que sean emplumadas.

Algunos periódicos, ocupándose de la comedia de magia *Los Encantos de Merlin*, original de D. Manuel Fernandez y Gonzalez, deducen de la obra el gusto actual y la última metamorfosis literaria del fecundo novelista y poeta granadino.

— Con decir que esa comedia se estrenó hace treinta y dos años en Granada, queda el error desvanecido.

Así lo aseguraba el mismo autor hace pocas noches. — La comedia—añadía—la escribí en el cuerpo de guardia: lo que se ha estrenado es una refundición de aquella obra.

No es, por lo tanto, la producción de un poeta en decadencia, como algunos han supuesto, sino uno de los primeros pasos de un escritor inexperto. Fue, pues, en otro tiempo una esperanza lo que á algunos les parece hoy, sin razón, un desengaño.

La obra, de todos modos, era nueva en Madrid, aunque vieja en Granada, y la equivocación es natural y disculpable. Si la comedia tiene algunas canas, no son del autor, sino del tiempo.

Una corista muy linda entró en casa de Blasco hace pocos días.

— ¡Caballero!—dijo tímidamente—sé que está V. escribiendo una zarzuela....

— En efecto, la tengo prometida; pero redactando *El Día de Moda*, haciendo revistas en *El Liberal*, y poesías para cinco ó seis periódicos, no me será fácil concluir.

— Vengo á rogarle que me escriba V. un papelito.

— Pero ¿no es V. corista? Pues cantará V. lo menos diez estrofas.

— Estoy cansada de decir versos en compañía. Quiero hablar sola alguna vez. ¡Oh, señor autor! un papel, aunque no tenga nada más que una palabra, para que oigan mi voz en el teatro: estoy cantando hace dos años y no lo sabe nadie.

— Pues bien, señorita; si me promete V. no equivocarse, dirá V. «¡Oh!» cuando se case el tenor cómico.

— Descuide V., Sr. Blasco: me aprenderé el papel y no faltaré á ningún ensayo.

Discute el Ateneo de Madrid acerca del origen del lenguaje.

— Para mí no hay cuestión—nos decía un partidario de Lauvark;—si el hombre descendió del orangután, claro es que todos los idiomas humanos se derivan del idioma de los monos.

— De manera que ese idioma....

— No hay que buscarle en las inscripciones asiáticas ni en los libros antiguos, sino en Tetuan. Cuando nuestros primeros padres se columpiaban en las ramas, allí expresaron sus acentuaciones rudimentarias, lanzando al aire las primeras palabras, que fueron, seguramente, monosílabas.

No defenderemos jamás á los directores de Correos, por ser tradicional quejarse del servicio, é impopular y comprometer su defensa; pero es lo cierto que todo el que quiere recibir una carta asegura no haberle sido entregada, y que se extravió ó llegó tarde aquella en que le piden algo.

— ¡Ha venido el correo? preguntaba ayer un individuo.

— No, señor, respondió la patrona.

Y el huésped entró en su cuarto murmurando lo:

— He escrito veinte cartas pidiendo dinero á todo el que conozco, y aun no he recibido una peseta. No puede estar peor el servicio de correos.

La sabiduría hace desgraciados á los hombres.

Un académico amigo nuestro, escritor correctísimo y delicado, respondía no hace mucho á uno que le acusaba de pereza:

— Es todo lo contrario: á fuerza de estudiar el idioma, he llegado á dudar de la pureza de los giros y el verdadero significado de casi todas las palabras. Dos meses justos me ha costado empezar una carta, y ayer, por fin, me la terminaron.

— ¿Se la terminaron á V.?—repuso el otro con asombro.

— Sí, señor. Recurrí al memorialista.

El Sr. de Lopez, maestro de instrucción primaria, nos invitó á un examen, y presentándonos al mejor de sus discípulos, quiso que se luciera, por ser hijo del dueño de una gran fábrica de naipes.

— Sabemos—le decía—que los sentidos corporales son cinco: el de la vista, el del oído, el del olfato.... ¿Puede usted decirme cuál es el cuarto sentido?

Y el buen profesor señalaba hácia su boca para indicar al alumno la respuesta; pero el joven vacilaba.

— Vamos, niño—repitió el Sr. Lopez mojiéndose el dedo á fuerza de señalar—¿cuál es el cuarto sentido?

Y el muchacho contestó con rapidez:

— El de los dientes.

— Su fuerte es la aritmética—exclamó el maestro, muy desconcertado.—¡A ver, niño, diga V. los números!

Y el niño empezó á contar algo turbado:

— 1, 2, 3, 4....

— Muy bien, muy bien; pero.... adelante.

— 5, 6, 7, 8, 9....

— ¡Silencio!—dijo el démine furioso;—le prohibo á usted nombrarse.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

El buen éxito obtenido por el explorador sueco Nordenskiöld, y la acogida entusiasta que recibe el ilustre navegante de las corporaciones geográficas y personas notables de los países que recorre, le colocan en la categoría de los bienhechores de la humanidad y héroes de la ciencia. Las grandes empresas y los descubrimientos útiles, cuando se realizan en periodos de tranquilidad y de cultura, que permiten fijarse en su importancia, no deben ser indiferentes á los Gobiernos ilustrados: creemos que sería acogida con aplauso, por significar que España toma parte en el movimiento científico del mundo, una manifestación de aprecio al descubridor de la nueva vía marítima del Norte, tan interesante para el comercio moral y material, y que pronto podrá colocar en su pecho, seguramente, condecoraciones de casi todos los países.

El Gobierno de Italia va á hacer más: imitar el alto ejemplo de las exploraciones científicas, para lo cual organiza una expedición al Polo Antártico, cuya sola concepción es gloriosa por lo arriesgada y oscura, y que, si tuviera buen éxito, disiparía algunas nieblas de las muchas que tiene aún para la Geografía nuestro globo.

**

Triste debe ser la situación de Bolivia, si á la guerra que estaba sosteniendo en el exterior se agrega la guerra civil que nos anuncia el telégrafo.

Subidas son nuestras ideas en lo que se refiere á los diversos países de la América latina, Estados que necesitan mucha paz y mucho orden para desarrollarse y prosperar: lamentar todas sus divisiones y aconsejarlos que se unan. El desinterés de estos consejos debe ser evidente á aquellos pueblos á quienes se dirigen. A la distancia en que nos encontramos de ellos no llegan las pequeñeces, que son las que dividen, y no apreciamos sino los grandes intereses, que son los que fortalecen y unen.

La paz y el mutuo apoyo es la única política que ha de hacer de toda la América latina un gran pueblo de hermanos, unificando sus intereses é inspirándoles unanimidad de sentimientos y aspiraciones. Lo que retrasa ese día retrasa su progreso.

**

La dimisión del Príncipe Bismarck, no aceptada por el emperador Guillermo, tiene la importancia de patentizar que la influencia y la política del ilustre canciller, en vez de haberse debilitado con su aparente alejamiento de los negocios más activos, continúa siendo el barómetro de la política alemana, y parece significar que comienza un periodo de mayor actividad.

Sabido es que el Canciller duerme muy poco, y cuando pidió un colega, por requerirle su salud, para hacer vida de enfermo, le dijo un amigo:

—Haceis bien, Canciller: necesitáis descansar algunos meses, porque eso que pareceis no es sino sueño atrasado.

—Los hombres ocupados, respondió el Príncipe, duermen de una vez en el sepulcro, si los negocios les dejan tiempo de morir.

Si la anécdota es cierta, en el panteón de Bismarck deberá ponerse este letrero:

«Dormitorio.»

**

Cuando se recuerda que toda Europa se ha creído con derecho á pedir al Gobierno de Turquía reformas políticas, no muy practicables en la civilización mahometana, y se ha combatido y cuarteado aquel edificio viejo en nombre de los intereses humanos, no se comprende que la diplomacia culta se muestre indiferente, ya á las periódicas y sangrientas festividades del Dahomey, cuyos sultanes celebran todo acontecimiento magno con ríos de sangre humana y montones de cabezas, ya á los frecuentes escándalos con que el Emperador de Birmania suele dar fe de su existencia al mundo civilizado. No hace aún muchos meses, la fama moderna, esto es, el telégrafo, difundía por todos los países la espantosa noticia de haber sido condenados á muerte y ejecutados bárbaramente casi todos los individuos de la familia del Soberano de Birmania, y sólo Inglaterra hizo algunas observaciones diplomáticas al déspota oriental, con la circunspección de quien no desea alterar con él sus buenas relaciones por tan leve motivo.

El Emperador de Birmania acaba de hacer más, si no miente el telégrafo. Setecientas personas han sido enterradas vivas por su orden para aplacar á los espíritus diabólicos que han esparcido la viruela negra en sus Estados. Si los Gobiernos á quien tanto afecta la escasez de libertades que disfrutaban los súbditos del Sultán de Turquía no se afligen y espantan de la situación en que se encuentran los birmanes, no habrá duda ninguna de que el sentimentalismo diplomático se parece al de las damas que lloran la pérdida de un galgo inglés y no se conmueven al ver pasar un río hacia el cadáver.

El entierro de setecientas personas vivas es una barbarie tan enorme, que reclama alguna intervención de los pueblos cristianos, siquiera no sea por humanidad, sino para justificar moralmente otras intervenciones algo más inculpables. Porque lo grande del suceso es que no tiene el carácter de acto aislado de tiranía y de violencia, sino que parece el cumplimiento de un precepto ritual, que, por lo visto, debe ser tenido por piadoso y conveniente, dadas las creencias de aquel pueblo, cuyo atraso se revela en los sacrificios humanos con que aplaca á las divinidades.

Imaginando por esos hechos monstruosos, que de vez en cuando traspasan las fronteras de ciertos países que viven aislados y como en silencio, la grosera ignorancia en que continúan sumidos tantos pueblos en el fondo del continente asiático y en África y Oceanía, resulta que si en la actualidad los hombres todos del globo decidiesen por sufragio universal si debía preferirse para el bienestar común la civilización ó la barbarie, votaría en favor de ésta la inmensa mayoría.

**

Día 13. ¡Qué triste es el día en que sucunan por las calles las campanillas de la Paz y Caridad, con que se pide limosna para el desdichado reo! Pero más triste sería que el cumplimiento de la tremenda pena se efectuase en un pueblo indiferente y entregado á su habitual tumulto, sin ser notado el castigo, como pasa inadvertida para el público la salida de la cuerda de presidiarios, á quienes se separa para siempre de la sociedad en que nacieron.

Si en el acto de castigar se consultase únicamente á los sentimientos del corazón, no habría cadalsos ni presidios; pero la ley no sólo obedece al sentimiento. Si de la voluntad de la alta señora á quien el crimen de Otero afectaba más íntimamente en su corazón y su persona hubiera dependido el indulto del reo, la justicia se habría convertido en caridad; pero ni su dulce y generosa intervención, ni el deseo manifestado por su augusto esposo de que se diese voz únicamente á la clemencia, triunfaron en los consejos del Gobierno, que juzgó necesario el cumplimiento de la sentencia. No discutimos el consejo dado por el Gobierno en esta ocasión triste, porque si compadecemos al que expía un crimen, nos causa horror el regicida. Ni es duro de corazón el que opina que la ley debe cumplirse, ni es humanidad simple la que determina á pedir perdon á todos los que al hacerlo combaten á un Gobierno.

El reo está en capilla; compadecemosle. Hay dos días terribles en la vida del criminal: aquel en que comete su delito, y aquel en que le expia: no está sana la conciencia del pueblo en que ambas fechas no correspondan á estos dos sentimientos populares: indignación y lástima. Los que se indignaron entonces y hoy no compadecen, carecen de corazón; los que hoy se afligen y entonces no se indignaron, tienen la moral un poco elástica.

Pregonan los ciegos la «Salve que cantan los presos á los reos que están en capilla». Nada hay tan repulsivo como las especulaciones del cadalso. Todo el mundo recibiría con gusto la prohibición de esos pregones patibularios.

Horrible día para el triste condenado: noche horrible para su desdichada familia: noche de temblores y remordimientos para sus cómplices y seductores si los tuvo; de meditación y recogimiento para todo el que tiene caridad y sentimientos cristianos.

Día 14. El cielo está despejado; la mañana se presenta risueña, y el pueblo silencioso espera á las puertas de la cárcel: en el fondo de las rejas cantan los presos una Salve monótona y triste. El coche celular aguarda al reo. Los momentos son solenes, y los vendedores de papeles y comestibles no se atreven á pregonar, ó pregonan por lo bajo.

Un sacerdote que lleva un crucifijo aparece en la puerta: los madrileños conocen mucho ese crucifijo, en que tantos desdichados han clavado sus últimas miradas. La multitud oscila y forma oleaje de invencible curiosidad: los ojos están desmesuradamente abiertos, como si quisieran tragarse al reo, á ese hombre vivo cuya última hora está sonando, á ese cadáver que se mueve todavía. La Paz y Caridad acompaña al desdichado, y la comitiva se pone en marcha.... y el pueblo también.

El cadalso es muy bajo, para que el reo no tenga que subir tantas escalones: los curiosos murmuran de que se les prive de ver cómodamente. ¡Dios mío! ¿Será esto un placer para muchas gentes? No; es un fenómeno parecido al que nos clava enfrente del moribundo, observando lo que á todos nos interesa: la lucha de la vida con la muerte, que todos hemos de reñir.

El verdugo está inmóvil sobre el tablado; el reo sube; la gente se empuja sobre los pies, como para ver volar un alma.... Todo se acabó. En la iglesia de Chamberí tocan á misa, y mientras unos van á observar la desenajada fisonomía del cadáver, otros van á oír una misa por su alma.

Recemos por ese desdichado; compadecemos á su madre.

**

Nuestro apreciable colega *La Época* se equivoca al suponer humorismo nuestro la idea de que el llamado hombre del hacha había escrito un drama, entre cuyos personajes figuraba uno que salía á escena armado del terrible instrumento. Aquella noticia la leímos en *La Correspondencia*, y teniéndola por exacta, sacamos deducciones que nos parecieron lógicas, dada la manía semi literaria del loco. Si hubo humorismo, debe atribuirse á *La Correspondencia* únicamente. Y hecha esta salvedad, nos alegramos de haber dado ocasión para que *La Época* haya publicado su ingeniosa alegoría musical.

Por lo demás, si el drama de que nos habla *La Correspondencia* no se ha hecho, es indudable que se hará.

**

Las probabilidades de una guerra entre Rusia y China no han disminuido todavía, y la verdad es que la curiosidad pública, sobreponiéndose á los sentimientos humanitarios, desea, más bien que teme, la lucha de esos pueblos gigantes, y vería con gusto un paseo militar á través del vasto Imperio asiático, que sembrase algo de nuestra cultura en el fondo impenetrable de la China, y nos transmitiese lo que haya de aceptable en aquella civilización, de cuyo velo no hemos levantado sino una sola punta.

—Me temo, nos decía un pesimista, que si estalla la guerra, los soldados rusos sólo introduzcan en Europa la cocina china.

—Esa cocina está admitida en los países más adelantados en años de hambre y en las plazas sitiadas: es la cocina de los avaros y los héroes.

—Por lo demás, los soldados suelen equivocarse algunas veces. Cuando la invasión del año 15, los periódicos satíricos de París aseguraron que se distribuía á los cosacos diariamente una ración de velas de sebo, manjar que les había parecido nuevo y delicioso. Y cuéntase que cuando algún oficial entraba en una fonda y pedía de comer, el fondista sacaba un candelabro, aunque fuera el mediodía.

**

Tiene un amigo nuestro un asistente, gran domesticador

de pájaros, á los cuales enseña el ejercicio y toda clase de habilidades.

—Podías ganarte la vida con esos pájaros—solemos decirle.

—No los instruyo por interés—contesta.

—Pues ¿qué objeto te propones?

—Quiero que sepan tanto como yo.

El domesticador de aves tiene, sin explicárselo, el instinto de la enseñanza gratuita, y difunde la cultura entre los pájaros.

—Esas aves saben demasiado—exclamamos el otro día viendo sus prodigios:—tememos que estén á punto de civilizarse.

—¿Y eso es un mal?—preguntó.

—Figúrate que adoptan nuestras costumbres; que los gansos, teniendo tantas plumas á mano, dan en escribir; los pollos, á quienes hoy se alimenta con salvado, necesitasen comer en los Dos Círculos; que decidiesen los negocios públicos congresos de loros y cotornas, y que los pájaros hicieran sus crías en nidos de alquilar. ¡Cuántas veces se presentaría una manada de buitres á vaciar los nidos en nombre del casero!

El asistente nos miraba con espanto.

—Las urracas irían á presidio por ladronas; las lechuzas acaso ofrecerían una lámpara á San Antonio, y los cuervos se harían mayordomos de todas las sacramentales; tendríamos que batirnos con los gallos ingleses y hacer el amor á las gallinas.

El domesticador no quiso escuchar más. Al día siguiente nos servía en estofado unas perdices sabias, pero estaba nervioso y suspiraba.

Cuando partimos la más gorda no pudo ya contenerse, y dijo conmovido:

—Esa perdiz que van VV. á comerse era una gran cantante.

Y nos miraba estupefacto y aterrado, como miraría un *dilettante* del Real á dos antropófagos que en su presencia se comiesen á la Patti.

**

Murió un negro muy rico dejando por tutor de sus hijos á un gran avaro.

—Es preciso comprar lutos á esos niños—dijeron al tutor.

—Al contrario—exclamó el avaro con presteza;—para dejarlos de luto riguroso, lo que debemos hacer es quitarles la ropita.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

atmosféricas y la espantosa cifra de mortalidad que denunció la estadística.

Hemos citado á Nordenskiöld, de quien ya dijimos algo en la *Quincena* anterior; el artículo *Paso del Noroeste* y el mapa publicados en LA ILUSTRACION nos dispensan de hacer la historia metódica de la expedición del *Vega*. Tampoco tendríamos novedad lo que dijéramos sobre las multiplicadas y calorosas demostraciones de reconocimiento y admiración que ha recibido esta semana, tanto oficialmente como por la espontaneidad del pueblo de París, porque los correspondientes de periódicos diarios se nos han anticipado en la narración de esas fiestas: veamos si podemos decir algo más nuevo é interesante acerca de Nordenskiöld, de algunos de sus trabajos durante la expedición, y de las consecuencias inmediatas del descubrimiento.

Como apuntes biográficos, nos limitaremos á decir que el ilustre explorador sueco nació en Helsingfors, capital de la Finlandia, hace cuarenta y ocho años. Hé aquí lo que dice de sí mismo, confesando que en los primeros no se distinguía por su afición al estudio: «Tenía trece años en 1845, y asistía con mi hermano mayor al colegio de Borgo, que era una institución mixta de escuela y de universidad, donde se gozaba libertad completa. Yo me distinguía por mi poca asiduidad; de suerte que, al acabar la primavera, no solamente no había progresado en mis estudios, sino que en mi boletín se leía la nota de *desaplicado* con relación á casi la totalidad de las materias que allí se enseñaban.» Parece que los padres del estudiante perezoso no se desanimaron por eso, y en vez de abrumarle á reconveniones y ejercer sobre él una presión violenta, le dejaron en completa libertad. «Así fué, continúa Nordenskiöld, como se despertó en mí alma el respeto á mí mismo, y llegué á alcanzar las mejores notas entre los alumnos del colegio.» Aprobado en 1853, en 1855, á los veintitres años, fué director de una Facultad de Matemáticas y de Física, é ingeniero de minas. Pero no gozó mucho tiempo de los emolumentos correspondientes á esta posición, porque, á consecuencia de algunas frases políticas que pronunció en un banquete organizado por el círculo de los estudiantes en la taberna de Tholö, el gobernador ruso le expulsó de Finlandia, donde no pudo regresar hasta el año 62; al siguiente se casó en Estocolmo con una hija del Conde Mannerheim. En su calidad de descendiente de un noble sueco, tenía derecho á tomar asiento en la Cámara de los nobles, y asistió, en efecto, á las dos últimas sesiones de los Estados, sin tomar, no obstante, parte activa en sus trabajos. «Yo era naturalmente, dice el ilustre viajero, un apóstol celoso del partido liberal, y me mezclé á la agitación que tenía por objeto producir un cambio en la representación nacional. Después de introducir un nuevo sistema, me presenté diversas veces en Estocolmo como candidato; por eso, y por la parte activa que tomé en la propaganda de las ideas liberales, me atraje durante algunos años muchos disgustos, procedentes de los círculos conservadores de la ciudad; en compensación de ellos, el año 69 me designaron como candidato del partido liberal, siendo elegido, después de una lucha muy viva, representante de la capital de Suecia.

Nordenskiöld es hombre de fibra; su cabello y sus bigotes, que otro tiempo debieron ser rubios, son hoy grises; la cabeza está vigorosamente modelada; la frente es elevada y notablemente bella; está surcada por un pliegue profundo, que revela el hábito de la concentración de espíritu; un lente de oro cubre á veces sus ojos, muy azules y muy vivos; la estatura es mediana, pero el busto desarrollado; en sus movimientos se nota el hábito contraído por los marineros para neutralizar el movimiento de vaiven causado por las olas; el conjunto de la figura respira inteligencia, costumbre de meditar, resolución, energía moral y vigor físico. Con esto basta como apuntes biográficos; vamos á algunos detalles interesantes sobre la grande empresa que Nordenskiöld ha llevado á cabo.

Después de haber pensado largo tiempo su expedición, después de haber madurado su proyecto y haberse preparado para él con numerosas excursiones en las regiones polares, se embarcó el 21 de Julio de 1878 en el puerto sueco de Transeke, á bordo del buque *La Vega*, nombre tomado del que lleva la estrella más brillante de nuestro cielo boreal. Desgraciadamente, retardos de diferentes clases fueron causa de que los hielos le detuvieran cuando le faltaban pocas horas tan sólo para poder atravesar el paso del estrecho de Behring, y le obligaron á invernar durante nueve meses en el punto en que el buque se halló preso; hé aquí lo que Nordenskiöld escribe á propósito de este suceso: «El nuevo hielo no había solidado aún los témpanos flotantes; nos bastaban algunas horas á todo vapor para salvar la distancia...» Nueve meses de inmovilidad forzada por el ligero retardo de dos horas tan sólo era cosa terrible! Pero no había más remedio que resignarse á ella. Por último, el 18 de Julio de 1879, al año de emprendida la expedición, y cerca de trescientos días después de la detención forzosa, un deshielo súbito devolvió su libertad al *Vega*, que cuarenta y ocho horas más tarde doblaba el punto oriental del Asia. «Se había logrado, en fin, escribía Nordenskiöld, el objeto perseguido por tantas naciones desde que Sir Howlandby salió del puerto de Greenwich el 20 de Mayo de 1554, despedido por las salvas de cañon y los hurras de los marineros en uniforme de gala. Después de trescientos veintitres años, y cuando la mayor parte de los hombres competentes habían declarado imposible la empresa, estaba al fin realizado el paso del Noroeste, sin que hubiera que deplorar la pérdida de un solo hombre, sin que padeciera la salud de ninguno de los que tomaron parte en la expedición, y sin el menor defecto en el buque.

Durante su detención forzada en el Norte de Spitzberg, Nordenskiöld se ocupó, secundado por sus compañeros, en hacer curiosas investigaciones científicas; rompiendo el hielo, recogió diariamente del fondo del mar numerosos ejemplares de vegetales y animales que allí se desarrollan con vigor, contra la opinión de los fisiologistas que dudaban de ello en semejante clima y faltando la excitación de los rayos solares; investigaciones análogas han revelado en el Océano siberiano una abundancia de vida tan

sorprendente, que á una profundidad de 30 á 100 metros encierra una fauna tan rica de individuos como los mares tropicales, aunque la temperatura se mantiene constantemente bajo cero; además, un extenso litoral y un vasto mar, en que los naturalistas no habían podido estudiar jamás las variadas formas de los seres organizados, vienen á ser dominio de la ciencia y á proporcionar las más interesantes nociones sobre la distribución geográfica de los animales y de los vegetales submarinos.

Los restos animales acumulados en algunas partes del litoral de la Siberia daban la esperanza de encontrar otros muchos más interesantes, que, sin embargo, faltaron después: en cambio, en la costa de la Península tschuktische se descubrieron huesos de ballena, enterrados desde hace siglos bajo capas de arena, algunos de ellos cubiertos todavía de piel y de carne roja casi fresca, por efecto de la congelación.

Las huellas de capas que Nordenskiöld ha extraído de las plantas del suelo ártico han revelado la existencia de una fuerte vegetación, que en la época carbonífera y siguientes cubría aquellos parajes, helados hoy; Qué contraste entre el estado actual de aquellas regiones estériles y los bosques que las poblaron hace siglos, rivalizando con la más rica vegetación tropical! Esta vida exuberante de los vegetales se demuestra lo mismo en altas latitudes que en las regiones meridionales, ocupadas hoy por las numerosas cuencas carboníferas de Europa y América. Sabido es que, por una especie de reciprocidad, los hielos dejaron después en Europa pruebas irrecusables de su largo imperio.

De las regiones boreales hay que esperar la clave de muchos problemas meteorológicos no resueltos aún. «Si se considera—dice Nordenskiöld—que el estrecho forma como una puerta entre montañas medianamente elevadas, colocada entre las capas de aire caliente del Océano Pacífico y las de aire frío del Océano Polar, se ve que los vientos establecen su régimen siguiendo la misma ley que se observa en las corrientes de aire producidas á través de una puerta entre una habitación templada y otra fría.» Tampoco descuidó Nordenskiöld los fenómenos del magnetismo terrestre; á falta de espacio disponible á bordo del *Vega*, construyó un observatorio con hielo y nieve, á kilómetro y medio del navío. El servicio de este observatorio fué confiado á once hombres competentes, repartidos en cuatro grupos, que, gracias al entusiasmo heroico que les infundió Nordenskiöld, atravesaban esa distancia varias veces por día, durante las tempestades del invierno, por medio de la oscuridad y con un frío que frecuentemente llegaba á 45º bajo cero, teniendo los observadores que permanecer cinco horas seguidas en una habitación formada de hielo.

Un día, habiéndose alejado Nordenskiöld á distancia del *Vega*, y hallándose abortado en su teolito haciendo una triangulación, levantó la cabeza y vió delante de sí, á cierta distancia, un oso blanco: el observador, que estaba solo y desarmado, reflexionó rápidamente que si intentaba huir le alcanzaría la fiera, y tomando la resolución de ir en busca de ella, cogió trozos de hielo, y marchando á su encuentro, se los arrojó apuntándole á la cabeza, con tan buen acierto, que uno de ellos le dió en la frente y le hizo caer al suelo; una vez derribado, fácil le fué acabar con él: cuando Nordenskiöld cuenta esta aventura no se olvida de añadir que el oso era joven, y que en otro caso no le hubiera dejado vida para contarlo.

Basta avanzar á una latitud tal como el Norte de la Escandinavia para gozar del esplendor de las auroras boreales: la expedición ha observado varias muy bellas, y ha comprobado una vez más que nuestro globo está adornado casi continuamente de una corona luminosa, no destinada á ser vista por sus habitantes, pero que despertará ciertamente el interés de los observadores colocados en otros planetas de nuestro sistema solar, señaladamente en nuestro vecino Vénus.

Admira esta abundancia de resultados diferentes, que no podemos hacer más que apuntar, teniendo al mismo tiempo Nordenskiöld sobre sí los cuidados que le imponía su tripulación, y al rededor suyo los peligros que varias veces afrontó con demasiada temeridad, animado de su pasión á la ciencia.

El viaje del *Vega* ha demostrado completamente la posibilidad del paso del Noroeste: la población de los tschuktiches, que está todavía en la edad de piedra, es susceptible, sin embargo, de ser civilizada (1). Los estudios sobre la fauna y la flora permitirán averiguar si otro tiempo se daban los dos mundos la mano. Queda, pues, abierto un vasto campo á las hipótesis sobre el provecho que el comercio pueda sa-

(1) De las *Letras de Nordenskiöld*, que acaban de salir á luz, extractamos algunas noticias interesantes sobre los tschuktiches. Hombres, mujeres, niños y perros corrieron tumultuosamente á la costa cuando vieron estacionado al *Vega*, y se acercaron al buque en una embarcación de cuero conducida á remo; la primera entrevista fué muy cordial por una y otra parte y sentó la base de relaciones reciprocas, mantenidas durante los nueve meses: sucesivamente fueron acudiendo gentes de localidades más lejanas, y el *Vega* se convirtió en una especie de Estación, á que acudían en trineos, tirados por perros, los curiosos y los que traían objetos para cambiarlos por alimentos, tabaco y aguardiente; aunque recorrían libremente el buque, no faltó en él ningún objeto, demostrándose la probidad característica de aquel punto, que contrasta con su hábito de emplear tales especies de estratagemas para sacar de lo que traían el mayor partido posible, presentando sorcos inertes en cantidad de libras, y procurando vender tres y cuatro veces su misma cosa; tenían una ignorancia total de la moneda, mendigaban los alimentos, sobre todo en la época en que la caza escaseaba, y por un pedazo de pan daban las vértebras y los huesos de una ballena; dos de los más jóvenes se consiguieron en una especie de pinches de cocinero, simplemente por los sobantes de la comida. Ningún indígena era cristiano ni hablaba ninguna lengua europea; en algunas semanas consiguió comprender la suya uno de los oficiales del buque, lo suficiente para que le entendiesen. Con una temperatura de 40 grados bajo cero se establecieron al lado del *Vega*, y permanecían el día entero, ávidos de vivres europeos; á cambio de ellos facilitaron objetos etnográficos ordinarios, muchos dibujos y esculturas en hueso, y molinos curiosos. El 6 de Octubre recibió el *Vega* la visita del *Entarok*, jefe de los tschuktiches, *Yusli Menka*: llegó en un trineo, no conducido por perros, sino por hombres, y empezó presentando un certificado de su dignidad. Comprendió bien un mapa que se le presentó, marcando con gran seguridad las localidades de importancia en la Siberia del Noroeste. No tenía la menor noticia de la existencia del Czar de todas las Rusias; le acompañaban dos jóvenes, que se distinguían por sus ojos muy oscuros; traían con gran solemnidad, como presente, dos renos asados; recibí una camisa de lana y algunos paquetes de tabaco. Se encargo de hacer transmitir una carta á Marksa, y lo cumplió, siendo ese el único conducto por donde Nordenskiöld pudo hacer llegar noticias del *Vega* al rey Oscar; en la segunda visita trajo nuevos presentes, y acabó por bailar al son de un órgano, solo y con alguno de sus acompañantes. Dentro de sus mansiones de hielo, y con una temperatura de 40 grados bajo cero, andan desahogados los niños de aquellas tribus. En esa región escasean mucho los pájaros.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

Hecho frecuente y hecho raro. — La Sociedad Geológica, la Comisión Geológica, la Escuela de Minas, el Jardín de Aclimatación y D. Juan de Vilanova. — Lo que se lleva de aquí. — Notas sobre Nordenskiöld y su descubrimiento. — Apuntes biográficos. — El nombre del buque *Vega*. — Su prisión entre hielos. — Estudios hechos en los nueve meses de inacción. — Entusiasmo científico. — Hielos invernales. — Peligros y aventuras. — Noticias de las tribus polares. — Prohibida y mala fe. — Afición al pan. — El *Zetorok*. — Nuevas especulaciones comerciales. — Buques que se están construyendo para ellas. — Gloria á Nordenskiöld y nuestro tiempo. — Expedición sueca al polo del Sur. — Recuerdo de nuestro navegante Juan Fernández. — El ancla de Colon. — Distribución de recompensas á la Sorbona. — Congreso pedagógico. — Conferencia y método de lectura expresiva de Mr. Leon Riquier. — Nuevo libro de Julio Simon. — *Reynald y Donoso Cortés*. — *La Nueva Atina*. — *La Sibé de Urlande*. — Exposición extravagante. — Longchamps. — Los huevos de Pascua. — *Poisson d'Avril*. — La lotería franco-española.

Abril 11.

A ningún revistero parisiense le pama tropezar dentro de veinticuatro horas con un mismo extranjero en las carreras de caballos, en los conciertos matinales, á orillas de los lagos del *Bois de Boulogne*, en la ópera y en *Folies Bergère*, en Mabilly y en el *Skating*, en dos *soirées* musicales y otras tantas danzas: lo fenomenal es que quien venga en comisión, gratuita por más señas, á las sesiones de una Comisión determinada se multiplique hasta el punto de que en cuatro días de residencia aquí haya ocasión de verle en la cincuentaena de la Sociedad Geológica, haciéndose aplaudir cuando, respondiendo á una invitación de la Presidencia, habló en nombre de España y de su Gobierno; en las sesiones de la Comisión internacional Geológica, contribuyendo activamente á los trabajos para uniformar el lenguaje de la ciencia y preparar al Congreso que ha de reunirse en Bolonia el mes de Setiembre de 1881; en la Escuela de Minas, utilizando su calidad de profesor para obtener ejemplares curiosos y útiles á la enseñanza; en el Jardín de Aclimatación, valiéndose de su título de socio para recoger elementos de riqueza y prosperidad adaptables á nuestro país: en la recepción de Nordenskiöld, renovando antiguas relaciones de compañerismo escolar y de amistad; en varias partes, en fin, persiguiendo siempre medios de contribuir al adelanto de la patria. Eso nos ha pasado, sin embargo, con el distinguido profesor D. Juan de Vilanova y Piera, que en media semana de estancia aquí ha hallado modo de multiplicarse útilmente, y que vuelve cargado de objetos, que ojalá pasáran el Pirineo tan pronto y en tan gran cantidad como todas las baratijas impuestas por la moda. Había de ser este español, entusiasta por los progresos, no lo que demuestra el puesto que le señalan los extranjeros, sino una medianía científica, y todavía sería digno el elogio por su infatigable laboriosidad y su espíritu investigador. Si estuviera ya impresa la relación, que hace tiempo concluyó, de los Congresos científicos de 1876 y 78 en Berna y París, España se habría anticipado á la mayor parte de las naciones, que todavía no han acabado de redactarlos. Cuando encontramos al Sr. Vilanova en el Jardín de Aclimatación, cargaba con un envoltorio que excitó nuestra curiosidad; acababa de recoger la simiente de un árbol grandemente aprovechable en nuestro país; de una especie de algarrobo, que brota, crece y se desarrolla rápidamente en los terrenos más secos y áridos, llegando á adquirir gran elevación y corpulencia, y cuya madera se presta á muchas aplicaciones. En el estado actual de la Península pocas cosas la interesan tanto como poner remedio á la despoblación del arbolado, que vale tanto como buscarle eficaz para las sequías, las inundaciones, los destempestos

car de esta expedición; las comunicaciones entre Europa y los dos grandes ríos de la Siberia occidental están ya definitivamente abiertas; algunas semanas bastan para el viaje de ida y vuelta; varios buques le han realizado ya en las mejores condiciones: la mayor parte de la Siberia ya a entrar, por tanto, en el movimiento del comercio europeo, y dentro de poco esta palabra de *Siberia*, que no representaba otra cosa más que visiones de hielo y de nieve y espectros pavorosos de deportados, aparecerá con sus inmensos bosques, capaces de proveer indefinidamente de maderas a todas las construcciones de Europa, inútil hasta ahora por la imposibilidad de transportes por tierra, convertidos en inmensas riquezas hoy, que queda abierto el camino de los dos ríos y los mares, precisamente cuando los montes agotados de la Escandinavia se niegan a nuevas devastaciones.

Los grandes ríos a que acabamos de aludir, y sus numerosos afluentes, surcan como canales navegables toda la extensión del inmenso territorio de la Siberia, cuya superficie excede en más de la mitad a la de Europa entera.

Gracias a esta vida inesporada, podrá surgir abundantemente a todas las comarcas del globo de sus espléndidas pieles de armiño, de zorro, de castor, de rata, de oso, de lobo; de sus cueros, sus ganados, sus aves, sus plumas tan estimadas; su caviar, sus salmones, sus truchas; sus cereales, tan abundantes en las llanuras del Sudeste; sus marfiles fósiles, sus inagotables riquezas minerales procedentes de sus minas de oro, platino, plata, cobre, plomo, mercurio, zinc, hierro, estaño, antimonio; sus pórfidos, sus serpentinis, sus ópalos, sus ágatas, sus cornalinas, sus rubíes, sus topacios, sus amatistas, sus granates, sus zafiros, sus esmeraldas. Todos estos productos siberianos podrán cambiarse por los importados de Europa, de América y del Asia Oriental, y la industria, que, aparte de la de las minas y las pieles, era casi nula en Siberia, podrá convertirse en floreciente.

Ya se están construyendo muchos buques de vapor para establecer un cambio regular de mercancías entre las costas de Siberia y las ricas comarcas que baña el Pacífico.

Aquella vasta comarca sale, en fin, de su entumecimiento secular para fecundar su agricultura y su industria y sacar el partido posible de sus inagotables riquezas; las transacciones comerciales en actividad por toda la superficie del mundo, la prosperidad general aumentada, tales son los resultados del nuevo descubrimiento.

Nordenskiöld no ha desahogado el éxito de su empresa, ni aún en los interminables días en que se vio bloqueado en medio del Océano Glacial: saludómosle con respeto y con admiración; si la gloria debe cubrir con sus alas, aún a los que no logran el fin que se proponían, consagrando a él toda la energía de su voluntad, con más razón aún debe recompensar a los héroes del trabajo y del valor que logran ver coronados sus esfuerzos. Gloria corresponde también al tiempo que alcanzan, en que los horizontes de la ciencia se ensanchan, alejando los límites de lo desconocido; en esta época en que, mientras la Astronomía observa, cada día más profundamente, la inmensidad de los cielos, averiguando que nuestro planeta ofrece caracteres de composición idénticos a los de astros muy lejanos de él, la teología se remonta cada vez más por la inmensidad de los siglos trascurridos, y las barreras que parecían más inaccesibles caen ante el poder de la energía humana, y los secretos mejor guardados por la naturaleza se revelan a la inteligencia, penetrando el espíritu y la acción del hombre en las profundidades de la historia, como en los abismos de los mundos habitados en las costas más desheredadas, como en la constitución íntima del cuerpo. ¡Espectáculo admirable! Mientras Crooks hace sus experiencias sobre el estado radiante de la materia, y prepara tal vez soluciones largo tiempo esperadas acerca del origen y la sustancia de los cuerpos, Nordenskiöld lleva sus instrumentos de precisión al país de los Tschoutches, estudia la lengua y las costumbres de aquellos pobladores, hasta ahora desconocidos; recorre un país en que sólo vagaban las vacas de mal paciente las plantas de la costa, y atraviesa un Océano que la vista humana no había contemplado aún. La ciencia adelanta, la verdad aparece, la ignorancia y los males que engendraba abren paso a la luz.

Apénas terminaba la expedición de Nordenskiöld, cuando se prepara en Suecia otra, esta vez al polo del Sur, puesto hasta ahora al Norte, que era el objetivo de todos los exploradores. Los navegantes que se han acercado a las regiones antárticas dicen que son más temibles todavía que la zona ártica más fría, más sumergida aún en la desolación y la oscuridad. Pero los sabios suecos insisten en creer que una vasta masa de tierra rodea al polo del Sur, y se hallan resueltos a dirigir sus investigaciones a aquellos países lejanos.

Bueno es aquí recordar que el célebre marino Juan Fernandez pretendió haber descubierto, en 1576, más allá de la Nueva Zelanda, una fértil comarca habitada por un pueblo casi civilizado. Y a propósito de recuerdos, sabido es que en el tercer viaje de Colon, en 1498, habiendo echado el ancla en la parte Sudeste de la isla de la Trinidad, llamada punta de *Arenas*, sobrevino una terrible tempestad, que por fortuna no ocasionó más pérdida que el ancla del navío almirante; por la prensa de toda Europa corre ahora la noticia, que recibimos a beneficio de inventario, de que acaba de encontrarse la tal ancla.

Eco fiel esta carta de la última quincena, dedica el espacio posible al suceso que con razón ha fijado estos días toda la atención de París; para reflejar fielmente también el movimiento científico, que casi absorbe ahora aquí el interés de todos los demás, tenemos que añadir algo, aunque sea concisamente, a lo apuntado a la cabeza de estas líneas en punto a sucesos relativos a la instrucción pública. Con gran solemnidad se ha celebrado en la Sorbona la sesión para la distribución de recompensas a los miembros de las Sociedades científicas; en ella recibió Nordenskiöld las insignias de comendador de la Legión de Honor, y las de oficial de la misma Orden su digno compañero el teniente Palander, de la Marina Real de Suecia, a cuyo valor y pericia se confió el mando del *Vega*. Deseo al Ministerio de Instrucción Pública de conocer la opinión de los

funcionarios más autorizados en el ramo de enseñanza primaria sobre las reformas en estudio ó en proyecto actualmente, aprovechó las vacaciones de Pascua para invitar a los directores y directoras de Escuelas Normales y a los delegados de los inspectores primarios para venir a París a tomar parte en los trabajos de un Congreso pedagógico, á que han acudido 150 miembros. Sentimos no tener espacio para reseñar las sesiones de esta asamblea, compuesta de hombres de una experiencia y de una competencia indudables, que han tenido libertad completa para exponer sus opiniones y deseos. Sucédonos muchas veces que, cumpliendo nuestro deber de cronistas, acudimos á reuniones á que se nos invita, sin hacernos ilusión sobre lo entretenido del rato que nos espera; confesamos que en ese estado de ánimo entramos el domingo en la municipalidad del tercer distrito para asistir á una *matinée littéraire*, consagrada á la lectura en alta voz; nuestra sorpresa empezó por encontrar en la sala de fiestas de la *Mairie* una concurrencia numerosísima, compuesta de personas de todas clases y edades, tan numerosas, que por favor especial encontramos dónde sentarnos, y nuestra complacencia fué en aumento hasta que concluyó la sesión. La abrió el *Maire* con algunas palabras para presentar á Mr. Leon Riequier, encargado de la conferencia; comenzó éste estableciendo concisamente los principios de su *Méthode de lecture á haute voix*, que ya alcanza la tercera edición, y siguieron los ejercicios de claridad, corrección, fraseología, entonación, inflexión y naturalidad, á cargo de varios de sus discípulos, dignos de los aplausos que recibieron. Que un orador elocuente, dueño de dar á su discurso el giro que se le antoje, impresione y hasta apasione á los que asisten á una conferencia, es cosa poco notable, por lo frecuente; pero cautivar á un auditorio dando reglas sobre la ciencia de leer; embargar su atención con un trozo de lectura hasta lograr, como Mr. Riequier con el precioso cuento de Daudet *La Dernière classe*, mantener suspensos y ansiosos á los oyentes, como si presenciáran en el teatro la escena más dramática y conmovedora, haciéndoles sonreír y llorar alternativamente, dando al texto un relieve que acaso no sospechó el mismo autor, es, á más de una consagración del talento del lector, la demostración de los efectos que pueden alcanzarse por medio de una buena lectura en alta voz. En el momento en que esto escribimos llega á nuestras manos un nuevo y curioso libro de Mr. Riequier sobre *lectura expresiva*; se titula *Recueil des morceaux choisis de prose et de vers*, y contiene numerosas anotaciones sobre la entonación, la inflexión, el acento y la manera de frasear. La casa Hachette acaba de publicar *Le Livre du petit citoyen*, por Julio Simon, dedicado á iniciar en la vida cívica á los alumnos de las escuelas; el autor ha logrado vencer hábilmente las dificultades de encerrar en breve espacio nociones sencillas y usuales sobre la organización social, desde el municipio hasta los poderes públicos y la Administración, dividiendo el libro en los capítulos siguientes: *La Aldea; La Ley; El Maire; El Matrimonio; La Escuela; El Deber militar; El Impuesto; El Notario; La Caja de Ahorros; La Fábrica; El Juez; El Tribunal; Las Elecciones; Los Poderes públicos; La Administración*.

De otra obra de muy distinto género, publicada esta semana, debemos dar cuenta aquí, aunque no sea más que por el nombre español que en ella figura: *Deux diplomates: le Comte Ruzynski et Donoso Cortés, marquis de Valdegamas*; están en moila los estudios diplomáticos; nunca se vió tanta actividad en abrir las carteras antiguamente cerradas con doble llave, y entregar al público notas, despachos, documentos y correspondencias que ántes dormían el sueño eterno entre el polvo de los archivos, pasando á ser patrimonio de los ratones ántes que de los lectores: creemos que hay ventaja en hacer luz sobre ese como sobre todos los demás asuntos que interesan á la opinión pública; esta vez, sin embargo, el título del libro ántes confunde que aclara. Raczynski era polaco de nacimiento, lo cual no le impidió representar al Rey de Prusia en varias capitales, entre ellas Madrid y Lisboa. Donoso Cortés no debió su celebridad á la diplomacia, ni era éste tampoco el lado por donde debía presentarse en Europa. El libro está reducido á las cartas cambiadas entre estos dos personajes, que no se acreditan por ellas de profetas. Valdegamas escribía en 7 de Diciembre de 1851: «Napoleon es, en la hora presente, el instrumento de la Providencia, y en esta empresa será invencible.» Raczynski le contestaba el 15 de Diciembre: «Persisto en creer que vendrá día en que Francia tenderá la mano á Enrique V; pero me es imposible prever en qué momento. ¡Quién podría hoy darse cuenta de lo que durará el poder del Presidente!» La reputación de Raczynski no parece haber ganado mucho en la publicación de sus cartas; valiera más dejarla unida á su interesante libro *Las Artes en Portugal*; otro tanto le pasa á Donoso Cortés con relación á sus obras.

En una noche ha alcanzado Enrique Bornier puesto en primera fila entre los escritores franceses contemporáneos, con el drama *Les Noces d'Attila*, representado en el Odeon; obra que demuestra un talento inmenso, propio para adjudicar á su autor el título de verdadero poeta: sería preciso citar todos los versos de este magnífico drama para dar idea de los que más admiración han producido; ni eso es posible, ni nos queda siquiera espacio para dar una idea de *Les Noces d'Attila*, obra sumamente dramática y escénica; nos contentaremos con decir que se trata del amor de una mujer al rey de los Hunos, pero no de un amor puro y sincero, sino del de una heroína que, si consiente en desposarse con Attila, es para salvar á su pueblo prisionero. El título de *Le Siège de Gréande* nos obliga á descender inmensamente del Odeon á Palais Royal, para dar cuenta de una novedad que no merecería ocuparse de ella, á no habersele ocurrido al autor llamar de este modo á una ópera de un principiante, rechazada por todos los teatros de París. *Le Siège de Gréande*; sobre la admisión de esa ópera en un teatro subalterno, á condición de que el autor se case con la hija del director, gira toda la pieza, puro pretexto para cuatro actos de chistes, de agudezas y de equívocos más ó menos entretenidos.

En una casa nueva, tan nueva que hace tres días no la

habitaba aún alma viviente, unos cuantos extravagantes han agujerado el yeso, húmedo todavía, para colgar algunos cuadros; han puesto entre banderas una muestra, en que se lee *Exposición de Pintura*, y no contentos con esto, ávidos de llamar la atención por todos los medios, han colocado mástiles con gallardetes y anuncios de la Exposición de pintores, que sucesivamente se vienen titulando de los *impresionistas*, *transigentes* ó *independientes*: como los años anteriores, los artistas que han tomado parte en este concurso pueden dividirse en impresionistas puros, que se entregan á todas las extravagancias imaginables, profesando un profundo desprecio á la perspectiva, tiñendo á los personajes de amarillo, los cielos de color violeta, los árboles de colorado y las casas de azul, y los falsos intransigentes, que buscan ocasión de llamar la atención del público, y que cuando lo consiguen, desertan resueltamente del impresionismo. Para esta escuela no hay líneas, ni hombres, ni carruajes, ni árboles; no hay más que manchas; su teoría de pintura, retrato, género ó paisaje, está reducida á las manchas; para explicarse el efecto de aquella colección de cuadros basta imaginar lo que produciría la espalda de la levita de quien inadvertidamente se recostara sobre la paleta de un pintor. Esta escuela tiene una afinidad marcada con el naturalismo, ó por mejor decir, tiene varias: trata años hace de mover ruido á toda costa; profesa una afición marcada á lo feo, á detallar lo bajo y lo abyecto; siente una necesidad especial de recordar á la humanidad que si alguna vez tiene alas para volar, tiene siempre piernas para arrastrarse por los peores senderos. En la Exposición hay una figura de mujer apoyada con los codos en una mesa; la ejecución es buena; la figura tiene una expresión marcada de languidez y meditación; un pintor cualquiera á quien se le encargara rodearla de accesorios, la haría apoyarse en el antepecho de una terraza ó en la obra muerta de un buque, y la titularía *Meditación*; ese pintor, según los naturalistas, es un idealista, es decir, un imbécil; ellos la colocan apoyada en la mugrienta mesa de un café de los arrabales, teniendo delante un *bock* medio vacío; había allí una mujer, y hacen de ella una perdida, que en eso está la llave del género de la pintura del porvenir; el impresionismo no es más que el naturalismo aplicado al arte.

La primavera ha reproducido los sucesos que son en París los compañeros obligados de las ferias de los jamones y del *pan d'épice*: las carreras de caballos en Longchamps, que no inicia ya las molas como en otro tiempo, y los huevos de Pascua, que este año han ofrecido alguna originalidad. A un periódico se le ha ocurrido la idea de comprar considerable número de huevos de avestruz para formar sobre ellos una curiosa colección de dibujos por los primeros artistas de París: en esto han venido á parar los huevos de Pascua, regalo precioso que se cambiaban las familias después de la Cuarema, para desquitarse de la privación que de ellos tenían durante cuarenta días, so pena de correr la suerte de tantos individuos como fueron ahorcados por un huevo. Con los huevos ha venido también *le poisson d'Avenir*, una especie de día de los Inocentes, en que son permitidas las bromas más pesadas, por ejemplo: citar para la misma hora, á una casa que no necesita de ninguno, baños portátiles á todos los establecimientos balnearios de París, ó lo que es peor aún, enviar una caja de muerto al que goza de la mejor salud. Por último, haciendo caso omiso del escandaloso proceso de María Bière, la mujer que disparó varios tiros de revólver contra un despreciable amante, debemos citar el sorteo de la lotería franco-española, que ha coincidido con el aniversario de la infausta invasión napoleónica de 1808, y cuyo producto es posible que llegue á Madrid, para ser distribuido á pueblos villanamente provocados entonces, acorridos ahora, cuando en el Dos de Mayo se esté celebrando otra procesion cívica más.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

ELECCIONES DE INGLATERRA.

La animación y el calor con que se inauguró la contienda puso desde luego de manifiesto que iba á ser sumamente empeñada. Los más autorizados pronósticos se inclinaban del lado de los conservadores; pero ocultaba la política de éstos dos puntos vulnerables, que han explotado con ventaja los jefes de la oposición.

La opulenta Hacienda de la Gran Bretaña no ha prosperado bajo la administración conservadora. En materia de pericia rentística ha dejado Mr. Gladstone tradiciones gratas á un pueblo tan mercantil como lo son los ingleses. Por otra parte, fuera sofístico disputar á lord Beaconsfield, cabeza del Gabinete conservador, que en 1874 reemplazó á los liberales, y que en la cuestión europea, traída á tela de juicio por la guerra turco-rusa, supo sacar airosa la intervención de Inglaterra con su enérgica oposición al tratado de San Estéfano, reformado por el de Berlín, sin que por esto deje de ser cuestionable que entre el Gabinete de Londres y el Gobernador general de la India no hayan conducido con acierto la guerra del Afghánistán. ¿Pudo esta guerra, todavía empeñada, haber sido evitada? ¿A qué extremos puede conducir á Inglaterra su duración?

Las últimas noticias recibidas permiten caracterizar la índole del movimiento de opinión que tan inesperadamente ha hecho inclinarse en favor del partido liberal el veredicto del cuerpo electoral.

El voto de los distritos urbanos es el que ha decidido el triunfo de las oposiciones; distritos en los que predomina el elemento jornalero, investidos sus individuos del derecho electoral en virtud de las cláusulas de la última reforma, obra del Gabinete conservador de lord Derby (padre del que lleva hoy este título) y de Disraeli, actualmente conde de Beaconsfield.

Interin vivió Palmerston contuvo y dominó las aspiraciones en favor de una amplitud del derecho electoral; pero llamados a sucederle lord Russell y Mr. Gladstone, se apresuraron a presentar un *bill* por el que se rebajaba de 10 libras esterlinas á 6 anuales el alquiler de casa que confería el derecho electoral. No se atrevieron a más por entonces

los caudillos del partido liberal; mas llamados á reemplazarlos los conservadores, resolvieron llevar su puja de liberalismo hasta un limite que casi rayaba con el autragio universal; golpe de audacia que fué calificado de *leap in the dark* (un salto dado á ciegas).

Las inmediatas consecuencias de aquella atrevida reforma no justificaron los temores de que la democracia abusase del poder que se la otorgaba. Su efecto más próximo lo fué el de debilitar algun tanto el ascendiente de la propiedad territorial sobre el cuerpo electoral; pero notóse que lo adquiría la riqueza moviliaria, ó sea el influjo del capital, toda vez que en las subsiguientes elecciones los votos de las clases jornaleras se daban con preferencia á los ricos, á los industriales, á los hombres opulentos que, habiendo hecho sus fortunas en las colonias ó en el extranjero, volvían al patrio suelo ambiciosos de alternar con la aristocracia.

Mas por primera vez ha dado ahora el elemento electoral democrático la prueba de un espíritu político que lo coloca enfrente del secular influjo de la sociedad privilegiada, á cuya sombra se ha desarrollado la Constitución de Inglaterra. Y como lo dejamos señalado, lo singular de este fenómeno lo es haber tenido su origen en la reforma electoral, obra de los conservadores.

Un nuevo y grave síntoma acaba de hacer su entrada en el anchuroso campo de la política asiática. Los chinos han invadido con fuerzas considerables el territorio ruso que confinó en la frontera norte del Celeste Imperio; invasión motivada por antiguas desavenencias sobre límites y posesiones enclavadas en el curso del río Amoor.

En el estado de lucha en que Rusia se halla con las razas musulmanas del Asia Central, la ingerencia china abre dilatado campo á la política inglesa para vigorizar contra aquella potencia las poblaciones indígenas, al paso que, si lograsen los rusos asimilar á los naturales de la Mongolia y de la Manchuria y penetrar por tierra hasta Pekin, la inevitable futura contienda oriental entre Inglaterra y Rusia adquiriría proporciones análogas á la magnitud de intereses que abraza el porvenir de la más grande y fecunda parte del globo que habitamos.

Basta apuntar por el momento la importancia del hecho á que acabamos de referirnos, y cuyas ulteriores consecuencias están reservadas á los sucesos restringir ó simplificar.

Las complicaciones asiáticas las alimentan tres elementos de decisivo influjo, á saber: Las conquistas y aspiraciones rusas en el Turquestán, la magnitud de las posesiones y del poder inglés en el Indostán, y las disposiciones de ánimo en que se hallan, ó puedan ser conducidas á hallarse, las poblaciones indígenas, respecto á las dos razas que se disputan el predominio sobre la parte del globo que fué cuna del linaje humano; campo llamado á ser teatro del más colosal de los conflictos que la civilización universal tiene en reserva.

Basta señalar la entidad que para el porvenir encierra semejante inevitable futuro encuentro, para dispensarnos de entrar en más detenido exámen, y sólo hemos aludido al asunto para dejar sentado que no podía Inglaterra permanecer indiferente á las ingerencias rusas en el Afghanistan y el Asia Central, y que el haber tenido que tratar con el Ameer Share-Ali ó con su sucesor, y de no haber tratado con ellos, combatirlos era una necesidad ineludible para todo Gabinete británico, cualquiera que fuese su color, toda vez que el asunto presentó las dificultades creadas por la tortuosa y hostil política del Ameer.

Además, y atribuyase á desgracia ó á torpeza, segundamente á la del Afghanistan tuvo el Gabinete de Disraeli que aceptar la guerra con los cafres ó zulúis; guerra que ha costado á Inglaterra sangre y dinero, y todavía amenaza dejar por cola otra lucha armada con los Boers, descendientes de los colonos holandeses pobladores del Cabo de Buena Esperanza.

Semejantes dificultades, la impaciencia que por alcanzar el poder sienten todos los partidos fuertes, como lo es sin duda el partido liberal en Inglaterra; el natural disgusto y hasta cierto punto el desprecio de haber perdido el poder en 1874, eran causas que ponían apremiamente espuela á los liberales para que abriesen su campaña con el empuje cuyos resultados se están tocando.

Tampoco hay que desconocer que cuando las opiniones se hallan tan perfectamente organizadas como lo están los whigs, los antiguos peelitas, la de los radicales de otro tiempo, partidos fundidos hoy en la gran masa de la comunión liberal, por bien conducida que la agrupación se halle por sus jefes, es susceptible de apasionados impulsos, y la pasión suele no ser la más segura inspiradora de la política que mejor responde á los intereses generales del país.

Algo, si no de pasión, de simpatía y de predilección hacia el triunfo de la oposición en la campaña abierta en Inglaterra, entra en los juicios y esperanzas que sobre él forma la prensa en España y fuera de ella. Pero una cosa es mostrarse adictos á los que piensan como nosotros y aplaudir su victoria, y otra no conocer los errores y menoscabos á que nuestros correligionarios y amigos puedan dejarse arrastrar.

Los liberales sucumbieron en las elecciones de 1874 porque su popularidad estaba en baja, y la opinión los abandonó porque llegó á esperar de los conservadores más que de los whigs; de Disraeli más que de Gladstone.

Ahora ejerce nuevamente el pueblo inglés su derecho de revision de la política conservadora, y bien puede suceder que se equivoque condenándola, sin que por ello deje de ser legítimo su derecho á querer ser gobernado hoy por los que despidió seis años hace.

Lo que hasta ahora sabemos de los resultados obtenidos en las elecciones conocidas es decididamente ventajoso á la oposición. Faltan todavía, sin embargo, noticias de muchos distritos, y hasta dentro de breves días no podrá formarse correcta idea de cómo estará formada la mayoría. Puede, sin embargo, sin temor de asentar un juicio que tengamos que rectificar despues, afirmarse resueltamente que la opinión del cuerpo electoral ha experimentado un cambio favorable á los liberales y contrario á los conservadores. Lo que no podrá apreciarse hasta más adelante es hasta qué punto los elementos de la mayoría facilitarán al Go-

bierno seguir una política que no haga perder á Inglaterra las ventajas que en compensación de los errores que ha cometido fuera injusto negar ha sabido obtener el Gabinete Beaconsfield.

Dos escollos importa mucho evitar á los ministros entrantes: el no tener que hacer demasiadas concesiones á los diputados irlandeses que acudilla Parnell, *leader* de los *home-rulers*, si ha de poder el nuevo Gabinete gobernar con desembarazo, toda vez que esta última agrupación parlamentaria tiene no poco de *separatista*, por más que disimulen los que la forman designios *autonómicos*, que pondrían en grave peligro la unidad y prestigio del Gobierno inglés.

Consiste el otro escollo en no sufrir la presión cuáquera de Bright y de la escuela llamada de Manchester, partidarios de la paz incondicional, y adversarios de que el Estado mantenga fuerzas militares adecuadas á hacer frente á las eventualidades y complicaciones, contra las que debe hallarse siempre preparado un Gobierno que representa los vastos intereses que pesan sobre la Administración de la Gran Bretaña.

Por lo demás, los que pretenden adivinar cuál pueda ser la dirección que tome un Gobierno que, como el de Inglaterra, recibe su misión del sufragio público, deben no perder de vista la grande alteración que ha sufrido el mecanismo del régimen constitucional de aquel país á consecuencia de las sucesivas reformas que han engrosado el cuerpo electoral, el que, de algunos centenares de votantes á que estaba reducido antes del *Bill* de 1832, cuenta en el día tres millones de electores.

Pero por fortuna para Inglaterra, el haber adoptado en materia de legislación electoral una pauta que de adelantado en adelante ha conducido á la posesión del sufragio universal, se halla tan aleccionado aquel pueblo en las prácticas y condiciones de un país libre, que no es de temer que las utopías lo enamoren, ni que rompa con los hábitos, incrustados, por decirlo así, en sus costumbres, las que por sí solas son un preservativo y un antídoto contra las excentricidades revolucionarias.

Así es que no vacilamos en afirmar que, á pesar de las ágras censuras de que ha sido objeto la política exterior de los conservadores, los hombres llamados á sucederles la continuarán sin alteración, principalmente en lo que concierne á las relaciones con los Gabinetes extranjeros.

Alguna candidez, algunas pusilanimidades por un lado de parte de Mr. Gladstone, por otro audacias también son de temer. Este orador, cuya elocuencia se ha notablemente acrecentado desde que era *tory* reforzado, anglicano *neo* y despues afiliado á los *proletas*, ha acabado por democratizarse hasta el punto de inspirar recelos á lord Grey, hijo de aquel Mr. Grey que durante todo el Ministerio de Pitt fué el *leader* del partido *whig* en la Cámara de los Comunes, y tuvo la gloria de poner el sello á su larga vida de eminente liberal siendo el jefe del Gabinete bajo el cual se promulgó el *Bill* de 1832, fundamento y base de la reforma parlamentaria de aquel año. Al hijo y sucesor de aquel célebre patricio infunden miedo las veleidades calenturientas de Mr. Gladstone, hombre, por lo demás, tan eminente en letras y de una fecundidad y acierto en materias económicas, que si consintiese en no salir del papel de Ministro de Hacienda, merecería que sus compatriotas le erigiesen una estatua en cada calle de los tres reinos.

Sin que tenga nada que rectificar relativamente á los juicios consignados en las observaciones que preceden, escritas antes que la lucha electoral hubiese dado los resultados que la convierten en la más decisiva y triunfal victoria obtenida por el partido liberal desde 1836 hasta el día, debo añadir que el síntoma significativo de la contienda lo es que los distritos rurales (*county elections*), que de tiempo inmemorial habían constituido el cuerpo de batalla, la reserva, el campo privilegiado de los conservadores, hayan éstos perdido numerosos distritos, y sido reemplazados en ellos por candidatos liberales los diputados que durante largos años contaron siempre asegurada su elección.

El cambio de opinión contra los conservadores ha sido, pues, general, y asegura á los *whigs* y á sus aliados, los liberales templados, una decidida mayoría, que los liberta del peligro de haber tenido que contar con los votos de los *home rulers* y de los radicales ardientes.

No podían ser, por consiguiente, más favorables los auspicios bajo los cuales va á inaugurarse el gabinete liberal, llamado á suceder al presidido por lord Beaconsfield.

ANDRÉS BORRERO.

Existe en Madrid un industrial, de estatura regular, delgado, canoso y que tendrá más de cincuenta años de edad, el cual se introduce en la casa de aquellos que han publicado algunos libros. los regatea, y compra y concluye por llevarse los de balde con algun pretexto, más ó menos ingenioso; no hace muchos dias recibimos su visita; queria comprarnos ejemplares de los cuentos que publicamos el año último, lo que por fortuna no pudo conseguir. Sin embargo, habiéndose llevado el resto de una edicion vieja que sólo contenia tres de aquellos cuentos en papel casi de estraza, debemos advertirle, por si lee estas líneas (es hombre dado á la lectura), que el engañado ha sido él; aquellos libros no valian la pena de cargar con un peso enteramente inútil.

Lo que hizo en nuestra casa nos recuerda el cuento tan sabido de aquel que echó un día de menos en su mesa un tintero de metal blanco, sin saber quién podría habérselo llevado. No tardó en averiguarlo, porque algunos dias despues entró en su casa un amigo, el cual, arrojando el tintero en la mesa con desprecio, le dijo muy indignado:

— Las personas decentes, ó tienen tintero fino ó no le tienen. No hay en Madrid quien dé un real por ese mueble. Yo creí que era de plata.

No hace muchos dias, nuestro amigo J. R., muy pequeño, fué á visitar á un caballero muy alto, que le hizo esperar un poco en el salon.

Cuando se presentó el dueño de la casa, J. R. se levantó; pero ni aun así pudo ser notada su presencia.

El caballero alto tocó la campanilla, despues de dar un paseo por la sala, y dijo con mal humor á su criado:

— No decía V. que me esperaban?

J. R., avergonzado, se escondió detras de una butaca; el criado miró con sorpresa á todos lados, pero no vió nada.

— Señor, yo le introduje en este cuarto.

— ¿Qué señas tenía?

— Casi no tenía señas; era un señor enanillo.... muy pequeño.

— ¿De véras? Pues no le vuelvas á abrir: sería un duende.

Otro día entró J. R. en un colegio; al verle los muchachos experimentaron gran regocijo y se alborotaron.

El maestro salió con las correas, y J. R. recibió el primer azote.

Si J. R. es tan pequeño, en cambio, tiene un amigo que es más corto todavía.

— ¿Tiene V. algo que alegar? — le preguntaron al llamarle para el reemplazo.

— Soy corto de talla — contestó.

— ¡Util! — dijo el tallador.

— Soy corto de vista.

— ¡Util! — dijeron los médicos.

— Soy corto de genio....

Declarado soldado, era tan vergonzoso, que no se le pudo obligar á presentarse delante del enemigo.

Su cortadía era evidente; cuando le pedia limosna un pobre, no se atrevia á dársela.

Se enamoró siendo muchacho; es ya muy viejo y aun no se ha atrevido á pedir la mano de su novia.

CRÓNICA GENERAL.

A la crisis de Inglaterra ha sucedido la crisis de Austria-Hungría; la guerra del Afánistán se ha complicado: un bazarón horrible ha desolado la ciudad de Madrid en poco tiempo; es decir, ha naufragado una ciudad: la cuestión de los derechos de las harinas pone en peligro la cohesión de la mayoría en el Congreso español; el Presidente del Senado francés ha dimitido; pero la Cámara no las aceptado su renuncia: el 25 del corriente tomará posesión de su plaza de académico D. Emilio Castelar, y finalmente, de un día a otro publicará la Gaceta un suceso fausto de gran interés para la dinastía reinante, y del cual no debemos ocuparnos antes que el periódico oficial.

Hé aquí en síntesis desorden los hechos calamitantes que se agolpan a nuestra imaginación al empezar esta Revista; y sin embargo, ninguno de ellos, a pesar de su importancia, se presta hoy a ser tratado cual debiera, por lo cual nos vemos obligados a consignarlos meramente a esparzarnos, pasando a otros asuntos, pues nunca faltan a la pluma en esta época de vertiginosa actividad.

* *

Respetando las peregrinaciones a los santuarios erigidos en países extranjeros, habíamos pensado que en esos actos devotos se convulsar, a ser posible, las exigencias de la piedad con ciertas consideraciones económicas, para que esas curvasas contribuyeran a reanimar el culto de los templos españoles donde existen las imágenes más veneradas: un elegante escritor y queri amigo nuestro, D. Luis Alfonso, hizo en *La Esfera* reflexiones muy discretas en apoyo de la idea, que no excluye los mismos actos de devoción en otros países. Con estos antecedentes no podía menos de seros grata la peregrinación organizada en Madrid últimamente para visitar el famoso santuario de Nuestra Señora del Pilar, orgullo de los zaragozanos, a quienes satisface aquel tributo rendido a su santa y reverendísima Patrona.

Un accidente desagradable turbó la paz de aquel acto religioso y digno de respeto: más allá los votos hacia sus oraciones en el templo, el alevoso estallido de un petardo llenó de espanto a la piadosa concurrencia, siendo providencial que no ocurrieran desgracias en aquella confusión. El petardo se como el asquinoso, hirió con alevosía y está al alcance de todo el que se complazca en dañar sin responsabilidad y sin peligro; cualquier mensajero, cuya colera personal causara risa, puede matar o matar entre las bombas, é infundir espanto a muchos. ¿Quién cargó aquel arma? La intolerancia. Seguramente no fué ningún aragonés.

* *

Qué profundo nos pareció, al leerle por primera vez, siendo muy jóvenes, aquel verso de Espronceda:

Solo en la paz de los sepulcros amo.

Y sin embargo, la lectura y la experiencia nos han demostrado la falsedad del pensamiento, pues si a todo el hombre quedase encerrado en el sepulcro, esta que llamamos última morada sería mucho de ser definitiva. ¿Quién no ha visto ocupada por otro la sepultura perpetua de un abuelo suyo? ¿Qué conmutar se es con viento al fin, cuando crecen las poblaciones, en fábricas ó mercados, a tal vez en testero? ¿Qué capilla no se demueve, y qué calavera nuestro no está expuesta al golpe de la piqueta y a salir mezclada con cascote en una espuerta? Las momias de los príncipes egipcios, á pesar de estar depositadas en palacios subterráneos y en un país desierto, ¿no son extraídas por el arqueólogo y empaquetadas por la industria para enriquecer colecciones y museos? ¿No ha escrito un libro interesante el Sr. Fernando Duro, describiendo los viajes de los muertos? ¿Acaso los huesos de Colón han tenido reposo en su sepulcro? Y finalmente, ¿han disfrutado más calma los del Ilustre Calvario de la Illeta? Retenidos en San Martín, pasaron al cementerio de San Nicolás, y fueron trasladados á San Francisco en la célebre comitiva de esquifes organizada en 1899: de allí volvieron á San Nicolás, y hoy habrán sido depositados por la congregación de presbíteros naturales de Madrid, á que perteneció el poeta, en un punto definitivo. ¿Lo será realmente? ¿O volverá á saltar el cráneo del gran poeta dentro de su caja al ser conducido procesionalmente en un carruaje fúnebre al panteón de hombres célebres, de donde lo hace muchos años por las Cortes?

* *

Tan grave, tan técnica nos pareció la conferencia dada

por el Dr. Esquerdo en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina, que no nos determinamos á ocuparnos de una cuestión de tanta trascendencia hasta examinar el texto de la lección. Hoy, que le tenemos á la vista, el problema nos suelta á interés. Se trata, no de la irresponsabilidad criminal del imbecil, principio sancionado por el Código, sino de la justicia, que sostiene el distinguido freudista, de que sean los médicos dedicados á esa especialidad los peores que la establezcan y decidan. Para hacer más palpable esa necesidad, el Sr. Esquerdo asegura existir muchos casos de imbecilidad de difícil distinción, muchos locos que no lo parecen, y tan vehementes son sus frases y sus argumentos, que sacudiéndola se duda de la integridad de la razón de muchas personas á quienes se le veníamos concediendo.



LAS ELECCIONES EN INGLATERRA (LEEDS).—ASPECTO DE LA PLAZA VICTORIA, AL PUBLICARSE EL RESULTADO DEL ESCRUTINIO.

La noche del 1.º del actual.

La autoridad del orador presta gran fuerza á sus palabras y deja la duda en el ánimo de los ménos dispuestos á aceptar sus conclusiones; su elocuencia seduce; el reconocimiento de su ciencia y su práctica persuade. Pero ¿debe tratarse esta cuestión por generalidades, como podríamos hacerlo únicamente? Desde luego nos declaramos incompetentes; pero la magnitud y trascendencia del asunto merece llamar la atención para que sea discutido en toda su extensión.

¿Tiene hoy la ciencia la seguridad de poder dar el fallo que se la exige con pleno conocimiento? ¿Puede medir la capacidad intelectual con instrumentos ó procedimientos más delicados que los empleados hasta ahora por el recto sentido, para distinguir el estado de imbecilidad del estado natural? ¿Es la frenopatía ciencia que tiene la suficiente enseñanza en las escuelas para que se conceda al título de licenciado en Medicina la capacidad necesaria para ejercer las funciones graves á que se la destina? Porque el señor Esquerdo sea un teórico eminente y práctico eminentísimo, ¿se pueda decir que se hallen muchos en disposición de efectuar lo que juzgará fácil y hacelero en su gran suficiencia? Todo esto se discutirá y aclarará seguramente en las lecciones sucesivas, con la profundidad y brillantez que da á sus discursos el excelente profesor.

Pero basta de seriedad.

Una monomanía curiosa cita el doctor Esquerdo: la de un sargento que, al entrar en su establecimiento, decía ser Príncipe de Borbon; el tratamiento á que le sometió el Doctor dió por resultado moral rebajarse de categoría grado á grado, hasta que un día confesó su verdadera graduación.

Una duda se nos ofrece: si se hubiera continuado la medicación, ¿habría concluido el enfermo por ser soldado raso?

¡Quince ediciones! dijimos, abriendo el libro con respeto y saludando con cariño el retrato fotográfico de D. Ramon de Campoamor. Quince ediciones equivalen para un libro á vivir en la posteridad, cuando se hacen en un país como el nuestro. Las *Doloras y cantares* tienen ante el público los honores y consideración de un libro clásico, con la particularidad de no estar cerrado aún, pues en cada edición aumenta su autor algunas páginas, teniendo la de Sevilla treinta doloras nuevas y el autógrafo del poeta. Si fuéramos críticos é nos ocupáramos de los libros que se imprimen, nuestra tarea sería muy difícil: ¿qué podríamos decir respecto de un libro del que todo está ya dicho?

Pero el retrato y el autógrafo son de nuestro dominio. En el célebre cuadro de Esquivel, que inspiró la sátira famosa de Villergas, la fisonomía de D. Ramon Campoamor no nos parece tan simpática y expresiva como lo es actualmente. ¿Era defecto del pintor ó de la moda de aquel tiempo, ¿realmente los años han embellecido y dado mayor expresion y gracia varonil al semblante del poeta? El cabello peinado hoy hacia atrás, la ancha patilla unida al bigote, todo de aristocrática blancura, y su mirada viva, directa y clara, forman un conjunto notable: su busto se destaca en cualquier grupo, y los que no le conocen preguntan quién es seguramente. Parece un joven que se tife de blanco para aparentar mayor edad. El humorismo habitual de su conversación epigramática y el timbre sonoro y dulce de su voz hacen también la ilusión de que sus canas son postizas: aún envuelto en la ancha piel de su gabán, creemos que la suele usar hasta en Agosto, la conducta de sus ojos, siempre alegres y animados, parecería reprensible si no se supiera que obedecen á una imaginación que vive haciendo doloras picarescas. Es D. Ramon Campoamor de estatura regular, y sin ser delgado, podría parecerlo si tuviese que sustituir, como vicepresidente presunto de la Cámara, al Sr. Conde de Toreno.

Lanza sus epigramas con una voz tan cándida y tan dulce, que parecen requiebros, teniendo algo de la suavidad americana. Y siendo escritor, compra los libros que publican sus amigos. Su letra es ancha y clara como su estilo, y con quince renglones llena una cuartilla.

Su trato es franco y agradable como el de pocos, y en vez de la reconcentración subjetiva, por decirlo así, tan natural en los escritores, y que no extrañaría en la profundidad de sus tareas, vive en el exterior continuamente, digiéndose fijarse en lo que hacen los demás, lo cual tampoco es general en los poetas.

Resumiendo: admiramos en él y nos infunde veneración el escritor: el hombre nos inspira afecto, alegría y confianza.

Si estando ocioso el poeta tuviéramos que hablarle de negocios, dudáramos antes de molestarle; pero si estuviera ocupadísimo en asuntos serios, y se nos ocurriese hablarlo de poesía, no vacilaríamos en interrumpirlo.

En una carta anónima nos dicen lo siguiente:

«¿No podrían VV. llamar la atención de las autoridades para que adopten todas las medidas conducentes á desterrar de nuestro pueblo el uso de la navaja, sustituida ya por la faca en ciertas poblaciones, como más traidora aún y más rápida para herir? Es preferible que el ciudadano use fusil, si lo requiere su defensa, y aún trabuco naranje-»

ro, á que lleve armas ocultas y alevosas, cuya adquisición debería considerarse como predisposición al homicidio.»

Por desgracia, no es sólo la navaja el arma oculta del pueblo, sino que también se ha extendido el uso del revólver, ménos peligroso todavía, pues su estampido delata al agresor, mientras que la hoja de Albacete desgarrá las entrañas á traición y en silencio.

La navaja es, en efecto, el arma de la barbarie, y la industria que da á ese instrumento salvaje condiciones mortíferas, calando el hierro y aguzando y encorvando las hojas para que penetren mejor y destruyan con mayor facilidad, es una industria repulsiva. Como las armas á que nos referimos están prohibidas, lo único que se puede aconsejar es que no caigan en olvido esas prescripciones.

Hace tiempo lamentábamos, al ser suspendido *El Imparcial* por varios días, los inconvenientes que ofrece la actual legislación de imprenta, por resultar perjudicados con las suspensiones, no ya la Empresa que delinque, sino los vendedores, operarios é infinitas industrias que viven del movimiento de un periódico leído: la suspensión de *El Liberal* por treinta días, si llega á efectuarse, es un desastre para multitud de personas completamente ajenas al hecho que se castiga, de que muchas ni aún tendrán conocimiento.

Respetamos profundamente la ley y los tribunales que la aplican; pero de que aquélla debería ser reformada tenemos una prueba que afecta personalmente al que suscribe estas líneas, pues no habiendo intervenido para nada en el delito, resulta, sin embargo, castigado.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

La publicación oficial del embarazo de Su Majestad la Reina de España se ha solemnizado con iluminaciones, y la ceremonia religiosa tradicional en la Basílica de Atocha. Nada más píndoso y natural, tratándose de lo que atañe á los misterios del porvenir, que invocar á Dios y encomendar á su misericordia el problema de la sucesión de la Corona, pidiéndole que resuelva como mejor convenga á los intereses de la patria la grave cuestión hereditaria. Las esperanzas que hoy abraza la familia Real española son el resúmen, ó por lo ménos un capítulo, de nuestra historia futura; arcano que se resiste á la penetración humana y envuelve en sus tinieblas tantos sucesos importantes. Todos los deseos y temores que experimentan hoy nuestros Reyes, tendiendo su imaginación por el mundo de lo desconocido, son nuestros deseos y temores. ¿Qué influencia tendrá en el porvenir el suceso que se ha de realizar en el próximo Setiembre? No esperamos poder contestar á esta pregunta; la respuesta pertenece al siglo XX.

El telegrafo anuncia la probable clausura del Parlamento alemán, en vista de la derrota que ha sufrido en su política ultramarina el canciller Bismarck. Ningún ministro europeo habrá disuelto tantos congresos como el Canciller prusiano, ni sobrevivido en el poder á tantas derrotas parlamentarias. La que acaba de experimentar no es sino un movimiento de prudencia de la mayoría de la Cámara contra los propósitos colonizadores del eminente político, en su tendencia á convertir el Imperio alemán en potencia marítima. En efecto, cuando un país que apenas tiene litoral ha logrado tanta fuerza como la que todos conceden á Alemania, parece temerario debilitar la haciéndola perder su reconcentración y disminuyéndola por los mares: el instinto de la

seguridad y el temor á lo desconocido justifican la protesta del Parlamento; pero como Alemania es uno de los pueblos europeos que envían á Ultramar más emigrantes, perdiendo esa población sobrante en países completamente extraños, también es previsior y político aprovechar esos elementos propios en colonias nacionales, extendiendo la patria por otras regiones para ensanchar un suelo insuficiente.

Si Bismarck fuese perpetuo, podría confiarse á su gran capacidad el desenvolvimiento de sus planes ultramarinos; pero como no hay dato ninguno para suponerle inmortal, nos parece prudente la resistencia del Parlamento: lo que, dirigido y desarrollado por el Cancellor, sería nuevo manantial de grandezas para su patria, será causa tal vez de complicaciones futuras, desastres y debilidad, según presiente el instinto patriótico de los políticos de Alemania.

La diplomacia europea había arreglado perfectamente los límites y la extensión del Montenegro, y á los albaneses, cuyo territorio se mernaba, sólo se les concedía la facultad de conformarse. Pero hé aquí que, cuando todo estaba terminado en el papel por los tutores de aquel pueblo, éste, á quien, por lo visto, no satisfacía lo convenido, ha tomado las armas, que, para decidir esos asuntos, no valen menos que la pluma. Son difíciles de arreglar los pleitos de los individuos, pero mucho más lo son los pleitos de los pueblos, que rara vez dejan de alzarse contra las decisiones de los jueces, cuando pueden acudir al tribunal supremo de la fuerza.

Los albaneses están escandalizando al mundo diplomático: su conducta es poco cancelleresca: verémos lo que dicen de esto las naciones extranjeras.

El Sr. Gambetta, más que un presidente del Congreso francés nos hace el efecto de un dictador parlamentario. Porque el diputado Sr. Godelle había manifestado una verdad, la de que al hermano del Presidente de la república francesa se le hacen imputaciones injuriosas por su administración en la Argelia, y, no obstante las explicaciones de Mr. Godelle limitando sus cargos al hermano de Mr. Grevy, suspende al diputado por injurias al Presidente. Cuando algunos diputados quieren abandonar el salón en vista de aquel hecho, prohíbe á los individuos de la Cámara toda protesta colectiva, de manera que resultan inviolables é indiscutibles en Francia los hermanos de los Presidentes de la República, y sujetas á censura y suspensión las minorías de la Cámara que protestan de rigor tan desusado. No comprendemos la dictadura de la libertad.

Una peregrinación reverenciaba y adoraba hace pocos días á la patrona de los aragoneses, Nuestra Señora del Pilar. Innumerables romeros trepan hoy por las montañas pintorescas de Monserat para rendir tributo á la patrona de Cataluña en la fiesta de su milenario. Con este motivo los periódicos describen de nuevo aquel venerado santuario y sus célebres ermitas; recuerdan las leyendas y milagros que constituyen su tradición é historia, y que algo grande se encierra en aquel lugar agreste lo demuestra la enorme duración de su prestigio.

En esos diez siglos se efectuó una gran parte de nuestra reconquista: los Estalos dispersos, formados después del desastre del Guadalete, se unieron, y constituyeron la unidad nacional; murió la civilización árabe española; se extinguieron dinastías; cediéron derechos y poderes que parecían eternos; desaparecieron ciudades populosas; se arruinaron los castillos señoriales, que desafiaban con su solidez á los hombres y los siglos; hasta las playas se convirtieron en fondo del mar, y éste en ciudades y jardines; y en medio de tantas ruinas materiales y morales, subsiste aún el culto de aquella imagen, á quien veneraron en el siglo IX los pastores catalanes en aquel monte serrado, que, según la tradición, tomó la forma en que hoy le vemos en el espantoso terremoto que anunció al mundo, según San Mateo, la muerte de Jesús en el Calvario.

Muchos periódicos recuerdan una fecha tristísima para nosotros: el fallecimiento de un hombre honrado, ocurrido el 24 de Abril del año último. En efecto, aquel día era el primer aniversario de la muerte de D. José María Bremon, antiguo periodista, político leal, cuyas ideas y cuyos escritos, esparcidos en los inmensos volúmenes de la prensa, no dejarán sino leves rastros de su trabajo personal, perdidos en el laberinto de los escritos ajenos, y envueltos en la sombra de lo anónimo. Allí está, sin embargo, el compendio de toda una vida laboriosa. En aquel osario de los pensamientos, ¿quién podrá distinguir los suyos? En el hercúleo trabajo de una generación de escritores, ¿quién podrá separar las páginas que se deben á su pluma? Un grupo, no muy numeroso, de amigos entulados rezaba el día 25 por el alma del que fué en vida, para nosotros, persona tan querida. Reciba nuestro cariñoso y melancólico saludo.

La solitaria Biblioteca de la Academia de la Lengua, que llena de gente, qué animada estaba de una á tres de la tarde el día 25, mientras el público, reunido en el salón, y á media ración de aire, escuchaba la lectura del discurso académico de D. Emilio Castelar! Los afortunados que habíamos leído el discurso del insigne tribuno podíamos esperar con sosiego la terminación de aquella ceremonia, y vimos desfilar por entre bastidores al alto Cuerpo literario, presidiendo aquel día por el jefe del Gobierno. El director de la Academia, Sr. Conde de Castejo, de simpática figura: el secretario, Sr. D. Manuel Tamayo y Ibañeta, en cuya modestia nalgó ulivinaría á nuestro primer autor dramático; D. Ramon Campomanor, uno de los dos poetas á quien había aludido el Sr. Castelar en su discurso, combatiendo su pesimismo y ponderando sus dolores; D. Gaspar Núñez de

Arce, de pequeño cuerpo, pero poeta de primera magnitud; D. Pedro Antonio de Alarcón, el escritor de talento tan flexible, extenso y variado; D. Juan Valera, cuya conversacion familiar instruye, y cuyos escritos asombran y deleitan; Selgas, el Quevedo de la prosa y el Meléndez de la poesía; Fernandez-Guerra, sabio y poeta á la vez; Mesonero Romanos, el setentón de estilo siempre jóven; el modesto y correcto Arnao, y otros muchos, pasaron ante nuestra vista luciendo variados uniformes ó modestas medallas, mientras bullían en concepto de convidados los literatos extra-oficiales, entre los cuales hace sus levas la Academia. El héroe de la fiesta, D. Emilio Castelar, no tenía manos para estrechar las que se le ofrecían, ni palabras para contestar á tantas felicitaciones.

Sólo se veían allí caras conocidas: D. José Moreno Nieto, el orador apasionado y elocuente, conversaba con el siempre ameno Tibureio Rodríguez; en la viva mirada del señor Echegaray nos pareció ver los relámpagos sombríos de algún drama interesante; Manuel del Palacio y Blasco contaban las últimas novedades madrileñas en epigramas deliciosos; Sanchez Moguel, el erudito profesor de Zaragoza, prodigaba sus elogios habituales con su natural benévolo y entusiasta; Bofill buscaba asunto para sus amenas Revistas; Cavestany contemplaba con envidia los cabellos blancos de Campomanor; Ochoa tomaba apuntes mentales para *El Conservador*, prefiriendo los trabajos periodísticos al descanso de un Gobierno; y todos se apartaban con galantería y contemplaban con satisfacción á las bellas y numerosas damas que habían invadido la severa Biblioteca, formando un contraste singular sus rostros sonrosados con los amarillentos incunables de la vieja estantería.

No se presta al extracto, ni á un resumen crítico, el discurso del ilustre orador demócrata. Su forma oriental era revolucionaria para aquel recinto clásico, como lo fué, en otro sentido, la del estilo de Selgas. Su fondo era ecléctico y algo vago, como todas las obras del Sr. Castelar: su estilo, el de siempre, poético, aunque menos ampuloso, lleno de llamaradas de erudición, de luz y poesía. Tiene algo de esas catedrales cuyos cimientos son romanos, sus muros mozárabes, góticas sus torres, sus altares platerescos, y revocados luego á la moderna, pero que forman un conjunto grandioso é imponente en su magnífico desorden. Castelar canta la poesía del siglo XIX, pero tiende la vista con amor á todas las edades. Su discurso es una catedral escrita.

La imaginación predomina con tal exuberancia, que desvanece la doctrina. Su vasta erudición le permite alusiones á todos los hombres célebres antiguos y modernos; abarcar con la mirada de Góticie todas las edades; extraer imágenes y poesía de todas las ciencias; volar por el espacio; internarse en lo pasado, deslumbrando y aturdiendo con el exceso de luz, y haciéndose aplaudir siempre, y entender algunas veces.

No es esto un epigrama: la primera vez que entramos en la catedral de Toledo nos asombró, sin comprender lo que veíamos: el Sr. Castelar convence rara vez, y admira casi siempre: habla al organismo estético más que á la razón: no comprendemos cómo en música puede amar la dulce y sencilla melodía quien instrumenta tan complicada y gallardamente sus discursos. Es un poeta árabe que piensa á la europea.

El pintor R... acaba de hacer el retrato de D.ª Escolástica, señora que raya en los cincuenta: es un pintor idealista, que no copia las arrugas ni los detalles impertinentes con que los años desfiguraron el semblante. El retrato sale lleno de juventud y de belleza, y D.ª Escolástica le paga espléndidamente y le coloca con orgullo en su gabinete.

—¿Te gusta el retrato? dice D.ª Escolástica.

—Es admirable: ¿qué elegancia, qué frescura!

—¿Y el parecido?

—Está hablando. Calculo quién es el pintor. Es el retrato de tu hija hecho por su novio.

Menudeaban tanto los suicidios en una población, que raro era el día en que no se pegaba un tiro algún vecino. El Gobernador, para evitarlo, trató de impedir la venta de armas de fuego; pero habiéndole hecho presente el perjuicio que iba á sufrir una industria respetable, dictó el siguiente bando:

«Desde hoy sólo se permite la venta de revólvers descargados.»

Un funcionario de palacio se coloca su uniforme bordado de oro delante de un amigo muy gastador y muy vicioso, el cual lo contempla con codicia, y por último, le dice: —¡Estás deslumbrado!

El funcionario, sin contestarle, llama á un criado y le manda buscar un coche de alquiler.

—Yo iré á elegir el coche—añade el amigo levantándose;—un coche que haga juego con esos bordados tan lujosos, donde pueda entrar una estatua de oro como tú. Quiero tener el honor de acompañarte.

—No, no acepto.

—Ya comprendo—dice el amigo, sentándose con desconsuelo.—Desconfías de mi moralidad: temas que te lleve al Monte de Piedad y que te empeeño.

Se prepara un espectáculo nuevo y sorprendente, entre cuyos episodios merece consignarse uno, que consiste en la evocación de los muertos.

—¿Y se sabe qué viene á ser eso?—preguntaba un curioso.

—Lo ignoro: deben ser ensayos de la resurrección de la carne.

—¿Y en qué cementerio es la función?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

CRÓNICA GENERAL.

Esperábase una crisis en Alemania, y antes se ha efectuado otra repentina en Italia, por la derrota del Ministerio, que esperaban de un instante á otro los políticos, sin saber de qué manera ocurriría, pero creyéndola inevitable por el fraccionamiento en que se hallaban los partidos que debían ser el apoyo del Gobierno. Ningún acto de éste ha motivado la

derrota, que ha sido producida por un movimiento espontáneo de oposición de esos que imposibilitan vivir juntos á los que no pueden sufrirse. Lo raro, lo difícil, la obra maestra de Cairoli ha sido mantener el equilibrio durante algunos meses en una Cámara donde no tenía mayoría real, para lo cual ha tenido precisión de sortear á sus muchos adversarios y verse condenado á la inacción. Y tan precaria era su suerte, que el Gobierno italiano ha debido respirar con desahogo después de su fracaso, descansando al caer en tierra, como aquel virey de Cataluña, tan desdichado en su casa por los disgustos que le daba su familia, que, yendo de viaje, cayó en un lodazal debajo del caballo y sin poder moverse; como los gentiles-hombres acudiesen á socorrerle, dijo el Virey, hablando con trabajo:

—Dejadme, señores, dejadme descansar, pues por mal que os parezca esta postura, estoy aquí mucho mejor que en mi casa.

El Gobierno de Italia, derribado y sin amigos, debió encontrarse mejor que en compañía de las Cámaras á que debía su existencia.

Entre unas Cámaras donde nadie tenía mayoría, y el Gobierno, la elección del Rey de Italia no podía ser dudosa. El Sr. Cairoli ha sido encargado de presidir las nuevas elecciones, que se efectuarán rápidamente, y cuyo resultado promete ser interesante para el tanteo de la opinión dominante en Europa, en la cual hoy prevalecerían las tendencias avanzadas si el sufragio diese en Italia el mismo resultado que acaba de dar en Inglaterra: esto, unido á la situación política de Francia, sería grave para los

elementos conservadores, si bien no tendría en Italia la significación que en el Reino Unido si triunfase el partido radical; pues al fin y al cabo, un radical va á dirigir las elecciones, que no pueden dejarse tan á merced del acaso, como hacen en su patria los ingleses, cuando se trata de un país al cual podría conducirle á una guerra desastrosa el triunfo del partido exaltado, que quiere arrancar un trozo de territorio á una nación tan fuerte como el Austria.

La cuestión del bandolerismo ha vuelto á suscitarse en la prensa y en el Congreso, no por ningún nuevo atropello, sino por el poco resultado de la persecución que se les ha hecho en las provincias donde dieron sus últimos escándalos, y las revelaciones de padrínzagos que se han leído en los periódicos. Resulta, por lo ménos, que los habituales del campo y los grandes propietarios rurales de ciertas comarcas, acobardados y por evitar males mayores, no prestan la cooperación de sus declaraciones y noticias á la autoridad: esto prueba la desconfianza que tienen en la eficacia de la acción gubernativa y judicial, pues de otro modo se apresurarían á facilitar los medios para que cesase el tributo vergonzoso que satisfacen y el peligro continuo que arrostran, fiándose más en la formalidad de lo que pactan con los señores feudales de las encrucijadas que en la enérgica protección que debían esperar de los Gobiernos.

Resultado de ello que en medio de la inestabilidad de los poderes se levanta, con el carácter de institución permanente é indestructible, la organización del bandolerismo, que, arrojada de los caminos por la Guardia civil, se refugió en las cuevas de los montes, donde ejerce una soberanía salvaje, humillante y repulsiva.

En el siglo pasado existió en Salamanca una tenebrosa asociación de malvados, cuyas tropelías inauditas tenían aterrada la provincia, y cometían robos, atropellos, incendios y asesinatos, sin que pudiese averiguarse quiénes eran los autores, hasta que encomendada á un juez especial la persecución de los delitos, resultaron complicados en ellos propietarios, autoridades, escribanos, eclesiásticos y gentes de todas jerarquías, siendo condenados á muerte centenares de personas, cuyo número excesivo obligó á ejecutar la sentencia en los que resultaban más culpables.

No hay delincuentes que puedan desafiar á las autoridades y á la opinión en un país organizado, cuando los Gobiernos se deciden á reprimir y castigar severamente el crimen. La impunidad del malhechor, además de vergonzosa, es disolvente; pues cuando se da ese espectáculo inhumano y odioso, cuando el desaliato entre los hombres honrados, el malvado se envalentona, la probidad se dificulta, y el prestigio de la autoridad padece mucho.

Confiamos en que el bandolerismo pertenecerá pronto á la historia, y sus últimos héroes concluirán su epopeya en los presidios.

Italia, que tiene una literatura tan rica é importante, no tiene lo que se llama teatro nacional como España, Inglaterra y Francia: su verdadero teatro es el lírico.

Pero no en vano es Italia la madre de las artes; y si no viene teatro, aunque tenga algunos autores notables, asimilándose el repertorio de la literatura extranjera, tiene escena italiana, que puede competir con las mejores, hasta el punto de que sus Compañías teatrales recorren la Europa y la América estatuas y aplaudidas. A España han venido la Ristori, la Santoni y la Civili, naturalizándose ésta en nuestro teatro por un esfuerzo singular de su talento: hemos aplaudido á Salvini y Rossi: la compañía cómica-lírica de Maria Frigerio ha obtenido una recepción afectuosa, dejándonos un buen actor, el Sr. Ficarra, y en la actualidad toda persona de buen gusto acude al teatro de la Comedia para admirar la ejecución, lo completo de los cuadros, el estudio de los detalles y el amor con que la Compañía italiana de Virginia Marini representa su variado y difícil repertorio.

Esta excelente actriz, cuyo retrato damos hoy al público, se distingue por la flexibilidad de su talento y la distinción de sus maneras, y por el estudio concienzudo que ha hecho del natural, el cual embellece artísticamente dentro de la verosimilitud escénica. Es difícil determinar en qué género sobresale. «Es actriz cómica», decimos al verla provocar la risa del espectador en las obras de Goldoni. «Parece una actriz del teatro francés», exclamamos cuando interpreta los dramas de Augier, de Dumas ó Sardou. Y es que su organización privilegiada lo mismo se anuda á lo tierno que á lo trágico ó lo cómico, sintiendo el arte escénico en todas sus manifestaciones.

No tardará en abandonarnos; pero no olvidáremos fácilmente á esa simpática extranjera, que hablando en un idioma extraño nos ha hecho reír, llorar y estremecernos alternativamente, produciendo á veces esas tres variadas y profundas impresiones en una sola noche.

No juzgarémos como prestidigitador al Sr. Auboin-Brunet, aunque haga juegos de manos en el teatro de la Zarzuela, toda vez que ciertos periódicos nos le presentan como sabio y vulgarizador de la ciencia. El escenario de aquel teatro es una cátedra, y merece respeto el profesor, mucho más si empieza sus lecciones con suertes de escamoteo y concluyen con juegos de luz, que divierten á los chicos. Juzgar como prestidigitador á un catedrático sería tan injusto como lo fué el público del Circo de Price hace algunas noches, cuando un funámbulo que se paseaba en una cuerda colocada á gran elevación sacó un cornetín y quiso acompañar á la orquesta, ó por mejor decir, á darla escolta como galán que sigue á una señora desde lejos; el público juzgó al funámbulo como músico, y cuando en vez de un cornetín tocó dos cornetines á un tiempo, el mal efecto duplicó.

Si tratásemos de juzgar á Mr. Auboin-Brunet como sabio y catedrático, siendo un prestidigitador, la dificultad aumentaría; ¿cómo podríamos apreciar su capacidad cientí-

fica no revelándose en el espectáculo teatral, donde la desarrollo de un modo tan modesto, que no es fácil notarla?

—¿Y de qué ciencias es profesor ese caballero?— preguntamos.

—No lo he podido averiguar—nos contestó un amigo;—serán ciencias ocultas.

La fiesta del 3 de Mayo era en otro tiempo día de recolección para los muchachos, que asaltaban en Madrid al transeúnte, presentando sus bandejas y pidiéndole «un cuartito para la cruz de Mayo.» Mozas que, á ser mozos, podrían entrar en quintos, siguiendo el ejemplo de los niños, se lanzaron á la calle en busca de monedas. Y como la naturaleza del progreso es no detenerse nunca, de un año á otro esperamos que en ese día nos acometan, bandeja en mano, ancianos con peluca.

¿No eran lustante los muchachos? Estos se multiplican el día 3 de Mayo de un modo prodigioso: pululan por las calles en ejemplares: Madrid parece una población de luérfanos: hay familias sin padre ni madre ni parientes, compuestas de hijos nada más; todas las casas son escuelas. Combúele esa abundancia de criaturas, considerando los dolores que habrán costado á tantas madres.

—¿Qué edad tiene D. Juan? decía un vecino mío el día 3 de Mayo.

—No lo sé; pero debe tener mucha; ya no sale á la calle con bandeja.

Se aproximan las carreras de caballos, la romería de San Isidro y las ferias; es decir, innumerables diversiones, que sustituirán á las de los teatros que se cierran.

Los aficionados á los ejercicios lípicos visitan las cuadras más famosas, y cuentan historias y anécdotas en que el protagonista es el caballo.

—¿Vendrás es árabe de pura raza—nos decía un amigo, ponderando las excelencias del suyo; sus antepasados se criaron en las cuadras de Boudill; tiene pergaminos que acreditan la antigüedad de su nobleza, y es su velocidad la del telégrafo.

—Entonces, el triunfo de V. será seguro.

—Tiene un solo defecto: es corto de vista.

Como era natural, puse á su disposición mis anteojos.

—¡Oh! Espero conseguir el primer premio montando á mi Pegaso.

—¿Tanto corre ese caballo?

—Baste decirle á V. que no gasta herraduras, porque nunca toca el suelo con los cascos.

—¿El Pegaso?—interrumpió un amigo sonriendo.—¿No es aquel caballo cojo que te vendió un gitano?

—Y ¿qué importa la cojera? El Pegaso, como lo indica su nombre, tiene alas.

Respecto de la romería de San Isidro, la alegría de los madrileños es general, porque todos los años suele llover en esos días, y este año no podrá llover. La razón es convincente: toda el agua del cielo ha caído ya en nuestros sombreros. Los reyes de piedra de la plaza de Oriente parecen, de puro limpios, que se han lavado con jabón. Ha sido la de estos días una inundación por entregas de á real. Los cambios de temperatura eran tan frecuentes, que un vecino nuestro nos contaba lo siguiente:

Ayer pedí el almuerzo, que consta de dos platos, el postre y el café.

—¿Qué tal día hace? pregunté á la cocinera cuando me presentaba la tortilla.

—Un día muy hermoso, señorito.

—Me parece que se ha nublado, dije al trincar un pollo pocos momentos después.

—Sí, señorito; me acabo de asomar á la ventana y el tiempo se ha revuelto.

Cuando toné el café llovía á chaparrón y hacia un frío propio de Diciembre.

No por eso se han descuidado los protectores de los animales y las plantas en preparar la Exposición anual que veremos en los días de las ferias.

Nuestro amigo Alvarez Alvirar, encargado actualmente de estudiar las enfermedades de los vegetales, y que se ha pasado una larga temporada asistiendo á unas patatas enfermas como médico de cabecera, nos asegura, y lo creemos, que la próxima Exposición de flores será mejor que la última.

—Pero ¿están de peligro esas patatas?—le preguntamos con interés al despedirle.

—Tengo esperanzas de salvarlas—contestó con majestad.

Desearémos que se alivien.

El público de París espera con impaciencia la apertura de los salones de la Exposición de Bellas Artes.

Un pintor muy tronado mira con rencor el edificio.

—¿Qué es eso?—le pregunta un compañero.—¿Por qué amenazas con los puños á ese edificio?

—El Juralo está compuesto de ignorantes: no han admitido mi obra maestra; ya sabes: el cuadro en que represento el milagro de los panes y los peces.

—Pues bien, amigo del alma: te voy á ser franco: el pan que has puesto en ese cuadro no parece pan.

—¿Y eso qué prueba? Que lo hice sin modelo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

SUCESOS DE AMÉRICA.

Con motivo de los extraordinarios sucesos ocurridos en el Perú y Bolivia, creímos deber interrumpir las reseñas que sobre los asuntos del Pacífico veníamos publicando en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA, precisamente porque sólo de una manera oblicua se referían á la guerra, al par que se desenvolvían directa é inmediatamente dentro de la esfera política, á la cual quisiéramos permanecer en un todo ajenos, aunque no estoicamente impasibles. Dos movimientos populares, movimientos de estos que hacen recordar las erupciones de un volcán ó un huracán en alta mar, han llevado al poder al doctor Piérola en el Perú, y al general Campero en Bolivia, si bien por fortuna no hay que lamentar desgracias personales, pues los inmensos reveses de la guerra, y sobre todo una de estas terribles vicisitudes del destino, que arrojan por los suelos imperios como el de Napoleón en Sedán, habían preparado de una manera casi espantosa el advenimiento del antiguo héroe del Huascar é infatigable conspirador, tan conocido ya de los lectores de LA ILUSTRACIÓN, por lo que del jefe del partido conservador peruano hemos repetidas veces consignado; así como el del general Campero, que mandaba la división destinada á operar en el Atacama, y el cual se ha mostrado tan estricto idólatra de la ley, que sólo con carácter provisional ha consentido aceptar una presidencia que en estos momentos es pesadísima carga, ó sea hasta que las Cámaras provean este cargo de una manera legal y definitiva.

En tanto, las operaciones se habían paralizado casi por completo, tal vez prometiendo á los chilenos que el profundo cambio político operado en los dos Estados enemigos daría por resultado una avenencia, ó esperando las funestas consecuencias de intestinas discusiones que asomaron, pero que apenas nacidas, tanto en el Callao como en La Paz, fueron prontas y enérgicamente sofocadas; disensiones que se estimaría pudiese acallar la prosecución activa de las operaciones ante el común peligro. El ejército chileno se limitó por un tiempo á afirmar su invasión y consolidar su dominio en el importantísimo distrito de Tarapacá, á extender sus excursiones marítimas á islas y puntos costeros que contienen grandes cupos de guano, cuyo artículo, junto con los salitres, ha monopolizado lo de hecho. Luzgo la escuadra puso bloqueo á toda la costa, desde el Norte del Callao á Pisagua, uero más en especial desde Arica á Mollendo, de cuyos

puntos hacía el Sur los chilenos dominan, si no en absoluto, virtualmente, ya por la dificultad de comunicaciones, ya por ser una línea tan extensa, que no permite ser completamente guarnecida y atendida. Lo mismo sucede respecto á la navegación; áun cuando la escuadra, convenientemente apostada, estaba vigilando con gran actividad el paso de algún buque peruano, no ha podido impedir que el transporte *Rimac* llevase armamento al Callao, ni que la *Unión* arribara á Arica, forzando la línea de bloqueo al abrigo del *Manco-Capac* y de los fuegos de la plaza.

El plan de campaña que en los meses de Febrero y Marzo se ha atribuido á Chile, que en parte ha realizado, y cuyo completo planteamiento se esperaba de un momento á otro, era embarcar los 17 ó 19.000 hombres de todas armas que calculan tener en Tarapacá, con más los últimos refuerzos que con gran premura se estaban organizando en Valparaíso, y atacar simultáneamente por tierra y por mar á Arica, defendida por el monitor *Manco-Capac* y por las fortificaciones, así como por el ejército terrestre al mando del general Montero, jefe de la plaza, y que se crea podía disponer de 12.000 peruanos á sus órdenes, 4.000 bolivianos de destacamento en Tacna, y alguna fuerza que se esperaba de Bolivia. Tomada Arica, se dirigirían luego á la capital, mientras la escuadra bloqueaba á Callao.

Con propósito de aislar la plaza de Arica, intentaban establecer un cerco formal que cortara las relaciones exteriores del ejército aliado, de suerte que no pudiera por ninguna parte provisionarse; plan realmente infalible si el general Montero no ha surtido previamente de abundantes víveres la plaza, como no es de suponer.

Sin duda con este propósito ya el 25 de Febrero desembarcaron de 8 á 10.000 chilenos en Pacocha ó Ilo, á unas 60 millas al Norte de Arica, y más tarde 3.000 en Victor, ya más cerca del puerto, y el 28 rompieron el fuego contra la plaza el *Huascar* y el *Magallanes* juntos con el *Angamos*, que se situó á 6.000 metros, y que con sus cañones Armstrong de 150 causó grandes desperfectos en la ciudad.

El *Huascar* intentaba abordar el *Manco-Capac*, cuando su comandante advirtió una lancha torpeda á uno de sus costados, por lo que se retiró rápidamente, no sin

recibir de ocho á diez disparos, que le llevaron el palo de mesana y lastimaron el casco, causando unas 25 bajas, y entre ellas la del valiente capitán D. Manuel Thompson, cuyo cadáver ha sido trasladado á Valparaíso. También cerca de Ilay hicieron un pequeño desembarco, sin duda para practicar algún reconocimiento en Mollendo, pero sin resultado.

El 17 de Marzo circulaba en Lima la noticia de que en Moquegua, centro de la mejor comarca vitícola del Perú, y según otros, en la cuesta de los Angeles, había sido sorprendida una división chilena al mando del mismo Ministro de la Guerra, por otra peruana, mandada por el coronel Cáceres y tal vez el prefecto de Arequipa, causándole 1.300 bajas; pero las versiones eran muy encontradas, y como están cortadas las relaciones de Lima con el Sur, no es fácil comprobar la verdad de los hechos.

Nada más se ha sabido de Arica ni del teatro de la guerra, pero últimamente se ha recibido un telegrama, fechado el 10 de Abril en Panamá, anunciando, no sólo el bloqueo del Callao, sino que muchos habitantes de Lima habían abandonado la ciudad, retirándose a las poblaciones circunvecinas.

Más tarde se han recibido dos despachos, uno fechado el 4 de los corrientes en New-York, dando cuenta del bombardeo del Callao; de la casi destrucción de la corbeta *Union*, de la marina de los chilenos, hacia Suva, y de que amenazaba la capital, donde reinaba gran pánico. Y, por último, se ha recibido otro por la vía de los Andes, fechado el 3 en Valparaíso, diciendo que el Callao ha quedado casi destruido. ¿Intentarán los chilenos un golpe atrevido, abandonando los alrededores de Arica, y desembarcando fuerzas cerca del Callao y avanzando hacia Lima? Todo induce a presumirlo.

Se había propuesto en ésta, previendo el caso muy probable de este atrevido golpe, circuir la ciudad de fosos y trincheras; pero como el acuerdo se tomó a mediados de Marzo, ¿ha habido tiempo de realizar y completar las obras de una población que no es murada, ni tiene ningún medio sólido de defensa, como abierta por todos sus lados, y desenvolviéndose con la imprevisora libertad de quien no puede sospechar una invasión? Se calculaban en 20.000 los hombres armados que la defen-

derían, mas como la mayor parte son paisanos, y los soldados, hispanos, aún contando con la pericia y valor que contra Parí y Prado en otra ocasión el Dr. Piérola demostró, podrán hacer frente a un ejército que se ha batido varias veces, con poderosa artillería, de que el Perú no dispone, a pesar de las vicisitudes de la campaña en un país insano y poco aprovisionado? No nos atrevemos a resolver estos pavorosos problemas, limitándonos a plantearlos.

Los últimos propósitos de Chile parecen ser precipitar el desenlace de la guerra, y sospechamos que a este efecto han abandonado su proyecto de tomar a Arica, Mollendo ó cualquier otra plaza artillada y guarnecida, incluso el mismo Callao, siendo de temer un desembarco del grueso del ejército, que, dejando al puerto de Lima á retaguardia, avance sobre la capital, que por razón de la distancia é in-comunicación marítima no puede ser auxiliada por el ejército del Sur, al mando del general Montero.

Piérola y Campero están resueltos á continuar la guerra hasta el fin, tanto, que aunque los chilenos se apoderaran de Lima, que no sería la primera vez, se retirarían al interior, organizando nuevos elementos y consagrándose en especial á la guerra de montoneros y encrucijadas, y aquí llamada de guerrillas, que han comenzado ya en Tarapacá, donde el coronel Albarracín está todos los días molestando al enemigo, hasta el punto de que el Sr. Sotomayor, que, aunque abogado, es Ministro de la Guerra en campaña, lo cual no es nuevo en países libres como Inglaterra y Chile, ha ordenado fusilar á todo paisano habido con las armas en la mano, bombardear, hasta destruir las, todas aquellas poblaciones de la costa que estén protegidas por los cañones; hacer fuego sobre todos los ferro-carriles que estén sirviendo al enemigo para trasportes de tropas y elementos bélicos; destruir todos los muelles y embarcaciones que se emplean en el carguío en los puertos, etc.

La situación del Perú, como se ve por lo dicho, es tan grave como comprometida, y se van realizando al pié de la letra nuestros pronósticos de que, á consecuencia de la toma del Huascar, la guerra sería muy larga y acarrearía grandes desastres, de que aquellas repúblicas, pero señaladamente el Perú y Bolivia, no se repondrán en muchos años, si ya los odios engendrados y que echarán tan hondas raíces que en lo que resta de siglo no será posible arrancarlos de cuajo, no son un sencillo perenne de discordias internacionales que remuevan todas aquellas no bien definidas nacionalidades, corriendo sus fronteras acá y acullá con la fluidez de las olas de sus lagos y mares.

La marina del Perú ha sufrido á estas horas las siguientes bajas: la *Independencia*, su mejor blindado, de catorce cañones (dos de 150 y doce de 70), varado no lejos de las aguas de Iquique; el *Huascar*, su mejor monitor, con dos cañones de 300, caído en poder de los chilenos al revolver el monte Morro de la bahía de Mejillones, y la cañonera *Pilemayo*, también en poder de los chilenos, con dos de 70 y cuatro de 40, y si no recordamos mal, ha perdido también el transporte *Chalaco*. La que aún todavía los trasportes *Limaña*, *Mayro*, *Talismán* y *Rimac*, apresado éste á los chilenos, cuatro pontones, y la corbeta *Union*, de doce cañones de 70. Estos buques, excepto los pontones por el aprendizaje de la oficialidad y manutención, los destina ahora á aprovisionar las plazas del litoral con no poco riesgo. Para el servicio activo de la guerra son, pues, inservibles, y los únicos buques de que puede echar mano son el monitor *Atahualpa*, con dos cañones de 500, y el *Manco-Capac*, con otros dos de este calibre; y si bien ningún buque chileno tiene cañones de 500, dispone, sin embargo, su escuadra de catorce de 300, y ahora acaba de montar en el *Angamos* cañones Armstrong de 150, de los que se cargan por la culata, y que ya se han ensayado en el bombardeo de Arica. Como baterías de defensa, el *Atahualpa* en el Callao, y el *Manco-Capac* en Arica, prestan buen servicio; mas tienen que estar anclados en los puertos, porque de hacerse á la mar caerían pronto en poder del enemigo, pues no sirven como buques de ataque. Chilo, pues, es hoy, después del Brasil, la primera potencia marítima del Sur América, y queda dueña del Pacífico, lo cual hace muy difíciles las operaciones del ejército aliado, cuyas relaciones con Lima están cortadas, siéndole sumamente costoso aprovisionarse. Si ya la suerte de la guerra no le favoreciera, Chile tiene este año la fortuna de haberse mejorado notablemente el precio y demanda de los cobres, de que se está haciendo gran exportación para Europa, y además, la de presentarse una de las cosechas más excelentes que en años se haya visto, disponiéndose á última hora algunos buques á cargar trigo con destino, no sólo al Perú y otros países americanos, sino á los europeos.

La exportación agrícola ascendió el pasado año de 1879 á 5.289.215 pesos, y la minera á 2.491.396, cifra que revela un más que regular movimiento mercantil. El comercio, merced á decretos que honran tanto al doctor Piérola como al Gobierno de Santiago, ha podido restablecer sus comunicaciones con toda la costa, incluso el distrito de Tarapacá, y es probable que recobre gran vigor desde que las tropas chilenas, al menos el grueso del ejército, ha abandonado sus áridos desiertos, trasalándose á la fértil y hermosa provincia de Moquegua, donde estaba operando á la última salida del correo de aquel punto.

La honradez del Gobierno chileno, y en general de todos los empleados de su Administración, contribuyen eficazmente al buen orden y á los progresos, lentos, pero constantes, de aquel país. Su respeto á la ley es tal, que bien puede compararse con el que se profesa en la tan enaltecida Inglaterra. Dos pruebas muy convincentes vamos á aducir entre otras. La Constitución garantiza á todo chileno que viaje como mejor le parezca, sin permiso ni documento alguno. Cuando se construyeron los ferro-carriles peruanos, el empresario contrató trabajadores chilenos en tanto número, que aquellos brazos hicieron gran falta á la Agricultura. Sólo en el ferro-carril de la Oroya trabajaron sobre 22.000 chilenos, y en otras industrias del Perú y en las repúblicas limítrofes llegaron á 86.000 los trabajadores chilenos. A nadie, sin embargo, se le ocurrió impedir su salida, á pesar de los inmensos perjuicios que causaba, porque la Constitución garantizaba el perfecto derecho de los emi-

grantes. Pero ahora acaba de darse otro ejemplo de respeto á la ley más elocuente todavía. Por virtud de tenores que en otros tiempos inspiraría el militarismo, se dictó una ley á cuyo tenor el soldado que moría en campaña no legaba á su familia ningún derecho de pensión ó recompensa. Los soldados casados en campaña, que son muchos, habían consignado una mensualidad de tres á cinco pesos á sus mujeres, pero á consecuencia de haber fallecido sus maridos en Pisagua, Dolores, Tarapacá, etc., las infelices viudas tenían que retirarse de la Tesorería sin otra constatación que «la ley no permitía abonarles nada»; y para remediar en parte esta falta se ha recurrido á una Sociedad benéfica. Parece, no obstante, que se va á someter un proyecto de ley al Congreso para llenar este vacío, que allí es indispensable cubrir. El sistema constitucional es, ante todo, legalidad, y desde el momento que ésta no se respeta, un país está condenado á todos los castigos de la dictadura.

Para que los lectores se formen una idea cabal del estado de las fuerzas de que á fines de Marzo disponía el Gobierno chileno, creemos deber añadir los siguientes detalles. El ejército activo se componía de cuatro divisiones, al mando de los generales Ameghno, Muñoz, Amunátegui y Barrios, con 12 cañones Krupp cada una, servidos por 400 hombres, y 6 ametralladoras la 4.ª, servidas por 200. Las dos primeras constaban de cuatro regimientos de 1.200 hombres, cuatro batallones de 600 plazas y dos escuadrones de cazadores de 240, ó sean 8.480 hombres. En la 3.ª figuraba un regimiento de artillería de marina de 800 plazas y un escuadrón de granaderos de 240, y en la 4.ª, un regimiento de zapadores, dos escuadrones de granaderos de 480, y 500 pontoneros é ingenieros. Total del ejército activo, 17.500 hombres y 54 cañones.

El ejército de reserva está confiado al general Villagran, y consta de 16 batallones de 600 plazas, dos escuadrones de carabineros de Jungay de 480, 24 cañones rayados franceses de bronce, servidos por 600 hombres, y 400 ingenieros, pontoneros, etc. Total, 11.080; sumando ambos totales, resultan 28.580 hombres y 78 piezas de artillería. Como tanto los soldados como la oficialidad se han improvisado, se echan de menos un general en jefe y otro de Estado Mayor. Por esto es ahora general en jefe un paisano, como ya hemos dicho, superintendente que ha sido de la Casa de la Moneda, ex-ministro de Hacienda y ahora ministro de la Guerra, lo cual no es nuevo, repetimos, en países libres como el inglés y el chileno, aunque sí en campaña. A pesar de esto, aquel ejército, como de buenos hijos de España, que en punto á latirse es nuestra, lucha con un denuevo é espíritu tan sufrido, que más parece de veteranos.

No hemos de terminar sin felicitarnos y felicitar á su Gobierno de que abandonando prejuicios añejos é injustificables, y olvidando rencores que España ha olvidado años há, haya reanudado las relaciones diplomáticas con la metrópoli, abriendo las negociaciones preliminares para un tratado. Los resultados de este paso no tardarán en hacerse sentir, porque sabemos que varios armadores peninsulares se preparan para establecer un comercio inmediato con el litoral chileno, y ya han debido salir algunos buques en camino para el Pacífico.

Pero el hecho para nosotros más culminante, el que más nos ha llamado la atención y que prueba la nobleza de ánimo de nuestra raza, y que el espíritu español y el sur americano vibran al unísono, es que, á pesar de necesitar toda clase de recursos para la guerra, tanto del Perú como de Chile, se han remesado importantes sumas para aliviar en parte la gran catástrofe de Murcia. Nada decimos de la colonia española, que la correspondido con conmovedora generosidad de uno á otro extremo de América á los sentimientos de caridad que la desgracia de Levante ha despertado en toda Europa. No podemos menos, por lo tanto, de mostrar nuestro más profundo agradecimiento á toda la América hispano-latina, desde Méjico al estrecho de Magallanes, por los sacrificios que se ha impuesto para socorrer una comarca infortunada de la madre patria, y con una espontaneidad tal, que no ha habido necesidad de llamamientos ni excitaciones, sino que ha partido pura y exclusivamente de su iniciativa.

El día que el orden público no sea en aquellos Estados un problema y que sea afianzada todas las libertades, lo mismo contra los embates de la demagogia que contra los excesos de la dictadura, la raza hispano-americana, ornada de tan relevantes cualidades, rivalizará, á la sombra benéfica de la paz, con los Estados Unidos, á cuyo ascendiente luto agresivo en plazo más ó menos lejano tendrá que hacer frente, porque la doctrina de Monroe, según se acaba de ver en su aplicación á la apertura del istmo de Panamá, menospreciando las manifestaciones y notorio derecho que asiste á Nicaragua, como á las Repúblicas vecinas, no es un arma americana y á favor de todo aquel continente, sino pura y exclusivamente al servicio de la gran potencia del Norte, que resiste la construcción de un canal que ha de cambiar la faz del Sur-América por no poder monopolizarlo, y sobre todo, por no perjudicar á las Empresas dueñas de la gran red de ferro-carriles que cruzan aquel vasto territorio en todas direcciones.

Á la sombra de la paz, el puerto de Limón, en Costa Rica, va tomando gran incremento; sus cocos y plátanos son cada vez más solicitados, y se van á disminuir los derechos de exportación y muelle para facilitar su salida, así como la de otros productos; se ha creado una Escuela de telegrafía, que ha de dar opimos frutos, y está para terminarse el ferro-carril que unirá á la capital con dicho puerto.

Á la sombra de la paz, el puerto de San Juan del Norte va cobrando en Nicaragua cada vez más vida, y se desarrolla la instrucción pública en la República del Salvador, donde se están practicando, en el tradicional y famoso lago de Hopago, importantes estudios geológicos.

Á la sombra de la paz se están construyendo en Colombia el ferro-carril de Antioquia, el de Cauca, el de Honda á la Dorada, el de Cúcuta; se ha colocado el segundo puente de hierro sobre el Rionegro de Fonceque, y se están practicando los estudios de otra vía férrea desde Bogotá á Girardot. Á la sombra de la paz el puerto de Cartagena hace sorprendentes progresos, que acrecentará el dique que

se está construyendo, y en el que se han invertido ya 72.000 pesos. El pueblo colombiano tiene gran porvenir; y si no infundiera halagüeñas esperanzas su afán por las obras públicas, los inspirarían sus adelantos en materia de enseñanza, que progresa tanto, que cuenta 20 escuelas normales y 1.395 elementales y públicas, con 71.501 alumnos.

Pero ¿qué no podríamos decir de las reformas que durante los últimos meses se han planteado, de las mejoras en proyecto y de las obras públicas que se están ejecutando en todas las Repúblicas hispano-latinas? Necesitaríamos llenar medio número de *La Ilustración* si quisiéramos relatarlas todas, como desearíamos, si no por otro motivo, por el de protestar contra groseros insultos estampados en los mismos días en periódicos no escritos en nuestro idioma y que ven la luz pública en pueblos enemigos de nuestra raza, que tanta generosidad y nobleza acaba de demostrar en sus donativos para remediar los daños causados por las inundaciones en Murcia, dando una prueba elocuentísima de su cariño a la madre patria, que desea estrechar cada vez más los lazos morales y comerciales con sus queridas hijas, ya que no pueda servirlos de escudo contra el monstruoso despotismo de los Estados Unidos á propósito del canal de Panamá.

¡Quiera Dios que dentro de muy poco deje de ensangrentar el suelo peruano la funestísima guerra que arruina á los tres Estados beligerantes, y que la paz se haga en condiciones que las heridas abiertas se restañen pronto, en beneficio de la estrecha unión que nuestra raza necesita y para el rápido desenvolvimiento de la inmensa riqueza de aquel Continente.

GUILLERMO GRAELL.

alma y el bálsamo que cura las heridas del corazón, la doctrina del Evangelio y el alimento de la inteligencia, la instrucción; esto es, las dos bases más firmes de un porvenir de honra y de trabajo.

¡Ojalá hubiera muchas instituciones semejantes á la Asociación Católica de Señoras!

Una excentricidad norteamericana.

Prepárase en Boston un atrevido neoyorkino á atravesar el Atlántico, desde el Hudson hasta el Tamesis, en un velocípedo de nueva invención, impulsado por el viento. Ingenioso neoyorkino de Nueva York, y el cual puede ser empleado para la locomoción por tierra á manera de carruaje, y por agua á modo de velera. Impulsado en ambos casos por el mismo conductor; éste, que desarrolla y comunica al aparato la fuerza motriz por medio de una sencilla manivela utilizando el peso de su propio cuerpo, imprime al coquecho una velocidad de cincuenta millas inglesas por hora, y á la barra la de diez millas.

Ignoramos si esta noticia tiene algún fundamento, ó si es sencillamente un *canard* del príncipe *The Day*, que la ha arrojado al viento de la publicidad.

Otro colosal proyecto: dice un semanario de Stokholm que en breve se dará principio á los estudios para el trazado de un canal entre el mar Báltico y el del Norte.

Pero estos grandes proyectos se parecen con frecuencia á fuegos de artificio: se lucen por el pronto la imaginación, como fascinan las brillantes luces de un castillo de pólvora; mas luego aquellos se pierden en la vaguedad del olvido, como éstas se desvanecen entre pesada humareda.

Siglos han trascurrido desde que Ptolomeo Philadelpho, homónimo del Canal de Suez, hasta que M. de Lesseps ha conseguido efectuar la unión de las aguas del Mediterráneo con las del mar Rojo; siglos han trascurrido desde que los misioneros españoles indicaron al emperador Carlos V, en los primeros tiempos del descubrimiento de América, la conveniencia y utilidad de romper el istmo de Panamá, hasta que el mismo M. de Lesseps, comprendiendo además la posibilidad de efectuar empresa tan magna, ha resuelto llevarla á cabo; siglos han trascurrido desde que Francisco I. y Juana la Reina, penicieron con júbilo el proyecto de un canal entre el golfo de Lyon y el golfo de Gascuña, y este antiguo proyecto se halla otra vez, según parece, á la luz del examen y de la discusión científica.

Como se ve, semejantes proyectos suelen tener un período muy largo de incubación, de infancia, en el polvo de los archivos.

E. M. DE V.

7 de Mayo.

ESTADÍSTICA DEMOGRÁFICO-SANITARIA

DE LA

PENINSULA É ISLAS ADYACENTES.

Comprende desde el 1.º al 28 de Marzo de 1880.

ESTADO DE NACIMIENTOS Y DEFUNCIONES

PROVINCIA.	Población según el censo	TOTAL general de nacimientos	Proporcion por mil de nacimientos.	TOTAL general de defunciones.	Proporcion por mil de defunciones.
Asturias.....	95.382	539	5,641	200	2,111
Albacete.....	218.757	653	2,965	459	2,094
Alicante.....	408.579	1.186	2,904	972	2,379
Almería.....	519.728	810	2,401	635	1,212
Avila.....	181.145	611	3,378	456	2,466
Batavia.....	431.105	1.647	3,747	507	1,168
Batavia.....	269.815	754	2,722	426	1,496
Barcelona.....	835.846	2.312	2,802	1,865	2,232
Burgos.....	532.889	1.315	2,912	810	1,532
Caceres.....	207.487	1.188	5,796	616	2,959
Cadix.....	450.001	1.272	2,854	881	2,055
Cantabria.....	281.421	1.095	3,891	475	1,681
Castellón.....	281.885	867	3,059	651	2,311
Ciudad-Real.....	290.747	1.375	4,753	915	3,082
Córdoba.....	386.569	1.406	3,656	820	2,121
Cuenca.....	285.083	1.089	3,809	1.115	3,875
Gerona.....	257.411	865	3,343	582	2,098
Granada.....	299.477	750	2,493	610	2,038
Guadalajara.....	477.915	1.085	2,285	1,070	2,238
Guadalajara.....	201.296	570	2,851	351	1,736
Guipúzcoa.....	167.114	457	2,695	292	1,741
Huelva.....	210.859	656	3,114	395	1,869
Madrid.....	352.591	1.560	4,431	1,170	3,336
Jaén.....	412.559	1.501	3,606	912	2,230
León.....	350.800	1.011	2,919	712	2,029
Lérida.....	286.205	687	2,408	465	1,621
Lugo.....	174.700	685	3,930	407	2,329
Lugo.....	410.738	1.118	2,722	980	2,410
Madrid.....	505.806	1.725	3,406	1.568	3,041
Malaga.....	501.097	1.512	3,017	1.010	2,075
Marbella.....	451.841	946	2,158	880	1,961
Murcia.....	201.610	1.017	5,050	616	3,022
Nápoles.....	388.259	880	2,266	821	2,155
Orense.....	176.820	1.185	6,651	1,075	6,060
Palencia.....	181.142	820	4,552	507	2,799
Pamplona.....	431.524	912	2,085	776	1,718
San Sebastián.....	286.154	671	2,316	416	1,450
Santander.....	257.617	612	2,397	551	2,240
Segovia.....	119.355	558	4,683	206	1,735
Sevilla.....	461.431	1.725	3,755	943	2,065
Soria.....	155.776	515	3,356	310	2,015
Tarazona.....	541.601	1.072	2,412	751	2,411
Teruel.....	212.826	755	3,501	515	2,421
Tierras de Ebro.....	851.874	2.314	2,784	1,080	1,261
Valencia.....	679.124	1.421	2,089	1.738	2,579
Valencia.....	247.505	821	3,351	612	2,471
Vizcaya.....	181.010	513	2,820	385	2,090
Zamora.....	210.575	496	2,378	451	2,159
Zaragoza.....	400.538	1.252	3,056	501	2,248
TOTAL GENERAL.....	16.638.956	49.266	2,961	33.856	2,035

NOTAS.

La suma de nacimientos ocurridos en el presente mes ofrece un total de 49.266, que equivale á una proporción mensual de 2,961 por 1.000. De la cifra total de los nacidos, 25.813 fueron varones, y 23.453 hembras. Los hijos de ilegítimo matrimonio fueron 2.462. La defunción mensual arroja un total de 33.856, que equivale á una proporción mensual á título de 2,035 por 1.000. Existe, pues, una diferencia en favor de los primeros de 16.430, que equivale á una proporción de 0,966 por 1.000. La provincia que mayor número proporcional de nacimientos ha tenido es la de Ciudad-Real, que ha

alcanzado 5,373 por 1.000; la de Palencia es la que ha tenido mayor número de defunciones, y se resalta una proporción de 2,789 por 1.000. La de Oviedo ha tenido menor número de nacimientos, 2.081 por 1.000, y la de Toledo menor número de defunciones, 1,944 por 1.000. Las defunciones se descomponen del modo siguiente: por enfennedades infecciosas, 6.838; por enfermedades frecuentes (tisis, afeciones de los órganos respiratorios, reumatismo, etc.), 26.214; por accidente, 284; por homicidio, 64; por suicidio, 54. El por ciento de observación de estos datos ha comprendido cuatro semanas trascurridas desde el 1.º al 28 de Marzo, por lo que se ve desde luego que el total número de nacimientos y defunciones, comparados con el mes anterior, difieren en relación natural con el mismo número de días que comprende el observatorio; pero atendiendo comparación proporcional, se observa en los nacimientos del presente mes una diferencia en aumento de 0,049 por 1.000.

La Honrosa cárcel de Santorcen, aquel soberbio palacio-fortaleza cuya fundación se atribuye al turbulento arzobispo de Toledo D. Alonso de Carrillo, y en el cual lloraron su libertad perdida el baciller Gonzalo Ximenez, después insignie cardenal Ximenez de Cisneros; Francisco I de Francia, que allí permaneció tres meses antes de su venida al Real Alcazar de Madrid, no á la Torre de los Lujanes, como erróneamente se cree; D.º Antón Mendoza y de la Cerda, príncipe de Eboli y amigo del famoso Antonio Pérez, secretario de Estado del rey D. Felipe II; el infortunado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete-Iglesias y ministro de D. Felipe III;—la Honrosa cárcel de Santorcen, decimos, vendida hace años en pública subasta, como finca de bienes nacionales, está amenazada por la piqueta demolidora: los dueños del edificio, en uso de un derecho que no los disputamos, y para utilizar los materiales de construcción, se disponen á destruir la histórica *Torre-huaca*, ó sea la prisión famosa.

Recordamos que se desplomaron, hace apenas un año, las altas bóvedas del célebre monasterio de San Pedro de Arlanza, sobre los sepulcros de Wamba y del invicto Fernán-González; recordamos que los periódicos burgaleses demandan hace largo tiempo la inmediata reparación de la célebrísima Catedral de Miraflores, donde inhiernen con el suelo de la muerte los reyes D. Juan II y D.º Isabel de Portugal, y el malogrado príncipe D. Alonso de Castilla, padres y hermano de la excelsa reina Isabel la Católica; recordamos también que algunos diarios noticieros de esta corte han anunciado para un día próximo, en el corriente mes de Mayo, la venta en subasta pública del incomparable monasterio de Oña, primer panteón de los Reyes de Castilla, en el cual está sepultado aquel hermoso y bravo monarca *Sancius forma Paria et Hector ferax in armis*, que fué asesinado por el traidor Bellido Dolfos ante los muros de Zamora. ¿No basta la destrucción de Poblet, de Frenlesval, de San Pedro Cardénia, de tantos otros monumentos históricos y artísticos de la patria? ¿Por qué no hemos de procurar la conservación de los que aún existen, felices testigos de un pasado de grandeza y gloria?

Ante el citado mausoleo de D. Juan II y D.º Isabel de Portugal exclamó en cierta ocasión un sabio ingeniero británico: —Si Inglaterra poseyese esta joya del arte, la cubriría de una verja de oro.

Y España ha convertido en esa artística joya (cuya piedras hizo numerar Napoleón I para trasladarlas al Louvre y reconstruir allí el sepulcro) sea groseramente mutilada!

MOSAICO DE ACTUALIDADES.

No obstante el buen aspecto de los sembrados, que anuncia abundante cosecha en los principales centros productores de la Península, el precio de los artículos de primera necesidad, aunque con tendencia á la baja, se sostiene todavía elevado; porque si es cierto que el pan de dos libras, por ejemplo, se vende hoy ocho céntimos de menos que en la segunda quincena de Abril último, también lo es que el trigo, así como el precio del trigo en el mercado de Madrid tampoco se halla en justa proporción con el que obtiene en los demás mercados de España.

Examinando la estadística oficial que ha publicado la *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*, el precio corriente, en pesetas, del hectólitro de trigo ha sido, durante el período citado, el siguiente: en Valladolid, 21,82; en Badajoz, Cáceres y Cádiz (Alcalá de los Gazules), 22,06 á 22,52; en Avila y Segovia, 23,45; en Guadalajara, Granada, Jaén y Sevilla, 24,30 á 24,77; en Ciudad-Real y Huelva, 25,33; en Victoria, Huesca y Toledo, 26,12 á 26,74; en Huelva, León y San Sebastián, 27,06 á 27,93; en Alicante y Pontevedra, 28,40; en Valencia, 30,00; en Oviedo, 31,00; en Castellón y en Murcia, 33,10; en Madrid, por último, 30,00 á 31,00.

Comparando ahora el precio medio del trigo en Madrid, por quintal métrico y en pesetas, con el que tiene el mismo cereal en las demás capitales de Europa, resulta lo que sigue: en Amsterdam, 21,60; en Berlín, 27,00; en Bruselas, 30,50; en Ginebra, 32,75; en Londres, 33,50; en París, 30,75; en Roma, 34,30; en San Petersburgo, 27,30; en Viena, 28,50; en Madrid, en fin, 39,66.

De manera que resulta un hecho inverosímil é incomprensible, pero *verba*: que el precio del trigo, primer artículo de necesidad absoluta para las clases populares, por lo mismo que constituye la base de la alimentación del pueblo, es más alto en Madrid que en todas las capitales de Europa, y también más alto que en casi todas las ciudades de España.

Y la inverosimilitud sube de punto si observamos que precisamente Madrid está colocado en el centro de la región española donde el trigo alcanza menor precio: si no nos explicamos que ese artículo de imprescindible necesidad se venda en Amsterdam, en Berlín y en San Petersburgo un 30 y quizás un 40 por 100 más barato que en Madrid, menos podemos explicarnos que un hectólitro de trigo cueste en Madrid 31,06 pesetas, y en Guadalajara y Avila cueste 23,75 pesetas.

Diferencia en contra de Madrid: pesetas 7,31 en hectólitro. El secreto no debe hallarse en el derecho protector, como quieren algunos economistas, porque tal derecho es igual para todas las poblaciones de España: debe hallarse, á nuestro juicio, en los arbitrios municipales, que son aquí excesivos, y en los manejos de agiotistas y acaparadores nada escrupulosos, y de logros sin conciencia.

Una estadística muy curiosa, muy consular y muy á propósito para estimular los sentimientos caritativos del pueblo madrileño nos ofrece el *Estado a nutral* que acaba de publicar el *Boletín* de la Asociación Católica de Señoras de Madrid: sostiene esta benéfica Asociación 14 escuelas de niños y 16 de niñas, y el número de matriculados en esas 30 establecimientos, durante el año último, ascendió á 6.523, de los cuales 580 recibieron la primera comunión.

Hé ahí una institución inexistente y á la par civilizadora en alto grado: cerca de siete mil niños de ambos sexos reciben gratuitamente en aquellas cristianas escuelas el alimento del

— ¡Psh! replicaba mi militar.... se puede correr más todavía.

— No lo creo.

— Mire V.: yo tenía un caballo tan ligero como ése, y volaba sobre sus lomos después de perdida una acción: volé la cabeza, y el enemigo estaba cerca, cada vez más próximo.

— Hinciará V. con furia las espuelas....

— Todo lo contrario; detuve el caballo y desmonté: no hay mejor caballo que el miedo cuando nos persigue un caudron, y en aquel momento sólo me fiaba de mis piernas: llegué al pueblo media hora antes que el caballo.

Se han dictado órdenes severas para el exacto cumplimiento de la ley de caza en lo referente á la veleta, y los aficionados parece que han dispuesto secundar á la autoridad en sus pesquisas, persiguiendo las infracciones hasta en las meas de los particulares y las fondas. Para comer una perdiz con descanso en estos días es necesario comprarla á hurtadillas, guisarla uno mismo y comérsela á puerta cerrada. Sabemos de un cazador á quien convidó ayer un amigo, sirviéndole, entre otros platos, codornices; el cazador, indignado, remitió al Alcalde la lista ó *menu* de la comida.

La autoridad ha acordado, según se nos asegura, colocar perros de caza en la puerta de las fondas: uno de esos inteligentes animales olfateó esta mañana á un caballero que salía de almorzar; le siguió é hizo la señal conveñida entre los cazadores y los perros para indicar que hay una pieza.

— Caballero — dijo el municipal al que salía de la fonda — entregue V. la caza que lleva oculta.

El individuo se desahochó el gaban y volvió todos sus bolsillos para demostrar su inocencia.

— Es extraño: mi perro nunca se equivoca — añadió el funcionario reflexionando — ¡Ah! Usted lleva la caza en el estómago.

— Le aseguro á V. que sólo he almorzado un caldo con vino de Jerez; aquí traigo la cuenta.

— Es verdad — contestó, lleno de confusión, el municipal; — y sin embargo, tengo fe en mi perro. Pero ya cuígo. Caballero, ¿dónde ha cazado V. el cuollo de su gaban? Tenga V. la bondad de seguirme; la piel de ese cuollo es de conejo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREXON.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

Victor Hugo. — *Religions et religion*. — La Mort et le Diable, por D. Pompeyo Gener. — El siglo XIV. — *Histoire des plantes*, por Luis Fignier. — *Souvenir*, por Bonifé. — *Mémoires*, por Duprez. — Todavía Sarah Bernhardt. — Clínica de (Hifalmo)logía. — Los nuevos jardines del Trocadero. — *Square del Trono*. — *Kiosque del Bosque de Boulogne*. — Las barcos del patio de las Tullerías. — Centro kilométrico. — *Ensayo del Conservatorio de Artes y Oficios*. — Mejora en el alumbrado público. — Gas que consume. — Inauguración del nuevo Juego de Pelota en la terraza de las Tullerías. — Los baños del Sena. — Grandes pizcadas á cuatro sueldos. — Los mercados de flores. — *Pasión por las flores*. — 850 lites de la lotería franco-española sin reclamar aún. — Aviso á quien tenga el núm. 2.403.490. — Antes del sorteo, durante el sorteo y después de él. — Inmoralidad que encierran las combinaciones para socorrer por la esperanza de ganar. — La bise de la lotería es el propósito de enriquecerse sin trabajar. — La ley de la época no reconoce más fruto legítimo que el del trabajo.

Mayo 11.

Un nombre ilustre, Victor Hugo, y el título de su nuevo poema *Religions et religion* han llenado toda la quincena literaria, no faltando quien pretenda que llenarán también el año entero; el autor dice en un corto prefacio: «Este libro fué comenzado en 1870 y se ha concluido en 1880. El año 1870 dió al papado la infalibilidad, y al Imperio Sadao. ¿Qué hará el año 1880?». «Maestro, responde un crítico, preguntado más bien lo que ha hecho, puesto que en él ha aparecido vuestro libro.» Por ahí juzgará el lector de qué modo se ha recibido esa obra. Como tantas otras de este incansable atleta, que no envejece para la lucha; como *L'Année terrible*, como *L'Histoire d'un crime*, el libro cae en medio de una gran crisis, entre dos campos que chocan y renuevan en grandes proporciones una pelea hace tiempo

preparada: natural es que haya producido una impresión profunda, un estrépito inmenso, y que esté llamado á suscitar ardientísimas polémicas. A la índole esencialmente apacible de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA no conviene penetrar en esa arena candente: para cumplir los deberes que la impone su carácter de actualidad, la basta levantar acta de la aparición del libro y dar sumaria idea de él diciendo que empieza, como *Les Châtiments*, por la comedia y la ironía, y termina de una manera magistral y grandiosa, con una afirmación espléndida del Sér universal, de quien todo emana y á quien todo vuelve; del Sér inmenso y absoluto, centro y circunferencia de los mundos; para pagar, en fin, por nuestra parte la deuda que nos hacen contraer estas cartas como crítica literaria, manifestáremos que, en nuestra opinión, el poema, por fortuna suya y del autor, se nos antoja obra de la primera fecha citada en el prólogo, y sólo en una parte insignificante de los diez años transcurridos hasta el actual.

Con el título de *La Mort et le Diable, histoire de la philosophie des deux négatifs supérieurs*, ha aparecido esta semana un curiosísimo libro de nuestro compatriota D. Pompeyo Gener, en casa del editor Reinwald; es un volumen de cerca de 800 páginas, esmeradamente impresas, precedidas de una dedicatoria á Renan y una carta de Littré al autor. El libro primero, que trata de la muerte y la inmortalidad, abraza en su parte histórica la India, la Persia, el Egipto, la Fenicia, la Grecia, los hebreos, la decadencia, la Edad Media, el Renacimiento y la España católica y la revolución; en la parte filosófica, «la vida y la muerte del cuerpo y el alma», de la inmortalidad, consecuencias prácticas; el libro segundo, «El Demonio», contiene la evolución de la idea del mal á través de sus personificaciones hasta los tiempos modernos, y concluye con una interesante idea del mal filosóficamente considerado, y un resumen de la obra, fruto toda ella de preciosísimas investigaciones y profundos estudios, que la hacen digna de ser conocida de todos los curiosos. Prescindiendo aquí de un pensamiento científico, quisiéramos dar idea de la multitud de datos interesantes que consultan todas las páginas, dando gran aménidad á las materias más abstractas y más áridas. Entreacármolas algunas pizcadas, con que el autor pinta el sábado y la alquimia: «El siglo XIV es el siglo de la locura y el furor; no es un siglo natural, es un siglo enfermo; constituyen su carácter las epidemias materiales y morales; su historia se encierra toda entera en la Patología; parece que presiente la agonía del mundo feudal y la aurora de una era nueva; en sus sufrimientos hay algo del estor de la muerte y de los dolores del alumbramiento; el extravío de la razón es el de la Sibila antes de la profecía. Tiene la locura del genio, no la de la imbecilidad, como si quisiera empujar á la edad que se va y preparar el terreno de la que avanza; el diablo renueva los hombres á toda prisa; la muerte extermina las generaciones por medio de la peste, y el amor se apresura á producir las nuevas por el adulterio. En la segunda mitad del siglo XIV Europa entera parece haber perdido la razón. Todo se mueve, todo fermenta, todo se agita, como si alguna corriente galvánica hubiera comunicado un vértigo á las sociedades y á las personas, y surgen extravagancias tan numerosas y tan insensatas, que no parece sino que cada cual tiene el espíritu maligno dentro del cuerpo. El abuso del aguardiente y las especias traídas de Oriente; las drogas perturbadoras del sistema nervioso administradas por los alquimistas y hechiceros; el calor, que alcanzó temperaturas extremas, produjeron una sobreexcitación tal, que los deseos se inflamaron, la imaginación se desbordó, las pasiones no encontraron ya freno, y el amor se exaltó hasta el paroxismo. Por la preponderancia del amor se hizo absoluto el imperio de la mujer. Era origen del pecado; rescatada y ennoblecida en el siglo XII por Abelardo en la persona de su sábia amiga Eloisa, fué divinizada en el XIV....»

»No hay extremo que la mujer no toque en ese siglo en que se encuentran algunas casi imposibles. Beatriz de Portinari es proclamada la encarnación viva de la teología; Ines de Castro reina después de muerta y venga su propio asesinato; Laura alimenta con el recuerdo de su belleza la llama del genio del Petrarca; Catalina de Siena sube al cielo y se encuentra frente á frente con el Padre Eterno; nueva Semiramis, Margarita de Waldemar funda imperios en el Norte; Margarita de Borgoña y Blanca de la Marche escandalizan y asustan á Francia con su vida licenciosa y su trágico fin; la encantadora Cristina de Pison aventaja á todos los poetas en inspiración y sentimiento; Filipina de Hainaut libra á Inglaterra y funda la Universidad de Oxford; la Bretaña se ve aislada por los ejércitos que mandan dos Juanas, reina de Nápoles, corona el crimen casándose con el asesino de su primer esposo.

»El hombre se siente duplicado, agitado por una fuerza superior á sí mismo; la excentricidad le invade á pesar suyo; sufre tentaciones que no quisiera tener; realiza actos que no aprueba su conciencia; ante esas tendencias su voluntad es impotente; lucha en ferocidad contra sí mismo; está loco y conoce su locura. Esta horrible lucha interior, calificada de *possession démoniacque*, que caracteriza toda la Edad Media, llega á su colmo en ese siglo infornizado. El diablo, que hasta entonces dominaba por la razón, la desorganiza, y esa desorganización se traduce en todos los actos exteriores.

»No hay más que echar una mirada por los trajes de la época. Los caballeros llevan el sayo ajustado de Bohemia, de anchas mangas, con guarniciones festoneadas ó recordadas, y lo alto de los calzones marcando las formas, todo lo cual les da el aspecto de seres alados; los zapatos son puntiagudos, como las uñas del diablo; las gorras están adornadas con plumas de pavo ó de gallo negro, semejantes á los tentáculos de un insecto. Cualquiera juraría que esos trajes abigarrados, de colores chillones, son obra de algún sastre loco, que ha cosido á la ventura retazos de vestidos diversos. La vista no encuentra nada simétrico ni armonioso; á una tela lisa en el lado derecho corresponde en el izquierdo otra rayada; los matices se chocan violentamente; además se ven dibujados horribles dragones, fieros aguiluchos, leones rampantes con la boca abierta, la lengua

fuera, las garras crispadas, las alas extendidas, y como si eso no bastara, aún hay gentes que guarnecen sus trajes con letras ó notas de música, cruces, estrellas, ruedas, flores y mil otros jeroglíficos excentricos, de que hacen su divisa. Las armaduras de la época son como diablos huecos que contuvieran un ser humano, brillantes ó sombrías, de hierro ó de cuero, segmentadas, compuestas de placas ó formadas de escamas; tienen algo del dermo-esqueleto, del reptil, del crustáceo y del insecto; al yelmo sencillo ha sustituido el morrion, con sus huecos y su visera, que le dan el aspecto de un horrible rostro gesticulante, rematado por un dragon, por cuernos, orejas, brazos, alas, mascarones, cabezas de animales, cráneos, instrumentos, sombreros, un navío, una media luna, un sol y otros objetos raros, como si las locas ideas que bullían en la cabeza de cada caballero salieran del casco en forma de un signo tangible: los lambrequines, que el viento agita como una cabellera fantástica, hacen el efecto de una cabeza de monstruo infernal; montados en sus cubillos cubiertos de caparzones y chabráas, esos caballeros, más que guerreros, parecen animales demoníacos.

»No se queda atrás la mujer en la adopción de formas diabólicas: se escota, á fin de mostrar su seno tentador; oprime su pié en el zapato puntiagudo; arrastra una cola, á la manera del escorpión ó la serpiente; siembra también sus brillantes trajes de monstruos, rojos ó negros, y termina su peinado con cuernos, sobre los cuales flota el velo de oro, como ondea la bandera de la soberbia, plantada por el diablo en la cima de un castillo.

»A más de esto, las clases de la sociedad cambian sus trajes: en invierno se llevan los de verano, y vice-versa: los penitentes del Languedoc se cubren de gasa durante los frios, y de pieles en la canícula; el burgués se pone el traje bordado de oro, la hopalanda amplia y el vestido de púrpura forrado de armiño, imitando á los grandes dignatarios; los reyes, por su parte, se presentan en público con una casaca sencilla y una toca de fieltro, lo ocultan el rostro con el capuchon verde del halconero; cuándo entran en las tabernas á favor de la capa negra de paño basto que usaban las gentes del pueblo, ó cuándo, disfrazados bajo la pesada armadura del soldado, van á pasar la noche en alguna tienda de zapatero, conversando amigablemente con el dueño de ella.

»El arte participa igualmente de este carácter insensato: á medida que el siglo avanza, la Arquitectura se manifiesta febril y loca. Se multiplican las agnias: se amontonan los campanarios unos sobre otros; se prodigan las torres reticuladas; las galerías parecen susfiligranas, en que todos los detalles se mueven. Una masa de figuras, que luchan para sostenerse, invade los capiteles y los plintos; los santos se sostienen milagrosamente en la punta de los pináculos; los diablos acechan sobre las cornisas, y mil animales fantásticos salen perpendicularmente de los muros, como si quisieran escapar. Los edificios parecen dotados de animación y de vida.»

Tenemos que cortar aquí este pintoresco cuadro, que abraza la literatura, la historia y las costumbres, y sirve de preparación para entrar en las investigaciones sobre el sábado, los aquelarres y las brujas: lo que hemos traducido dará idea del estilo del libro, que siendo esencialmente científico, rebosa en leyendas y anécdotas, con que podrían llenar muchas columnas. No cabe en éstas un juicio sobre su pensamiento filosófico, pero tampoco deben pasar en silencio la aparición de esa obra, que se distingue por su carácter de seriedad: no es cosa rara que el genio español extienda hasta aquí con alguna frecuencia la producción de volúmenes llenos de versos, de novelas, de cuervos humorísticos y escritos ligeros, más para pasatiempo que para provecho; pero es casi fenomenal, y es además importante, la publicación de trabajos tan profundos como el que ha hecho el Sr. D. Pompeyo Gener, de libros que merezcan llevar al frente el nombre de Renan y las apreciaciones de Littré, y que obliguen á fijar en la juventud española la atención de hombres distinguidos que ejercen la crítica en los principales periódicos y revistas de Europa.

El incansable propagador de las ciencias, Mr. Luis Figuier, después de considerar á la tierra desnuda, en sus dos interesantes libros *La Terre avant le déluge* y *La Terre et les mers*, la estudia poblada de vegetales en la *Histoire des plantes*, cuya tercera edición, considerablemente aumentada, acaba de publicar la casa Hachette y C.^a, ilustrada con 446 preciosos dibujos del natural, por Faiguet, preparador del curso de Botánica en la Facultad de Ciencias de París. Esta obra utilísima abraza las siguientes grandes secciones: *Estructura y funciones de las plantas*; *Clasificación de ellas*; *Familias naturales*; *Catálogo de las plantas usuales*; *Geografía botánica*, y constituye una lectura tan importante como entretenida y amena. Aménos, pero no importantes, son los *Souvenirs* del actor Bouffé, y las *Mémoires* del tenor Duprez, que han dado á luz esta semana los editores Dentu y Calman-Levy: al primero de estos libros acompañan lindas aguas fuertes, que representan al autor en algunos de sus papeles favoritos. Bouffé cuenta su vida íntima y sus triunfos artísticos durante ochenta años; Duprez, anécdotas personales y apreciaciones de las obras musicales y de los compositores.

Anticipándose Sarah Bernhardt á esta moda de las memorias de artistas, que empezó con las de Lemaitre, sigue escribiendo cada día una página de las suyas; tan pronto escapándose de París como volviendo á él; unas veces haciendo estampar su nombre en los carteles de la fiesta en honor de Alfredo de Musset, otras publicando un comunicado en que anuncia que no tomará parte en ella, vistas las amenazas que la dirigen prometiéndola demostraciones desagradables; manifestándose, en fin, firme en su renuncia, ó dispuesta á volver al redil del teatro Francés, que es el desenlace más probable de esta ya larga y un poco pesada historia.

No se detienen un punto las obras de mejora y embellecimiento de París. El domingo se puso con gran solemnidad en el Hospital de los *Quinze-Vingts* la primera piedra de la Clínica nacional de Oftalmología. Hemos recorrido

ayer los nuevos jardines del Trocadero, que desde el palacio se extienden hasta la orilla del Sena y que aventajan á los que había durante la Exposición. Acaba de abrirse el *square* de la plaza del Trono, en que se venía trabajando hace diez meses, no sólo para decorar aquel vasto recinto, sino para ofrecer á los habitantes del barrio un placido sitio de recreo y reposo. Al otro extremo se hallan ya transformados los terrenos comprendidos entre la fortificación y la avenida Veuilly, hasta la cual se extiende ahora el Bosque de Boulogne, ensanchado por esta parte con nuevas plantaciones de árboles de diversas procedencias, magníficas praderas y canastillas de flores; de modo que para entrar en aquel inmenso bosque no es ya preciso pasar por la puerta Maillot. Está concluida la serie de barracas levantada en el patio y terreno de las Tullerías para alojar la Administración de Correos, mientras se construye el nuevo edificio en el solar de los diversos que van á demolerse el mes próximo. En la plaza de Notre Dame se va á levantar, en el centro de un jardín, una columna de mármol destinada á marcar el punto de partida de las distancias kilométricas. Se va á proceder al ensanche y aislamiento del edificio en que se halla el Conservatorio de Artes y Oficios. Se están reemplazando en la línea de los boulevares y en otros puntos importantes los candelabros del gas por otros de tres brazos; la vía pública cuenta hoy 132.000 mecheros, que consumen 935.000 metros cúbicos al mes. Se ha inaugurado la nueva Sala de Pelota en la terraza de las Tullerías; el edificio ha costado 200.000 francos, con más un cánón al Estado por la concesión del terreno; estos gustos los ha sufragado la Sociedad del juego de la Pelota. Omisiones hasta la mención de los numerosos rompinientos y ensanches de calles que se están realizando en estos momentos, porque lo estrechamiento local de estas noticias las priva de interés fuera de París. Los establecimientos de baños en el Sena, retirados de él durante el invierno, se hallan de nuevo instalados en sus puestos; el número de ellos dentro de la ciudad será este año de 22; de ellos, 4 destinados á mujeres.

El Consejo municipal ha decidido la creación de cuatro enormes piscinas, repartidas en diversos puntos extramuros de París, y destinadas á ofrecer en todas las estaciones medio de bañarse al abrigo de las variaciones de temperatura; innovación capaz de producir un cambio en las condiciones higiénicas de esta capital. Las clases acomodadas pueden fácilmente bañarse en el centro mismo del invierno; el *Hamam* les abre sus puertas, y allí, en una atmósfera tibia y perfumada, encuentran el saludable *comfort* del agua viva, juntamente con los refinamientos de un lujo exótico; pero esas puertas no se abren más que al que dispone de una llave de oro, que todos los llevan en el bolsillo. Si todos no tienen esa llave, casi todos necesitan bañarse, en opinión de los médicos, según la cual los baños regulares y frecuentes son una de las primeras condiciones de la salud, porque con ellos la piel ejerce libremente sus múltiples funciones y el organismo entero conserva su frescura y su agilidad. Ahora bien; ese uso, que debe ser constante, no es ahora practicable para la mayor parte de las gentes más que durante dos meses de los doce del año. Verdad es que hay los llamados baños calientes; pero por módico que sea su precio, aún constituye un gasto superior á las facultades de muchos; y á más de eso, sepultarse en un recinto privado de aire puro, extenderse en una caja de zinc como un cadáver en su féretro, sobre ser un acto que tiene algo de fúnebre, es, además, de escuso provecho: no deben condenarse los brazos y las piernas á una inmovilidad ridícula, porque el baño verdaderamente higiénico y sano es el de agua corriente, en un espacio amplio, que deje libertad á los movimientos, donde los pulmones respiren á placer y los miembros recobren su elasticidad: estas piscinas balnearias, á cuatro anillos, complemento de la enseñanza de la gimnasia, parecen llamadas á ejercer saludable influjo en la higiene popular.

La primavera da gran brillo á los mercados de flores, considerablemente aumentados de unos años acá, hasta el punto de que los hay ahora en los barrios más lejanos del centro, en Plaisance, en las plazas de San Sulpicio y Voltaire, en la carretera de Vincennes y en Montparnasse; pero los tres antiguos de la Magdalena, del muelle de la Cité y de la plaza de la République aventajan siempre á todos los demás. Cada uno de éstos presenta su fisonomía particular, sus costumbres y su clientela especial. El más elegante es el de la Magdalena; consta de 180 puestos, en que se ven soberbios ramilletes y las plantas más raras y estimadas; los parroquianos son numerosos; se cuentan entre ellos *gamosos*, que van á buscar una cunelia para colocarla en el ojal de la levita; *cocottes*, que van á hacer alarde de trajes excéntricos, y no pocas damas que se apean de sus carruajes para elegir las lujosas flores que allí se encuentran reunidas. El mercado más importante es el del muelle de las Flores, que tiene puestos de hierro cubiertos, y cuenta 397 vendedores; su especialidad son los árboles frutales y los arbustos; la concurrencia es muy variada; allí acuden desde el tabernero y el cafetero, que van en busca de plantas para adornar la entrada de su establecimiento, hasta el dueño de una casita de campo, que va á proveerse de frutales, lejana esperanza de postres más que dudosos para la comida del porvenir. El mercado de la plaza de la República se compone de 180 puestos, en que hay flores modestas al alcance de todos los bolsillos; es el más animado y más curioso. Pero el comercio de flores no se limita á los mercados; se ejerce en grandes y pequeños almacenes, en una multitud de parajes, en los huecos de ciertos edificios y hasta en los puestos de fruta. Hay aquí una pasión creciente por las flores, y no bien llega la primavera, cuando todo el mundo se afana por adornar con plantas los balcones, las ventanas, las terrazas, aprovechando, así en los barrios centrales como en los extremos, el menor resalto de muro capaz de sostener un tiesto, una caja y hasta un utensilio de cocina, para colocar plantas de todas clases y perfumes y formar guirnaldas de todas formas y colores. Después del tiempo transcurrido desde el sorteo de la lotería Franco-española, todavía hay 850 lotes sin reclamar, y por más que se repiten los anuncios, tampoco aparece el poseedor del mayor de todos á cobrar los 150.000 francos

que corresponden al número 2.803.490. ¡A cuántas ilusiones y cuántos desengaños ha dado lugar ese gran premio, en un pueblo que había perdido ya, por fortuna suya, la costumbre de rendir culto al destino ó el azar, el tirano del mundo antiguo, destronado por el positivismo contemporáneo! La emisión de billetes produjo un torbellino de esperanzas y ansiedades, de ambiciones y proyectos; por la cabeza de cada jugador pasaba esta idea, llena de promesas risueñas: «¡Si me tocara á mí el premio mayor!» Y también, por muy iluso que fuera, esta reflexión sensata: «¡Hay 4.000.000 de billetes y un solo premio mayor; necesitaba tener para alcanzarle una suerte tan insultante, que vale más resignarse por anticipado á no ganar cosa alguna!» A pesar de esa reflexión, el día del primer sorteo casi todos los jugadores leían febrilmente los periódicos, buscando su número en la lista de los premiados. No hay para qué decir cuántas decepciones produjo la lista; pero con ninguna puede compararse la de creerse durante dos horas afortunado, para averiguar al fin que no se ha ganado ni un moneditillo.

Conocemos persona que compró algunos billetes y se los confió á un amigo cachazudo para que se tomara el trabajo de cotejar los números con las listas. La mañana siguiente al primer sorteo, el amigo entró jadeante en casa de la persona en cuestión y le gritó desde la puerta: «¡Victoria! no has ganado el premio mayor, pero si alguno importante. — ¿Es posible? — Como te lo digo; aquí está uno de tus billetes, no tienes más que comparar las cifras; lee la lista de este periódico.» El amigo tenía razón; el número era el mismo; el periódico que demostraba el triunfo es además de los que tienen más pretensiones de infalibilidad; no cubia, pues, duda alguna. El *agraciado* empezó por dejar su trabajo (que ése es siempre el efecto inmediato de la lotería), y los dos salieron apresuradamente para ver cuál de los objetos expuestos en el Palacio de la Industria pertenecía á su número. Por el camino encontraron un grupo de amigos, que en dos palabras quedaron enterados del asunto y quisieron acompañar al afortunado; tomaron tres coches; cuando llegaron al Palacio no estaba aún abierta la puerta; para dar tiempo á que la abrieran, entraron á almorzar en un restaurant, y claro es que coches, almuerzo y entradas las pagó con la generosidad de un Creso el que se hacía la ilusión de que no había de tener inanos para contar las monedas que le correspondían.... Por fin, entraron todos y salieron al salón de los lotes. ¡Horrible desengaño!.... La lista estaba equivocada; ni el tal número ni otro que se le pareciera había salido premiado.

Al leer ahora que hay por el mundo un hombre, una mujer, tal vez un niño, que tiene, sin apercibirse de ello, una gran fortuna en el fondo de un cajón, en el seno de una cartera ó como registro entre las páginas de un libro, hay quien siente remordimientos de conciencia, recordando, por ejemplo, que cierto día se sirvió para encender la pipa ó el cigarro de un pedazo de papel que se le antoja tenía la forma y el cuerpo de los billetes de la lotería, y quien teme haberse fumado en algunos minutos los 150.000 francos, que esperan á algún labriego que no sabe leer y no se fia de sus vecinos, ó á algún ciego á quien dieran el billete por vía de limosna y que le guarde en un rincón, donde le encontrarán sus herederos cuando haya caducado. Ganando van con eso los desgraciados de París y Murcia; pero aún así nos parece que tienen razón los que piden que no se repita la combinación, profundamente inmoral, de sobreexcitar, á pretexto de caridad, la mala pasión del juego, y acostumbrar á un país á socorrer por la esperanza de ganar. La lotería trae, entre otros males, el muy grave de ofrecer ganancias quiméricas y despertar deseos de enriquecerse sin trabajo, cuando es ley de nuestra época hacer consistir la riqueza en el fruto del trabajo, y condenar todo lo que subsiste en las costumbres en contradicción con esa ley, á que desaparezca bajo el peso del desprecio público.

A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS.

CRÓNICA GENERAL.

Consultado en Italia el oráculo moderno acerca del conflicto que motivó la disolución del último Parlamento, ha respondido el número caprichoso del sufragio, por las mil bocas de sus urnas, que continúe el conflicto cuya terminación se le había encomendado. O el sufragio nada significa, ó esto indica claramente que ningún partido tiene fuerzas en Italia para constituir un Gobierno parlamentario. A la confusa aglomeración de votos conformes y contrarios, cuya suma y resta produce como resultado las cifras electorales, no la suponemos inteligencia y voluntad para atribuirle una intención determinada; si así fuese, la Italia que no vota, pero que necesita ser gobernada, tendría que pedir estrecha cuenta á sus electores por la continuación del fraccionamiento del Congreso, que impide á ningún partido constituir mayoría; pero ¿á quién se puede culpar de un hecho puramente matemático como es el resumen de los votos generales?

Todo hace presumir que el Ministerio del Sr. Cairoli será en breve derrotado ó habrá de modificarse admitiendo elementos extraños, que si no le permiten aventurarse en política, acaso le den medios para salir de la angustiosa y urgente necesidad de votar los presupuestos. Entre tanto que las fracciones de la Cámara popular hallan una manera de entenderse, resulta hoy por hoy que Italia no sabe lo que quiere. Y si ella no lo sabe, no extrañará el apreciable lector que nosotros tampoco lo sepamos.

Podría cursarse á la aritmética de haber producido tal confusión en la lotería de las urnas; pero como las sumas y restas parciales que producen en cada circunscripción elec-



total uno ó varios diputados, son muy distintas en todos los países, de las urnas totales de votos que apoyan á cada partido en cualquier elección, se puede tener en el país mayoría numérica y minoría en la Cámara elegida. No decide en rigor la aritmética, sino las cábalas de la suerte, estando confiada la dirección de los pueblos modernos á una fuerza ciega, de que, sin embargo, esperamos el acierto.

Y no es esto combatir en principio el sistema electoral moderno, no lo defendemos ni atacamos, sino manifestar los defectos visibles del procedimiento que se emplea para conocer la voluntad de los pueblos, para que el barómetro se perfeccione como lo requiere la importancia de ese instrumento delicado.

Por lo demás, el fenómeno dominante en Europa es el fraccionamiento de las opiniones, más variadas y numerosas cuanto más se analiza y se discute: si pueblos divididos, como Italia y Alemania, tienden á unificarse, otros que constituían una unidad, como Turquía y la Gran Bretaña, se deslucen ó están amenazados por partidos separatistas: los partidos políticos se han multiplicado en todas las naciones, y á cada instante vemos brotar del choque de las ideas una nueva aspiración, ó del cambio de las costumbres y los nuevos elementos que modifican la manera de vivir, necesidades no previstas: observamos tendencias que nos parecen desvarios, y tal vez se justificaran mañana: las fórmulas con que los partidos habían querido reglamentar el porvenir han envejecido y resultan cada vez más ineficaces y estrechas: notamos, porque fijamos en ello la atención, que la sociedad se renueva, pero ignoramos si la ola que nos lleva en un sentido retrocederá luego en opuesta dirección. Y en este laberinto, la diversidad de los criterios demuestra que estamos en una época de indecisión y de vacilaciones. ¿Qué extraño es que se pregunte á Italia lo que quiere, y no sepa responder?

**

Ni las huelgas de Francia, ni la acción colectiva de las grandes potencias en los asuntos de Turquía, tienen para nosotros interés tan inmediato como el asunto internacional que se ventila en las conferencias diplomáticas que preside el Sr. Cánovas del Castillo para fijar la extensión del derecho de protectorado que tienen en Marruecos algunos gobiernos europeos, ó más bien para discutir la limitación de ese derecho, que pide el Gobierno del Sultan á las potencias que le disfrutaban.

No creemos que hay motivo suficiente para suponer que la opinión del jefe del Gobierno español sea favorable á las pretensiones del Gobierno marroquí, pues si del discurso que pronunció en el Congreso al tratar rápidamente esta cuestión pudiera colegirse, en estudio más meditado y en páginas elocuentes del Sr. Cánovas del Castillo ha declarado que España renunciará á su nacionalidad, y se anulará, si dejase de influir directa y poderosamente en los asuntos de Marruecos, extendiendo allí su acción y su política, lo cual considera obligación ineludible en España de los que mandan, y cuya omisión debía avergonzar á los que obedecen.

Ahora bien: ¿sería influir en los asuntos de Marruecos y crear allí intereses españoles limitar el protectorado, ó sea el derecho que tiene España de garantizar bajo su bandera á los súbditos marroquíes que conluyan al comercio entre España y aquel país, comercio que no es una gracia que se nos otorga, sino un derecho conquistado? No sería buena política renunciar á ese elemento de influencia, precisamente cuando los comisionados rifeños que vinieron á solicitar la protección de España con lágrimas en los ojos y pidiendo amparo para sus familias contra un Gobierno opresor, se retiraron precipitadamente y desconsolados de Madrid, para decir á las tribus que esperan con ansiedad una respuesta, para ellos de vida ó muerte: «España no quiere ampararnos».

Es Turquía una nación culta y adelantada, si se compara con el misero y desordenado Imperio de Marruecos; sin embargo, Europa ha decretado ejercer sobre ella una tutela abrumadora, más íntima que la inspección que sufre Egipto por parte de Francia ó Inglaterra en nombre de los intereses morales y materiales. Y mientras el mundo culto niega á las citadas naciones sus derechos de tales, interviniendo en sus asuntos más privados; cuando se presenta una ocasión tan favorable, en vista de ese ejemplo elocuente, para aumentar nuestros derechos en Marruecos, ¿debemos limitarlos para que la autoridad del Sultan no sufra detrimento? ¿Qué sucedería si una mañana al despertarse el Sultan se encontrase sin súbditos, por haberse colocado éstos al amparo de las naciones europeas? Si llegase este caso, absurdo de puro exagerado, la civilización estaría de enhorabuena; ese pueblo desorganizado y semi-salvaje se habría sometido á las leyes de los países cultos, pues el protectorado no es la impunidad.

Turquía es una especie de Inglaterra si se compara con Marruecos: no hay en éste administración, ni en el estado más rudimentario: el extranjero sólo se atreve á residir en los puertos: el interior y el litoral se hallan casi incomunicados: una parte del país vive en continua independencia por no sufrir las intolerables exacciones de los delegados del Sultan: los gobernadores compran con sus cargos el derecho de vidas y haciendas sobre los miseros habitantes, á cuyo lado son párias los judíos: las poblaciones, donde no hay noción de higiene, son focos insalubres, que nos exponen sin cesar á epidemias; sus aduanas son refugio para los penales que se fugan de nuestros presidios: el corazón se estremece ante los horribles castigos que imponen sus tribunales, y aun no hace mucho que adornó las puertas de Rabat el bárbaro trofeo de cuarenta cabezas humanas, saladas para que durase mucho el espectáculo.

El protectorado no es sólo un derecho sagrado: es un deber de humanidad. Y en cuanto á los derechos que el protectorado mengua, sólo debemos contestar que nadie tiene tanto derecho á la soberanía de los bosques como los tigres y leones, y sin embargo se les caza en sus dominios.

**

¿Es de nuestra competencia el asunto político del día, la fusión ó coalición de las oposiciones dinásticas, cuya clave

habría de ser el partido constitucional, reforzado por los grupos que obedecen á los Sres. Martínez Campos, Posada Herrera, Alonso Martínez, Vega Armijo, Valmaesa y de unas caudillos de oposición? No lo es realmente, de lo cual nos alegramos.

Ello es que la impresión que el suceso ha producido en Madrid ha sido tal, que no se ha notado la llegada de las ferias; los ladrones subterráneos han penetrado en una tienda sin que nadie los sintiese; la causa de D.º Baldomera no ha llamado la atención; los embajadores marroquíes entraron en Madrid como de incógnito; los arquitectos se han reunido, como si fuesen conspiradores, en silencio; no se ha hablado apenas de la última reunión de la Academia de Bellas Artes, no obstante el interés de los discursos de los Sres. Riancho y D. Pedro Madruga, tan competentes en el estudio de la arquitectura árabe: sólo un ascenso, logró desviar un momento la atención de la política hacia su feroz persona, entrando sigilosamente en una casa, partiendo el corazón al pacífico inquilino, y cruzando maniatado por los sitios más concurridos en la hora del paseo.

Y es que la política constituye la ocupación principal de los habitantes de Madrid.

—Pero; ¿qué significa la fusión?—dicen los ministeriales, alarmados.

—Y ¿qué significa el Ministerio?—preguntan los que quieren coaligarse.

No nos corresponde, ni acaso sabríamos responder; pero sin querer recordamos lo que sucedió al Sr. Alvarez Alviestur.

Este naturalista, que estudia las costumbres de las hormigas y hasta entiende su lenguaje, había encerrado en un frasco de cristal todo un hormiguero. Los insectos, amontonados en lugar tan estrecho, se rebullían de arriba abajo y de abajo arriba, sin cesar de moverse y en continua é insoportable agitación.

—¡Señoras!—dijo una hormiga muy elocuente, que ocupaba el lugar más elevado del frasco:—no es posible vivir en tan continuo movimiento: si todas nos estuviésemos quietas, cada cual en el lugar que ocupa, habría orden aquí y viviríamos descansadas: propongo que nos quedemos inmóviles.

—Me parece muy bien—contestó desde el fondo del frasco otra oradora—siempre que nos dejen subir adonde está V. á las que estamos sufriendo hace tiempo el peso de las demas.

—Eso es imposible sin un gran trastorno.

—Pues, entonces, continúe el movimiento; que malo ha de ser que no mejoremos de sitio las de abajo.

Lo mismo sucede hoy en la política: los de abajo necesitan mejorar de posición, y los de arriba procuran no perder la suya.

**

Ya no hay duda de que estamos en las ferias: los pabellones de la Diputación, el Municipio y el Círculo de la Unión Mercantil están instalados: la Exposición de ganadería, á punto de terminar sus trabajos: el 23 se abre el Congreso general de agricultores y ganaderos, y mientras se imprimen estas líneas se verifica la inauguración de la Exposición de aves y plantas en los Jardines del Retiro.

No tenemos autoridad para dar opinión sobre una cuestión técnica, en que tanto engañan las seducciones de la vista: si la apariencia de lo expuesto demuestra un progreso, comparado con el año anterior, las personas entendidas aseguran que existe realmente, y nos conformamos con su voto.

En Madrid no había hace años más vegetación que la del Retiro y el Botánico: las aguas del Lozoya han llenado la corte de jardines públicos y de casas rodeadas de jardines particulares: las plantas de adorno han invalidado los salones, y la afición á las flores se ha extendido: sólo falta vulgarizar la instrucción, y sobre todo, el conocimiento práctico de la Botánica, pues la hemos estudiado en láminas y herbarios, y no conocemos la planta viva. Estas Exposiciones son útiles no sólo como estímulo á los que las cultivan, sino para instrucción de los que ven, de tal manera, que al aplaudirlas y visitarlas, no podemos menos de exclamar:

¿No podría haber exposiciones permanentes de plantas, renovadas á cada estación, en que se representasen por turno en competencia las flores y plantas más útiles y bellas de las diversas épocas del año, constituyendo un gran estudio, un estímulo constante para el productor, y acaso un buen negocio?

**

El famoso alguacil Verger dormiría en paz hace dos siglos, con su inocente ó pecadora esposa, si el epigramático Conde de Villamediana no hubiera encontrado uno de esos juegos de palabras que perpetúan un escándalo; pero su célebre redondilla

¿Qué galán entró Verger
Con cintillo de diamantes;
¿Cuántos que fueron antes
De amantes de su mujer?

hará al pobre marido anilar en boca de todo el mundo mientras dure el idioma castellano. Un poeta que se inspira en los sucesos y anécdotas tradicionales, dándole vida y sabor de época, D. Gonzalo Cerrajería, en su bella colección de leyendas, titulada *Paralelismo*, intenta rehabilitar la memoria del asendereado caballero en *El Cintillo de diamantes*. Finge el poeta que el Rey pretende á la honesta dama, y arroja por su reja el famoso cintillo para que le coloque en su prendido el día de la fiesta, si accede á sus instancias; Verger entra en su casa y ve la joya en poder de su esposa; supone que es un regalo destinado para él, y D.ª Ana no se atreve á explicarle la verdad; sale á la plaza con el cintillo, y al entrar en Palacio, oye recitar á un bufón el epigrama de Villamediana. Vuela hacia su casa, interroga con ira á su mujer, y cuando sabe que su ofensor está tan alto, trata de borrar el epigrama con sangre, clavando la daga en el pecho de la dama.

Villamediana fué cruel: el intento del Sr. Cerrajería es más caritativo y digno de alabanza. Si la poesía manchó la memoria del marido, la poesía la defiende. Para la sátira

Verger es un hombre sin pundonor, que especula con su honra: para la leyenda romántica su tipo es muy diverso.

«De vaso y de terciopelo
Viste Verger rico traje;
Tiene de fiesta el ropaje,
Pero el semblante de duelo.
Sobre la mesa ha arrojado
El sombrero, de ciruelas
Piumas y ricas diamantes
Viciosamente adornado;
Y contemplándole está
Con rostro tan descompuesto
Y tan duro y feroz gesto,
Que miedo mirarle da»

**

Uno de estos días, un pobre sacerdote, que por lo visto se parece en el físico al famoso cura Santa Cruz, estuvo á punto de sufrir un rudo ataque de una parte de los viajeros que venían á Madrid en su mismo tren.

Los parecidos tienen graves inconvenientes, y á veces sus ventajas.

No hace mucho tiempo, una señora, muy linda, se arrojó en los brazos de un amigo nuestro, que acababa de bajar de un coche de primera.

—¿Qué es eso, Mercedes?—exclamó colérico otro viajero, arrojando su saco de noche y desasosado á la señora.

Esta palidumbre al oír detrás de sí la voz del esposo que creía tener delante, y al notar su equivocación se desmayó.

Nuestro amigo se parecía mucho al marido de la dama, tal como era aquél tres años antes en el momento de alejarse. El marido había variado bastante, y no se parecía ya á sí mismo.

Este fenómeno físico le explican algunos afirmando que variamos de cara ocho ó diez veces en la vida. Pero ¿se pierden esas caras? No tal: las toman otros, y solemos encontrarlas en el rostro de un amigo, y á veces en la careta de una máscara.

A una señora muy gastadora la reprendía un pariente porque había consumido el patrimonio de su hija.

—La dejo en cambio mi herencia—respondió la señora.

—¿La de V.?

—Sí; ha heredado la cara que yo tuve siendo joven: ¿no es un capital?

**

Los individuos de la Embajada marroquí se encuentran entre nosotros como en familia: si su traje es distinto, sus facciones y sus barbas se parecen á las nuestras: uno de los criados moros paseaba por una de las calles inmediatas á la que fué de la Morería hasta hace poco, con un plano en la mano.

—¿Qué busca V.?—le preguntaron.

—Busco la casa de mis abuelos, que por las señas debe ser aquí.

—¿Esa?—le contestó el madrileño; ésa es mi casa.

Me alegro mucho—replicó el moro;—vengo á regalarle la llave de la puerta, que se llevaron mis abuelos al emigrar y no me sirve para nada.

Metida la llave en la cerradura, se abrió la puerta de la casa, que se conserva tal como los moros la dejaron, y con dos siglos y medio encima de las tejas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREWON.

CRÓNICA GENERAL.

Agosto disfrazado de Mayo ha sucedido á Mayo disfrazado de Diciembre; los cantares se desgajaban al compás de la vihuela en las aceras de los barrios apartados, y bandadas de niños, chillando á coro en los jardines públicos, aturden al vecindario. ¿Podremos, en medio de tan descomunal gritería, desviar el pensamiento hacia otros pueblos y pasearle mentalmente por el mundo, donde se agitan tantas intereses y se debaten tantas cuestiones importantes?

Si tendemos la vista por la América del Norte, vemos otra vez agitarse á sus partidos para la disputa del poder en las próximas elecciones, que en la división fundamental de aquel pueblo significan siempre qué parte del país impone á la otra sus ideas y tendencias; es decir, se ve la imposibilidad de un poder neutral y desapasionado, que escuche imparcialmente á todos y haga justicia á quien la tenga. En la América del Sur vemos con tristeza prolongarse la guerra del Pacífico y suceder á los combates navales y terrestres bombardeos de plazas, sin que se alcance á prever el término de tantos desastres. Y si fijamos la atención en el estado de Nicaragua, no podemos menos de considerar con sentimiento que su Gobierno, deseoso de consolidar relaciones con Europa, haya enviado representantes extraordinarios á Francia ó Inglaterra, y no á España, como si nuestra nación, origen de la suya, pudiera serle insignificante. ¿Acaso el espíritu expansivo y tolerante del siglo no se ha superpuesto en Nicaragua á rancias, olvidadas y rutinarias enemistades de otro tiempo?

Volviendo la vista á Europa, Rusia continúa si-



guiendo con avidez las causas de los acusados de nihilismo y castigando algunos de sus crímenes: Inglaterra, no obstante los deseos del Gobierno liberal de lord Gladstone, de terminar la guerra asiática, no puede impedir que se complen en irreversibles choques con las tropas afganas, y confía en los resultados de las próximas conferencias de Berlín para el arreglo de los asuntos de Oriente. Pero ¿dará aquellas resultados positivos? Más solemnes, ¿tanto por lo menos, fueron las que produjeron el tratado cuyo cumplimiento hoy se desea, y una provincia turca, de escasa importancia, la bastado para impedir su completa ejecución. La cuestión de Albania se tiene que resolver, no con protocolos, sino por la fuerza. Bien es cierto que en el congreso europeo que decidió los asuntos de Oriente, Inglaterra llevaba el objeto de crear dificultades, y hoy tiene deseo de vencerlas; pero el pequeño y durísimo nudo de la Albania es acaso difícil de desatar por su misma pequeñez. Los débiles se imponen muchas veces a los fuertes, y esto es tan positivo, que los congresos de mujeres, que tanto han hecho reír últimamente a los ingleses, han de producir serios conflictos con el tiempo.

Muchas veces, sin embargo, no se sabe quiénes son los débiles. Cuando el poderoso Gobierno de Alemania hizo las famosas leyes de Mayo contra el partido católico, éste parecía el débil, y en la convicción, las leyes se dictaron para abatirle y dominarle: los débiles tenían de su parte cierta fuerza moral, que al fin y al cabo es una fuerza; el Canciller se ve en la necesidad de transigir; es verdad que el famoso político prusiano ha reconocido su error, cuya gravedad, más que su actual deseo, le impiden remediarlo por completo. Por último, el Gobierno italiano ha podido conseguir en segundas elecciones un número de diputados sueltos que le permite sortear las primeras dificultades parlamentarias. Las Cámaras están abiertas, y pronto hemos de ver el resultado que da esa mayoría postuma.

—Las huelgas de Reims y de otros centros fabriles de Francia, ¿obedecerán a la misma causa oculta que la ocurrida recientemente en Barcelona, y cuyos excesos han reportado todos los periódicos? ¿O será esta última un eco aislado de aquellas sacudidas contagiosas? Si en las protestas de los obreros hubiera algún fondo de equidad, lo cual no discutimos, parece que tienen empeño en demostrar lo contrario, al apelar á procedimientos tan criminales como el incendio de las fábricas y la resistencia á esos obreros de la civilización que tienen el impropio trabajo de salvar de las llamas la propiedad ajena y proteger la vida de sus semejantes entre el humo y el fuego.

¿Qué conseguirán al fin con esa lucha? Que el capital y la inteligencia, que formaron los grandes elementos de trabajo que dan de vivir á una población de obreros, discurrirán entre mueras de abastecer la industria sin el peligro de esas masas hostiles; que los Gobiernos cuidarán de disminuir la fabricación para evitar los conflictos que hoy ocurren, y la sociedad, á quien no conviene sufrir imposiciones de clase, se defenderá forzosamente de los que intentan trastornarla.

Todos los periódicos han elogiado el discurso leído por el Sr. Cafete en su recepción en la Academia de Bellas Artes; para dar novedad á este párrafo tendríamos necesidad de combatirlo, lo cual no hemos de hacer, porque seríamos injustos, toda vez que el discurso está escrito con magisterio y de una sencillez, y sus ideas son las nuestras. Censurar lo que se llama realismo en Bellas Artes nos parece obra meritoria; acaso en España no han tanta falta combatirle en literatura, pues en esta siempre hay más bien necesidad de llamar la atención de los ingenios hacia la realidad por su tendencia á lo falso, á lo que relumbra, á lo que haumarianos literatura bonita, que consiste en llenar de polvos de arroz las imágenes poéticas; por fortuna las letras no poseen todavía una máquina que traslade la realidad directamente al libro, como hace la fotografía, aparato realista, que habría dejado sin ocupación á los pintores si el objeto del arte fuese reproducir servil y exactamente la verdad. Aun el uso de esa máquina revela clara y positivamente si el que la maneja es un industrial ó es un artista.

No tratarémos de extraer el discurso del Sr. Cafete en pocas líneas, ni la contestación del Sr. Arnao, cuyas ideas y afecciones le hicieron lamentar la decadencia de la pintura religiosa, en su discurso discreto y elegante.

El Sr. D. Manuel Cafete ha ingresado en la Academia de San Fernando como crítico artístico, función que dejó de ejercer hace algún tiempo para engolfarse en otros trabajos literarios, todos los cuales, y sobre todo la historia de nuestro teatro, se esperan con vivo interés: su infatigable laboriosidad en la Academia de la Lengua no se desmentirá en la de Bellas Artes, donde promoverá tareas útiles apenas adquiere confianza, porque el Sr. Cafete vive necesariamente en el movimiento del trabajo. Aun las épocas que menos produce no son para él las menos ocupadas: por espacio de muchos años, desde el escritor desconocido hasta el más insignificante literato han sometido á su criterio ilustrado é imparcial las producciones de su ingenio. Tarea fatigosa, oscura y delicada, de gran responsabilidad; ¿agregarle sin gloria y sin provecho, ¿cuántas correcciones de su pluma harán borrar los defectos que aforran muchas obras importantes? Pero el carácter distintivo del señor Cafete es la defensa y protección de los que empiezan á escribir; cuando cree haber descubierto un nuevo poeta, le anima, le busca algún Meccenas, le escribe artículos y prólogos; si es autor, impone su obra á las empresas, y si el público la rechaza, se subleva contra el público.

Sus mismos enemigos han concluido por alabrar su carácter y saludarle con respeto.

—Dos sucesos notables ocurridos en Madrid omitimos por razones diferentes. El uno, que ya se ha realizado, la creación del partido liberal dinástico; el otro, por no haberse efectuado todavía al escribir estos renglones: la fiesta que

celebra hoy el instituto del cardenal Jimenez de Cisneros en honor y recuerdo de su ilustre fundador. Ambos hechos tienen carácter político: el primero pertenece á la política de circunstancias; el segundo á la trascendental é histórica, por conmemorarse al personaje que representa una política elevada y nacional, cuyo espíritu áun palpita en nuestro pueblo. Abandonamos el primer asunto por impropio de esta crónica, y el segundo por no hablar de memoria; pero el recuerdo del cardenal Cisneros es muy oportuno hoy, que se discuten los asuntos de Marruecos.

Una aclaración.

El ingenioso escritor D. Salvador M.º Granés ha cometido una inexactitud y una injusticia, que conviene rectificar, por difundirse en un libro muy leído, *Calabazas y calabazas*. Supone el Sr. Granés que en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA no puede publicar sus obras literarias ningún escritor, por impedirlo un tribunal, de que forma parte el que firma esta Revista. Está equivocado nuestro amigo. LA ILUSTRACION, como todos los periódicos, tiene secciones fijas á cargo de un personal determinado, que, como es natural, elige y varía el propietario, según se lo aconsejan su criterio y el interés del periódico: las secciones y los trabajos absorben gran parte de los números, y en el espacio restante se colocan los trabajos que se presentan, y en los cuales alternan firmas muy variadas: el señor Granés, que sabe cuánto se escribe en España, comprenderá que no cabe materialmente en el periódico un dos por ciento de los trabajos remitidos. ¿Puede tener interés el propietario de LA ILUSTRACION en cerrar las puertas de su periódico á ningún escritor? Su interés es acoger todo lo que conviene á su publicación. El que esto escribe podría tener empeño en favor de sus amigos, ó envidia y rivalidades de oficio. Pero áun el que no le conozca y sospeche que las tiene quedará convencido de que no influye para nada en la admisión de los trabajos, por no intervenir, ni áun con recomendaciones ó consejos, en esa tarea, difícil y ocasionada á murmuraciones: trabajo de elección indispensable en toda clase de revistas, pero que no tiene la honra de desempeñar, ni en el cual interviene de modo alguno el que suscribe.

—¿Qué opina V. del Congreso agrícola? Preguntamos á un amigo muy competente en esta clase de materias.

—No creo, respondió, que del actual resulte un provecho inmediato, aunque tenga la preparación de las Conferencias agrícolas, y por más que la benévola y discreta presidencia del Sr. Cárdenas dirige y encauza bien las discusiones. Y no porque Madrid, falta de población rural, sea ajeno á estos asuntos, pues aquí afluyen agricultores de todas las provincias y hay profesores de esa ciencia; sino porque á mi juicio esta clase de congresos teóricos deberían ser el resumen de otros congresos regionales ó provinciales más prácticos, donde casi sobre el terreno se iniciasen las cuestiones cuya ilustración sea necesaria, las verdaderas dudas del agricultor, se expusiesen las reformas del cultivo y problemas cuyo estudio es más urgente, se comparasen las ideas y sistemas dominantes en las diversas localidades, y cuanto digno de examen y susceptible de aplicación merezca ser discutido con preferencia, en las arduas y complejas cuestiones que abarca la agricultura. Conviene además que estos congresos no sirvan de expansión y ejercicio de elocuencia, donde el orador más brillante oscurezca al hombre modesto y entendido, sino breve y sencilla exposición de las ideas, sin artificios retóricos; el mejor adorno de esas discusiones deben ser los datos, los números, las observaciones prácticas y las demostraciones científicas.

—¿Luego el actual Congreso no le satisface á usted?

—Sí tal; es el prólogo de lo que debe hacerse con el tiempo, y me han parecido las sesiones celebradas en el Paraninfo de la Universidad un prólogo sensato. Pero la cuestión de los cereales, por ejemplo, hubiera preferido que la iniciasen las provincias de Castilla, que pueden apreciar perfectamente el pro y el contra; en cambio, la de las condiciones que debe tener la enseñanza agrícola para difundir su estudio es de carácter fundamental y muy oportuna; tiene peligros, pero merece que se arrosten, sin exageraciones, la cuestión social de si conviene asociar en las utilidades al cultivador, para aumento de la riqueza y estímulo y recompensa del trabajo penoso de los campos, de los cuales huyen los braceros periódicamente en nuestro país para buscar mayor fortuna, tomando las armas cada vez que se alza una bandera. Las discusiones pueden ser muy útiles, como lo son las conferencias botánicas de la Exposición de Aves y Plantas. Abierto el Congreso por S. M. el Rey en persona, estaba en carácter esta distinción; pues en los cortos años de su reinado es indudable que las cuestiones agrícolas han obtenido alguna preferencia, si bien todavía más teórica que práctica.

Permítaseme este arranque de vanidad. Isidoro Fernández Florez, más conocido acaso por sus pseudónimos *Un Lunático* ó *Fernandito*, ha sido mi discípulo. Le conocí siendo estudiante de Matemáticas en San Isidro, en la clase de D. Acisclo Fernández Vallín; acaso este distinguido profesor no nos recuerde; no sería extraño, porque no fuimos discípulos notables; Florez me excusó, sin embargo, en el horror á aquella asignatura, aunque su familia le destinaba á la Armada, siendo guardia-marina cuando le desvié de su carrera, iniciándole en las combinaciones de la poesía. Empezó explicándome lo que era un romance octosilábico, y aquella misma tarde me entregó doscientos versos; una semana después estaba asombrado de la facilidad con que mi discípulo manejaba los metros más ingratos: le pedí un drama en verso, y me lo trajo al día siguiente. Un año después entraba Florez en el despacho del censor de teatros Sr. Gomez de la Serna á recoger una comedia.

—¿Viene V. de parte del autor?—preguntó el censor al muchacho de gorra galeonesa y mirada viva que hacía la reclamación.

—Soy el autor—contestó Florez.

—¿Pues qué está tiene V.?—dijo con admiración el censor de teatros.

—Catorce años—contestó el autor con gran aplomo.

Gomez de la Serna le abrazó, le colmó de elogios y le pronosticó un gran porvenir: la comedia se estrenaba poco después con mucho aplauso en una Sociedad dramática, en el teatro de la plaza del Progreso. El autor había hecho con mucha gracia el principal personaje de la pieza, porque tenía condiciones de actor cómico. Fué llamado varias veces á las tablas.

Mi discípulo de poesía ha resultado un gran prosista, porque su individualidad se sobrepuso á aquella desviación de su talento original, espontáneo é independiente. Hoy devuelve los abanicos y los álbums que le envía, asegurando que no sabe hacer versos, y es que su gusto delicado y exigente le hace detestar la poesía cuando no reúne muchos requisitos: merece disculpa y puede ser exigente respecto de los versos ajenos quien empieza renegando de los propios.

Su afición, su alma de artista le dirigían hacia la pintura. ¿Cuántas veces dejaba la clase para pasearse, lleno de admiración, por las hermosas galerías del Museo! Allí formó su gusto; allí brotaron sus primeros pensamientos; allí hizo la poesía y tomó el color que anima sus escritos. Florez, literato y periodista á la moderna, tiene algo de Murillo, de Velázquez, de Rubens, del Ticiano y de Goya. Es un pintor que no maneja los pinceles.

Algunos años después el niño se hizo hombre: creí que su talento de escritor iba á malograrse en la frivola ociosidad de los salones: de vez en cuando le veía vestido con extraordinaria elegancia: mi poeta se había convertido en figura; después abandonó á España durante algunos años, y cuando volvió de América, Isidoro Florez era periodista.

El periodismo ha absorbido su vida y su talento. Si se considera su reputación literaria, las posiciones oficiales que ha obtenido, la influencia de su firma en la opinión, y la autoridad que se ha creado, no se puede decir que ha malgastado el tiempo. Pero si hubiera sido autor dramático, como podía haberlo sido, tendría ya un teatro; si novelista, habría escrito muchos libros, en vez de haber escrito inótiles de páginas sueltas en diez y siete años de trabajo. Claro es que de esas páginas pueden hacerse y se harán libros amenos, interesantes y animados, como de las *Cartas á mi tío*, en cuya edición primera y en cuyo prólogo desarrollé con amplitud lo que no me permitieron estos ligerísimos apuntes. Pero ¿qué son dos ó tres tomos cuando se han escrito muchísimos volúmenes, que pierden su oportunidad apenas se seca la tinta en las cuartillas?

Tengo necesidad de compendiar angustiosamente. Florez es uno de los escritores que más han contribuido á la transformación del antiguo periodismo doctrinal y solemne en el moderno, más ligero en apariencia, pero que liere con mayor viveza el ánimo y refleja mejor la realidad que el antiguo; y ha contribuido á formar grandes elementos de publicidad, conquistando lectores á la indiferencia, y amenizando y haciendo populares cuestiones de que antes sólo se solían ocupar literatos y artistas. Ha subido paso á paso por la prensa al puesto que ocupa, facilitando á los que vienen detrás lo que no había en su tiempo: medios de improvisar una posición en pocos días.

¿Quién no conoce las revistas de Madrid de *Un Lunático* ó *¿Quién deja de leer las que firma Fernandito*, admirando esa mezcla de sentimiento y alegría, de seriedad y vicia, la profundidad y elevación de su juicio, sus epigramas, sus frases, su inagotable frescura, novedad y fantasía? ¿Quién no ha saboreado las célebres *Cartas á mi tío*! Hay en *Los Lunes de El Imparcial* y en las *Entrepuñetas de El Liberal* más tarde, ideas, frases, formas y pauta para guiar y dirigir, pero para desconectar y dificultar la originalidad de los cronistas á quienes correspondía la ardua empresa de sustituirle en una tarea que ha agotado.

No hemos querido hablar de Florez como político, porque no podemos alargarlo todo. En los periódicos demócráticos es un elemento conservador, como lo fué en *El Imparcial*, que dirigió varias veces, y especialmente en el difícil período de la República. Pero su mérito principal, á nuestro juicio, es haber conquistado al público de los salones y las plazas á la vez, aficionando al pueblo á una lectura culta y elegante, sin rebajarse nunca, sin dejar de escribir con guante claro.

Las artes y la caza, hay que confesarlo, absorben, sobre todo, el tiempo y la atención de Isidoro Florez; ellas han hecho que casi todos sus artículos sean escritos con precipitación, improvisados con asombrosa prontitud para obras delicadas. Florez sería feliz si pudiera pasar la vida cazando en un Museo.

Su cuarto es un camarín de escritor, cazador y artista. Muebles antiguos, libros modernos, un par de escopetas y algunos cuadros, la mayor parte de Domingo. Este cuarto tiene un guardian, Lowe, perro de caza. Lowe y yo somos amigos, y siempre que me ve meneas la cola. Florez lo ha dicho.—Los perros piensan con el rabo.

La Exposición de aves, flores y plantas (1) ha sido lo único que ha demostrado vida y progreso en la decadente y reciente caída feria de Mayo, con la circunstancia de que tal vez produzca un resultado útil: la creación del mercado permanente de flores y plantas en Madrid. La Exposición de ganados no ofrece, en conjunto, gran progreso. Valencia y Murcia inundaron de flores y magníficos ramos el jardín del Buen Retiro; el Real Patrimonio, el Ayuntamiento, y algunos particulares improvisaron dentro de aquél otros jardines, y la artística colocación de tantas joyas vegetales, los estanques improvisados, en que flotaban cisnes blancos y negros y otras aves acuáticas más humildes; las jaulas, donde cantan en todos los idiomas musicales desde el misero aristocrático hasta el molesto pavo; las estufas, macetas, bombas y mangas de riego, plantas

(1) Nuestros artistas están ocupándose de los trabajos que destinamos para cuenta gráfica á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, tal como de la de ganados.—(N.º de la D.)

imitadas, cenadores, muebles de jardín ó instrumentos de cultivo, todo recrea allí la vista y da idea de cultura.

Gran contraste ofrece aquel sitio agradable con los puestos de la feria, abigarrados y chillones, atestados de humildes baratijas, y en que la rifa parece el único procedimiento de venta, siendo el azar el que regula las transacciones en la mayor parte de las tiendas del salón del Prado; pero en la parte del Tivoli, pasados los pabellones del Municipio y de la Unión Mercantil, la escena se convierte en decoración de sánete antiguo: lienzos disformes, en que predominan el almazarón, injurian á los personajes célebres y calumnian á la naturaleza y á la historia; músicas destempladas y absurdas ahuyentan á unos y llaman á otros, anunciando cosmoramas, figuras de cera, museos de lagartos, niñas que pesan quince arrobas, mujeres eléctricas que echan chispas, columpios, alguna ruleta de calderilla, buñelerías y tabernas.

El ilustrado catedrático Sr. Prieto y Prieto inauguró el año anterior las conferencias infantiles en la Exposición de aves y plantas, para difundir algunos conocimientos útiles y condenar el mal trato á los animales: otro profesor, el Sr. Salmerón, ha iniciado este año la misma benéfica tarea. Unos dos mil niños de ambos sexos, conducidos por sus maestros, llenaban todas las sillas colocadas delante del teatro de los jardines y los palcos laterales el día que acudimos á presenciar este curioso espectáculo. La alegría de la mañana parecía tristeza ante la risueña expresión de tanta carita sonrosada é inquieta: una palmada que resonase aisladamente se convertía en aplauso nutrido y unánime, pero poco ruidoso, por el tamaño de aquellas manecitas: parecían angelitos de Murillo aplaudiendo con las alas.

Un fabulista se presentó en el escenario, y á la primera coma de sus versos recibió el primer aplauso: hasta los sordo-mudos aplaudieron. El lobo era como el traidor, y el mastín el héroe de la fábula.

—¿Qué quieres ser?—preguntábamós despues á un niño de seis años.

—Mastín—respondió con dignidad.

Recomendar á los niños el buen trato hacía los animales nos parece conveniente: aficionarlos al estudio de la Botánica, civilizador; pero..... aquí empieza una involuación de ideas que conducen como á dar derechos á las plantas, y esto ya nos parece transangélico.

Otra tendencia deploramos en los dignos socios de la Protectora: su pasión en la defensa de los animales y las plantas, que debía suponer un amor infinito al prójimo, rebosando hasta los seres inferiores, toma en muchos de ellos un carácter de acometividad hacia el hombre. Deplorable es, aunque necesario, que contenga tantos castigos el Código penal: la Sociedad desea que se aumenten las penas de ese Código en perjuicio de su prójimo y en defensa de los brutos y las plantas; allí oímos este diálogo curioso:

—Un mozo apaleaba cruelmente á su caballo; todo ¿por qué? Porque le había derribado á tierra; he dado parte al dueño del animal, y el mozo ha sido despedido.

—Ha tenido V. poca caridad con el mozo; pero debe agradecerle el caballo.

Un deudichado eligió para suicidarse el jardín del Buen Retiro.

Cuando resonó el disparo, los socios se alarmaron justamente.

—¿Cómo?—dijo indignado un amigo nuestro.—¿Ha entrado aquí algún cazador?

Un guardia municipal, que nos creía de la Sociedad Protectora, dijo, como para tranquilizarnos:

—Ha sido un suicidio; pero no se ha estropeado ningún ramo.

¿Qué hubiera hecho ayer un protector de los animales en la prueba de las yuntas que disputaban el premio de la Exposición de ganados? El carretero uncía el par de buyes á un carro cargado con trescientas arrobas de peso, el cual debían subir los fuertes animales por un repecho. No se ha descubierto aún la manera de hacer arrastrar por convicción á los buyes pesos tan enormes: el boyero estinuaba á las reses con sus gritos, y á cada ataque, á cada vacilación del ganado, le castigaba en el hocico ó le picaba con la vara, para aumentar sus fuerzas con el coraje y el dolor. ¿Quién pueda distinguir en este caso el apaleamiento necesario del superfluo?

—Yo creo—nos dice un amigo—que los socios de la Protectora debían señalar premios y hacer estudios para llegar á comprender el idioma de los animales: cuando éste se traduzca y hable, entonces podrá aspirarse á un gran progreso: que los brutos sean menos brutos.

Si ayer hubiera habido un buen intérprete, todo se habría facilitado con un buen discurso.

—Señores—hubiera dicho á los buyes con mugidos correctos aquel sabio—se trata del honor de VV., de demostrar que tienen VV. muy fuerte y muy dura la testuz. Si ganan el premio, tendrán forraje doble y vacaciones en el establo para rumiarse descansadamente; si pierden, se les uncirá á VV. como borregos en el Prado en un carro de niños.

Un caballero se detuvo ayer junto á uno de los bodegones de la feria y preguntó:

—¿Cuánta distancia habrá desde esta barraca al palacio del Sr. Anglada?

Y le contestaron sin vacilar:

—Dos siglos justos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BRION.

CRÓNICA GENERAL.

La gran extensión del Imperio ruso, que era, ántes de las últimas adquisiciones, de 21.733.968 kilómetros cuadrados, con una población de ochenta y seis millones y medio de habitantes, que pertenecen á tres razas y hablan nueve idiomas é infinitos dialectos; la autoridad ilimitada del Czar, único soberano absoluto del mundo civilizado, y jefe religioso de su pueblo, hacen del puesto de Czarina la categoría más alta á que puede llegar la mujer que no es soberana por derecho propio. La alta posición que ocupaba la hija del Gran Duque Luis hace que su muerte tenga resonancia en todo el mundo, no la significación personal de la infeliz enferma, que ha concluido de parecer al abandonar tantos honores. Acaso si no hubiera subido tan alto, su vida hubiera durado más tiempo. ¿Quién se hubiera atrevido á volar una parte del edificio en que moría lentamente una pobre mujer, si ésta no fuese la Emperatriz de Rusia?

El fallecimiento de la Emperatriz de Rusia es un acontecimiento de gran bulto, y que, sin embargo, no tiene otra importancia que la de una desgracia familiar en una corte amiga. María Alejandrovna, hija del Gran Duque de Hesse, Luis II, ha muerto á los cincuenta y cinco años de edad, y contrajo matrimonio hace treinta y nueve con el actual emperador Alejandro II, á quien deja cinco hijos varones y una hija. Aunque su fallecimiento no se crea tan inminente, su familia había perdido toda esperanza de salvación, y sólo pretendía prolongar su vida á fuerza de cuidados. De vez en cuando su estado se agravaba, y los médicos anunciaban la proximidad de su muerte: la enfermedad parecía burlarse de los médicos, y concluyó con la augusta señora cuando menos lo esperaban. Murió la Czarina extirpablemente, en el silencio de la noche y en el misterio del sueño: cuando trataron de despertarla al día siguiente, sorprendió á sus camaristas verla descansar tan sosegadamente; estaba muerta; hacía tiempo que no tenía un sueño tan tranquilo.

Algun periódico portugués ha dicho á sus compatriotas: «Algo tarde honra la memoria del autor de *Los Lusitadas*».

No es justo ese periódico: si por honrar se entiende trasladar con aparato oficial unas cenizas, que acaso sean de otro, y convocar al mundo culto para rendir tributo á un hombre ilustre, parece que Portugal se acuerda del mayor de sus poetas tres siglos después de su muerte; pero Luis Camoens es hace ese tiempo para los portugueses el poeta favorito, el escritor nacional, cuyos versos se citan en todos sus libros y aprenden todos de memoria. ¿Qué más honra puede desear un poeta muerto? La unión de los restos de Vasco de Gama y Luis Camoens, es decir, del héroe y del autor del célebre poema, es una idea nacional y delicada: Vasco de Gama simboliza las glorias marítimas de Portugal, y Luis Camoens representa su literatura, y convierte en idioma poético un dialecto, fijando en él la atención de todos los pueblos, con su obra inmortal.

¿Qué diferente fué la suerte de los dos hombres ilustres cuya memoria enlaza la posteridad! Vasco de Gama, intrépido marino, tiene la fortuna de emprender su viaje á la India, precedido por dos ilustres navegantes, uno de los cuales, Diaz, había doblado el misterioso y temido Cabo de las Tormentas, y de contar para la realización de su atrevida empresa con las instrucciones del inteligente viajero Corvillam; para salvar lo desconocido encuentra pilotos que le ayuden; descubre el camino de la India; su patria lo aclama; el rey D. Manuel le colma de honores; muere en el colmo de la prosperidad, abrumado por la gloria y por los años, y canta sus hazañas Camoens, el primer poeta de su patria, y Barros, el ilustre historiador, escribe sus conquistas.

Luis Camoens, aunque de noble origen, nace pobre, y tiene la desgracia de poner los ojos en D.^a Catalina de Atayde, señora principal, por cuyo desgraciado amor tuvo que huir precipitadamente de Lisboa: como soldado, pierde un ojo en un combate frente á los muros de Ceuta; emprende un viaje á las Indias y naufraga dos veces; después de luchar con el clima ardiente y los piratas del mar Rojo, es desterrado á Macao por una sátira, y allí escribe su célebre poema; el mutilado de Ceuta tiene que ser dependiente de la Administración é ingresar en una cárcel, como el mutilado de Lepanto. Mientras tantos vuelven ricos de la India, él regresa á su patria de limosna. Un esclavo implora en Lisboa la caridad pública para mantenerle, y muere en el Hospital.

El rey D. Manuel hizo Conde á Vasco de Gama y Virey de las Indias: el infortunado rey D. Sebastian señaló á Camoens una pensión anual de veinte duros. No negáremos su mérito al famoso almirante que en el siglo XV ensanchó el camino de los mares: si hoy hace cualquier patron de buque lo que él hizo, no lo hubiera hecho en las mismas circunstancias; pero el mérito de Luis Camoens es más personal; áun no ha podido tener imitadores.

Luis Camoens es para nosotros tanto más simpático, cuanto que sus desgracias recuerdan las de Cervantes, y acaso las excedan. Sin embargo, debería ser para nosotros un cruel é involuntario enemigo. Portugal, ese pelazo de España, separado solo por un idioma que entendemos sin apurarlo, y tan análogo al nuestro, que Camoens usaba indistintamente de los dos, se emancipó de España con *Los Lusitadas* más que con la batalla de Aljubarrota y su posterior independencia. La literatura de cada pueblo es su frontera más inaccesible.

Solo las costumbres podrian concluir con el duelo, toda vez que si aun las penas canónicas lograron siquiera disminuirle, en épocas favorables á la eficacia de esas penas; pero hoy las costumbres alicentan hasta imponer el desafío como una obligacion moral que se elude con dificultad. Hoy es una necesidad deplorable, que sólo tiene remedios lentos, unos en las leyes, otros en la opinion. En aquéllas, castigando con gran dureza las injurias y provocaciones, y en la segunda, no dando importancia de héroes á los duelistas, ni admitiendo como procedimiento para los pleitos de honor el juicio de las armas.

Y, sin embargo, el desafío moderno ha tenido excelentes defensores entre los jurisperitos, siendo el difunto don Cirilo Alvarez uno de sus más ilustres defensores, el cual le consideraba como el único medio de igualar al fuerte y al débil, y proteger á éste contra las agresiones del primero: error unánime por la práctica, pues por mucho que se quieran igualar las condiciones, siempre hay y habrá fuertes y débiles en el terreno.

Mucho podriamos hablar acerca de este asunto si no tuviéramos la conviccion de que es completamente inútil. Un filántropo quiso establecer una sociedad perseguidora del duelo, y reunió á varios individuos para discutir los estatutos; por desgracia se acaloró tanto la polémica en la primera sesion, que resultó de ella un desafío, en el cual el autor de la idea murió de una estocada.

El pensamiento no podia ser más racional y humanitario; por consiguiente, no tenía condiciones para hacerse popular.

**

El alboroto de los estudiantes de Valencia ha dado por resultado cerrarse la Universidad, y suspenderse, por consiguiente, los exámenes. Los estudiantes desapicados están de enhorabuena: si la medida es de precaucion, nada tenemos que decir: como castigo, no nos parece el más severo procurarles unas vacaciones. El exámen es la pena más dura que puede imponerse á un mal estudiante: es el fusilamiento escolástico.

**

Vida del periodista madrileño.

(Apunte de lo que debia hacer en los dias 6 y 7.)

Día 6. A la una, la sesion inaugural de la Academia de Bellas Artes, música de Beethoven y de Altonoz el Sabio: lectura de Jareño.

A las dos: primera reunion de la Sociedad central de Horticultura.

A las cuatro, corrida de toros de la ganaderia de Vagaras.

A las ocho y media, los teatros.

A las loco de la noche, la murmuracion de los casinos.

Día 7. A las nueve, la profesion de una novicia, la señorita Cármen Meer, hija de los Barones de Meer, en la iglesia de San Juan de Alarcón.

A las diez, vista de la causa del procesado Oliva.

A las dos, sesion interesante en el Senado.

Después de comer, sesion nocturna en el Congreso.

Publicamos este apunte, tomado de la cartera de un periodista noticiero, para que se comprenda la variedad y continuidad de sus tareas, las diversas impresiones que sufre y las leguas que recorre, si es que es lícito emplear la palabra leguas rigiendo ya el sistema decimal.

Es indudable que con el tiempo habrá periodistas de á caballo.

**

Quando el suicidio era un acto excepcional y sin arraigo en las costumbres, nada tenía de extraño que no cuidase la autoridad de reglamentarlo. Pero la frecuencia del hecho, cada vez más natural y corriente en todos los países civilizados, hace presentir que se convertirá en derecho individual en los códigos futuros. Mientras este adelanto se realice, la autoridad se halla en el caso de atender con predileccion á este servicio público, tanto para que el suicida no perjudique al transeúnte aplastándole al caer desde un piso elevado, como para que ejecute sus deseos con entera comodidad y sin escándalo. Urge, por consiguiente, la creacion de un establecimiento, que voy á describir á los lectores.

El edificio debe constar de dos pisos y terminar en una torre, desde la cual podrán arrojarle con facilidad á un patio empelrado los que gusten; y para que puedan disfrutar ese placer hasta los cojos y personas delicadas, habrá un ascensor que facilite la subida.

El jardín contendrá varios estanques pequeños, pero de gran profundidad, con grifos y termómetro para que puedan graduar la temperatura del agua los suicidas, á fin de que la frialdad del líquido no retraiga de ahogarse á los que quieran morir en un baño de placer.

En el tronco de los árboles habrá escaleras de manos, y penderán de las ramas sólidos cordones con su nudo corredizo, de los cuales podrán colgarse los aficionados á este género de muerte. Habrá tambien una horca elegante, á modo de gimnasio y servida por un mozo, para los que no sepan ahorcarse solos por falta de costumbre.

En el piso segundo estarán las celdas de los que quieran acabar su vida de diversos modos: un generador de ácido carbónico, que podria ser muy bien una alomba de agudores, enviará constantemente el gas mortífero por medio de tubos á las habitaciones sin ventilacion dispuestas para la asfixia: delante de cada lecho se colocará un espejo grande, por si quieren adoptar los suicidas alguna postura interesante, y en la mesa de noche, pluma y papel por si desean morir haciendo versos.

Los demás cuartos serán de uno ó varios lechos: éstos últimos para los que quieran suicidarse reunidos ó en familia, y habrá cuartos con cunas para los niños cansados de la vida. En cada habitacion se colocarán pistolas cargadas, navajas de afeitar, cuerdas y garfios, sables, lancetas y otros instrumentos á propósito: en los estantes habrá bibliotecas populares para los que prefieran morir de aburrimiento.

La farmacia y las dependencias de la casa se situarán en

el piso bajo, sirviéndose en el comedor á todo el que lo pida, raciones de ácido prúsico y fósforos disueltos.

El ferro-carril de circunvalacion pasará por el interior del edificio para que lo utilicen los suicidas, y todos los dias se efectuará una explosion de dinamita por si alguien quiere aprovechar la voladura.

**

El estudio de la Teratología es tan indispensable á los médicos, cuanto que las anomalías del organismo humano son muy frecuentes, y á veces tan absurdas como lo demuestra el nuevo caso observado al hacer la autopsia del cadáver de una jóven en el hospital de Caen, cuya operacion hizo ver que tenía en el lado derecho el corazón.

¿Seria extraño que los médicos que asistieron á la jóven entendiesen y tratasen al reves su enfermedad?

La culpa no era de los médicos; éstos aplican los remedios oficiales, y es deber del enfermo tener todos sus órganos en el lugar correspondiente. El facultativo corta con confianza por el sitio donde puede abrirse á todo el mundo sin peligro; no es responsable de que un extravagante tenga escondido allí su corazón.

El Dr. Pulido ha discurrido precisamente en estos dias acerca de otra anomalía, en su folleto titulado *Lactancia paterna*, en que se ocupa de los hombres que pueden ejercer las funciones de nodriza. Las pruebas que alega son irrecusables.

Desde que leímos esa obra, las pasiegos nos parecen hombres disfrazados que se dedican á criar para librarse de las quintas.

**

Mr. Benedetti es muy aplaudido todas las noches en el teatro de Apolo, introduciéndose por la boca varias hojas toledanas.

—¿Cómo empezó V. á acostumbrarse á ese ejercicio,—le preguntaron un dia.

—Estaba anémico—contestó—y el médico me recetó el hierro á grandes dosis. «¿Cuánto he de tomar?—Todo lo más que pueda usted.» A los pocos dias encontré al facultativo. «¿Toma V. el hierro?»—me dijo.—«Sí, señor, le respondí: me trago un sable todas las mañanas.»

**

—Algo se me olvida—decía ayer el desmemoriado don Froilan al salir á la calle.—Algo me dejo en casa.

Cuando estaba ya muy lejos, se dió un golpe en la frente y volvió precipitadamente hácia su domicilio.

—No ha sido mal olvido—repetía alarmado, dando á sus pasos cada vez mayor velocidad.—Me he dejado en casa al novio de mi hija.

Do pronto se detuvo aterrado.

—¿Dónde vivo, señor?—se preguntó con angustia.

Se le habían olvidado las señas de su casa. Pasó un cuarto de hora hurgando en vano su memoria, que le parecia una pared blanca.

—¡Soy un imprudente!—repetía—¡soy un imprudente! Esos chicos....

—¡Señor, señor!—le dijo una mujer:—que los convidados esperen, y los novios le buscan á V. por todas partes. Entónces si que se golpeó la frente D. Froilan, recordando que su hija se casaba á aquella hora y él era el padrino. Se había dejado en casa á los novios, la madrina, los testigos y doce convidados.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

El tratado de paz recientemente firmado en París por nuestro representante y el de los Estados Unidos de Colombia es un acontecimiento fausto, de gran interes para ambos pueblos; un acto de prevision y de buena política, que nos complacemos en consignar y aplaudir. España no desea intervenir en los asuntos de la América que poseyó algun dia, y cuya independencia reconoció y respeta con esmero; pero no puede considerar como pueblos extraños á aquellos países, en que circula la sangre de su raza y cuyos naturales tienen con nosotros el lazo intimo y perpetuo del idioma. Desde el Rio del Norte al cabo de Hornos, sólo el Brasil y algunas posesiones extranjeras hablan lenguaje extraño, y ni aun el del citado Imperio es idioma que suene mal en nuestros oidos, que entienden sin estudio la dulce lengua portuguesa. Nuestra política en América es de paz, de alianza, de fraternales y estrechas relaciones mercantiles y literarias. Los poetas de la América latina son poetas nacionales; nuestros escritores insignes les pertenecen con igual derecho que á nosotros, y si la literatura es el vinculo más fuerte entre los pueblos cultos; si al abrir un libro escrito en la América del Sur ó en la península española nadie puede saber si lo pensó un peninsular ó un americano, ¿cómo hemos de vivir aislados é indiferentes, si la naturaleza nos une forzosamente con un lazo moral? Salud á los Estados Unidos de Colombia.

**

Nosotros, que deseábamos la creacion de una Exposicion, ó mercado, ó instalacion permanente de Floricultura, ¿no hemos de celebrar el propósito de la naciente Asociacion central de Horticultura, cuyo titulo indica mayor alcance y latitud de pensamiento? Aunque no asistimos á la sesion preparatoria, por obstáculos involuntarios, nos adherimos al propósito, y deseamos que sea secundado el de los distinguidos iniciadores de la idea, que puede ser un nuevo germen de riqueza y de cultura para el pueblo de Madrid.

**

El duelo es, como el suicidio, contagioso. Los sablazos que recibió en París el hijo del célebre periodista Rochefort, en un alboroto popular, han producido ya un duelo, y parece que hay otros varios concertados ó en proyecto. La publicidad que da la prensa á estos sucesos de indole particular, y penados por todos los Códigos, vuelven al duelo el prestigio y el interes general que tenía en la Edad Media. Si hoy no hay palenques donde se vea materialmente el espectáculo, el periódico le describe minuciosamente, lo que equivale á batirse con más publicidad que tenían en otro tiempo los torneos.

CRÓNICA GENERAL.

El suceso más grave de cuantos refiere la prensa extranjera de estos días nos parece la amnistía plena para los comunistas, acordada por el Gobierno francés, según verídicos informes. Como acto de piedad, nada tenemos que oponer; pero coincidiendo este acuerdo con la expulsión de los jesuitas, el sentido común se resiste á creer que la libertad bien entendida consista en esas diferencias tan extrañas é inmorales. Toda la defensa que pueda tener en nombre de un criterio de tolerancia y libertad el perdón de los criminales que incendiaban á París bloqueado por el ejército prusiano, fusilaban á inermes y venerables sacerdotes y cometían vandálicos excesos; toda la disculpa que merezca ese acto de generosidad y olvido toma el carácter de injusticia cuando se combina con la persecución de los sabios y respetables maestros expulsados por vagas sospechas de simple desafección al sistema político establecido en Francia.

¿Tan graves son estas sospechas y tan leves los crímenes que se perdonan? Mal principia la República á practicar las ideas de igualdad que predicaron sus apóstoles, asegurando que su advenimiento al poder sería el de la razón, la equidad y la justicia. Como no se infringe la ley moral impunemente, tenemos por ese poder, que así cumple su misión elevada, dando argumentos á sus enemigos, justificando las represalias del porvenir y sustituyendo á los reprobados caprichos de los despotas vencidos, los caprichos innobles de las turbas.

Triste y desconsolador debe ser acompañar al cementerio el cadáver de un padre ó otra persona igualmente querida, pero ¿quién puede cumplir ese deber moral con más tristeza? En nuestros llamados duelos falta el verdadero dolor, sustituido por la etiqueta mortuoria de los extraños. Más de una vez hemos recordado en algún entierro las palabras con que Hoffmann describió el dolor del príncipe Baranoph por la muerte de su primer ministro Cincio.

«Señores chambelanes, veríamos de nuevo algunas lágrimas sobre el féretro del difunto, y vayámonos á la mesa.» O las palabras de Serra en *Nadie se muere hasta que Dios quiere*:

«Derrámonos una lágrima
A la memoria de aquel
Que fué nuestro amigo, y luego
Nos iremos á comer.»

¿Qué diferencia ofrecen las piadosas costumbres de otros pueblos!

Las ceremonias oficiales y el aparato fúnebre con que fué conducido á su última morada el cadáver de María Alexandrovna han sido suntuosos é imponentes en la capital de Rusia; pero si la descripción del soberbio carruaje mortuario, el espléndido cortejo, la aglomeración de tropas y las ceremonias religiosas debieron impresionar el ánimo y la vista, hay un detalle en la relación de aquel suceso que conmueve el corazón: el Czar de Rusia y sus hijos llevando el féretro, en el interior del templo, de la que fué su esposa y madre, y besando piadosamente y por última vez la boca helada de la muerte.

Las fiestas del centenario de Camoens, cuyo carácter ha sido más popular y no menos solemne que las pompas oficiales, han tenido otro detalle en que debemos fijar nuestra atención. Nos referimos á la entusiasta y cordial ovación que tributaron los estudiantes de Lisboa á la Comisión de la prensa, al consulado de España, y especialmente á las bellas españolas, que saludaban con sus pañuelos el desfile de la comitiva literaria, arrojándole flores en cambio de vitores y aplausos.

Síntoma hermoso de fraternidad, á que correspondíamos en Madrid aplaudiendo con efusión las nobles y elevadas frases pronunciadas en castellano por el Excmo. Sr. Conde de Casal Ribeiro, representante de S. M. Fidélísima en la corte de España, ante la Sociedad de Escritores y Artistas, que conmemoraba en honor de Camoens la misma fiesta que ha celebrado Portugal. El elemento popular y el oficial se inspiraban en el mismo pensamiento. La literatura portuguesa, que ha contribuido más que las armas á separar al político á Portugal de España, excitando en el pueblo vecino el sentimiento de nacionalidad é independencia, es la que nos ha de reunir principalmente con esos vínculos morales que conservan los hermanos cuando las leyes de la naturaleza los separan para formar otras familias y el impulso de la sangre los atrae.

El pueblo portugués tiene prevenciones hacia España justificadas por la Historia, por las tendencias ibéricas de algunos políticos españoles, y por la conveniencia natural para nosotros de absorber un país que completaría la unidad de la Península. Esas prevenciones han sido alimentadas en Portugal por su literatura patriótica.

Y, sin embargo, no creemos que existan españoles que hayan soñado un solo instante en conquistar á Portugal: su frontera desguarnecida es la más segura que puede tener pueblo alguno: España respeta esa pequeña y simpática nación, cuyo origen se confunde con el nuestro.

En los aplausos prodigados por la ilustrada juventud de Lisboa á los representantes de España vemos que empiezan á desterrarse los recelos, que la comunicación y trato más continuo desvanecerán completamente.

Hoy nos corresponde agradecer la hospitalidad y obsequios que ha recibido la representación de nuestra prensa en Portugal, y saludar á la inteligente juventud de Lisboa y al noble pueblo portugués.

Ayer noche hablabamos de Lisboa con Alfredo Escobar, recién venido de aquella capital.

—Eso uno de los pueblos más pacíficos y honrados—nos

decía;—su criminalidad es tan escasa, que cuando me enteré de su estadística, no pude menos de preguntar:

—Entonces, ¿para qué tienen VV. cárceles?

—Para sus computrietas le usted—me respondieron.

En efecto, nosotros suministramos la principal ocupación á la policía portuguesa con los deshechos de nuestras perturbaciones políticas y la poca seguridad de nuestro sistema carcelario.

Hace pocos días, *La Epoca*, periódico ilustradísimo, que teniendo tanta importancia y autoridad entre las clases conservadoras, comprende lo que es inevitable conceder á los tiempos, inició una idea, que ha acogido y desarrollado el Sr. Romero Ortiz, proponiendo un reglamento para su ejecución y dando forma al pensamiento. Esta idea es el crédito intelectual.

Así como el poseedor de tierras ó de fincas tiene una riqueza que puede hipotecar, aunque ésta sea accidentalmente improductiva, así la inteligencia probada del escritor y el artista es un capital que puede servir de garantía y elemento de crédito para obtener préstamos y auxilios que le permitan emprender con tranquilidad sus obras, no malvender con angustia trabajos productivos, y escribir con más conciencia y reposo. El ejemplo de algunos escritores que habiendo producido con sus obras capitales de consideración apenas han disfrutado de exiguas cantidades, siendo los exclusivos creadores de aquella riqueza, demuestra la justicia de ese crédito que se defiende y trata de crear. El poeta, el autor dramático, el novelista, el historiador, el periodista, todos cuantos tienen recursos intelectuales, que constituyen un valor real cuando se explotan, necesitan para el buen éxito y premio natural de sus trabajos una institución de crédito donde encontrar recursos oportunos con rédito moderado. La alta banca, los hombres de grandes capitales, cuyo concurso y ayuda tanto ha acrecentado, y ha dado tanto valor á los intereses materiales, podría, sin detrimento de su caudal, prestar á los intereses morales los mismos beneficios, reconociendo como base de crédito esa riqueza positiva, que muchos no pueden explotar dedicados á trabajos diversos para atender á las apremiantes exigencias de la vida. ¿Veremos nosotros realizado ese adelanto?

En la sesión pública celebrada en honor de Camoens expuso el Sr. Galdó una idea que merece secundarse. Fundándose en que todos los pueblos han dado en solemnizar el centenario del nacimiento ó de la muerte de sus compatriotas más ilustres, excepto España, donde todavía no se ha introducido esa costumbre, propuso que se empezase entre nosotros por el centenario de D. Pedro Calderón de la Barca, el primero que por orden de fechas se presenta. Adoptada la forma del centenario, nada más natural que honrar la memoria de aquellos á quienes por la correlación de fechas correspondía, y D. Pedro Calderón es uno de los que, por su especial mérito, deben figurar en primera línea. Tienen los centenarios un inconveniente. ¿Durarán esas celebraciones mucho tiempo, ó será una moda pasajera? En todo caso, quedarán para el siglo xx los de Cervantes y Colón, siendo desgraciados aún en esto.

¿Por qué ha de celebrarse precisamente el centenario? ¿Por qué se ha de proponer á la simetría de la cifra la consideración principal, que no es otra que conmemorar á los hombres de genio y cualitarse en memoria? Sin oponernos á la idea de nuestro querido amigo el Sr. Galdó, y sosteniendo en lo que se refiere á Calderón, nos parecería conveniente no esperar á que nuestros sucesores, que acaso piensen de otro modo que nosotros, rindan ese tributo á Cervantes y Colón, en 1916 ó 43 y 1892-1906 ó 35. Todo ello sin perjuicio de conmemorar á Lope de Vega, cuyo centenario está más inmediato, y el de aquellos á quienes correspondía esa ventaja.

Todos los años, y éste como todos, celebra modesta y patrióticamente un recuerdo á Colón la Sociedad Columbiana Ohubense en el histórico monasterio de la Rábida, por el aniversario del día en que se hizo á la mar el descubridor de América: á la función religiosa sigue un certamen literario, premios á la virtud, regatas, fuegos artificiales y otros regocijos. Y en realidad, ¿á nadie corresponde participar de esa fiesta tanto como á los descendientes de los bravos marineros que tripularon las famosas carabelas. Pero si allí no se ha olvidado esa fecha memorable, ¿se acordarán de ella en 1892 los que vivan en la corte?

¿Por qué no se había de fijar un día al año, declarándolo fiesta nacional, para celebrar la inteligencia? Designado ese día, las Cortes del reino decidirían anualmente al hombre ilustre á quien se hubiese de conmemorar en aquel año.

La Alhambra, la verbená de San Antonio, el estreno de *Las Hazañas de Hércules* y los jardines del Retiro, cuando el tiempo lo permite, han sido ó son el entretenimiento nocturno de los honrados madrileños.

No sé si será efecto de la luz, de la casualidad, del decorado, pero las caras de las mujeres parecen más bonitas que en otras partes en el teatro de la Alhambra, ó allí se renoran las caras más bonitas de Madrid.

La música del Sr. Fernandez Caballero, las decoraciones, los bailes y algún efecto escénico como la persecución con las antorchas en el segundo acto de *Las Hazañas de Hércules*, merecen oírse, verse y aplaudirse. ¡Lástima que la obra no correspondiera á estos accesorios! No creemos que la zarzuela mereciese ser arreglada á nuestra escena. En el teatro frances suelen tener éxito algunas producciones muy debiles. Es que allí los empresarios, cuando no tienen comedia, la fingen con las decoraciones y los trajes.

Se hablaba ayer en la mesa de un café de los perros adiestrados en la persecución de los esclavos negros que se fugan, ó cimarrones. Y dijo un norte-americano:

—Yo tenía uno de esos animales de instinto tan fino, que detenía á los negros cuando hablaban de escaparse.

—Mejor era mi perro—repuso un andaluz.—Fué á visitarme cierto día D. Froilan, persona de mucho respeto, y el animal se le abalanzó, sujetándole como á los negros. Todos nos alarmamos con la agresión de un animal tan bueno y tan pacífico, que sólo acometía á los esclavos fugitivos.—«Voy á matar á ese perro»—dijo tomando una escopeta.—«No lo haga usted—me dijeron al oído contentándose;—ese animal es una alhaja: uno de los bisabuelos de D. Froilan ha sido cimarrón.»

Un gran poeta padecía la persecución de un poeta mediano, que no podía hacer otra cosa que imitarle. Si el primero escribía una oda al sol, se le ocurría al segundo, en el mismo metro, una oda á la luna: si hacía aquél un drama, éste empezaba otro drama acto continuo: si una leyenda, aparecía al momento otra leyenda. Era un laceyo insoportable.

—Pégale un tiro, le decían sus amigos.

—Tengo un medio más seguro: corred la voz de que me he suicidado, y pondrá la noticia en los periódicos. Así lo hicieron, en efecto, y la población se consternó; al desmentir la noticia al día siguiente, tuvieron que dar otra.

El poeta mediano se había suicidado.

Hubo iluminaciones.

JOSÉ FERNÁNDEZ BERNÓN.

LA QUINCENA PARISIENSE.

SUMARIO.

De por qué escribo esta revista.—Gustavo Flaubert: su significación literaria.—Longchamps: el premio de los cien mil francos.—Los deseos.—El poeta Juan Rodru y el homenaje que le tributa la Academia Francesa.—El 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, declarado fiesta nacional.—Las banderas de la República.—Festivos.—Los colores nacionales.—Teatro: estreno en el *Amigo de Los Polvones*, drama de Julio Moineau y Pablo Parfait.

Paris, 11 de Junio.

La grave enfermedad que aqueja y postra á D. Angel Fernandez de los Rios es causa de que sea yo quien dé cuenta á LA ILUSTRACION de lo ocurrido en París durante la quincena.

Nunca he pesado tanto la pluma de un hombre en manos de otro como pesa la suya entre las mías. Por tí, lector, lo siento, que pierdes con la sustitución; mas, si he de ser franco, aún á trueque de parecerse egoísta, confieso que más todavía lo siento por mí mismo: no es falsa modestia esta de que hago alarde; es la expresión del temor de no poder decirte las cosas tan bien como él te las decía, ni hacer sobre ellas las consideraciones que le sugerían su clara inteligencia y su profundo ingenio. Pero ten cuenta que él era nuestro y yo discípulo; que él pertenecía á la falange de los que han ilustrado en veinte años de continua lucha el periodismo español, y que yo soy de los principiantes, á quienes sólo toca marchar sobre las huellas de los que les precedieron. Escribo, ademas, atormentado por la dolorosa impresión que me produce su gravísimo estado, bajo el temor que tengo de perder para siempre esta amistad, que juzgo como uno de los mejores bienes de mi herencia. ¡Ojalá su pronto restablecimiento pudiera á tí volverte su pluma, siempre joven, siempre rica en el buen decir, y á mí ahorrarme la comparación temible que hace de establecer entre su prosa castiza y mis desaliñados párrafos!

Ni la publicación de la última obra de Victor Hugo, ni la muerte de Gustavo Flaubert, han preocupado tanto á París como las carreras de Longchamps; ni el libro de un hombre por quien la Francia siente verdadero fanatismo, ni cuanto se ha dicho y escrito estos días á propósito de Flaubert, ha impresionado tanto á las gentes como la derrota del caballo francés por el caballo inglés; *Robert the Devil* ha vencido á *Beaumont*; esto es lo que ha causado verdadera sensación.

Y, sin embargo, el país acababa de perder uno de sus literatos más ilustres, quizá su provista de más mérito, seguramente el más conienzudo. Gustavo Flaubert descendía en línea recta de Balzac, y ha sido el iniciador del naturalismo contemporáneo; Emilio Zola no es sino un imitador de Flaubert; sus cualidades son las del modelo que se ha propuesto; sus defectos, la exageración de esas mismas cualidades. Nada hay en Zola ni en sus partidarios que no esté contenido en Flaubert; pero los discípulos, en vez de estudiar á fondo las obras del maestro, han exagerado su tendencia, y hoy la distancia que separa á Flaubert de los naturalistas es mayor que la que media entre éste y los románticos.

Gustavo Flaubert se inspiraba en la realidad; bebía en el vaso de las amarguras del presente; estudiaba la vida moderna como un observador; la describía como un naturalista, y de ese estudio y esa observación hacia brotar la poesía y el encanto, lógica é indefectiblemente, á la manera que germinan en el alma los goces engendrados por el espectáculo de lo bueno y lo bello: colocaba al lector aquí abajo, en plena vida, en plena cloaca; iba poco á poco presentando por medio de una acción dramática muy sencilla los tipos que á su objeto convenia; hacíale moverse conforme á su naturaleza, obrar según su índole; la pintura de las costumbres y del medio social servían de atmósfera respirable á sus personajes; la intuición suplía en él lo que no alcanzaba el examen, y todo esto, por duro y amargo que fuese el estudio de las gentes que presentaba, ó los sitios donde las exponía, dejaba siempre en el alma una impresión gratísima traducida en uno de estos tres sentimientos:

(1) El Atillero de Guarnizo no dejó de tener su importancia histórica. En él se construyó, en 1732, el navío *Real Felipe*, de 114 cañones, que después se hizo famoso en las aguas de Tolón (1744), y de él salió también el legendario *San Juan Nepomuceno*, a cuyo bordo murió heroicamente don Cosme Damián Churrutua, en el glorioso combate de Trafalgar (1805).—(A. Ceja R.)

tos: amor al bien, horror al mal ó admiración de la belleza. Así están concebidas y escritas todas sus obras.

Pero tenía además l'haubert otra gloria, mayor si cabe que la que á su inteligencia debía, emanada de su carácter, hija de su voluntad, que como la voluntad de todo hombre superior, había impuesto á la vida un ideal y al entendimiento una aspiración: Gustavo Flaubert pretendía llegar como estilista al *summum* de lo que pudiese hacerse con el idioma francés; corregía y revisaba sus obras muchas veces; no cedía un manuscrito á un editor sino cuando ante su propia conciencia estaba satisfecho de él, y esforzándose por hacer prosa perfecta, supo conservar el secreto de no perder la espontaneidad, siendo al mismo tiempo correcto y fácil.

Y en tiempos como los que corren, cuando no ya de la pluma, sino hasta de la conciencia se hace tráfico, Flaubert se negó constantemente á halagar los instintos del público ni satisfacer las exigencias de la opinión; escribió como creyó que debía escribir, dijo lo que tenía por bueno... y murió pobre.

Este es el poeta que Francia acaba de perder.

Con un día lluvioso y triste, capaz de dar celos al Noviembre más inoportuno, encharcado el piso, gris el cielo y tenaces los aguaceros, que unos á otros se sucedían, llegó el día fijado para la carrera del *Gran Premio de París*, 100.000 francos, que conceden, por mitad, el Ayuntamiento de la capital y las cinco grandes compañías de ferrocarriles franceses.

Esta es la fecha esperada con más impaciencia por los elegantes; la tarde en que se luce gala de más lujo; el pretexto para la exhibición de lo más suntuoso y magnífico que París encierra. A Longchamps va quien quiere ver y quien quiere que lo vean, el que pretende hacer ostentación de su riqueza y el que procura saber el estado de la bolsa ajena; las damas de la nobleza estrenan sus trajes; las cortesanas despliegan cuanto han podido acaparar, procurando cada una ser la primera en las excentricidades y la más admirada entre todas; por entre los carruajes de las actrices en boga y de los banqueros en auge se ven cruzar algunas veces otros que llevan en las portezuelas coronas y blasones; pero ni sus caballos pueden compararse con los demás, ni siquiera igualar á los que arrastran la carretela de un holista ó de una bailarina de la Ópera; por todas partes encuentra la vista, hecha con mano enérgica, la spotódia del oro; la ostentación toca en la impudencia, y el lujo hace alarde de desenfreno; las sedas de los trajes teñidas de los tonos más brillantes; las flores de los prendidos buscadas entre las más impropias de la estación; la extravagancia puesta en moda; el capricho originado en ley; la juventud y la hermosa expuestas como ofreciéndose al mercado, y en todas partes el dinero haciendo prueba de su fuerza, tomando para unos la forma de la vanidad satisfecha, engendrando para otros los pavorosos fantasmas de la envidia, siendo para los más la voz del mal consejo y la palabra de la tentación.

Es casi imposible acertar á saber si París, sobre todo cuando hace muestra de su riqueza, representa un alto grado de progreso ó es signo evidente de una decadencia moral verdaderamente escandalosa; es necesario volver los ojos á otra parte, mirar hacia los grupos de familias que llevan en el rostro impresa la huella de la fatiga y en las manos las cicatrices del trabajo, para no maldecir de una sociedad que recuerda los vicios de la antigua Roma, sin traer á la memoria sus virtudes. Cuando por la ancha avenida de los Campos Elíseos se ven desfilar los carruajes y los trenes de lo que se llama la buena sociedad y de lo que nombran el *demi monde*; cuando se contempla hora tras hora aquella exposición rápida y enloquecedora de cuanto la fortuna guarda para sus elegidos, y al mismo tiempo se piensa que todo aquello, comodidades, lujo, consideración y hasta respeto, se consigue con oro, y se ven allí, cerca de uno, á nuestro lado, gentes que lo contemplan impasibles y frías, sin envidia y casi sin asombro, entonces no hay más remedio sino confesar que, por cima de todo, como la luz del sol sobre los velos de las nubes, existe en la sociedad moderna algo más grande y más grandioso que sus conquistas materiales: un sentido moral que jamás tuvieron los pueblos de la antigüedad.

En poco más de tres minutos dieron vuelta á su punto de partida los diez caballos que se disputaron el premio. Roberto el Diabólico llegó primero; es el séptimo animal inglés que ha realizado tal hazaña; sus colores, azul y blanco, fueron saludados por la colonia inglesa con hurras frenéticas, y al día siguiente los escapantes de París, aunque no con tanta profusión como hubiera sucedido si el caballo fuese francés, aparecieron cubiertos de corbatas, lazos y juguetes engalanados con cintas de aquellos tonos.

La lluvia disminuyó en más de 60.000 francos la entrada al recinto del Hipódromo; en cambio, es incalculable lo que habrán ganado los indios de París con esa misma lluvia, que manchó sin piedad los trajes de las elegantes, dejando caer sus gruesas gotas sobre las sedas y los rasos; por un instante, ya tarlo, el sol pareció asomar sus rayos temerosos y pálidos, queriendo alegrar la fiesta siquiera unos momentos; pero al declinar el día, las nubes entreabrieron sus senos, y la fiesta concluyó como había empezado.

Parece que estamos en los tiempos de Richelieu ó el Conde-Duque de Olivares; ni la prensa, ni los casinos, ni los círculos políticos hablan de otra cosa ni tienen más motivo de conversación que los desafíos.

Mr. Kellinch se ha batido con Enrique Rochefort; un redactor del *Mot d'Ordre* con otro del *Gaulois*; el Conde de Santa Severina con Mr. de Fronzac; dos socios de uno de los clubs más aristocráticos de París han ido hasta la frontera belga para que el honor quedara en su puesto, como ahora se dice; dos periodistas de Angulema han cruzado

también la espada; la redacción entera de un diario imperialista ha sido provocada y estado á punto de retirarse con dos compañeros de una hoja radical; hasta se ha dicho que Coquelin, uno de los primeros actores de Francia, había desafiado al director de un circo por permitir que un payaso sacase á la pista una careta que era reproducción de la cara del ilustre cómico; finalmente, unos soldados y unos albañiles, contagiados sin duda por esta manía de andar á palos, se dieron cita unas noches pasadas en un solar abandonado, y allí, de vallas para adentro, sin padrinos ni testigos, se acuchillaron de lo lindo.

Desde hace muchos años el duelo está, si no permitido, tolerado por las costumbres, y á nadie se persigue por las consecuencias de un combate leal; así que los bosques y los parques de las inmediaciones de París son con frecuencia teatro de epuolios, que unas veces por lo dramáticos, otras por lo ridículos, dan que hablar para tiempo. La afición á la esgrima facilita aquí mucho los duelos; abundan los buenos tiradores, y especialmente entre periodistas y políticos menudean los que quieren hacer sus pruebas aguijereando el pellejo de algún compañero. En cambio, son cada vez más raras los desafíos que reconocen causas más legítimas que la discusión política ó las rencillas de oficio: si un marido sorprende á su mujer *in fraganti*, intenta un proceso de separación; si á un *gomoso* de los más emprendedores le escamotea un amigo una conquista, el abandonado se consuela en brazos de otra; pero es raro que por tales motivos vaya nadie á pasarse con padrinos y médicos por estos alrededores, ni que viaje hasta las fronteras de Bélgica ó de Alemania. Ello es, y yo ignoro cómo se las compondrán, que por muy graves que sean las ofensas, con duelo ó sin él, con alisuro de reconciliación, ó separándose en ayunas, el honor recobra siempre su puesto, y el que salió al campo sin razón vuelve con ella; Extraña idea del honor, y honor más extraño todavía! Pero así son las cosas de nuestro tiempo, incomprensibles muchas, la mayor parte inexplicables: estamos en el siglo que ha cumplido los mayores prologos que registra la historia del mundo, y quedan en pie los más estrepitosos rasgos de barbarie; se inventa la telegrafía eléctrica, y se aplica luego á las necesidades del arte de la guerra; el sabio que al medio día es socio de la Protectora de Animales, desuella por la tarde conejos vivos para estudiar anatomía, y las cortesanas que contribuyen á aumentar la población ilegítima, funlan luego asílos para niños abandonados: todo son contradicciones; la palabra y el hecho están en absoluto divorciados; la sociedad parodia á aquel D. Juan de Robres, que hacía pobres para hospitales, y hospitales para pobres. Quélanos, sin embargo, el consuelo de pensar que nuestra época nos parece la peor porque es la que mejor conocemos.

Haciendo la vida que Scarron nos pinta en *Le Roman Comique*, y que tan gallardamente describe Teófilo Gautier en *Le Capitain Fracasse*, vivió allá por los años de mil seiscientos veintitantos el poeta Juan Rotrou, el Lope de Rueda francés, no por lo que contriuyese á fundar el teatro de su patria, sino por la analogía que existe entre su existencia y la del que escribió *Las Acetunas*.

Yendo de pueblo en pueblo y de aldea en aldea; siendo hoy solaz de nobles y mañana recreo de villanos; durmiendo un día en una venta y otro en los desvanes de un palacio; pasando muchas noches sin más techumbre que la del alto cielo; comiendo alguna que otra vez con los restos de un festín, y ayunando más que devota en cuarema; cindiendo corona de talco á la frente y corona de espigas á la impaciencia por la gloria; sufriéndolo cuando hacía gozar y teniendo que hacer reír cuando lloraba; representando sus propias obras; guiando de un lado para otro la carreta de Téspis; siendo tan pronto rey como bobo, y tan á menudo galán favorecido como tutor apaleado, Juan Rotrou fué uno de los poetas franceses que demostraron más ingenio. Llevando por doquiera el buen humor y la alegría, acostumbrándose á reír de la desgracia tanto como á desconfiar de la fortuna, llegó por fin un día en que la abundancia se paró á sus puertas; Richelieu le llamó su amigo; el gran Corneille se confesó discípulo suyo, y hasta llegó á cobrar por una sola obra, *La Sortija del olvido*, más de trescientos escudos, en una fabulosa para él, acostumbrado, como los poetas de su tiempo, según nos cuenta la Baupré, á tenerse por pagados con tres de aquellas monedas. De esta época de prosperidad datan las mejores obras de Rotrou; entonces, por los mismos años que Corneille escribía *El Cid*, compuso él su *Iglenia en Alvide* y su *Wenceslao*, tan censurados por los sabios de su tiempo, ahora consideradas como las joyas más preciadas del antiguo teatro francés.

Rotrou hubiera sido hoy un *bohémio*: cuando tenía dinero subía á la buhardilla de su casa y arrojaba las monedas entre los montones de trastos viejos y haces de leña puesta á secar para el invierno; llegaban luego los días aciagos, y subía al desván á buscar cada día lo que para salir del apuro había menester, y de este modo, aunque no le quedara ni una blanca, siempre subía las escalerillas con la emoción de la esperanza, conservada hasta el último momento como el bien enjuno de la vida. Si vivió como *bohémio*, murió como héroe; y suponiendo que nada hubiese escrito, bastaría para su fama su abnegación y su valor. Nombrado principal autoridad del pueblo de su nacimiento en los últimos días de 1650, estalló allí la peste, y cuando todos, grandes y ricos, nobles y burgueses, huyeron de la villa de Dreux, Rotrou marchó á tomar posesión de su gobierno, escribiendo una carta sublime, que concluía así: «Se me ha confiado la guarda de mis conciudadanos, y cumpliré mi deber; no haré traición ni á mi honor ni á mi conciencia.» Al otro día, en el cerro donde se amontonaban las víctimas de la epidemia, iba mezclado con los demás el cadáver de Juan Rotrou, que supo ser, al par que un gran poeta, un gran ciudadano.

Para él, como para los más, la muerte fué la puerta por donde entró en el reino del olvido: ni los poetas y sabios cortesanos volvieron á acordarse de él, ni volvió á nombrarse con respeto á Rotrou, hasta que estudiando la crítica

moderna la historia del teatro francés, el *farante* del tiempo de Richelieu, el que vivió pospuesto á Boileau, á l'Estoile y á Colletet, apareció como uno de los espíritus que más influencia tuvieron en Corneille y Molière.

Esta fué la vida de Juan Rotrou; vida y obras cuyo elogio acaba la Academia Francesa de proclamar como tema para el concurso del año próximo. Tal es el poder del tiempo, y tal la fuerza del verdadero mérito. Hoy, después de doscientos cincuenta años, se acata el nombre del poeta ciudadano, y nadie se acuerda, en cambio, de la manada de rimadores adocenados que vivían haciendo madrigales á las favoritas del Cardenal-ministro.

Desde que Francia se gobierna por sí misma pedía la opinión pública el establecimiento de una fiesta nacional que conmemorase alguno de aquellos días gloriosos que median entre la reunión de los Estados generales y el primer Imperio. Querían muchos que se designase el aniversario del juramento del Juego de Pelota; otros pedían la fecha de la fundación de la República: la Cámara, á petición de Benjamin Raspail, ha acordado que la fiesta nacional de Francia será en adelante el 14 de Julio, aniversario del día en que fué tomada por el pueblo la fortaleza de la Bastilla, último baluarte del viejo mando, que cayó á impulsos de la razón armada.

El día 14 del mes próximo se celebrará la fiesta por vez primera, si el Senado, como es de esperar, confirma el voto de los diputados, y ese mismo día el Gobierno distribuirá al ejército las nuevas banderas, pues hasta ahora se han conservado las del tiempo del segundo Imperio.

Las que en breve han de recibir los regimientos son tricolores; el asta va coronada de una lanza en cuyo arranque descansan las letras R. F., y en la tela van escritos con letras de oro los nombres de las batallas en que cada cuerpo ha combatido.

A este propósito se han hecho ahora curiosas investigaciones sobre el origen y antigüedad de los colores que sirven de enseña á los franceses. Datán los tres de muy antiguo: cuando los holandeses pillaron á Enrique IV que les diera bandera, éste, no hallando cosa que á su juicio le honrase más, les dió sus tres colores, que eran el blanco el rojo y el azul.

Luís XIV vistió siempre á sus servidores con ellos, y todos los reyes de Francia conservaron para la casa real la casaca azul, la chupa blanca y el calzón rojo, hasta que Napoleón I, imitando á Carlomagno, cuya serriedumbre vestía, según es fama, de verde, adoptó para su gente este mismo color.

Prendían otros que los tres colores azul, blanco y rojo representan respectivamente el Estado, el poder real y la villa de París; pero lo cierto es que los reyes han usado siempre el rojo como enseña, sin que ninguno pensase en la bandera blanca hasta la segunda restauración.

Para contribuir al éxito de la fiesta del día 14, dispónese el Ayuntamiento á hacer grandes gastos. En la plaza del *Château d'Eau* se erigirá, en el mismo tamaño que ha de tener el original, una reproducción del monumento premiado por el Municipio en el concurso verificado hace pocos meses para elevar en aquel sitio un recuerdo á las glorias de la República; la plaza de la Bastilla, que ocupa una parte del lugar en que estuvo la antigua fortaleza, será lujosamente adornada; hay quien propone que se faja una reproducción de la prisión, tal como estaba cuando el pueblo se apoderó de ella; los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia serán también decorados con gran lujo, y durante la noche la iluminación se hará casi exclusivamente con luz eléctrica. Las luminosas que se distribuyan ascenderán también á grandes sumas, y todo hace esperar que el Municipio gastará en ésta, como en la fiesta del 30 de Junio celebrada durante la Exposición Universal, unos dos millones de francos. Los recursos de la villa de París permiten esto y mucho más, sin que tales hechos puedan calificarse de despilfarros; precisamente en estos mismos días se ocupa el Ayuntamiento de la rebaja de impuestos sobre los artículos de primera necesidad.

Los teatros ofrecen poca ó ninguna novedad: los principales empiezan á cerrar sus puertas hasta el otoño, y los demás se mantienen con obras de repertorio. *Daniel Rochat*, en la Comedia Francesa; *Jonhatan*, en el Gymnase; *La Cagnotte*, en Palais-Royal; *La Mendiga*, en la Porte Saint-Martin; *Aida*, en la Ópera, y *Las Pildoras del diablo*, en el Châtelet, continúan todavía en el cartel.

El único teatro cuyo espectáculo ha variado es el Ambigü, donde se estrenó anteañoche un melodrama titulado *Les Mouchards* (Los Polizontes).

El Ambigü es á París lo que fué á Madrid en otro tiempo el teatro de Novedades: una arena casi exclusivamente reservada á cierto género de obras, cuya falta de mérito literario está compensada con el interés inspirado en una acción dramática absurda, pero muy movida, y la propiedad ó el lujo desplegado al ponerla en escena.

Los Polizontes carece por completo de condiciones que atiendan la inagotable duración de sus cinco actos; sus piezas de música ratonera, tocadas por una orquesta que parece condenada á oírse á sí misma, y sobre todo, la falta de razón de ser y de sentido común en cuanto constituye el drama, suponiendo que pueda darse este nombre á una serie de conversaciones en que el protagonista efectivo de la obra es un gracioso, y el personaje que el autor ha ideado como principal queda relegado al segundo término.

Sucedó la acción en los últimos años del reinado de Carlos X, cuando el espionaje político tuvo casi el carácter de una institución, mientras Francia entera conspiró por recobrar su libertad.

Un alto empleado de la policía recibe encargo de prender á Jorge Tellier, un hombre joven y proscrito, que arriesgándolo todo por la causa que defiende, entra en Francia por la frontera española: durante el viaje hasta París se enamora de una muchacha, á quien oculta su verdadero

nombre, y al llegar á la capital corre á abrazar á madama Favvel, su hermana, viuda hechicera, de quien está enamorado precisamente el alto empleado de policía, quien, por una de esas casualidades sin las cuales no habría dramas, dramas malos se entiende, es padre de la novia del proscrito Jorge Tellier.

Durante algunas escenas en que la hermosa viuda tiene oculto á su hermano, parece que la acción va á girar sobre los celos del polizonte; pero aquella revela á éste la verdad, y el desterrado encuentra refugio en la casa del mismo hombre que tiene encargo de buscarle; entónces el polizonte entabla consigo mismo la lucha sobre si ha de renunciar á su amor por cumplir su deber de espía, ó si lo sacrificará todo por conseguir el amor de la hermana de Tellier. Sin que nadie pueda saber por qué, y á pesar de que su hija confiesa al polizonte que ama al liberal proscrito, el padre se decide por entregar al hombre refugiado en su propia casa, so pretexto de que sólo en el cumplimiento de tan innoble deber encuentra medios de vida para aquella hija querida. Pero en esta clase de obras las hijas se han hecho para espías á los padres, quizá por aquello de que quien á hierro mata á hierro muere; y en dramas de esta especie las puertas no sirven para abrirse ó cerrarse, sino para encerrar tras ellas, y las cortinas de los balcones son otros tantos secundarios; así, cuando el papá deja primero caer al suelo los pedruzcos de un orden de prisión contra el novio de su hija, y luego olvida sobre la mesa un salvo-conducto por medio del cual puede escapar Tellier, la chica se apodera de los pedruzcos de papel, viniendo en conocimiento del infame oficio del autor de sus días, decidiéndose, porque conviene al del drama, á proteger á su novio con ayuda del documento que allí se ha quedado también, pues de lo contrario no podría tener el conflicto desenlace. Aunque el polizonte dejó encerrada á la muchacha, ella sale, no sabemos por qué medios, y de noche, para que el lance sea más pavoroso ó no se vea tan claro, acude á una casa de campo, donde, tampoco se explica el cómo, está oculto con su hermana el liberal proscrito. Pero antes que la hija llega al padre, seguido de un polizonte de escalera abajo, y mientras el primero entra en la casa para ofrecer á Mme. Favvel la vida de su hermano á cambio de lo que toda dama joven rechaza, el segundo queda guardando la puerta del jardín, puñal en mano.

Ya puedes figurarte, lector, lo que sucede; viene la niña con el salvo-conducto para su amante, y al querer entrar en el jardín, muere á manos del polizonte: al grito que lanza la desgraciada víctima, sale el padre; comprende que su hija conoce el secreto de su infame vida, y se levanta la tapa de los sesos, con gran aplauso de la galería, y dicho sea en honor suyo, teniendo la precaución de hacerlo entre bastidores por no asustar á los demás. La moribunda tiende el salvo-conducto á Tellier y cae en sus brazos, poniéndose en pie de allí á poco para saludar á un público esencialmente domingo y no nada listo, pero que no podría dormir tranquilo como no viese vivos y sanos á todas las personas de la obra. Tal es el drama; mas ten en cuenta, lector, que lo que acabas de leer es solamente lo que sin duda llamará el autor la acción principal, que aparece como forrada y envuelta en otra segunda eminentemente cómica y que por sí sola constituye una comedia sin necesidad de padres polizontes, ni espías, ni amantes tontos y viudas en estado de merced. En realidad el héroe de la noche es un tipo marseilles, semejante á nuestro Manolito Gasquez, que se deja prender en lugar de Tellier sin que sepamos por qué; que tiene luego una escena graciosa con el prefecto de policía, hecha para alusiones á cosas del día, y que compromete en sus aventuras á un comerciante burgués, estúpido y ridículo, que, aceptando de buena fe cuanto el gracioso dice, se dispone á darle su hija creyendo emparentar con el primo de un ministro. Resulta más tarde que el marseilles no es pariente de ministro alguno, pero que por quitárselo de encima le dan una credencial, le ponen en libertad sin que explique nadie la causa, y se eclipsa para no volver á aparecer en escena, dejando libre el campo á la viuda guapa, el espía tonto de capirote y la niña que paga el pato.

En resumen: tú que me lees y yo que escribo habrémos visto seguramente muchos dramas malos, pero ninguno tan divertido como *Los Polizontes*: la obra, si no gustó, por lo menos fué aplaudida sin protestas, y es que el público francés, y especialmente el de este teatro, en nada se parece al nuestro. Pedimos nosotros, ante todo, vida y verdad en los caracteres ó los tipos, según la índole del poema; interés en la acción dramática, lógica en el desarrollo de sus fases y la marcha de sus situaciones; esto en cuanto al fondo, que luego tenemos, y muy grandes, exigencias que á la forma literaria se refieren; pero aquí poco ó nada de todo esto hace falta. Bástale á una obra la gracia del diálogo ó el movimiento de la acción, siquiera sea ficticio, para que el público la acepte; el autor dibuja los personajes en diálogos interminables, que sólo se pueden soportar dada la abundancia de buenos actores; la pintura de costumbres pasadas ó el estudio y exposición de las presentes se sustituye por completo al móvil dramático, y el poema escénico queda reducido á una novela más ó menos interesante, pero que ni por asomo reúne las condiciones del drama ni de la comedia. Esto en la mayoría de los casos, y hecha naturalmente excepción de autores notabilísimos, pero de condiciones y modo de ver completamente distintos de los españoles.

Sólo comprendiendo así el teatro puede explicarse lo que en París se repite con la mayor frecuencia: de novelas admirables y envidiablemente escritas, pero *meramente descriptivas*, como *El Nabab*, de Daudet, y el *Assommoir*, de Zola, se hacen dramas ó comedias, según la Compañía, con tantos actos, cuadros y personajes como permita el bolsillo de la Empresa, que puede llevar su largueza hasta introducir en la acción, sin que al público le extrañe, bailes, tempestades, revueltas, motines, terremotos, subastas, choques de tuesas ó vistas de tribunales de justicia. Y no creas, lector, que hay exageración en ello; como la obra está cuidadosamente puesta en escena, no ha de haber peligro de un fracaso; de ejemplo pueden servir *Los Polizontes*; un

motin en el jardín de *Palais Royal*, una comida en una posada, los trajes y cabezas de los cómicos, y el carácter de época dado á cuanto aparece en las tablas ha hecho aplaudir uno de los más monstruosos ejemplares del melodrama patibulario, calamidad más temible que tragedia de académicos.

JACINTO OCTAVIO PICON.

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE PLANTAS, FLORES Y AVES.

El laudable propósito de mejorar las costumbres, educando á la humanidad en el bien y fortaleciendo las creencias y los sentimientos que apagan todo instinto cruel y toda tendencia perniciosas, han agrupado en los pueblos cultos á los hombres de buena voluntad, dando origen á las sociedades protectoras de los animales y de las plantas.

«Principia el niño por manchar una pared y no se le corrige: un día manchará la reputación más limpia. Maltrata hoy una escultura y da fin de un olmo: después golpeará y herirá carne humana.» Estas autorizadas palabras de Hartzenbusch, uno de los más respetables patriarcas de la literatura española, justifican la existencia de las sociedades protectoras.

«Los que dejan en paz á los que dañan al edificio, á la estatua y al árbol, dejan crecer y multiplicarse á los futuros destructores de todo.»

El deseo de inferir daños innecesarios, cualquiera que sea su manifestación, merece las energías censuras, no sólo de los espíritus sensibles, sino de los espíritus menos justos.

La protección á los animales y á las plantas obedece, no sólo á elevados y civilizadores sentimientos de moralidad y justicia, sino á razones de prosperidad material y de salud pública.

Cuando el hombre abusa de seres débiles abandonados á su merced, y recompensa grandes servicios con brutales y crueles castigos, cultiva feroces instintos, que arrastran fácilmente á los criminales extraviados de la depravación más honda.

En todos los países civilizados de la tierra, en Europa, en Asia, en América, y hasta en las colonias de África, existen sociedades protectoras. España cuenta ya las de Cádiz, Madrid, Barcelona, Sevilla y Soria.

Para demostrar el influjo de las buenas ideas cuando se propagan con valor y se defienden con razón y perseverancia, basta consignar que la Sociedad Madrileña Protectora de los Animales y de las Plantas, fundada el 8 de Diciembre de 1874 y reorganizada el 5 de Mayo de 1878 en la redacción de *El Magisterio Español*, se componía en esta última fecha de trece individuos y hoy reúne más de seiscientos.

Merced á sus entusiastas esfuerzos, ha conseguido, entre otros importantes resultados, celebrar todos los años, como medio seguro de eficaz propaganda, Exposiciones nacionales de plantas, flores y aves; certámenes utilísimos á la cultura moral y material del país, que son á la vez agradables fiestas, donde el ánimo se espacra y deleita entre aromas y cantares.

La Exposición del presente año, verificada bajo el augusto patronato de S. M. la Reina, no ha sido, como la del anterior, un brillante ensayo ni una improvisación afortunada. Trátase ya, para honra de la patria y de la Sociedad organizadora, de una verdadera y notable Exposición.

El jardín del Buen Retiro no era bastante para dar cabida con la necesaria holgura á tantas y tan preciosas instalaciones.

Una portada de estilo normando-bizantino, con tres elegantes arcos simulando piedra calada, los cuales tuvieron que adaptarse forzosamente á la verja de hierro del jardín, daba ingreso á la Exposición, debiéndose los planos de este trabajo al arquitecto don Adolfo Fernandez Casanova.

En la plazoleta de entrada, dos pequeños kioscos, cubiertos de tela blanca y azul, destinábanse á la venta de catálogos, gemelos, fotografías y otros objetos alusivos al certamen.

Un artístico grupo escultural representando á la diosa Ceres, y dos grandes jarrones, contribuían al ornato de la plazoleta. Siguiendo el paseo de la derecha, frente á la puerta, adornado, como todo el jardín, con gallardetes, escudos de las varias provincias de España, propagadores lemas de la Sociedad Protectora de los Animales y Plantas y banderas blancas y nacionales, se llegaba á la plaza del teatro.

Entre el escenario y la fachada principal del pabellón de la Sociedad se encontraba la instalación del Real Patrimonio, fuera de concurso, compuesta de una magnífica colección de plantas resinosas, procedentes de la Casa de Campo y San Ildefonso.

Formaba un montículo de base elíptica, de la famosa tierra segoviana, sobre el cual descollaban ejemplares muy varios. La instalación se encontraba circundada por una valla rústica, hecha con gruesos troncos de magníficos pinos de los valles de Bal-

sain. El aspecto que ofrecía esta severa y hermosa instalación respondía perfectamente á su objeto, acreditando el buen gusto é inteligente acierto del ingeniero de la Real Casa, señor Rivero.

El pabellón de la Sociedad Protectora era el mismo del año anterior, pero variaba su emplazamiento, que no daba frente al kiosco, sino al escenario del teatro. En la parte exterior, junto á la puerta lateral izquierda, se veían dos grandes leones sobre sencillos pedestales. El escudo de la Sociedad, vaciado en yeso, resaltaba notablemente en las paredes exteriores. Dentro del pabellón se repartían hojas, folletos, cromos y estampas de propaganda. Trabajos de dicha clase, perfectamente sintetizados, se ostentaban en cuadros é inscripciones, así como la lista de socios y algunas disposiciones protectoras. Contribuían al ornato interior del pabellón muchos y variados ramos. La propaganda realizada por la Sociedad Protectora con motivo de la Exposición ha superado en riqueza, esplendor y número á las más notables y numerosas.

Por millares se han repartido grabados ingleses con variados dibujos, bellísimos cromos traídos expresamente de Alemania, representando flores delicadas; folletos con bellísimas cubiertas cromolitografiadas; hojas musicales con el motivo del himno de apertura, y todo ello consagrado principalmente á difundir las civilizadoras ideas de las Asociaciones protectoras.

En los cuatro extremos del pabellón se veían cuatro preciosas estatuas representando las estaciones del año.

El pabellón Real era del puro estilo árabe, que floreció en España en la décima y principios de la undécima centuria; consistía en un pequeño edificio de fábrica de ladrillo rojo y amarillo á fajas horizontales, con zócalo de azulejos pintados, rematado por cornisa de piedra berroqueña, sobre la que descansaba una crestería del mismo material, que contenía en el centro de su línea y en los cuatro frentes el escudo Real, y en elegante laceria, la estrella dorada sobre fondo azul, emblema de la Sociedad; ocupaba una superficie rectangular de 24 metros cuadrados, y las líneas de su perímetro eran de 6 metros de longitud en las fachadas principal y posterior, y sólo 4 metros en las laterales. El ingreso lo constituía una puerta de arco trilobado, sostenido sobre dos columnas que la limitaban, á la que se llegaba desde el pabellón de propaganda de la Sociedad, por un paso cubierto con un elegante toldo en forma de marquesina, pintado al óleo en fajas amarillas y encarnadas, y revestido interiormente de tela roja tachonada de doradas flores de lis; este paso tenía 4 metros de longitud por 2 de ancho, y estaba limitado lateralmente por pilares dorados, que sostenían un cordón de seda de punto de oro y azul, el cual circundaba todo el pabellón para evitar la indiscreta curiosidad, sin necesidad de un completo aislamiento. El interior estaba subdividido en dos habitaciones: un saloncito cuadrado vestido de tela roja adamascada recuadrada de oscuro, con techo capialzado forrado de tela gris, y cordones de seda, que partiendo de los cuatro ángulos iban á recogerse en el centro para sostener una jardinera que pendía del centro; y un tocador vestido de azul, con franjas rosa á cielo raso, al que daba ingreso una puerta abierta en el saloncito y cubierta con portiers de seda. Estas dos habitaciones recibían luz por ajimeces de tres huecos, divididos por columnitas y abiertos en las fachadas laterales. Los planos, como la dirección de este pabellón, se deben al arquitecto D. Ricardo Marcos Bauzá.

El espacio comprendido entre los dos pabellones, y á derecha é izquierda del paso cubierto que los unía, recreaban la vista, y embellecían el conjunto dos pequeños jardincitos de flores naturales, que rodeaban asimismo todo el pabellón Real y formaban como una guirnalda preciosa, digna de la augusta persona para quien estaba destinado.

Sobre el tocador y jardinera del pabellón lucían sus encantos vistosas canastillas y ramos de preciosas flores, que diariamente se renovaban.

Alrededor del kiosco se agrupaban vistosas colecciones de plantas y flores, elegantemente expuestas.

Merece especial mención la soberbia estufa del señor Pastor y Landero. No pueden la riqueza y el arte producir un conjunto más admirable que el obtenido por el opulento expositor. Digno albergue de sus encantadoras plantas ha sido el palacio de cristal levantado en poco tiempo sobre fábrica de hierro, y alrededor del cual no faltaba ninguno de los detalles de la ornamentación de jardín más delicada y poética al par que suntuosa. En dicha instalación, entre otras muchas innumerables bellezas, sorprendían y recreaban la vista una fuente de cristal, una fantástica gruta, coronada por un águila, y unos jarrones de cristales de color, que adornaban las pilastras de entrada.

La instalación de la Duquesa de Santofia era fastuosa, y la del Sr. D. Luis de Santa Ana, abundante en ejemplares de raro valor.

El Ayuntamiento de Madrid, en una magnífica es-



M A D R I D . — E X P O S I C I O N D E P L A N T A S , F L O R E S Y A V E S , C E L E B R A D A , B A J O L O S A U S P I C I O S D E S . M
(D I B U J O D E L N A T U R A L I S T A)

UEN RETIRO.



LA REINA, POR LA SOCIEDAD MADRILEÑA PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y DE LAS PLANTAS.
POR RIUDAVETS.)

tufa del Sr. Roldán, hizo gala de los valiosos ejemplares que se cultivan en sus posesiones.

Los Jardines de la Infancia, con discretísima oportunidad, propagó prácticamente sus civilizadores ideales, bajo la inteligente dirección del regente don Bartolomé de Mingo, ofreciendo bellas plantas y aves nacidas en el ameno local donde entre cantos, juegos y perfumes se desenvuelve fácilmente la inteligencia de los niños sin que las fuerzas físicas sufran el penoso tributo impuesto por el trabajo del espíritu.

Ciento cincuenta plantas, cada una de ellas de diferente clase, representaban dignamente al Jardín Botánico.

Enfrente de la instalación del Botánico veíase la cascada construida nuevamente y que ya formará parte del adorno de los jardines. En el pequeño estanque que sirve de receptáculo a las aguas de la cascada, donde también había un *aquarium*, figuraba un cisne negro, acompañado de otros dos blancos, pertenecientes los tres a la Dirección de la Guardia civil.

El resto de la glorieta, cuya parte derecha ocupaban la cascada y *aquarium*, servía de instalación a varias jaulas con palomas mensajeras y de otras diversas clases, comederos y bebederos, máquina de incubación y cría artificial de pollos, invento del señor D. Florencio Jamar; un canario verde, pájaros mixtos y plantas de Guersú.

En el macizo de la glorieta el Sr. Pizzala exhibía en una elegante jaula variada colección de pájaros de colores.

Saliendo de la glorieta, a la derecha, encontrábase las plantas y flores de la señora viuda de Olea, en una extensa gradería, resguardada del sol y la lluvia por grandes cortinas de lienzo con adornos amarillos simétricamente prendidas.

En el mismo círculo exterior instalaban el Sr. Tró y Moxó plantas y flores; la herboristería de D. Francisco Oliva, una colección de semillas y flores secas, y el Conde de Montarco, en una gran estufa é invernadero de la misma, variadas plantas, principalmente begonias.

Haciendo frente a las instalaciones mencionadas, y limitando el círculo interior ó macizo del kiosko, se encontraba el pabellón, con numerosa gradería cubierta, llena de flores y plantas, del Sr. D. Pedro Lopez.

En la calle que hacía frente al pabellón Real, el Sr. Bautista y Martín exponía pájaros cantores; el Sr. Nardín, ornamentación de jardines, y el Sr. Moro (D. Cipriano), variados productos de cerámica.

Al lado del escenario del teatro exhibía el Sr. Gurich, en una pequeña caseta, multitud de pájaros americanos; el Sr. Fernandez y Moreno, cerámica, producción madrileña de arcilla indígena, y en la calle que desde dicha instalación se extendía hasta el pabellón de planos, veíanse máquinas é instrumentos de cultivo, muebles rústicos, kioscos y demás útiles ó adornos de jardinería.

El pabellón de planos, estilo del Renacimiento español, de planta rectangular, de 10 metros por 4, presentaba en su frente cinco huecos, de los que uno era la puerta de ingreso y los cuatro restantes constituían las lucas, así en el frente como en la fachada posterior, habiéndose colocado altas y de manera que con el decorado interior y tapizado de las paredes, de color carmesí mate, resaltasen perfectamente los planos, a cuyo objeto había sido principalmente estudiado dicho pabellón por el ingeniero de Caminos, alumno de la Escuela superior de Arquitectura, don J. M. Ruiz de Salazar.

Le coronaba un pequeño ático, cuyas pilastras se hallaban decoradas con jarrones y bustos simbólicos del arte. Sobre la puerta principal un frontón con el escudo de la Sociedad, y sobre éste una bellísima cabeza de Minerva. En los tímpanos laterales se habían colocado las armas de España, y en los de la puerta principal, los símbolos de la Arquitectura y los del Cuerpo de Ingenieros agrónomos. Los costados tenían en su parte central dos gallardetes, uno nacional y otro de la Sociedad. El conjunto de este edificio se hallaba rodeado de jardines, que se limitaban en el frente por dos soberbios jarrones de barro cocido, expuestos por M. B. y Compañía.

Este pabellón, así como el de la Sociedad, el pabellón Real y la puerta principal de ingreso a la Exposición, han sido costeados por la Sociedad.

Dentro del pabellón se encontraban flores artificiales, porcelanas, rosas de Murcia y Rebajato, una preciosa canarieta de salón, ramos, proyectos y planos. A la derecha del pabellón se extendían formando calle gran número de jaulas, y limitando las dos filas que formaban dichas jaulas, la instalación de plantas y flores de D. Adrián Barbería, situada junto a la verja.

Delante del pabellón, a la izquierda, exponía la viuda de Navarro palomas, y la Sra. Canaleta de Girona, gallinas y palomas.

Los cisnes y gansos del Danubio que existían en la fuente de la cascada, al norte del pabellón de

S. M., eran propiedad del Municipio de esta coronada villa.

En la calle que conducía desde el pabellón Real a la glorieta del Museo exponía el Ayuntamiento de Madrid aves de corral, y la Dirección general de Ingenieros, palomas mensajeras nacidas en España.

Una variada colección de plantas resinosas de la Carolina (provincia de Salamanca) ocupaba la glorieta del Museo.

Al final de ésta se veía, a la derecha, junto al museo, el antiguo cobertizo que servía de tiro de pistola, destinado a pabellón, donde se encerraban un modelo de jardín a punto de crochet, labor de la señora D.ª Inés de Vivar, macetas, flores sueltas y varias semillas.

La instalación de Valencia constaba de una característica barraca, que encerraba multitud de flores y plantas, hijas de aquel fértil suelo, en la cual sobresalían los claveles.

La antigua pajarrera se había transformado en despacho de flores, cubierto por rústica techumbre.

Como salón de descanso de la Sociedad valenciana expositora, se había construido junto al local destinado ordinariamente a horchatería, donde figuraba la parte principal de la instalación, otra pintoresca barraca, cubierta de paja y formada por esteras y mantas valencianas. Dentro de la barraca había divanes, revestidos con tela de mantas del país.

Frente a la instalación valenciana exponía D. Basilio Lopez Gomez una mata de centeno que media dos metros veinte centímetros.

A la conclusión del paseo, que partía de las oficinas de la Exposición y terminaba en el círculo del kiosko, instalaba en una gradería de forma de pirámide el Sr. Fita varios objetos cerámicos.

Los premios concedidos por el Jurado a los señores expositores han sido los siguientes: Concurso especial de ramos y flores sueltas: *diploma de honor con medalla de plata*, Sociedad Flora de Valencia, colecciones de rosas, claveles, ramilletes, etc.; *medallas de cobre de la Sociedad Económica Matritense*, Sr. don Felipe Robillard, colección de 150 variedades de rosas; D. José Soriano, 40 variedades de claveles: *diplomas de 1.ª clase con medalla de bronce*, Sr. D. Pedro Pastor y Landero, canastillas y ramos de flores; don Juan Murcia y Rebajato, colección de 214 variedades de rosas clasificadas y un ramo centro de salón dedicado a S. M. la Reina: *diploma de 1.ª clase sin medalla*, Sociedad Económica de Murcia, ramos y ramilletes: *diploma de 2.ª clase*, D. José Hernandez, ramo en forma de pirámide con los escudos de armas de España, Austria, Madrid y Murcia: *menciones honoríficas*, Sr. Conde de Rascon, rosas de gran tamaño; Sra. D.ª Isabel B. M., por rosas y varias flores que conserva frescas por un procedimiento especial; D. Pedro Lopez, canastillas de flores; D. José Lillo y Pino, varios ramos.

Calificación general: plantas vivas de adorno para parques, jardines y estufas, sueltas ó en colecciones: *cartas de gracias á los expositores fuera de concurso*: Real Casa y Patrimonio, colección de plantas coníferas, *mención especial*; Ayuntamiento constitucional de Madrid, colección de plantas de adorno, *mención especial*; Jardín Botánico de Madrid, colecciones de helechos, begonias, eucaliptos y plantas crasas, *mención especial*; *diploma de honor con medalla de plata*, Sr. D. Pedro Pastor y Landero, colección general de plantas ornamentales; *medallas de plata de la Sociedad Económica*, Sr. Conde de Montarco, colección de plantas ornamentales; *medalla de plata y diploma de 1.ª clase*; Sres. Onís y Lecusán, colección de coníferas, *medalla de plata*; *diploma de 1.ª clase con medalla de bronce*, Sr. D. Pedro Lopez, colección de azulejos, calmas y Calceolarias; Sra. D.ª Isabel Crespo, viuda de Olea, colección de plantas de adorno; D. Luis Santana, colección de caladios del Brasil, y Excm.ª señora Duquesa de Santaña; *diplomas de 2.ª clase*, don Luis M. Tró y Moxó, colección de plantas de adorno; D. Carlos Benjamin Leclair, colección de ingertos; Francisco Ghersi, semillas y plantas; *menciones honoríficas*, Sr. D. Francisco Olivás, semillas; D. Justo Zaragoza, pensamientos; D. Luis Martínez Pacheco, dos macetas de claveles; Sra. D.ª María Barrina, una maceta de hortensia; D. Francisco Roselló, una maceta de geranio; D. Adrián Barbería, plantas y flores: *cultivadores ó cooperadores de la sección 1.ª Plantas y Flores*; cooperadores del Jardín Botánico, un premio de S. M. la Reina de 2.000 reales y uno general de segundo de 500 reales y certificados; Real Casa y Patrimonio, dos primeros premios de á 1.000 reales y certificados correspondientes, y uno segundo de 500 y certificado; Ayuntamiento constitucional, en igual forma colectiva y por idénticos conceptos, 2.500 reales; cooperadores de la Sociedad valenciana «Flora», colectivamente un premio de S. M. la Reina, de 2.000 reales, dos de 1.000 reales y certificados, uno de 500 y otro de 300; total; 4.800 reales. Jardineros del señor Pastor y Landero, *certificado colectivo y un primer premio de 1.000 reales*; jardineros del Sr. Conde de Mon-

tarco, en idénticos conceptos, 1.000 reales; jardineros de la Sra. Viuda de Olea, 1.000 reales; Pedro Lopez, jardinero, *certificado personal y primer premio de 1.000 reales*; cooperadores de la Sociedad Económica de Murcia, *dos certificados y terceros premios, 600 reales*; jardinero de los «Jardines de la Infancia», *certificado y premio de 3.ª, 800 reales*; jardinero del Sr. Tró y Moxó, *certificado y premio de 3.ª, 800 reales*; jardineros de los Sres. Onís y Lecusán, *certificado y premio de 1.ª, 1.000 reales*; jardinero del señor D. Juan Murcia, *certificado y premio de 1.ª, 1.000 reales*; jardinero del Sr. Santana, *certificado y premio de 1.ª, 1.000 reales*; jardineros de la Excm.ª Sra. Duquesa de Santaña, *certificado y segundo premio de 500 reales*; Sr. Hernandez, por cooperación en el ramo forma de pirámide, 300 reales.

Aves vivas de recreo, indígenas ó exóticas: Don Antonio Gurich, colección de aves de recreo, *diploma de 1.ª clase con medalla de bronce*; Sr. Pizzala y Compañía, colección de pájaros de salón, *diploma de 1.ª clase*; Excm.ª Sra. D.ª Saturnina Canaleta de Girona, colección de palomas y gallinas, *diploma de 2.ª clase*; Sociedad Económica de Murcia, colección de aves, *diploma de 2.ª clase*; D. Pedro Martínez Sanchez, colección de palomas, *diploma de 2.ª clase*; Sr. Lamanie de Clairac, palomas, *diploma de 2.ª clase*; D. Juan Sanchez Rodriguez, colección de palomas, *diploma de 2.ª clase*; D.ª Ramona Navarro, palomas, *mención honorífica*; D. Pedro Carlier, palomas, *mención honorífica*; D. José Rodríguez, palomas, *mención honorífica*; D. José Bautista Martín, pájaros, *mención honorífica*; Dirección general de Ingenieros del ejército, palomas mensajeras, *carta de gracias*; Dirección general de la Guardia Civil, Asilo de huérfanos de individuos del Cuerpo, cisnes blancos y uno negro, *carta de gracias*. Jaulas, pajarras y otros objetos análogos: Don Antonio Gurich, *diploma de 2.ª clase*; D. José Parejo, canarieta de salón, *diploma de 2.ª clase*. Peritos cooperadores: á los del Sr. D. Antonio Gurich, *primer premio de 1.000 reales y certificado*; D. Juan Sanchez Rodriguez, *certificado y segundo premio de 500 reales*; D. José Benavente, cooperador de la Sociedad Económica de Murcia, *certificado y un premio tercero de 300 reales*; cooperadores del Ayuntamiento constitucional de Madrid, *certificado y un premio tercero de 300 reales*; Dirección general de Ingenieros militares, *certificado y un premio tercero de 300 reales*; Dirección general de la Guardia Civil (asilo de huérfanos de individuos del Cuerpo), *certificado y premio segundo de 500 reales*; D. José Parejo, *certificado y un premio tercero de 300 reales*.

[Noble y civilizador espectáculo el ofrecido por la Sociedad Protectora con motivo de la Exposición!]

No sólo flores y aves causaban la admiración y el encanto del selecto público que diariamente acudía á las hermosas alamedas del bello jardín. Las rosas murcianas y los claveles valencianos mezclaban su aroma seductor con el delicado perfume de otras flores del corazón y de la inteligencia, tan abundantes en los verjeles de España como la oratoria y la poesía; los cantos de las aves se confundían con las melodiosas armonías de la música; los maestros predicando las saludables doctrinas protectoras á ejércitos numerosos de niños; los poetas conmoviendo las más delicadas fibras del sentimiento en sus inspirados arranques; los oradores luchando con viril arrogancia en lid abierta contra toda tendencia contraria á los generosos y principales fines del certamen; todos sembrando el bien en campo fértil y risueño. En los gallardetes, en las instalaciones, entre las hojas de los árboles, donde quiera que se fijaba la vista destacaban en tarjetones y banderolas frases notables, máximas ó sentencias, en las cuales se reflejaban los trascendentales propósitos de la Sociedad organizadora de la Exposición.

Grandes de España, altos dignatarios, damas de la más selecta aristocracia y de la más seductora belleza, individuos de respetables cuerpos, ministros, poetas, periodistas, militares, obreros, académicos, la hermosura y el talento, la ciencia y el arte, la nobleza y el trabajo, han acudido con numerosísimas representaciones á la Exposición; y para que fuera completo el honor de tan inolvidable solemnidad, la Reina de España, dignándose presidirla, realizó sus naturales encantos otorgándoles rango regio.

Todos los individuos de la Sociedad Protectora, distribuidos convenientemente en diversas Comisiones, han rivalizado en celo y actividad para lograr que la Exposición se verificara en las mejores condiciones posibles; pero la gloria principal de la campaña corresponde exclusivamente á nuestro distinguido amigo el Director de *El Magisterio Español*.

Fé inquebrantable, actividad ejemplar, iniciativa poderosa, saludable inteligencia, cuantas condiciones tiene acreditadas el conocido escritor Emilio Ruiz de Salazar las ha puesto al servicio de tan benéficas ideas, y el milagro se ha realizado.

Por arte mágico ha creado una Sociedad importante y ha conseguido organizar dos Exposiciones.

El Sr. Ruiz de Salazar puede estar satisfecho de su humanitaria y patriótica obra.

Además de haberse dignado S. M. la Reina (q. D. g.) aceptar el patronato de la Exposición, contribuyendo al mayor esplendor de la misma y donando dos premios especiales, la Sociedad Protectora ha merecido patrióticas muestras de alta deferencia con la decidida y valiosa cooperación de Centros y Corporaciones importantes. Los donativos hechos son los siguientes: S. M. la Reina, 4.000 reales; el Ministerio de Fomento, 12.000 reales; el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 12.000 reales; la Excmo. Diputación provincial, 6.000 reales; la Sociedad Económica Matritense de Amigos del país, cinco medallas de plata y menciones honoríficas; el Círculo de la Unión Mercantil, 4.000 reales; el Fomento de las Artes, tres diplomas de socios de mérito; la extinguida Sociedad Española de Agricultura y Adimatación, 1.500 reales. Las Empresas de ferro-carriles han rebajado el 50 por 100 en los trasportes de objetos destinados al certámen.

Continúe la Sociedad Protectora su benéfica tarea, repítanse todos los años las Exposiciones, y luzca radiante, sin nubes ni sombras, el sol de la civilización en el hermoso cielo de nuestra querida España, simbolizado por el escudo emblemático de la estrella dorada sobre fondo azul.

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

CRÓNICA GENERAL.

El laborioso periodista, el consecuente hombre político, el infatigable corresponsal en París de LA ILUSTRACIÓN, Sr. D. Ángel Fernández de los Ríos, ha fallecido en la capital de Francia el 18 del corriente. La Empresa de LA ILUSTRACIÓN, que ha utilizado durante algún tiempo las tareas de tan ilustre escritor, al consignar su dolorosa pérdida no encuentra términos que expresen con fidelidad su profundo sentimiento. Aun sin la circunstancia de la natural intimidad que se estableció entre personas que cooperan en una misma obra; aun prescindiendo de los servicios prestados por el Sr. Fernández de los Ríos a nuestra publicación, la Empresa de este periódico rendiría un tributo a la memoria del honrado y activo publicista, cuyas tareas editoriales se encaminaron algún tiempo a propagar entre el público español la afición a la prensa y a los libros ilustrados, según lo permitía entonces el estado del país. El Sr. Fernández de los Ríos, director que fué del *Semanario Pintoresco* y de otra *Ilustración* anterior al *Museo Universal*, de que la nuestra es continuación, tendría títulos sobrados a nuestro respeto como antecesor en las mismas aspiraciones y propósitos. Pero a esa consideración se han unido los servicios de una colaboración cuyo valor conocen y han podido apreciar nuestros lectores. Deber es de la Empresa saludar con triste despedida al amigo que se aleja, deseándole en la otra vida la ventura que no consiguió en ésta, y rendir a su memoria un recuerdo afectuoso.

El que estas líneas firma no está en aptitud de escribir una biografía del Sr. Fernández de los Ríos, trabajo que, para ser completo, requiere datos, tiempo, calma y haber tenido trato siquiera superficial con el escritor cuya vida se refiere. Una sola vez, hace seis años, la casualidad le colocó en un mismo carruaje del tranvía, y sólo cuando el Sr. Fernández de los Ríos se hubo alejado supo por un amigo, que sostuvo con aquél una ligera conversación, que la persona que acababa de bajar del coche era el autor del *Madrid futuro*. Fernández de los Ríos es para el que firma una especie de sombra que ha pasado ante sus ojos en un momento de distracción, y que la muerte habría desvanecido para siempre si el lápiz y el buril no fijasen sus facciones en la hoja de un periódico.

Procuraré, sin embargo, el que esto escribe hacer un bosquejo rápido del personaje a quien se dedican estas líneas, tal como le concibe a grandes rasgos como político, como publicista y como editor.

Don Ángel Fernández de los Ríos, si no fué en el antiguo partido progresista uno de los políticos de primera fila, es indudable que tenía todas las cualidades y todos los defectos de aquellos primitivos liberales: fe sincera, entusiasmo ardiente por su causa, y un espíritu innovador que le hacía mirar con prevención, y a veces con singular ensañamiento, las ideas, las instituciones y los hombres de otros tiempos, que juzgados con el criterio de hoy, resultaban, en sus escritos, malparados. Todas sus obras, la conducta de su vida entera, y su muerte en el destierro, atestiguan que obedeció siempre a profundas y respetables convicciones, que con vez de rectificarle arraigaban en su ánimo con más fuerza a medida que aumentaban su edad y su experiencia.

Si se comparan los servicios que prestó a su causa con los escasos beneficios que obtuvo en época donde se prodigaron los favores, y le hubiera sido fácil obtenerlos muy altos, se ve que era para los suyos de esos amigos modestos y seguros con quienes se cuenta en la desgracia y que no molestan en la prosperidad.

Ideólogo y vehemente, acogió con entusiasmo el sueño patriótico de la unión ibérica; pero su ardiente propaganda no dió los resultados que apetecía y procuraba. Dicho el antiguo partido progresista, permaneció fiel a su nombre, avanzando sus ideas en el sentido que a su juicio le dirigía hacia el progreso. Ni destierros ni persecuciones debilitaron su carácter ni quebrantaron su fe. Amigos y adversarios respetan su memoria.

De las diversas obras que compuso, creemos que le sobrevivirán dos volúmenes, *El Futuro Madrid* y la *Guía de Madrid*, por la escasez de libros de este género, el trabajo que contienen y el mérito de la concepción en el primero, y los curiosos datos acumulados en el último. Y, sin embargo, domina en *El Futuro Madrid* lo irrealizable e hipotético, y si hemos de manifestar nuestro juicio con la sinceridad

que se debe hablar ante un sepulcro, hay en uno y otro libro algo que particularmente nos lastima. No comprendemos cómo un madrileño, para quien debe haber un recuerdo de su juventud en cada calle, sueña en edificar una especie de París sobre las ruinas de lo que constituye la fisonomía especial de la población, haciendo en un día lo que no se atreve a hacer un siglo: hay, sin embargo, en su plan ideas grandiosas y la manía irresistible de convertir templos en plazas. En cuanto a la *Guía de Madrid*, es un tesoro de datos y noticias que se hojean con curiosidad, y a la cual sólo falta que, libro de pasión, el lector se hubiese olvidado del sectorio. El amor que profesaba a las innovaciones y reformas tenía ya cierto carácter sistemático, regocijándose especialmente la sustitución de los nombres antiguos de las calles por los de los personajes ilustres, que si es un acto de justicia tratándose de los de otras épocas, cuya reputación consolida el tiempo, es muy expuesto a variaciones, confusión e injusticias respecto de los contemporáneos. Si el Sr. Fernández de los Ríos obtuvo la honra merecida de poner nombre a una calle, no sabemos que se haya rendido todavía ese tributo justo al Sr. Mesonero Romanos. Y conste que los nombres propios producen, a nuestro entender, monotonía y confusión.

Las *Novedades*, diario político de gran circulación y popularidad, hacía los años 52 al 54 especialmente, contiene en sus anchas páginas las inspiraciones y los artículos del activo publicista, que, como todos los escritores dedicados a la prensa, pierden en el andamiaje del periodismo la parte principal de sus trabajos.

Si el Sr. Fernández de los Ríos fué notable como escritor y político, como editor dió gran impulso a la lectura popular, ya en los semanarios ilustrados, ya en publicaciones baratas y selectas, que difundieron por España las obras de muchos ingenios nacionales y extranjeros, procurando fijar la atención con los alicientes del dibujo y del grabado. En resumen: sólo hemos podido hacer un croquis imperfecto y a la ligera, tal como resulta de nuestras propias impresiones, acerca del hombre laborioso que España acaba de perder, con gran sentimiento de los mismos que censuraban y combatían sus tendencias. Hace ya bastantes años, cuando él que escribe estos apuntes era un niño, acudía a la calle de Jacometrezo para comprar con afán las obras que editaba el Sr. Fernández de los Ríos, y que eran su regocijo y el mayor de sus recreos: hoy el hombre agradecido rinde un tributo a la memoria del editor que le procuraba aquellas impresiones, así como hace justicia a la consecuencia y lealtad a sus ideas del político, y al mérito, laboriosidad y talento del autor.

Los partidarios de la libertad ilimitada de la tribuna no deben estar muy satisfechos: nunca se ha impuesto en Francia con tal frecuencia la censura a los diputados como bajo la presidencia de M. Gambetta, y el jefe del partido liberal en Inglaterra se ha determinado a pedir a la Cámara popular británica que retire la palabra al orador (Donnell), para impedir que se discutiera la persona del Embajador francés; la proposición del Gobierno de Inglaterra es tan excepcional e inusitada en aquellas cámaras, que no hay ejemplo de otra igual en la historia parlamentaria de dos siglos: las sesiones de los Cuerpos colegisladores ingleses se han distinguido siempre por la impertinente inmisión de sus individuos en los asuntos interiores de otros países y la discusión de las personas de los soberanos y directores de la política europea, y extraña, por lo tanto, que haya partido del ministro (Gladstone) la iniciativa de una limitación de las facultades amplias del diputado inglés por cuestión de simples conveniencias, toda vez que el Gabinete de Londres, en el mero hecho de rechazar los ataques que iban a dirigirse al Embajador de Francia, no tenía responsabilidad ninguna en el ataque.

La conducta de lord Gladstone se halla muy en armonía con las prácticas habituales de la mayor parte de los parlamentos extranjeros; pero es un acto de intolerancia y esencialmente retrógrado en las cámaras de Londres.

El proyecto del canal de Panamá, que ha de poner en comunicación los mares que bañan la América oriental y occidental, se acerca a su realización, desde que el activo e inteligente propagador de las obras más colosales del siglo, Mr. Lesseps, ha tomado la iniciativa en aquella vasta empresa. Cuando ésta se efectúe, las corrientes mercantiles que se dirigen hoy hacia el Pacífico por largas y penosas vías aumentarán seguramente, y las islas situadas en la dirección de la nueva corriente que ha de sustituir a las antiguas se disputarán los grandes beneficios que han de reportar los puertos de escala, como se disputan los pueblos interiores las ventajas de tener estación en una línea férrea.

El revuelto país dominicano, anticipándose en previsión a todos los males, ha ofrecido al Sr. Lesseps, a su elección, cualquiera de los puertos de la República, y esa ilustrada y sagaz iniciativa ha servido de aviso al comercio de Mayagüez para solicitar del Gobierno español las franquicias que habrían de atraer a aquel vasto puerto de la isla de Puerto-Rico buques y mercancías en el gran movimiento mercantil que se prepara, haciéndole participar de la riqueza que va a flotar en el seno suyo. Necesario será, en nuestro concepto, hacer estudios muy detenidos y especiales para determinar con conocimiento exacto de causa si las condiciones del puerto de Mayagüez son tan ventajosas como aparecen en la exposición dirigida al Ministro de Ultramar, y si hay otros puertos españoles en situación aún más favorable, por más que las razones alegadas por los comerciantes de aquella rica provincia inclinen el ánimo a la preferencia, que, en igualdad de circunstancias, le corresponde en justicia por su previsión e inteligente iniciativa, mercedora de los mayores elogios. Hay dos cuestiones, sin embargo: una, que merece meditación y resolverse en vista de informes imparciales y científicos: el puerto o puertos españoles que reúnen las mejores condiciones. Otra, de sentido común y buen go-

bierno, que no admite duda alguna: la conveniencia de crear depósitos marítimos en territorio español para aprovechar la nueva vía comercial que va a formarse, imitando, ya que no hayamos podido preceder, al Gobierno de Santo Domingo. Un río de oro va a pasar por delante de las Antillas. ¿Tendremos la pereza de no alargar la mano? Esperamos que el Gobierno español resolverá esta cuestión como conviene al interés público y aconseja el patriotismo.

¿Qué sensación habría producido en Nueva-York el despacho telegráfico que, después de cortar las comunicaciones del Oeste, trataba de dirigir a aquella capital, desde Chicago, un telegrafista norte-americano, anunciando un horrendo cataclismo, con la destrucción de la ciudad de San Francisco, la inundación del territorio del Sacramento y el hundimiento de las minas de Comstock!

Mientras los especuladores que tenían parte en aquel bárbaro negocio hubieran comprado a bajo precio las acciones de las minas que se suponía arruinadas, los periódicos de Nueva-York dedicarían, naturalmente, sus columnas a calcular las desgracias por el número de habitantes de las comarcas anegadas y la cuantía material de las pérdidas, aumentando con esas relaciones y lamentos el terror de sus lectores. Los que tuvieran parientes y amigos en las localidades destruidas hubieran sufrido una impresión violentísima, y los filántropos, encabezando suscripciones, reunirían, aprovechando la emoción, grandes sumas para el socorro de las víctimas de aquella gran catástrofe.

Al descubrirse aquella inmoral conspiración, ¿qué día se han perdido los noticieros de Nueva-York! El telégrafo, como todos los elementos de civilización y cultura, en manos de ciertas gentes se convierte en instrumentos destructores. Si la noticia se hubiera transmitido, la sensación hubiera sido inmensa y el negocio colosal, pareciendo que la naturaleza, para llamar la atención, se proponía imitar a Julio Verne.

Mr. Wolf, el elegante articulista del *Figaro*, no ha podido ver con calma que un norte-americano haya comprado en cerca de treinta mil duros el cuadro del pintor español Villegas titulado *El Bautizo*, y atribuya a especulación de los traficantes en objetos de arte los enormes precios que adquieren en el mercado de París las pinturas de artistas extranjeros, que de vez en cuando aparecen en la capital que se vanagloria de ser la reina del buen gusto, y en la cual producen esas obras profunda sensación. Pero el artículo del ilustrado periodista deja descubrir, entre lo que parece una convicción puramente artística, un sentimiento ajeno al arte, el del orgullo nacional herido por la boga que alcanzan hace tiempo en el gusto del público los pintores españoles, que hacen a los de Francia verdadera competencia.

Sin disputar acerca del mérito de un cuadro que no hemos visto, se puede desde luego advertir al crítico francés que el pintor Villegas, discípulo de Fortuny, está muy lejos de ser un pintor desconocido que se haya revelado a los inteligentes en un abrir y cerrar de ojos. Hace tiempo que su maestro reconoció el indubitable talento del artista, que tenía en Roma una reputación tan digna de respeto como las que se conceden en París, a donde van los talentos más privilegiados de la Europa artística, no a recibir lecciones, sino a dadas.

Las *Novedades científicas*, y sus aplicaciones a la Farmacia, la Medicina, la Industria y la Agricultura es un periódico quincenal, dirigido por el profesor D. Luis Marías Utor, y redactado por los Sres. D. Constantino Sáenz de Montoya, D. Laureano Calderón, D. José Rodríguez Carcedo y D. José Rodríguez Mourelle, cuyos nombres acreditan esta útil publicación.

Cultivarse en España, acaso con excesivo ardor, la política y las Bellas Letras, descuidándose la literatura científica, por lo cual hemos leído con satisfacción el núm. 5 del citadísimo periódico, al cual saludamos con afecto, por contribuir a la difusión de los conocimientos positivos y descompenar concienzudamente sus tareas los distinguidos profesores que redactan la Revista.

El domingo hubo toros en la Plaza.

El lunes, corrida de toreros en los Campos Eliseos.

Y hoy martes, miéntras escribimos, los muchachos de la calle celebran función de toros con banasta.

La virilidad, la juventud y la niñez madrileña se entregan a los mismos ejercicios, que parecen nuestra exclusiva ocupación.

Cada época tiene sus glorias: la espada del Cid representa un período histórico; el nuestro le representará en la Armería, andando el tiempo, la espada de Franco.

Un príncipe muy metódico variaba con frecuencia de secretario, por parecerle extrañas, atrevidas o aventuradas muchas de las ideas o palabras que ponían a su firma.

Por fin, después de haber cambiado el personal de su despacho infinitas veces, encontró un secretario que redactaba tan a su gusto las cartas, que, llenando en cada una algunas páginas, no necesitaban enmiendas ni era preciso hacer al redactor ningún repro.

El Príncipe estaba maravillado de aquel hombre.

Un día, sin embargo, al escuchar la lectura de una carta quedó suspenso, y dijo con aire de contrariedad al Secretario:

— Jamás he tenido que hacer la más breve objeción a sus escritos, que siempre me han satisfecho. No extrañe usted que hoy le haga por primera vez una advertencia. Hay en ese párrafo algo que me disgusta, sin poder darme cuenta del motivo.

— Comprendo, comprendo — repuso con viveza el Secretario: — entre las muchas palabras de la carta se me ha deslizado esta vez una idea sin querer. Voy a quitarla, y quedará el escrito, como los anteriores, a su gusto.

JOSÉ FERNÁNDEZ BERNON.

CRÓNICA GENERAL.

Dediquemos la primera parte de esta crónica á los muertos, pues la piedad ha interrumpido con frecuencia en estos días el silencio de las tumbas.

En el fastuoso panteón del Escorial han resonado las voces de difuntos por el alma de aquella niña malograda que ocupó el trono español tan fugazmente. Tres coronas enlutadas se destacaban entre los simbólicos y tristes adornos del sepulcro: la del que fué su esposo, la de sus padres alligados, y la ofrenda piadosa de la angustiada dama á quien la suerte

deparó la herencia de aquel ángel; si el segundo aniversario renueva el dolor y la tristeza, tan agudos é inesperados cuando ocurrió la catástrofe, es con esa vaga y poética melancolía que tienen los recuerdos; el tiempo convierte los ayes en suspiros, é impone al rededor de los sepulcros un silencio religioso. No se quedan solos los muertos; los visita en su tumba el silencioso pensamiento, y de noche, cuando en el mármol está grabado el nombre de una niña, los ángeles deben besar llorando el epitafio.

No es á la pluma, sino al lápiz á quien corresponde la descripción de un monumento: por eso no nos determinamos á hacer la del erigido á la memoria del ilustre Marqués del Duero, cuyas cenizas descansan ya en su panteón definitivo, obra del reputado artista Sr. Mélida. De la tumba de la juventud malograda hemos pasado á la tumba del caudillo muerto, en edad avanzada, donde mueren con mayor honra los soldados, en medio del combate.

El Rey, como jefe del ejército; los antiguos compañeros de armas del General, sus jefes y soldados, acudieron á rendir tributo al héroe. Las banderas que decoran el templo, los sepulcros militares forman digno acompañamiento de su tumba, en la cual contrastan con la paz de la muerte los atributos de la guerra.

—Poco terreno ocupa ya nuestro amigo—decían á un general viejo, señalándole el monumento de D. Manuel de la Concha.

—Le he visto peor alojado muchas veces en campaña—contestó el veterano.

No nos extraña que el entierro de nuestro concienzudo colaborador, D. Angel Fernandez de los Rios, tuviese carácter político, porque, ante todo, había sido hombre de partido, entusiasta y consecuente; sus mis-

mas obras literarias, como manifestábamos en el número anterior, están impregnadas del espíritu á que consagró toda su vida y que le hizo morir en el destierro, viendo en sueños la perspectiva de su patria, como nuestro buen amigo Pellicer ha comprendido y expresado al tomar la sentida impresión de su lecho mortuario.

No todos los que acompañaron entre numerosa comitiva el cadáver de nuestro excelente compañero de trabajos, el día 27, desde la Estación del Norte á la Sacramental de San Martín, rendían un tributo al correligionario. Los Directores y la Redacción de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA cumplían un deber de amistad, y seguían con tristeza el coche fúnebre, como se sigue el féretro de un compañero ó de un hermano.

Altos funcionarios de otras épocas, periodistas, literatos, artistas y artesanos formaban un cortejo numeroso, entre el cual circulaba, como opinión unánime, en rasgos que honran la memoria del finado, la biografía del Sr. Fernandez de los Rios. Unos confesaban favores recibidos; otros enaltecían su integridad, su firmeza de carácter, su modestia, los sacrificios hechos por sus ideas y su causa, y todos lamentaban su pérdida, rindiéndole el tributo mayor á que puede aspirar el hombre honrado.

Ya reposa en su sepulcro, y reposa por primera vez aquel hombre laborioso é infatigable. Si en vez de manifestación política se hubiera formado de amigos particulares su cortejo, acaso, numeroso como fué, lo hubiera sido más. No nos despedimos para siempre de nuestro compañero de trabajos; muchas veces, hojeando sus libros, tendríamos con él todavía esa comunicación mental que se establece entre el escritor que muere y los que le han sobrevivido.

La biografía del comandante de infantería D. Francisco Villamartin y Ruiz no es desconocida para los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA. En 16 de Junio de 1876 nuestro ilustrado colaborador D. Luis Vidart, al publicarla en este periódico, nos honraba iniciando en él la idea de salvar los restos del malogrado escritor militar, próximos á perderse en el osario de la Patriarcal. Aquel aviso excitó la generosidad del que fué su jefe, el Sr. Marqués de Novaliches, que compró el nicho en que reposaba el cadáver de su ilustre ayudante: el Director de *El Correo Militar*, D. Melchor Pardo, abrió en su periódico una suscripción para erigir un monumento al que fué en diversas ocasiones colaborador de aquella importante publicación; nombróse una Comisión presidida por el teniente general D. José de Reina y Frias, que ha tomado una importante parte en este testimonio de respeto debido al genio, y el 24 del corriente se trasladaron á un panteón en el cementerio de los Santos Justo y Pastor los restos del autor de las *Nociones del Arte militar*, el folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, la *Historia de la Orden militar de San Fernando*, y una obra satírica, inédita y perdida, *En la tierra de ciegos*, de que se tiene noticia por un amigo íntimo del autor, el ilustre poeta D. Gaspar Nuñez de Arce, uno de los que llevaron las cintas de su féretro.

Cuando los periódicos citaban á los amantes de las glorias nacionales para asistir á la traslación de las cenizas del malogrado escritor, personas muy entendidas preguntaban: «¿Quién fué Villamartin?» No es extraño. Los escritos militares tienen un público especial, y hace poco ruido en el mundo un comandante. Su biografía puede compendiarse en pocas líneas.

Nació en Cartagena en 1833. Murió en Madrid en 1872. Vivió treinta y nueve años. Cumpliendo sus deberes de militar, fué herido en Barcelona: la disciplina le hizo pelear en Alcolea, á las órdenes del general Marqués de Novaliches, acaso contra sus convicciones íntimas; su general le hizo teniente coronel sobre el campo de batalla; pero la revolución triunfante no reconoció aquel empleo, muriendo en situación de reemplazo y sin pasar de la categoría de comandante. Un solo punto de su biografía se destaca entre los sucesos normales de la vida militar, dando importancia política é histórica al modesto comandante: cuando los ejércitos de D.^a Isabel II y de la revolución marchaban á encontrarse en Alcolea, llegó al campamento del Marqués de Novaliches un parlamentario, el señor Ayala, portador del famoso documento debido á su pluma, y que fué contestado por otro no ménos notable, y en sentir de muchos, superior á aquél, cuya redacción pertenece á D. Francisco Villamartin. ¡Coincidencia singular! Los redactores de ambos documentos, que no se trataron en vida, reposan en un mismo cementerio, sin más espacio entre sus cuerpos que el hueco de otra tumba.

Cuéntase que viajando por Francia un alto personaje español, acompañado de algunos generales, hacía el año de 1865, Napoleon III les preguntó por el famoso escritor Villamartin, nombre que por primera vez sonaba en sus oídos, por lo que hubieron de contestar con evasivas, enterándose en París de la existencia de las *Nociones del arte militar*, que habían sido traducidas al francés y declaradas de texto en el Imperio; notificado el hecho al Ministerio de la Guerra, costó cierto trabajo encontrar al autor de la obra, á quien se concedió el ascenso á comandante. Sin embargo,

ya en 1864, el ilustre comentador de nuestras Ordenanzas militares, D. Antonio Vallecillo, había clasificado á Villamartin entre nuestros primeros pensadores. En España no solemos apreciar el mérito nacional sino por la sancion de los extraños.

El Sr. Vidart cree superior el libro didáctico del escritor español á los de todos los extranjeros que han hecho trabajos análogos, incluso Jomini. Y D. Manuel Juan Diana dice que si en las bellas letras hubiese aparecido una obra del mérito de las *Nociones del arte militar*, hubiera producido una explosión de entusiasmo nacional. Sus compañeros de armas y letras, D. Melchior Pardo y Sres. Bonafox, Bruno, Cotarelo, Rey, Verecruyse, y otros que olvido quiza, nos atestiguan la facilidad con que su pluma desarrollaba temas complicados y difíciles.

No conocimos en vida á D. Francisco Villamartin, y la primera vez que se presentó á nuestra vista no se borrará de nuestra memoria. Eran las ocho de la mañana del 23 del corriente; estábamos en el cementerio de la Patriarcal la Comision, compuesta de los Sres. Pardo, Cotarelo, Verecruyse y Vidart; el funcionario que representaba al Ayuntamiento, el conserje, algunos operarios y el que estas líneas firma: arrancada la lápida del nicho, que había estado allí ocho años, se extrajo la caja que encerraba el cuerpo, bastante conservado exteriormente: con un pequeño esfuerzo pudo levantarse la tapa, y quedó en descubierto lo que restaba de aquella noble y simpática figura: un cráneo blanco y descarnado descansaba en una almohada, cuya lana habian esparcido por la caja los ratones: la mandíbula inferior estaba ya deshecha: la levita de uniforme, muy deteriorada, apenas conservaba restos de su primitivo color, y el metal de las insignias y botones se había ennegrecido: el pantalón conservaba su vivo color de grana, agujereado por los gusanos del sepulcro, y las botas parecían recién puestas al cadáver: aquel ajado uniforme sólo contenia un esqueleto, y de las manos, que en otro tiempo se estrechaban con orgullo y efusion, sólo quedaban algunos huesecillos esparcidos por la caja. Contemplamos con horror y emocion aquel misero espectáculo, término de nuestra soberbia, y meditamos tristemente ante aquel cráneo, donde latieron tan altos pensamientos, convertido por la muerte en horrible estuche de gusanos.

La llegada del archiduque D. Carlos, hermano de S. M. la Reina; la suspension de las Cortes; el discurso atribuido al Sr. Conde de Greppi, representante de la corte de Italia, manifestando la necesidad del protectorado europeo en Marruecos, por ser una de las conquistas de la civilización sobre la barbarie; la suscripción de los billetes hipotecarios, y algunas que otras cuestiones de índole personal, han sido los asuntos que han preocupado en estos dias á las personas que no dejan en Madrid pasar hecho notable sin discutirle y comentarle. Todo hecho que no llama la atención de esos políticos debería considerarse nulo y no sucedido, como tantos otros acontecimientos que han quedado borrados de la Historia.

De buena gana borramos nosotros la nueva perturbación ocurrida en Buenos Aires, segun indica el telégrafo con laconismo y vaguedad, la cual continúa la serie de conflictos que en todo el siglo viene padeciendo la América española, países donde, como en el nuestro, son tan violentas las pasiones políticas; pero si de la Historia universal se eliminasen las guerras de los hombres, reduciéndola á ser la historia de la paz, podría aprenderse en pocas horas y escribirse en un pliego de aleluya. Las mismas Conferencias de Berlin, no obstante su carácter pacífico, será un milagro que no dea ocasion á algun disturbio, como el último tratado de paz produjo el conflicto de la Albania. La existencia de Turquía parece cada vez más necesaria, en vista del procedimiento con que la diplomacia resuelve todos los litigios orientales; hay quejosos y gentes dispuestas á turbar la paz de Europa, y se les tapa la boca con un pedazo de Turquía; el día en que no haya tierra turca que ceder y repartir, no sabemos cómo se arreglará la cuestion de Oriente, que siempre estará tan complicada como ahora.

La clausura de los establecimientos de enseñanza dirigidos por congregaciones no autorizadas en Francia oficialmente no ha dado todos los resultados que se proponian sus autores, por haber utilizado muchos colegios franceses los profesores experimentados á quienes se priva de sus cátedras: esto unido á las dimisiones que han presentado por razones de conciencia, ántes que ejecutar las rigurosas órdenes del Gobierno republicano, muchos funcionarios del orden judicial, y á la presión que ejerce sobre aquel Gobierno, segun confesion del mismo Sr. Gambetta, las frívolas impresiones populares, demuestran que la República francesa atraviesa un período lleno de dificultades y peligros.

El incidente parlamentario ocurrido en la Cámara de los Comunes, á propósito de la admision de Mr. Brandlangh, caracteriza perfectamente las costumbres inglesas. En pri-

mer lugar, la declaracion de ateismo hecha por el diputado electo irrita y escandaliza los ánimos, áun de aquellos que, no teniendo creencias, juzgan que no se debe hacer alarde de esas anomalías del espíritu, y la indignacion llega á tal punto, que prohibe la Cámara al diputado prestar el juramento, ó sustituirle con una declaracion de fidelidad al país, lo cual equivale á anular su eleccion, toda vez que le impide tomar asiento en el Congreso. En segundo lugar, la energía con que vuelve Mr. Brandlangh por su derecho, presentándose en la Cámara á protestar de aquel despojo y negarse á cumplir un acuerdo que considera ilegal, en medio de la indignacion de la Asamblea, que acuerda su prision, á la cual se resiste hasta que le encierran usando de la fuerza. Por último, la firmeza con que anuncia desde su prision que volverá á la Cámara apenas se halle libre para reproducir la misma escena, y la necesidad en que la Cámara se encuentra de facilitar á Mr. Brandlangh una fórmula que le permita tomar asiento en el Congreso.

Hay algo de cómico y dramático á la vez en la insistencia de Mr. Brandlangh á reclamar que se le oiga, en su expulsion y resistencia: indigna su despreocupacion; lastima que el exento de guardias le ponga la mano sobre el hombro; causan risa los recursos á que apela para no alejarse del salón, y todas aquellas escenas dan idea exacta del carácter enérgico de aquella raza, tan aferrada á sus costumbres como enérgica en la defensa de un derecho.

Otro incidente extraparlamentario ha ocurrido en las tribunas del Congreso italiano: la idea de apedrear á los diputados un hombre solo, digan lo que quieran los periódicos que pretenden haberse hallado á esa enérgica papeles que le comprometen, es un acto de locura, que sólo puede llevar á su autor á un manicomio.

Se anuncia una próxima revolucion contra el Rey de Birmania, el cual, despues de haber degollado hace algun tiempo á casi todos sus parientes, parece que ha ordenado nuevas y numerosas ejecuciones de magnates, aconsejado por los astrólogos del reino.

Este sistema de gobierno, que nos extraña y horroriza, tiene gran justificacion si nos ponemos en el caso de aquel soberano oriental. En primer lugar, es muy difícil negarse á complacer á las estrellas, que nos hacen signos desde el cielo pidiéndonos la cabeza de un amigo, y nada tiene de extraño creer en el lenguaje de los astros, cuando en las noches claras centellean como si estuvieran vivos: son seres que algo quieren decir desde las alturas cuando pasan la noche guiñando el ojo á los astrólogos.

En cuanto á la degollacion de los magnates, tiene en Birmania un carácter honorífico y hasta cierto punto paternal, toda vez que el Soberano trata á esos potentados con toda confianza, como parientes, degollándolos como si fueran primos suyos.

La subdivision de las ciencias produce los llamados especialistas, y profesiones nuevas que no se sospechaban. Nuestro amigo el Sr. Alvarez Alvistur, autor de varios libros de Agricultura, cenando hace algun tiempo una ensalada de patatas, observó que no estaba buena: el digno individuo de la *Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas* lamentó que las patatas enfermas no tuvieran médico, y no descansó hasta verse al frente de un hospital dedicado al estudio y curacion de la patata, en el cual ha hecho descubrimientos que, segun afirman los periódicos, se publicarán en un folleto.

Existen, pues, facultativos dedicados á curar á ese tubérculo, y parece ya inevitable y lógico que las patatas, teniendo ya médico, tengan muy pronto cementerio.

La amistad que profesamos al Sr. Alvistur no impedirá que delatemos un abuso.

Nuestro amigo asiste y cura á las patatas; pero cuando están buenas, el profesor se come á sus clientes.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

